

8

2008

issn 1130-6149

RECERCA

REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI



SOCIETAT CIVIL
Una perspectiva crítica



RECERCA
REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI

núm. 8

**SOCIETAT CIVIL:
UNA PERSPECTIVA CRÍTICA**



UNIVERSITAT
JAUME·I

Departament de Filosofia i Sociologia
Any 2008

Directores: Dra. Sonia Reverter Bañón Universitat Jaume I
Dra. Elsa González Esteban Universitat Jaume I

Consell de redacció: Departament de Filosofia
i Sociologia

Edició a càrrec de: Domingo García Marzá - Ramón A. Feenstra
Departament de Filosofia i Sociologia

Consell assessor:

Fermín Bouza Álvarez, Universidad Complutense de Madrid
Victoria Camps Cervera, Universitat Autònoma de Barcelona
Adela Cortina Orts, Universitat de València
Félix Duque Pajuelo, Universidad Autónoma de Madrid
José María García Gómez-Heras, Universidad de Salamanca
Juana Sánchez Gey, Universidad Autónoma de Madrid
Vicente Sanfélix Vidarte, Universitat de València
Eulalia Pérez Sedeño, Universidad del País Vasco
José María Tortosa Blasco, Universitat d'Alacant

Aquest monogràfic ha rebut el suport del Pla Estratègic 2008-2009 del Departament de Filosofia i Sociologia.

© Del text: els autors i les autores, 2008

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2008

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions.
Campus del Riu Sec. Edifici Rectorat i Serveis Centrals. 12071 Castelló de la Plana
Fax 964 72 88 32
<http://www.tenda.uji.es> - e-mail: publicacions@uji.es

ISSN: 1130-6149

Dipòsit Legal: CS-301-1992

Imprimeix: Innovació Digital Castelló, s.l.u.

Aquesta revista està indexada a: Philosopher's Index, CINDOC i Latindex.



Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzenada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.

ÍNDIX

Introducció

SOCIEDAD CIVIL: UNA PERSPECTIVA CRÍTICA	7
DOMINGO GARCÍA MARZÁ - RAMÓN A. FEENSTRA	

Articles

ONCE TESIS SOBRE EL MERCADO Y LA SOCIEDAD CIVIL ...	11
JOHN KEANE	

SOCIEDAD CIVIL: UNA CONCEPCIÓN RADICAL	27
DOMINGO GARCÍA MARZÁ	

DIFERENTES CONCEPCIONES DE SOCIEDAD CIVIL: LA PROBLEMÁTICA DE UN CONCEPTO	47
RAMÓN A. FEENSTRA	

CIVIS MUNDI SUM: GLOBAL CIVIL SOCIETY	67
JODY JENSEN	

UNDERSTANDING CIVIL SOCIETY BEFORE AND AFTER 1989	91
FERENC MISZLIVETZ	

LA DISOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL: SOBRE LOS IDEALES Y LAS VAGUEDADES EN LA ESFERA DE LAS ASOCIACIONES DE VOLUNTARIADO	113
PAUL DEKKER	

FOSTERING ENGAGEMENT: THE ROLE OF INTERNATIONAL EDUCATION IN THE DEVELOPMENT OF GLOBAL CIVIL SOCIETY	135
JAMES M. SKELLY	

EL ENFOQUE DE LAS CAPACIDADES, LA AGENCIA COGNITIVA Y LOS RECURSOS MORALES	153
AGUSTÍN REYES MORELA	

POLITICAL ANOMALIES AND WEB-BASED CIVIL ANTIBODIES IN SILVIO BERLUSCONI'S <i>BEL PAESE</i>	173
GIOVANNI NAVARRIA	

FORMAS DE PARTICIPACIÓN EN PROCESOS DEMOCRÁTICOS RECIENTES. SOCIEDAD CIVIL EN SAN CARLOS DE BARILOCHE	193
PAULA NÚÑEZ - RICARDO FUENTES	

Ressenyes de llibres

Richard Sennett, <i>La corrosión del carácter</i> (Luis Marín Segarra)	215
Adela Cortina, <i>Ética de la razón coridal. Educar en la ciudadanía</i> (Luca Giancristofaro)	219
John Keane, <i>Global civil society?</i> (Ramón A. Feenstra)	225

Breus currícula dels autors i autores	229
--	-----

Sociedad civil: una perspectiva crítica

DOMINGO GARCÍA MARZÁ*

RAMÓN A. FEENSTRA*

UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

El concepto de sociedad civil es uno de los conceptos clave de la reflexión política actual acerca del potencial de cambio y transformación social que encierran nuestras sociedades actuales. Se trata de un concepto complejo que pretende dar razón de ámbitos de interacción donde las capacidades de los sujetos para actuar y autoorganizarse no depende directamente del Estado. En este sentido el interés actual por la sociedad civil supone replantear el sentido de muchos de nuestros acuerdos institucionales y, por tanto, de su posible legitimidad, incluido el concepto mismo de democracia. De ahí que su comprensión requiera un acceso multidisciplinar desde enfoques filosóficos, sociológicos, históricos, etc. El número de *Recerca* que ahora presentamos intenta recoger esta pluralidad de perspectivas.

El Departamento de Filosofía y Sociología de la Universitat Jaume I lleva más de diez años trabajando este concepto dentro del programa de doctorado «Ética y Democracia». Fruto de este proceso de investigación nace la colaboración entre los autores que componen este colectivo. Desde la década de los ochenta el concepto de sociedad civil ha ido utilizándose para definir diferentes perspectivas teóricas y también políticas. De ahí la necesidad de una actualización del concepto en las actuales sociedades complejas y globales. Este colectivo pretende dar cuenta de esta actualización, de sus problemas de fundamentación y aplicación. Las diferentes problemáticas que componen este colectivo pertenecen a lo que se ha dado en llamar la segunda generación de escritos sobre sociedad civil.

* Catedrático de Ética de la Universitat Jaume I de Castellón. Director del proyecto de investigación «La dimensión ética del diseño institucional», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y Fondos FEDER [HUM2007-66847-C02-02/FISO]

* Becario de investigación Predoctoral de la Universitat Jaume I de Castellón y miembro del proyecto de investigación «La responsabilidad social de las organizaciones en un marco global: claves ético-filosóficas de una gobernanza cosmopolita» dirigido por Elsa González Esteban (Universitat Jaume I) y financiado por la Fundació Caixa Castelló – Bancaixa / Universitat Jaume I [P1 1A2007-08].

Como no podía ser menos, el primer artículo ha sido realizado por J. Keane, posiblemente el autor que más ha trabajado y reflexionado sobre el concepto de sociedad civil. El Catedrático de Teoría Política de la Universidad de Westminster plantea, siguiendo el conocido esquema de las once tesis que Marx escribe sobre Feuerbach, una serie de argumentos sugerentes y provocativos en los que defiende la necesidad de considerar al mercado y a sus agentes como parte fundamental de la sociedad civil. El autor explora los motivos que han llevado a una amplia cantidad de autores contemporáneos, que Keane califica como puristas, a considerar al mercado como algo ajeno y externo, junto al poder administrativo, a la esfera de la sociedad civil. El autor argumenta contra esta línea de pensamiento y lo hace basándose fundamentalmente en la idea según la cual estas concepciones impiden, por un lado, hacer uso de los mecanismos que brinda el mercado para la consolidación de la sociedad civil, mientras que por otro lado, no son capaces de hacer frente a los problemas y desigualdades que de facto se producen en el mercado.

Domingo García-Marzá plantea una nueva definición de sociedad civil desde una perspectiva crítica, una perspectiva capaz de dar razón tanto de los elementos normativos como de los recursos con los que de hecho funciona la sociedad civil. Tras partir de la difícil relación entre democracia deliberativa y sociedad civil, el autor discute propuestas como las de J. Habermas, M. Kaldor y J. Keane, para proponer desde una hermenéutica crítica un concepto de sociedad civil radical. Desde esta propuesta de comprensión de la sociedad civil y de su potencial de cambio y transformación social y económica, se explica el poder de la sociedad civil desde la idea de los recursos morales, recursos que no dependen de la intervención estatal.

Ramón A. Feenstra plantea en su artículo una revisión sobre los diferentes y variados significados que se le ha atribuido a la idea de la sociedad civil a lo largo de su trayectoria. Para ello analiza una serie de clasificaciones tanto históricas como sistémicas realizadas por los teóricos más significativos de la sociedad civil, y asimismo confronta los principios, los agentes y las metodologías heterogéneas empleados a la hora de pensar la sociedad civil. El propósito principal de dicha revisión consiste en establecer una base mínima sobre la que observar la fundamentación filosófica sobre la que se sustenta en la actualidad la idea de la sociedad civil.

El artículo de Jody Jensen se centra en la reflexión sobre el papel de la sociedad civil global como un actor esencial en las democracias contemporáneas. Para cumplir con tal propósito explora la capacidad potencial que presenta este actor global, pero reflexiona asimismo sobre las condi-

ciones y el contexto que debe acompañar a este actor con tal de poder desarrollar su papel. De este modo argumentará que la capacidad de la sociedad civil global de manejar la diversidad y el conflicto y respaldar debates públicos en múltiples niveles dependerá de una serie de innovaciones en los Estados, los mercados y las sociedades.

Por su parte, Ferenc Miszlivetz examina la evolución del concepto de sociedad civil desde una perspectiva histórica, a partir de los orígenes del término en Europa del Este. A punto de cumplirse los veinte años de la caída del muro de Berlín, el autor muestra diferentes significados que se le han atribuido al concepto y explora el camino de aprendizaje que han seguido las sociedades del Centro y Este de Europa para encontrar formas de autoorganización y defensa de sus valores.

El artículo de Paul Dekker examina por su parte el papel que juegan las asociaciones voluntarias en el ideal de la sociedad civil. Tras una revisión tanto teórica como empírica, el autor cuestiona algunas de las virtudes que frecuentemente se le suponen a las asociaciones voluntarias como el núcleo principal de la sociedad civil, por ejemplo en la generación de confianza y en el desarrollo social. En este sentido, se reivindica, sin olvidar el papel de las asociaciones voluntarias, el papel que desempeñan otras esferas de la sociedad, como la iniciativa ciudadana, la responsabilidad social corporativa, el consumo activo, los grupos informales... en el desarrollo de una sociedad más civilizada. Concluyendo, este autor defiende que los nuevos ideales de la sociedad civil deben reconocer una construcción híbrida de la civilidad.

El artículo de James M. Skelly es una sugerente reflexión sobre el papel de la educación, los educadores y los programas de estudio en el extranjero en la construcción de un concepto de sociedad civil global en las democracias actuales. El autor se muestra crítico con los programas educativos organizados centralmente en torno a los intereses de los Estados nación y el mercado. Sugiere que una de las medidas esenciales para la comprensión global de nuestras democracias consiste en fomentar las estancias en el extranjero de todos los estudiantes y defiende además que los educadores internacionales deben jugar un papel esencial en la creación de una tolerante y abierta sociedad civil global.

Por su parte, Agustín Reyes propone una interesante comparación entre dos elementos básicos de la sociedad civil: los recursos morales y las capacidades de las que disponen los sujetos para desarrollar su libertad. Este último concepto desde el enfoque de las capacidades de A. Sen. Como muestra el autor, ambos conceptos hacen hincapié y al mismo tiempo dependen del carácter dialógico del proceso de determinación de expectati-

vas legítimas y satisfacción conjunta de intereses. Ambos conceptos también destacan la prioridad de la faceta de agente del sujeto y de sus instituciones donde la participación juega un papel esencial, valioso por sí mismo.

Los dos últimos artículos centran su análisis en el terreno más empírico, analizando las posibilidades de concreción del concepto, su fuerza explicativa. Por su parte, Giovanni Navarra realiza un estudio sobre el papel y las posibilidades que ofrecen los nuevos medios de comunicación, en concreto Internet, en la expansión de la capacidad ciudadana para mantener estrechamente vigilado el poder político. En este sentido, analiza el caso concreto de Italia, país donde el control de los medios de comunicación por parte de Silvio Berlusconi no ha impedido el surgimiento de iniciativas en el seno de la sociedad civil.

Finalmente el trabajo realizado por Paula Núñez y Ricardo Fuentes estudia, a través de un análisis empírico de las condiciones de los sectores vulnerables en San Carlos de Bariloche (Argentina), los factores que se requieren para una participación política real de los más desfavorecidos. Los autores analizan el significado de participación y exploran los diversos mecanismos que se promueven desde las instituciones estatales en favor de una mayor participación, unos mecanismos que, sin embargo, no incluyen eficazmente a las clases más vulnerables de Bariloche al no hacer frente a una serie de problemas que han ido prolongándose a lo largo del tiempo. Argumentan que para fomentar dichos mecanismos de participación de forma eficaz no pueden seguir ignorándose algunas cuestiones esenciales, como la desigualdad y las diversas formas de participación existentes.

Once tesis sobre el mercado y la sociedad civil

JOHN KEANE

CENTRE FOR STUDY OF DEMOCRACY (CSD), UNIVERSITY OF WESTMINSTER Y WISSENSCHAFTSZENTRUM BERLIN (WZB)

Traducido por Ramón A. Feenstra

Resumen

El presente artículo¹ constituye una reflexión sobre el concepto de sociedad civil, centrado en el debate sobre la idoneidad de integrar los mercados en dicha concepción. Se presenta un total de once tesis, siguiendo el esquema literario, que no político, de las tesis de Marx sobre Feuerbach, con el propósito de fomentar discusiones originales entre los detractores y defensores de la sociedad civil. A lo largo de estas once tesis se explora el papel que históricamente se le ha atribuido al mercado en la sociedad civil, y se analizan los motivos por los cuales las visiones actuales de la sociedad civil se basan por lo general en concepciones puristas que excluyen al mercado de dicha esfera. A partir de ahí se argumenta contra estas visiones de sociedad civil que se consideran erróneas por motivos tanto conceptuales como por errores de carácter estratégico. Finalmente, se defiende la necesidad de interpretar el mundo de un nuevo modo y formular nuevas propuestas de cómo los mercados pueden hoy en día ser re-incrustados en la sociedad civil con tal de fomentar la libertad y la igualdad entendidos en términos complejos.

Palabras clave: sociedad civil, mercados, igualdad compleja, democracia.

Abstract

This article reflects on the concept of civil society with a focus on the debate over the appropriateness of incorporating markets into its conceptualisation. Eleven theses are presented following the literary, not political, style of Marx's theses on Feuerbach, aimed to trigger original discussions between the critics and defenders of civil society. Through

¹ Inspirado mucho más por el estilo literario que por el pensamiento político de Karl Marx en las famosas tesis sobre Feuerbach, completadas en Bruselas en marzo de 1845 y publicadas posteriormente con alguna revisión de Friedrich Engels, «Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie» *Die Neue Zeit*, 4/5 (1886), estos comentarios fueron presentados por primera vez para la conferencia, «Mercados y Sociedad Civil» en el *European Civil Society Network (CiSo-Net)* 25 junio 2004, Madrid. Estas tesis son deliberadamente cortas y conjeturales, presentadas con propósito provocativo. El principal objetivo de este artículo consiste en fomentar agitadas discusiones de carácter original entre los defensores y escépticos de la sociedad civil, respecto los límites del pensamiento parcial sobre el mercado y las contradicciones e injusticias de las políticas ortodoxas neoliberales, que caracterizan hoy día numerosos países, marcos regionales e instituciones globales. Me gustaría agradecer por la crítica a versiones previas a Helmut Anheier, Daniel Greenwood, Jürgen Kocka, Andrew McVey y Víctor Pérez-Díaz.

these eleven theses, the article explores the role historically attributed to the market in civil society, and analyses the reasons why current visions of civil society are generally based on purist conceptions that exclude the market from this sphere. From this point, arguments are made against these visions of civil society, considered to be mistaken for both conceptual motives and strategic-type errors. Finally, the paper defends the need to find a new way of interpreting the world and to formulate new proposals about how markets can be re-embedded in civil society so as to promote the freedom and equality understood in complex terms.

Key words: civil society, markets, complex equality, democracy.

1. La centralidad de los mercados

Durante la modernización del concepto sociedad civil que tuvo lugar en la región Atlántica entre 1776 y 1848, todo analista político sobre la producción e intercambio de bienes consideraba al mercado como un principio constitutivo de la sociedad civil. Algunos alababan, otros criticaban y algunos otros permanecían ambivalentes respecto el mercado y su ética del individualismo posesivo. Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones* (1776) admiraba por lo general el empuje civilizador del mercado, aunque (en el libro 5) lamentaba el declive del espíritu marcial, la pauperización y la estupidez adormeciente, todo ello producido por la gran maquinaria del comercio y del intercambio. Tomas Paine en *Sentido Común* (1776) escribía positivamente respecto la empresa y la riqueza de la «sociedad civilizada» y el *doux commerce* de los americanos que lucharon frente al imperio británico; aunque más tarde (en *Justicia Agraria*, 1797) propuso establecer un sistema de corrección de mercado, pagado a través de los impuestos sobre la herencia, con tal de asistir a los recién casados, a los enfermos y a los ancianos.

Fue más tarde Hegel quien percibió el carácter agitado del mercado – las sociedades civiles fueron vistas como invenciones modernas en las cuales el *Bürgerstand* perturba y revoluciona permanentemente las necesidades sociales, produciendo una «multitud de pobres». Esta línea de pensamiento sobre la sociedad civil preparó el terreno para la crítica moderna más feroz de *bürgerliche Gesellschaft*: el ataque de Marx a la sociedad civil como una sociedad burguesa paralizante dominada por la despiadada lógica de la producción de bienes e intercambio (Marx, 1845/6). Estas diferentes percepciones sobre la sociedad civil tuvieron importantes repercusiones políticas durante el inicial interés moderno en la sociedad civil. Pero véase el acuerdo dentro del desacuerdo; sin

ninguna excepción todos los pensadores percibían el capital, la inversión, el intercambio, la producción y el consumo de mercancías –las fuerzas y las relaciones de producción, mediadas por la naturaleza– como una característica constitutiva, un motor dinámico de la sociedad civil.

2. Sociedad civil purista

En nuestros tiempos, en llamativo contraste, prácticamente todos los pensadores de la sociedad civil dejan de lado o ignoran el mercado, predominando una especie de visión purista de la sociedad civil, que es tratada como una zona libre del mercado. Esta sociedad civil comprende un espacio no gubernamental de asociaciones en los que una pluralidad de individuos, grupos, organizaciones, iniciativas civiles y movimientos sociales cultivan virtudes tales como: comunicación, solidaridad, apertura, tolerancia a la diferencia, no violencia y el anhelo de la libertad con justicia. Se dice que la sociedad civil –en contraste con mercados impulsados por el dinero y protegidos por la ley– es estructurada por el «reconocimiento mutuo» o por la «autonomía», el «espacio público», el «pluralismo» incluso por normas de una «especie de comunidad universalizable» marcada por «prácticas interrelacionadas como civilidad, igualdad, crítica y respeto» (Alexander, 1998).

En algunos planteamientos le ha sido asignado a la sociedad civil el rol histórico, como heredero del proletariado, como si de un sujeto-objeto universal se tratara. La sociedad civil es percibida como la protección de los ciudadanos tanto frente a los estragos de los mercados, encaminados hacia el beneficio, como frente al poder gubernamental. Este «tercer sector» o «tercera fuerza» es un espacio de resistencia frente a la «colonización» (Habermas, 1982), un enclave en el cual son nutridos los ideales republicanos de la revolución francesa (*liberté, égalité, fraternité*). Una versión extrema de esta comprensión de la sociedad civil como una base liberada desde la cual los poderes despóticos del mercado y del gobierno pueden ser retados y políticamente vencidos, es la obra *Imperio* de Michael Hardt y Antonio Negri (2000): donde una sociedad civil mundial es capaz de librar una batalla revolucionaria para gozo del comunismo, concebida como una hija dialéctica del biocapitalismo en búsqueda del dominio global.

3. Explicaciones

¿Cómo y por qué se ha producido el divorcio analítico entre mercados y sociedad civil? El cambio ha venido determinado por una diversidad de presiones. El entendimiento de la sociedad civil como un refugio de solidaridad comunicativa en un mundo inhumano de estados con mercados organizados ha encontrado en alguna ocasión (como en Japón y América Latina) su inspiración en políticas neogramscianas. También jugaron un papel destacado los intentos postmodernos de definir el «poder de los sin poder» (Havel, 1985) en oposición a la omnipresente dominación tecnológica de las formas modernas de poder, como también lo hizo (en el caso de Havel) la simple ignorancia de la política económica, más una cierta medida del desfasado desprecio *bourgeois* por hacer dinero. La postura de la sociedad civil purista ha sido reforzada, a su vez, por importantes esfuerzos prácticos de un «voluntario» o «tercer» sector por promover justicia social frente a las políticas gubernamentales de comercialización, y por varios proyectos de investigación que suponen que la sociedad civil es equivalente al tercer sector (Salamon y Anheier, 1997). La conclusión por la cual la sociedad civil y el mercado son opuestos, se ha visto reforzada por el simple hecho de que numerosas llamativas iniciativas cívicas de las pasadas dos décadas, tales como Greenpeace, Emergency, Transparencia Internacional o el Foro Social Mundial, han buscado, evidentemente, no sólo frenar la violencia de los estados, los ejércitos y *gánsters* sino también publicar malas conductas corporativas e injusticias del mercado.

4. Neoliberalismo

Las percepciones puristas de la sociedad civil han sido profundamente modeladas por el colapso de la economía política y el ascenso de los economistas neoliberales. Aunque guiados por buenas intenciones y estructurados por una amplia variedad de motivos, la mayoría de las percepciones de la sociedad civil han absorbido, como una esponja, presunciones del mercado. Algunas versiones intelectuales de la sociedad civil se han convertido con sus razonamientos en cómplices serviciales del neoliberalismo y de su fetichista defensa del mercado (Green, 1993). Cuando esto sucede, hablar de la sociedad civil adopta una postura resignada: se dice que es obligatoria una fuerte confianza en los mercados si se pretende prevenir la tiranía política.

En la mayoría de los demás casos, los críticos de la incorporación del mercado en la noción de sociedad civil han absorbido tácitamente pensa-

mientos de mercado, a menudo por error. Presuponen que el mercado y la sociedad civil son estructurados por lógicas mutuamente excluyentes. Los mercados, lubricados por el dinero, son interpretados como sinónimos de una mercantilización de la naturaleza, de las personas y de los objetos. Las economías de mercado están, por este motivo, inevitablemente desconectadas de –y en malos términos– las relaciones sociales y políticas. Siendo así, los defensores de la sociedad civil se han creado para sí mismos tres opciones prácticas: defender las felices islas de la sociedad civil frente a las naves beligerantes del inabarcable mercado; llamar al *deus ex machina* del gobierno para rescatar la sociedad civil de las «garras» del mercado; o liberar a la sociedad civil de la opresión del mercado enfrentándose a éste mediante el debilitamiento o la completa abolición de la producción de materias primas, el intercambio y el consumo.

5. Puntos ciegos

Las visiones puristas de sociedad civil sufren de un desmedido fariseísmo, provocando confusiones y cegueras políticas. En primer lugar, los intentos puristas de separar mercados y sociedad civil son erróneos desde consideraciones descriptivas y empírico-analíticas. Es un hecho que todos los mercados conocidos, tanto del pasado como del presente, son relaciones de inversión, producción, intercambio y consumo no gubernamentales, mediados por la naturaleza y el dinero. En los que compradores y vendedores están constituidos, obligados y limitados por normas sociales lingüísticamente mediadas que se suman a obligaciones que gobiernan el comportamiento de todos los actores del mercado. Sin importar cuán dependientes sean los actores de la sociedad civil respecto a los presupuestos, el dinero, los informes financieros y la publicidad, estas normas sociales lingüísticamente mediadas se dan dentro de las relaciones de mercado, y no en algún lugar externo.

La introducción de los mercados en una maraña de relaciones sociales está en gran concordancia con la temprana observación moderna, según la cual las sociedades civiles están diferenciadas en complejos modos no sólo por una multiplicidad de normas no gubernamentales: intimidad y amistad, debate público y conversación social, maneras de diversión y ritos de paso que tienen que ver con el nacimiento, el matrimonio, la procreación y la muerte, sino también por las normas del dinero, la propiedad, la producción, el intercambio y el consumo. Pensadores desde Smith y Paine hasta Tocqueville comprendieron bien que la propensión hacia el trato, el

trueque y el intercambio de un objeto por otro está coestructurado y co-determinado por otras normas de interacción social. Los mercados requieren de estas normas sociales para poder funcionar. Sin sociedad civil no hay mercados (como nos enseñan los modelos comunistas de China y la Unión Soviética), pero la norma inversa también es aplicable: sin mercados, no hay sociedad civil (como nos muestran casos tan diferentes como *Solidarno* y Pol Pot en Camboya). El matrimonio entre mercados y otras instituciones de la sociedad civil puede ser (y frecuentemente lo es) infeliz, pero para la supervivencia mutua su divorcio está prohibido.

6. Efectos civilizadores

Ciertos hábitos y normas sociales centrales son comunes a *The Market Experience* (Robert E. Lane, 1991) y otras instituciones de la sociedad civil. El proceso de mercado de producción, compra y venta de mercancías no sólo necesitan estar incrustados en un *habitus* social anclado en el trabajo no remunerado de los hogares. Los mercados también tienen una serie de efectos civilizadores (como incluso el propio Marx percibió al analizar la «socialización de la producción» bajo la condiciones capitalistas). Las sociedades civiles y sus procesos de mercado necesitan funcionalmente de la no-violencia; del dinero y la capacidad de calcular el beneficio; de la auto-moderación de los actores y su cuidadosamente definido amor propio (de otra manera conocido como simpatía); y de un sentido prosaico de responsabilidad por sus propias acciones, así como la expectativa de tener que pagar por los errores (Pérez Díaz, 2004). Asimismo, ni la sociedad civil ni los mercados pueden funcionar sin fomentar el cultivo de la habilidad de los actores de negociar con extraños (como en acuerdos empresariales), confiar en otros, y de crear sentido conjuntamente (como en la formación de identidad social que da lugar a través del consumo de mercancías impulsado por la publicidad). Las sociedades civiles están marcadas por una firme impersonalidad: el extraño es una figura común para los mercados y todas las demás instituciones de la sociedad civil. Las sociedades civiles llevan a cabo una separación entre objetos y personas (Mauss, 1966); el dinero permite la posesión y el intercambio a larga distancia, por lo que (piensa en la *Alegoría del comercio* de Francisco Goya) los mercados amplían las relaciones espaciales, haciendo posible la transición de *Gemeinschaft* a *Gesellschaft*. Los mercados y otras instituciones de la sociedad civil son precondiciones básicas de la extensión del ámbito espacial y temporal de la personalidad individual y la cooperación.

7. Mercancías ficticias

La inquebrantable dependencia entre los mercados capitalistas y otras instituciones de la sociedad civil pone de relieve el hecho de que el trabajo es «una mercancía» ficticia (Polanyi, 1945). La fuerza de trabajo no puede vivir con el dualismo entre mercado y sociedad civil. Si bien el trabajo es organizado en los mercados de las economías capitalistas contemporáneas como una mercancía, éste no es producido para la venta y no puede ser considerado como una pura mercancía. El concepto de trabajo es sólo otro nombre para un tipo de actividad social que es inseparable, en última instancia, de otros seis tipos de instituciones de la sociedad civil, que se encuentran integrados y combinados de forma variada:

- formas de producción no mercantiles dentro de los hogares, grupos voluntarios y caritativos y otras actividades de «economía paralela»;
- formas de *diversión*, en las que la gente invierte, al menos, algunas horas de su tiempo libre en actividades tales como deporte, viajar, turismo y *hobbys*;
- las (frecuentemente superpuestas) organizaciones de eventos artísticos y de entretenimiento, que incluyen galerías, cines, música, clubes de baile, teatros, pubs, restaurantes y cafeterías;
- el cultivo de intimidad a través de las amistades y los espacios familiares de cooperación, experimentación sexual, procreación y el abrigo social de los niños y adultos;
- medios de comunicación no gubernamentales, como periódicos, revistas, tiendas de libros, *cibers*, estudios de televisión y estaciones de radio comunitarias; y finalmente,
- instituciones para la creación y definición de lo sagrado, incluyendo cementerios, lugares de ceremonias religiosas, monumentos y emplazamientos de importancia histórica.

Estos diversos tipos de organizaciones sociales no mercantiles son precondiciones imprescindibles de la fuerza de trabajo. En algunas ocasiones son descritos mediante términos como «capital social», «capital cultural» y «capital humano», pero es engañoso suponer que los trabajadores son meros adjuntos de las fuerzas del mercado. Cualquiera que sea el posicionamiento sobre el modelo Hitachi de vida corporativa —en el cual los trabajadores son obligados a socializarse con otros miembros del trabajo a través de organizaciones y clubes corporativos— este conduce al punto esencial: la fuerza de trabajo depende, para su existencia, de los ecosiste-

mas sociales de la sociedad civil. Los empleados no pueden ser reducidos a un proceso de producción de mercancías, intercambio y consumo racionalmente calculados. Es cierto que sus vidas pueden ser más o menos saturadas por los medios de comunicación, más o menos religiosas y –ciertamente– más o menos mercantilmente dominadas. Pero, solamente a través del sociocidio (*sociocide*), es decir, a través del colapso del tejido social, pueden convertirse plenamente a las sociedades civiles en mercados capitalistas, en algo semejante a una fábrica, una bolsa de valores o a un centro comercial, impulsadas por la avaricia. Despojada la sociedad civil de su protección y reducido su estatus a un mero factor de producción, los actores sociales morirían de sobreexposición social. Según Polanyi (1945: 78-79):

Permitir a los mecanismos de mercado ser el único director del destino de los seres humanos y su entorno natural [...] conllevaría a la demolición de la sociedad. Puesto que esta presunta mercancía, la «fuerza de trabajo», no puede ser empujada, usada indiscriminadamente, o dejada sin usar, sin afectar también al humano individual quien resulta ser el portador de esta particular mercancía.

8. Cuestiones de estrategia

Percepciones puristas de la sociedad civil también son erróneas desde la base estratégica. Si el problema político consiste en limitar los mercados o abolirlos por completo, o simplemente llegar a una tregua entre las dos esferas, con o sin la ayuda de los gobiernos, entonces estrictamente hablando los actores de la sociedad civil no pueden emplear los métodos del mercado. El dinero o los medios y formas de producción no pueden ser empleados en defensa de la sociedad civil, puesto que ello implicaría una contradicción en métodos y espíritu. Es de suponer que los sindicatos pueden ser organizados, pero solamente a las afueras de las oficinas, fábricas y supermercados.

Según los puristas, la sociedad civil acoge con agrado una vuelta a Aristóteles, para quien la orientación del intercambio en búsqueda de beneficio es antinatural. Esta línea de pensamiento implica malas noticias no sólo para los sindicatos, sino también para iniciativas como Amnistía, Emergency, Greenpeace, o *Human Rights Watch*. Estos no son simplemente «asociaciones voluntarias» sino sofisticadas redes que emplean campañas comerciales. Hay más malas noticias: visto desde el punto de vista del mercado, la simpatía de empresarios y comercios hacia la filantropía y la responsabilidad social

corporativa sufren de una *jinconsciencia de clase!* Es como si fueran víctimas de un trastorno que les impide actuar como los capitalistas que supuestamente deben ser: como el avaricioso capitán holandés que arriesga todo conduciendo su barco a través del fuego del infierno. Por supuesto que algunos capitalistas –traficantes de niños para la prostitución, drogas duras, armamentos de guerra– sí que operan de esa manera imprudente y autointeresada. Pero no todos actúan así. En «economía de la atención» (Davenport y Beck, 2001) algunos capitalistas entienden correctamente la vital necesidad de nutrir las condiciones sociales de los cuales dependen sus negocios –y actúan así reconociendo la fundamental distinción entre las «leyes de Producción» y las contingentes pautas de riqueza e ingresos que están determinados políticamente por las «leyes de Distribución» (J. S. Mill, 1864: 17-42).

9. Efectos incivilizadores de los mercados

Finalmente, las percepciones puristas de la sociedad civil, entendidas como una norma deseable pero todavía no alcanzada, son paralizadas por la fuerza y dinamismo de los mercados. Los defensores de la sociedad civil pueden apelar a virtudes tales como la civilidad, el reconocimiento mutuo y la solidaridad social. Pueden y consiguen moralizar contra el mercado. Pero al creer en el sagrado dualismo entre mercados y sociedad civil están obligados por ello a respetar los mercados y su lógica distintiva. El mercado es visto, necesariamente, como un dominio en busca del beneficio, estructurado por el riesgo y la producción de mercancías y el intercambio, empleando la naturaleza como recurso. De ello se deduce que aquellos que ejercen poder dentro de los mercados deben estar permitidos a seguir adelante con sus negocios como de costumbre. Esta estipulación no sería problemática si los mercados fueran siempre y en cualquier lugar «socialmente amigables».

Desafortunadamente, este no suele ser el caso. A pesar de todos sus efectos socializadores –von Hayek (1976 vol. 2: 108-109) habla incluso de «catálisis» de mercados (del verbo griego *Katallatein*, «intercambiar», pero también «admisión dentro de una comunidad» y «cambiar de enemigo a amigo»)– los mercados, estropean regularmente la interacción social. Provocan competencia social y (como consecuencia de que alguien debe perder) reducen el pluralismo social; y destrozan además la búsqueda en favor de la igualdad social. Los tan alabados efectos civilizadores de los mercados son restringidos, negados como consecuencia de los efectos *inciviles*. Los defensores de la sociedad civil deberían estremecerse ante su presencia.

10. Fracasos del mercado

¿Por qué amenazan los mercados a la sociedad civil desde dentro? Las teorías contemporáneas de sociedad civil necesitan visitar –y revisar– las teorías clásicas sobre los fracasos de los mercados, que formaron parte de prácticamente todas las concepciones modernas de sociedad civil hasta hace poco tiempo. Los ejemplos incluyen: la teoría de la alienación, con su crítica hacia la división moderna de trabajo y la visión contrafáctica de un mundo en el cual los humanos podían cazar por la mañana, pescar por la tarde y disfrutar de discusiones críticas y educadas tras la cena (Marx, 1845/46); y (a partir de los inicios del siglo XIX) el ataque a los mercados como fuentes de desigualdad y dominación de clase (Hall, 1805).

Las críticas más recientes lanzadas sobre los mercados se han concentrado en «externalidades»: las actividades de las empresas son acusadas de producir efectos imprevistos, «males públicos» tales como contaminación y el sobrecrecimiento urbano, que no figuran en los costes o beneficios asociados a la firma. También ha habido mucha reflexión sobre las tendencias de crisis de los mercados: por ejemplo, los convulsos y anárquicos periodos causados por la caída de los índices de beneficio y los antagonismos de clase; su tendencia a promover el bajo consumo o el consumo insatisfactorio; la propensión de las empresas a causar desempleo, por no realizar inversiones arriesgadas, privilegiando su propio capital. Y la tendencia de los mercados a avivar tormentas sociales destructivas a través de la innovación tecnológica.

Estas y otras consideraciones sobre los fracasos de los mercados merecen ser reconsideradas. Algunas críticas hacia los mercados, como la romántica teorización sobre la alienación y el auténtico *yo*, son inverosímiles y deben ser rechazadas por la perspectiva de la sociedad civil. Sin embargo, otros análisis –como el énfasis sobre el «poder extractivo» dentro de los mercados (C.B. Macpherson, 1973) y las desigualdades producidas por el hecho de que en la competencia de mercado siempre existen perdedores– siguen siendo importantes. Tomando como ejemplo los Estados Unidos, a pesar de su vibrante sociedad civil, esta viene marcada por el hecho de que el 1% de los hogares disfruta del 38% de la riqueza nacional, mientras que el 80% de los hogares menos favorecidos sólo posee el 17% de la riqueza nacional. Estos datos sugieren que los mercados no son descriptibles en términos de una feliz eficiencia de Pareto; los mercados pueden ser, y a menudo son, «prision-

nes» de impotencia y protectores del capital muerto (De Soto, 2000) que ahoga la operación de los así llamados *trickle down effects*.²

Esta es la razón por la cual se requieren urgentemente nuevas visiones sobre la tendencia autoparalizante de los mercados. Hoy en día, han aparecido nuevos argumentos con el objetivo de explicar los motivos del mal funcionamiento de los mercados. Por ejemplo, los inmensos actores del mercado han tendido frecuentemente a manipular la información local en su propio interés, hasta el punto en el que «megaproyectos» corporativos (Flyvbjerg, 2003) distorsionan tanto la información que provoca como resultado un masivo coste por errores de cálculo y proyectos que nunca son finalizados a tiempo. En tales casos, el autoajuste desencadenado por los fracasos del mercado no se aplica hacia los actores corporativos. Resulta que la pretensión Hakeyana, según la cual los mercados ofrecen un conjunto efectivo de funciones interrelacionadas y coordinadas bajo condiciones de complejidad, en el que lo positivo de los mercados es que estos son mecanismos descentralizados para incorporar y procesar información local dentro de resultados productivos y distributivos en gran escala, es incierta o, al menos, altamente exagerada (Hayek, 1966).

Un segundo ejemplo de pensamiento innovador es: debido a que los modernos mercados dirigidos a la conquista de la naturaleza han ido demasiado lejos, las sociedades civiles contemporáneas están comprendiendo, por primera vez, a través de la autorreflexión su codependencia frente a, y localizada dentro de, la biosfera. Las sociedades civiles desnaturalizan el proyecto moderno de dominar la naturaleza. Demuestran que también la naturaleza es una mercancía ficticia, y así exponen de manera lenta pero segura el fundamentalismo inherente en la defensa de la «eficiencia» de los mercados que empezó a finales del siglo XIX con los trabajos de Leon Walras y otros. No deberían ser confiadas a los mercados la tarea de asegurar el mejor uso posible de los recursos en el contexto de posibles usos alternativos por medio de lo que ha sido llamado *tatonnement* (tanteo), proceso a través del cual los precios son torpemente ajustados en respuesta al exceso de demanda o suministros (Walras, 1954). En nombre de la «eficiencia», hay numerosas evidencias, algunas de ellas alarmantes, de que los mercados pueden, y de hecho suelen, ensuciar permanentemente las redes de nuestra biosfera. De ahí las emergentes batallas sobre la responsabilidad

2 Nota del traductor: *the trickle down effects* (efectos filtrados desde arriba) hace referencia a una argumentación política y económica según la cual el crecimiento económico de los ricos es favorable para los más desfavorecidos porque dicho beneficio añadido será eventualmente filtrado hacia las clases medias y bajas.

corporativa por la biosimplificación, el deshielo de los polos y los probables efectos contaminadores de la nanotecnología.

11. ¿Pueden los mercados ser socializados?

La decimonónica visión comunista, socialista y anarcosindicalista de la abolición del mercado está muerta. Ha fracasado. Se ha arruinado a sí misma por una orgía de desmesurada violencia y despotismo. La utopía de abolir los mercados ha resultado ser desastrosa (como *Democracia y sociedad civil* trata de mostrar, 1998) tanto por confiar en que el estado absorbiera el intercambio con la naturaleza (como Hayek predijo en *Caminos hacia la servidumbre*, 1944), como por pensar en la abolición del derecho y del gobierno fraguando la armonía social a través de la solidaridad de los productores colectivos (autogestión).

De una forma u otra, se suponía que la sociedad civil iba a convertirse en una mera memoria, una desagradable experiencia del pasado. Pero, teniendo en cuenta las insensateces y crueldades asociadas con los esfuerzos pasados de abolir la sociedad civil, y que también la confianza ciega en la arrogancia de las políticas centradas en el mercado debe ser rechazada, ¿cómo pueden las teorías normativas de la sociedad civil encontrar un nuevo camino? ¿Quién, o qué, es el heredero del proyecto socialista y anarcocomunista que trataba de reducir el control de los mercados sobre la vida de las personas? ¿Cómo pueden los mercados ser reincrustados en el mosaico de relaciones sociales garantizadas legalmente que nosotros denominamos sociedad civil, de forma que nos traiga una mejor libertad e igualdad (entendida en términos nuevos y complejos) dentro de nuestro mundo, en una escala global?

Concretamente, ¿qué significa en la actualidad la visión moral de la economía (E. P. Thompson, 1971) del siglo XVIII? ¿Qué reclamos sustituirán en el futuro a las planteadas en el siglo XIX en defensa de ocho horas de trabajo, ocho de ocio y ocho de descanso? ¿Es el capitalismo cívico (O'Neill, 2004) una norma plausible y políticamente legítima? ¿Es factible en los países democráticos seguir unas políticas de *noblesse oblige* –una política que trate de seducir, amenazar e imponer legalmente a los negocios a ser conscientes de, y cumplir con, sus responsabilidades en una escala global? ¿Cómo pueden las actuales sociedades civiles frenar la marcha del fundamentalismo del mercado? ¿Por medio de modestos esfuerzos para reforzar los derechos de los accionistas y de los *stakeholders*? ¿A través de consejos de trabajo, la extensión de los derechos de los sindicatos, o la inclu-

sión sistemática de los hogares dentro de las políticas del mercado laboral? ¿Cómo de factibles son los esquemas orientados a las necesidades sociales de las mujeres, a la reducción del tiempo de trabajo y a las nuevas formas de producción y consumo que no destruyan la biosfera? ¿Pueden áreas enteras de la sociedad civil ser activamente desmercantilizadas a través de la prohibición de la publicidad, o a través de proyectos concertados, de medios de comunicación públicos o de nuevos tipos de consumo ciudadano? ¿Requiere la supervivencia de la sociedad civil global la cancelación de las deudas de los países pobres, su representación justa en instituciones globales, o un impuesto global por beneficios corporativos? ¿Es necesaria la defensa de nuevas formas de ciudadanía, tales como el derecho legal a una excedencia decente por maternidad/paternidad, un adecuado cuidado de los ancianos, y un ingreso básico por ciudadanía, con tal de hacer más humilde el poder corporativo? ¿Cómo de importantes son las políticas que acogen justicia intergeneracional, por ejemplo a través de empoderar a los niños, los participantes de la sociedad civil más vulnerables respecto a las fuerzas del mercado?

Solamente por razones tácticas, estas y otras preocupaciones no pueden ser abiertamente descritas como elementos de una amplia visión «postcapitalista» o «socialista» de la sociedad civil. En la era del turbo-capitalismo, el neoliberalismo y políticas de Tercera Vía, toda discusión sobre el socialismo parece públicamente prohibida. Estos son tiempos en los cuales el antiguo sarcasmo de Rousseau (1817) tiene una extraña relevancia nueva: «las sociedades han asumido su forma final: ya nada cambia sino es por las armas y el dinero». Siendo eso así, ¿cómo se podría mantener vivo y nutrir el antiguo proyecto de socializar los mercados y convertir las sociedades civiles más iguales, más abiertas, y más civiles, durante los próximos años? La clave no consiste únicamente en cambiar el mundo, sino también en interpretarlo de un modo nuevo. Antiguas respuestas necesitan ser replanteadas, frescas preguntas precisan ser formuladas y un nuevo énfasis debe darse a las sabias palabras de William Morris (1896): «(la gente) lucha y pierde la batalla, y el objetivo por el cual lucharon ocurre a pesar de la derrota, y cuando llega resulta que no es lo que pretendían y otra gente debe luchar por lo que ellos defendieron bajo otro nombre».

Bibliografía

ALEXANDER, J. C. (1998): «Introduction», *Real Civil Societies. Dilemmas of Institutionalization*, Newbury Park, Ca, Sage.

- DAVENPORT, T. H. y J. C. BECK (2001): *The Attention Economy*, Boston, Mass, Harvard Business School Press.
- FLYVBJERG, B. (2003): *Megaprojects and Risk: An Anatomy of Ambition*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- GREEN, D. (1993): *Reinventing Civil Society, the Rediscovery of Welfare Without Politics*, Londres, Institute of Economic Affairs.
- HABERMAS, J. (1982): *Theorie des kommunikativen Handelns*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, vol. 2.
- HALL, C. (1805): *The Effects of Civilization on the People in European States*, Londres, Gilpin.
- HARDT, M. y A. NEGRI (2000): *Empire*, Cambridge, Mass., y Londres, Harvard University Press.
- HAVEL, V. (1985): *The Power of the Powerless*, KEANE, J. (ed.), London, Hutchinson.
- HAYEK, F. A. (1966): «Dr. Bernard Mandeville», *Lecture on A Master Mind*, Londres, British Academy.
- (1944): *The Road to Serfdom*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- HEGEL, G. W. F. (1821): *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Fráncfort del Meno, 1976.
- KEANE, J. (2003): *Global Civil Society?*, Londres y Nueva York, Cambridge University Press.
- (1988 [1998]): *Democracy and Civil Society*, Londres y Nueva York, Verso.
- (ed.) (1988 [1998]): *Civil Society and the State: New European Perspectives*, Londres y Nueva York, Verso.
- KEYNES, J. M. (1936): *General Theory of Employment, Interest and Money*, en *Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 7, in MOGGRIDGE, D. (ed.) (1973): Londres, Macmillan for the Royal Economic Society.
- LANE, R. E. (2000): *The Loss of Happiness in Market Democracies*, New Haven, Yale University Press.
- (1991): *The Market Experience*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- MACPHERSON, C. B. (1973): «Problems of a Non-market Theory of Democracy», *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Oxford, Clarendon Press.
- MARX, K. (1843): «On the Jewish Question», en *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, edited EASTONL, D. and K. H. GUDDAT, Garden City, Doubleday and Company; primera publicación en *Deutsch-französische Jahrbücher* (febrero 1844), pp. 182-214.
- MARX, K. and F. ENGELS (1845-46): «The German Ideology» en *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, editado por EASTONL, D. y K. H. GUDDAT, Garden City, Doubleday and Company.

- MAUSS, M. (1966): *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, Londres, Cohen and West.
- MILL, J. S. (1864): *Principles of Political Economy*, 2 volúmenes, Nueva York, D. Appleton and Company.
- MORRIS, W. (1896): *A Dream of John Ball and a King's Lesson*, Londres y Nueva York, Longmans, Green and Company.
- OFFE, C. (1985): «The Political Economy of the Labour Market», en *Disorganised Capitalism*, KEANE, J. (ed.), Oxford, Polity Press.
- O'NEILL, J. (2004): *Civic Capitalism: The State of Childhood*, Toronto, University of Toronto Press.
- PAINÉ, T. (1797): *Agrarian Justice Opposed to Agrarian Law, and to Agrarian Monopoly* (Londres); primera publicación como *Thomas Payne, à la Législature et au Directoire, ou la justice agraire opposée à la loi et aux privileges agraires*, París.
- (1776): *Common Sense: On the Origin and Design of Government in General, with Concise Remarks on the English Constitution*, Filadelfia, R. Bell.
- PÉREZ-DÍAZ, V. (2004): «Markets as Social Conversations», *Analistas Socio-Políticos*, Madrid.
- POLANYI, K. (1945): *Origins of Our Time. The Great Transformation*, Londres, Victor Gollancz.
- ROUSSEAU, J. J. (1817): *Essai sur l'origine des langues*, París, A. Belin.
- SALAMON, L. M. and H. K. ANHEIER, (1997): *Defining the Nonprofit Sector: A Cross-National Analysis*, Manchester; Manchester University Press.
- SIMMEL, G. (1903): «Die Grosstadt und das Geistesleben», *Die Grosstadt. Jahrbuch der Gebe-Stiftung* 9.
- SMITH, A. (1776): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. Edwin Cannan, Chicago, University of Chicago Press.
- DE SOTO, H. (2000): *The Mystery of Capital: Why Capitalism Triumphs in the West and Fails Everywhere Else*, Nueva York, Basic Books.
- THOMPSON, E. P. (1971): «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present* 50, pp. 76-136.
- WALRAS, L. (1954): *Elements of Pure Economics*, Londres, George Allen and Unwin.

Sociedad civil: una concepción radical

DOMINGO GARCÍA MARZÁ
UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

Resumen

El presente trabajo¹ tiene como objetivos presentar un concepto de sociedad civil desde una perspectiva crítica, una perspectiva que pueda dar razón del potencial de cambio y transformación social que encierra este ámbito de la interacción social. Con este fin, se adentra en primer lugar en la difícil relación entre democracia y sociedad civil, analizándola desde el paso de las democracias participativas a las democracias deliberativas. El carácter global de la sociedad civil y los problemas de realización práctica nos conducen, en segundo lugar, a la discusión de la propuesta de autores como J. Habermas y M. Kaldor, destacando las insuficiencias de sus respectivos enfoques. A continuación, y en discusión con los trabajos de J. Keane, se presenta una propuesta de definición y fundamentación del concepto de sociedad civil apoyado en una hermenéutica crítica, capaz de justificar su núcleo moral como ética de la sociedad civil y, al mismo tiempo, de sus posibilidades reales de aplicación. Por último, se propone el concepto de recursos morales para reconstruir las características básicas que definen a los recursos propios de la sociedad civil.

Palabras clave: democracia deliberativa, sociedad civil global, perspectiva crítica, hermenéutica crítica, diseño institucional, recursos morales.

Abstract

The objective of this paper is to present a concept of civil society from a critical perspective that can explain the potential for change and social transformation encompassed within this sphere of social interaction. To this end, we first explore the difficult relationship between democracy and civil society, through an analysis of the shift from participative to deliberative democracy. The global character of civil society and the problems of its practical achievement lead us, in a second stage, to discuss proposals from authors such as J. Habermas and M. Kaldor, and to uncover the inadequacies of their respective approaches. This is followed by a proposal, arising from debate on the works of J. Keane, in which the concept of civil society is defined and grounded –based on a critical hermeneutic– that is capable of justifying its moral core as the ethics of civil society and at the same time, justifying its real possibilities for application. Finally, the concept of

¹ Este trabajo ha sido desarrollado dentro del proyecto de investigación «La dimensión ética del diseño institucional», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y Fondos FEDER [HUM2007-66847-C02-02/FIS0].

moral resources is proposed to reconstruct the basic characteristics that define the resources characteristic of civil society.

Key words: deliberative democracy, global civil society, critical perspective, critical hermeneutics, institutional design, moral resources.

1. Democracia deliberativa y sociedad civil: un encuentro difícil

En su reflexión sobre la justicia, la filosofía política ha venido centrandó su análisis en el estado como institución central de todo orden social y político. Tanto es así que en la discusión actual sobre la democracia, si bien aparece la sociedad civil siempre lo hace como complemento o, dado el caso, contrapeso de las instituciones políticas que conforman el estado democrático de derecho. La filosofía política ha trabajado como si el estado fuera el único conjunto institucional que merece la pena considerar, como si tuviera la exclusividad en la producción y reproducción del poder.

De esta forma, la sociedad civil por sí misma, sus potencialidades críticas de cambio y transformación social, sus propios recursos, a los que nos referiremos en este trabajo como recursos morales, se vuelven invisibles para la reflexión sobre la democracia. Las posibilidades de implementación de las exigencias morales se reducen así al derecho y la legitimidad que requieren todo tipo de instituciones se convierte en una pretensión de validez que comienza y acaba con la regulación jurídico-administrativa. Habermas es de esta opinión cuando afirma: «pues en las sociedades complejas la moral sólo puede tener efectividad allende el ámbito de lo próximo si queda traducida al código con que funciona el derecho» (1998: 175). Las posibilidades de intervención, de coordinación de la acción que nos permite nuestro saber moral, nuestra capacidad de actuar siguiendo valores y normas morales, desaparece de la teoría democrática. Este olvido persiste, incluso, en aquellas teorías que sí dan razón de sus presupuestos morales. Este es el caso de las teorías democráticas que se apoyan en la ética discursiva. Veamos en qué sentido.

Las democracias participativas parten de la autonomía como núcleo moral de la democracia y de esta exigencia moral extraen la importancia de la participación: nadie puede quedar excluido de los procesos donde se decide aquello que le afecta (Cortina, 1993: 91). Este es el fundamento ético del principio democrático como principio legitimador del orden político. Pero en la aplicación de esta exigencia moral de la participación

estas teorías no han sido capaces de recoger la especificidad de las diferentes esferas de la sociedad civil, sino que han acabado por trasladar la lógica representativa y electoral, regla de las mayorías incluida, al resto de esferas sociales. Resultado final: la participación no ha producido efecto alguno. Ni ha propiciado un mejor desarrollo de las personas, ni ha promocionado los valores de responsabilidad y cooperación, ni la búsqueda común de intereses generalizables, etc. Más parece que haya favorecido un aumento del corporativismo y el clientelismo de todo tipo. Así las cosas, la participación ha perdido hoy en día gran parte de su capacidad de convicción (Offe, 1990: 67).

Esta concepción errónea del proceso de ampliación de la democracia meramente representativa es una de las causas del paso de las democracias participativas a las democracias deliberativas (García-Marzá, 1996: 104). La participación sigue siendo el eje central para estas teorías pero ahora el énfasis recae en los procesos de argumentación y diálogo como núcleo básico del proceso político (Cohen, 1999: 70; Bohman, 1999: 321). Al igual que sus antecesoras, piensan que el poder no es sólo la capacidad de satisfacer intereses, sino también y sobre todo, la capacidad de definirlos. Del hecho de que la democracia no es sólo una agregación de intereses, deriva la importancia de la participación. Pero la pluralidad y complejidad de nuestras sociedades hace que se centren más en la perspectiva crítico-deliberativa y en el carácter público de las deliberaciones y decisiones (Gutmann y Thompson, 1996: 95).

Ahora bien, este carácter público no se detiene en el complejo institucional estatal. La idea de que la legitimidad depende de un proceso de deliberación colectiva que cuenta con la participación igual de todos los implicados se extiende a todas aquellas relaciones de poder dentro y fuera del estado. Por decirlo con Bohman, «el uso público de la razón puede ocurrir tanto en las asociaciones de la sociedad civil como en las instituciones representativas» (Bohman, 1996: 49). Para las democracias deliberativas la cuestión que se plantea es entonces cómo deben estar diseñadas las diversas instituciones para que permitan y propicien el diálogo libre y abierto y, tras él, el logro de acuerdos o compromisos que den cuenta de su pretensión de legitimidad. El diseño institucional adquiere así un nuevo protagonismo y, con él, la puerta queda abierta para la inclusión de la sociedad civil en la reflexión sobre la democracia (Dryzek, 2002; Goodin, 2003). La cuestión es ahora *qué* concepción de la sociedad civil es la que se incluye en estos modelos de democracia.

Mientras tanto, el concepto de sociedad civil ha ido recorriendo su propio camino y ganando peso y significación teórica y práctica. En las dos

últimas décadas hemos asistido a una sorprendente resurrección del concepto, una recuperación que tiene mucho que ver con nuevos problemas, básicamente con cambios estructurales en el posicionamiento del estado (Cohen y Arato, 2000: 22). El concepto de sociedad civil responde a un esfuerzo de comprensión y de búsqueda de soluciones, hasta el extremo que se ha convertido en un horizonte de sentido, dando cobertura tanto a los movimientos democratizadores en los antiguos países comunistas, como a la lucha contra las dictaduras militares en América Latina e, incluso, a los esfuerzos por revitalizar las rígidas y cansadas democracias occidentales (Dubiel, 1994: 109). Esta «vuelta» a la sociedad civil implica, en todas sus direcciones, un intento de recuperar al sujeto y a sus capacidades para la cooperación y la solución conjunta de los conflictos de acción.

De una u otra forma el concepto remite siempre, recordando ahora a Tocqueville, a la libertad de los individuos, a su voluntad y disposición para la autoorganización y la resolución conjunta de problemas. Aspectos decisivos para la buena salud de la democracia. Si nos fijamos en aquellos autores que más se han ocupado del concepto nos encontraremos con dos características recurrentes: la autonomía individual y la asociación voluntaria (Gellner, 1996: 49). Ya sea al hablar de un conjunto complejo y dinámico de instituciones no gubernamentales (Keane, 1992: 33); de un espacio de asociaciones humanas sin coerción (Walzer, 1992: 294); de una esfera de la acción social regida por la acción comunicativa (Habermas, 1998: 407; Cohen y Arato, 2000: 476); del dominio del diálogo civil y el compromiso público (Barber, 2000: 52), siempre nos encontramos con ambas características y un referente único: su posición «frente» al estado. La sociedad civil necesita al estado para poder funcionar, pero es independiente en sus iniciativas, propuestas y capacidad organizativa.

Pero esta amplitud semántica es a todas luces excesiva y ha acabado por convertir a la sociedad civil en una especie de «concepto-solucionalo-todo» (Acanda, 2002: 12). Su carácter positivo y su carga utópica son perfectos para cualquier tipo de discurso político y así encontramos este concepto en posiciones no sólo divergentes sino incluso opuestas. Donde unos ven solidaridad y defensa de lo público, otros sólo ven intereses privados y estrategias; donde unos sitúan la defensa de la comunidad, otros encuentran la fuerza del mercado, etc. Como ya decía Dahl al referirse al concepto de democracia, «un término que pueda significar cualquier cosa no significa ninguna» (Dahl, 1992: 10). No es extraño que en la actualidad muchos teóricos opten por no utilizar este concepto, pues interpretan que confunde y disfraza tanto como revela una determinada realidad social (Meiksins Wood, 1990: 65). Por ejemplo, cuando vemos que estas asocia-

ciones voluntarias también pueden ser jerárquicas y excluyentes, o cuando nos percatamos de que el concepto encubre situaciones claramente injustas. Sin embargo, una teoría crítica no puede renunciar a dar razón de un concepto que cuenta con un uso generalizado en la praxis social y política.

A esta ambigüedad hay que añadir nuevos problemas que dificultan aún más la utilización del concepto de sociedad civil como referente básico para la ampliación e intensificación posible de los márgenes de la vida democrática. Desde que en los años ochenta se recupera el concepto para la teoría política, ha cambiado el escenario político, económico y social. Como es lógico, estos cambios han afectado al concepto mismo de sociedad civil que, como recordamos, pretende abarcar todas las formas no estatales de articulación y organización social. Dos aspectos decisivos centran la temática de lo que se denomina la «second wave» en la literatura sobre la sociedad civil (Chambers, 2001: 837).

En primer lugar, nos encontramos con la interdependencia global de la mayoría de las relaciones sociales contemporáneas. La utilización actual del concepto ya no se refiere tanto a una confrontación clara con el estado totalitario, dictatorial o clientelista, y, con ello, ya no se enmarca en las fronteras del estado territorial (Kaldor, 2005: 14). Si se descompone la diferencia entre lo interno y lo externo, más aún, si se vuelven internas las relaciones internacionales, si la mayoría de los conflictos exceden los márgenes del estado, por ejemplo en la economía, debemos hablar ya de una sociedad civil global. La globalización implica que la sociedad civil pierde su único referente claro: el estado. Así las cosas, ¿quién garantiza entonces esta red de asociaciones y organizaciones autónomas? ¿Qué mecanismos de coordinación y regulación utilizan? Esta es una de las grandes cuestiones que deben resolverse para hablar hoy de sociedad civil (Keane, 2003a: 92).

En segundo lugar, los trabajos sobre la sociedad civil hacen ahora mayor hincapié en los problemas de institucionalización, en la realización fáctica de esta voluntad compartida. Y esto es debido a que nos encontramos con asociaciones y organizaciones que para nada derivan de un acuerdo libre y voluntario, ni tampoco fomentan las virtudes de tolerancia, respeto o civilidad. En estos casos es evidente que tales asociaciones o bien decimos que no forman parte de la sociedad civil o que son parte de una «mala sociedad civil» (Chambers, 2001). Con lo que los criterios de inclusión y exclusión no sólo deben definirse sino, y esto es lo más importante, justificarse, puesto que existen otros ámbitos que no están tan claros y que tampoco han encontrado su lugar en las teorías clásicas sobre

la sociedad civil. Por ejemplo, el mercado y sus instituciones. Cuanto más profundizamos en los problemas de aplicación, en la posibilidad real de acuerdos libres y voluntarios, más nos damos cuenta de la necesidad de justificar los criterios normativos con los que *siempre* se trabaja, se reconoce o no.

Un análisis actual de la sociedad civil debe recoger este nuevo escenario global y debe ser capaz de reconocer sus capacidades de cambio y transformación social *al margen* del estado nacional. Al mismo tiempo, debe ser capaz de explicitar su capital ético, sus recursos propios, para poder así aplicarlos con la misma extensión que poseen los conflictos que pretende solucionar. Ambas cuestiones pasan por presentar un concepto de sociedad civil que no renuncie a la fundamentación de sus criterios normativos, a la justificación de la perspectiva ética utilizada. Veamos primero algunas dificultades inherentes al concepto de sociedad civil global.

2. La sociedad civil global y el orden cosmopolita

Un buen ejemplo de la dificultad de un concepto de sociedad civil global como parte de un orden cosmopolita se encuentra en el trabajo de Habermas *El occidente escindido* (2006). En él, se parte de los atentados del 11 de septiembre para volver a plantear la necesidad y posibilidad de un orden político cosmopolita, dado el cambio producido desde entonces en la comprensión de lo global. Un cambio que ha tomado dos caminos diferentes. Por una parte, la reivindicación de una constitución política para este nuevo escenario global, un derecho cosmopolita que vaya más allá del derecho internacional, recuperando el proyecto kantiano de la *Paz Perpetua*. Por otra, la adaptación oportunista al poder hegemónico actual de EEUU, en la dirección de una lealtad a un poder imperial que se sustrae de todo tipo de derecho más allá de esta especie de «ethos de un nuevo orden mundial liberal». Por supuesto, la aceptación de esta *pax americana* implica la renuncia explícita al proyecto kantiano de suprimir el estado de naturaleza entre los pueblos, pues apenas oculta que bajo la defensa de intereses universales se esconden intereses geopolíticos y estratégicos particulares. De esta forma, la relación entre sociedad civil y estado desaparece en este nivel global.

Para argumentar su posición cosmopolita Habermas recurre, una vez más, a Kant, a su propuesta de la *Paz Perpetua*, pero introduce en este texto matices importantes. Afirma que existe un espacio intermedio que no fue analizado por Kant, un espacio entre una república mundial y una

asociación voluntaria de naciones. Desde esta idea, Habermas presenta una situación cosmopolita estructurada en varios niveles que responden a la idea de un «poder mundial sin gobierno mundial» (2006: 156). Niveles cuya complementación nos permita evitar un poder estatal global sin renunciar por ello a un, hace tiempo necesario, marco cosmopolita.

En el nivel superior, denominado por Habermas, *nivel supranacional*, nos encontraríamos con una organización mundial que se ocupara de funciones de importancia vital como el aseguramiento de la paz y de la política de Derechos Humanos. La ONU podría ocupar este nivel si contara con las necesarias reformas democráticas. Para Habermas, la existencia de una esfera pública mundial capaz de hecho de ejercer influencia y de una solidaridad anclada en las «inequívocas obligaciones negativas de una moral deontológica universal (la prohibición de las guerras de agresión y los crímenes contra la humanidad), constituyen una plataforma firme para la construcción de este marco cosmopolita.

En un punto intermedio entre los estados nacionales y la ONU tendríamos el *nivel transnacional*, formado por grandes actores capaces de actuar globalmente y encargarse de los problemas de la economía mundial y de la ecología, en suma, de lo que Habermas denomina una política interior mundial. Este es el caso claro de EEUU, pero también de la UE si llega a ser capaz de actuar conjuntamente en política exterior. En este nivel se exige una participación de los ciudadanos más firmemente institucionalizada. Precisamente porque deben compartir espacio de acción con *global players* que actúan con otros medios como las corporaciones multinacionales y las organizaciones no gubernamentales.

Con esta propuesta, cercana a otros autores como Held, se muestra que el estado constitucional ampliado globalmente no es la única solución capaz de cumplir las condiciones de una situación cosmopolita (Held, 2005: 105). Habermas reconoce que si bien en el escenario geopolítico los estados nacionales siguen siendo los actores más importantes, deben compartir este espacio con *global players* de tipo no estatal, como son las corporaciones multinacionales y las organizaciones no gubernamentales que realizan su *política propia* en el medio del dinero o la influencia. Por decirlo con O'Neill, también debemos reconocer el papel de otros agentes de justicia que influyen en la construcción de este orden cosmopolita y en su desarrollo (O'Neill, 2000).

Sin embargo, esta propuesta de un orden cosmopolita que cuenta con la sociedad civil global no acaba de cuadrar. Los movimientos sociales y las ONG sí que caben, en parte, en la definición habermasiana de sociedad civil que, recordemos, se refiere al ámbito de las relaciones no

económicas y no estatales, donde sólo se admite la solidaridad derivada de la acción comunicativa como mecanismo de coordinación de la acción (Habermas, 1998: 434). En el caso de las empresas globales, si no son parte del estado ni tampoco de la sociedad civil, ¿dónde están entonces estos *global players* en esta concepción de una democracia cosmopolita?

No es momento ni ocasión para entrar en una discusión crítica de las posiciones habermasianas (García Marzá, 2003: 175). Habermas parece ignorar que también las empresas globales requieren normas e integración social, que no son moralmente neutras, que no se puede entender su funcionamiento sin recursos no estratégicos como, por ejemplo, la confianza (García Marzá, 2004: 145). Con esta exclusión de la economía y la empresa de su concepción de la sociedad civil, la aportación de esta a la situación cosmopolita queda reducida a una opinión pública mundial que, si bien es importante, no explica el papel de la sociedad civil en la construcción de este marco global común o en la gestión de la política interior mundial. La teoría crítica parece así que debe renunciar a toda posibilidad de cambio y transformación social de estas instituciones «desde dentro» (Pérez Díaz, 1997: 51).

Si bien el concepto habermasiano de sociedad civil encuentra una fundamentación sólida en la teoría de la acción comunicativa, su delimitación a los espacios públicos no deformados, a la comunicación no distorsionada y a los intereses universalizables, consigue mermar la fuerza crítica del concepto, reduciendo el poder comunicativo a un simple correctivo del poder administrativo, ¿dónde quedan el resto de esferas de la sociedad civil en su teoría democrática? Necesitamos introducir estas nuevas realidades en la reflexión democrática, si no queremos que la autonomía y la participación dejen de tener sentido.

Las mismas preocupaciones encontramos en el libro de Kaldor *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*, donde presenta este concepto como respuesta a los riesgos y posibilidades de cambio y transformación que conlleva el proceso de globalización, ocupándose igualmente de las posibilidades de concreción institucional. Para esta autora cualquier definición que demos de sociedad civil global debe incorporar tanto elementos normativos como descriptivos, de forma que nos permitan interpretar la realidad desde una perspectiva crítica. Su propuesta de definición de sociedad civil global es la siguiente: «medio a través del cual se negocian, se reproducen, comentan y meditan los contratos o pactos sociales entre los individuos, tanto hombres como mujeres, y los centros de poder políticos y económicos» (Kaldor, 2006: 66).

Estos contratos o pactos hacen referencia a la creación de grupos auto-organizados e instituciones que atribuyen poderes a los individuos, tales como movimientos sociales, medios de comunicación, organizaciones religiosas, etcétera, potenciando así sus posibilidades de intervención. Esta definición, se reconoce, es al mismo una aspiración y la descripción de una realidad parcial y emergente. Desde este doble punto de vista, sociedad civil global significa asumir internamente lo internacional a través de la interacción entre las instituciones del gobierno global: los grupos, las redes y movimientos que comprenden los mecanismos a través de los cuales los individuos negocian y renegocian contratos sociales o pactos políticos a escala global. En este sentido se puede hablar de una política global.

Una tipología de los actores de una sociedad civil así definida incluiría a los antiguos movimientos sociales en su papel de transformación social, como los obreros o anticoloniales; los nuevos, como el pacifismo, ecologismo o feminismo; organizaciones cívicas y solidarias; comités asesores o de expertos; redes cívicas transnacionales, como las cumbres paralelas o el tribunal penal internacional; nuevos movimientos anticapitalistas, nuevos movimientos nacionalistas, etc.

No nos interesa tanto esta descripción como los elementos normativos que Kaldor utiliza. Si bien se amplía el ámbito institucional que compone la sociedad civil, seguimos encontrando la misma pretensión normativa que en el caso de Habermas y que hace que tampoco nos sirva esta propuesta para dar razón del papel de una parte importante de la sociedad civil: la economía y sus instituciones. La razón última de esta exclusión radica en que en estas esferas no se permiten las actuaciones libres y autónomas. Ahora bien, nos podemos preguntar, ¿no juegan en ellas papel alguno la autonomía y la libertad? O, viceversa, ¿no juega papel alguno la acción estratégica, por ejemplo, en los movimientos sociales? Debemos buscar una definición de sociedad civil que dé cuenta del carácter global pero también plural de sus instituciones. El problema sigue siendo definir el papel actual de la sociedad civil en un escenario donde el estado nacional ya no puede ofrecerle cobertura jurídica.

Lo único que consiguen Habermas y Kaldor con la exclusión de la economía de la sociedad civil es dejar a sus instituciones «fuera de la crítica» y, con ello, renunciar a toda posibilidad de transformación y cambio que no provenga de las otras esferas, esto es, vía legal en el caso del estado, vía influencia en el caso de la opinión pública. No sólo ya no es posible esta regulación externa en el caso de los actores globales, lo peor es que de esta forma no damos razón de nuestras capacidades y posibilidades de participación, de la realización de nuestra autonomía en el seno mismo de estas instituciones.

Si el motivo es, en último lugar, las condiciones desiguales de participación, la necesidad de la acción estratégica y de los medios de dinero y de poder, la pregunta es evidente: ¿qué instituciones no requieren de una determinada integración de todos estos elementos con la acción comunicativa? ¿Acaso las iglesias, los movimientos sociales y las asociaciones cívicas y solidarias, no requieren de esta integración? O viceversa, ¿acaso puede explicarse la economía y sus instituciones sin hablar de valores, normas, reciprocidad, confianza, etc.? Con la exclusión de las instituciones económicas la teoría de la democracia pierde así uno de sus pilares básicos, pues quedan fuera de análisis aquellos ámbitos de acción en los que de hecho se establecen la gran mayoría de las relaciones sociales y se produce y reproduce el poder económico y social.

3. Una propuesta de definición: la sociedad civil desde la perspectiva críticas

Diferente es el caso de la propuesta de sociedad civil presentada por Keane. Desde sus primeras aproximaciones este autor siempre ha trabajado con la idea de estar ante un espacio de acción ocupado por instituciones donde rige la solidaridad, pero también por aquellas donde existe la competitividad, la propiedad privada y el mercado (Keane, 1992: 52). Se trata de una esfera, legalmente reconocida y garantizada por el estado, pero que cuenta con recursos propios, con valores y normas independientes de los recursos del estado y que permiten su autoorganización y su independencia. Esta esfera tendría las siguientes características: conjunto dinámico y plural de procesos sociales e instituciones; carácter no gubernamental; espacio de civilidad donde rige el respeto recíproco y la no violencia; potencial de conflicto por los intereses en juego y su posible satisfacción; y, por último, carácter global, más allá de las fronteras estatales (Keane, 1998: 71).

Su definición de sociedad como «sistema dinámico de instituciones socioeconómicas interconectadas» insiste claramente en este carácter de tipo ideal con el que se presenta su propuesta (Keane, 2003 a: 8). El objetivo de la sociedad civil es aprovechar o fortalecer nuestras capacidades colectivas para la solución conjunta de problemas, para satisfacer intereses compartidos, para promover objetivos comunes, etc. Es, por lo tanto, y no puede dejar de serlo, un proyecto político, si entendemos la política, en sentido amplio, como la formación de la voluntad común.

Al igual que en los casos anteriores, Keane es consciente de estar utilizando elementos normativos, aspecto imposible de evitar cuando hablamos del mundo social pues éste, por definición, deriva de la libertad de los sujetos. De ahí que establezca una clara diferenciación entre tres niveles de análisis (Keane, 1998: 39), a saber:

- Analítico-descriptivo: descripción de un conjunto de actores, prácticas e instituciones.
- Político-estratégico: criterio y guía para el logro la definición de programas de acción, el diseño de estrategias y el logro de determinados objetivos.
- Normativo: ideal normativo, utilizado para delimitar, clasificar y entender los contornos de esta esfera social, por ejemplo los criterios de inclusión y exclusión.

Estos tres usos del concepto se solapan y se complementan unos con otros. De esta forma, al no poder prescindir del nivel normativo, Keane se asegura una perspectiva crítica desde la que diferenciar una sociedad civil de una sociedad incivil, una perspectiva que le permite igualmente intentar responder a la cuestión del cómo puede hacerse más civil la sociedad civil (Keane, 1998: 114). Detengámonos unos instantes en este nivel normativo.

Keane habla expresamente de una ética de la sociedad civil global, una dimensión normativa necesaria para dar cuenta de las propiedades que definen a esta esfera social como son la tolerancia, la civilidad y el pluralismo. Civilidad entendida desde el marco de la no violencia, del compromiso y del respeto mutuo. Valores que son propios de la sociedad civil y que le llevan a hablar de la misma sociedad civil global como un proyecto ético, como un ideal ético. En suma, de una sociedad civil global como un principio ético universal (Keane, 2003 a: 202).

Sin embargo, aunque el reconocimiento de esta perspectiva ética como una perspectiva crítica es ya un avance en la comprensión del concepto de sociedad civil, Keane ni entra ni quiere entrar en la fundamentación de esta idea, en el porqué de esta comprensión ideal, en la justificación de los valores morales utilizados. La explicación de esta negativa no es otra que el respeto por las diferentes morales existentes, por la diferencia y el pluralismo. Este respeto le lleva a hablar de una comprensión «non-foundationalist» de la sociedad civil (Keane, 1998: 203). Piensa que, a diferencia de Habermas, una teoría democrática puede vivir sin recurrir a este tipo de justificaciones filosóficas (Keane, 1998: 54).

Y aquí está su error y, con él, de nuevo una pérdida importante en la perspectiva crítica alcanzada. De hecho Keane utiliza una argumentación de tipo trascendental cuando nos dice que estos valores y normas que definen y estructuran la sociedad civil tal como él la entiende son *conditio sine qua non* de una organización voluntaria y libre. También cuando habla de la sociedad civil como un requerimiento no instrumental, categórico, nos dice, puesto quien quiera participar en la sociedad civil debe seguir estos valores y normas. Más claro aún, cuando nos habla incluso de *precondiciones institucionales de la democracia* (Keane, 1998: 61). Estamos hablando de condiciones de posibilidad de la existencia y del sentido de la sociedad civil. Keane comete, por así decirlo, una contradicción performativa, pues está negando lo que de hecho está haciendo: justificar filosóficamente el porqué de unos principios y no otros.

Esta precaución hacia una definición normativa única y exclusiva, hacia el dogmatismo en el que puede derivar, hacia la confusión, en definitiva, entre fundamentación y fundamentalismo, desaparece si recuperamos la argumentación kantiana en forma de una *hermenéutica crítica* (Cortina, Conill y García Marzá, 2008). Veamos algunos esbozos de este proceso de fundamentación en el que aquí no podemos entrar.

La *perspectiva crítica* deriva de argumentos neokantianos, en nuestro caso, como muy bien ve Keane, del análisis y reconstrucción de las condiciones de posibilidad que permiten hablar de autonomía y voluntariedad, esto es, de acuerdos libres y voluntarios. Si estas condiciones no aparecen en la definición misma de sociedad civil no dispondremos de una estrategia de emancipación sino de un instrumento de ocultación de situaciones claramente injustas. Las condiciones que hacen posible una participación libre e igual deben aparecer en primer lugar. En este sentido hablamos de un enfoque radical de la sociedad civil.

La posición que defiende Kaldor se acerca a esta idea cuando define la sociedad civil como un proceso en el que se negocian y reproducen contratos o acuerdos sociales (Kaldor, 2005). No obstante, aunque de esta forma responde a la situación global, no aclara las condiciones en que deben realizarse estos acuerdos. Más aún, mezcla elementos normativos y descriptivos cuando identifica estos contratos o pactos con resultados institucionales, con realidades concretas. No se percata que los acuerdos reales sólo adquieren sentido y legitimidad porque presuponen un trasfondo moral preexistente a cuya luz pueden evaluarse las obligaciones y los derechos que surgen de ellos.

Esta es la aportación específica de la perspectiva ética, como Keane reconoce. Pero es precisamente ahora cuando debemos profundizar en estas

condiciones y justificarlas. Desde la perspectiva de una ética del discurso derivamos estos valores y normas de las condiciones procedimentales que subyacen al diálogo y a la búsqueda de acuerdos racionalmente motivados, esto es, libres y voluntarios. Las teorías de Habermas consiguen explicitar estas reglas del discurso y aplicarlas después en el estudio de los procesos democráticos (Habermas, 1998). La hipótesis del enfoque metodológico que aquí proponemos es que tales presupuestos también pueden explicitarse desde la red de discursos que componen la sociedad civil. La única diferencia es que aquí los resultados no serían jurídicamente vinculantes, como ocurre en el complejo parlamentario. Por así decirlo, en la sociedad civil el derecho es el punto de partida, no el de llegada. El objetivo es más bien el diálogo y la resolución consensual de los conflictos de intereses, pero en *todos* los ámbitos de interacción e institucionalización social. En este sentido es necesario ampliar los estrechos límites de la propuesta habermasiana.

El diálogo implica el aspecto moral básico del reconocimiento recíproco del otro, pero no nos conduce necesariamente al logro de consensos, esto es, al establecimiento de un interés igualmente aceptable para todos. En muchas ocasiones nos limitamos a compromisos y negociaciones, a estrategias para un equilibrio entre intereses. La diferencia de esta propuesta con los trabajos derivados de la posición de Habermas, como el de Cohen y Arato, radica precisamente en el papel asignado a la lógica de la acción comunicativa, al entendimiento como mecanismo de coordinación de la acción. También aquí la característica de la sociedad civil es la *primacía* de la lógica comunicativa, pero esta lógica debe combinarse, integrarse, con el bien propio que caracteriza a cada ámbito o esfera de la sociedad civil.

Cuando queremos dar razón de la diversidad y pluralidad de las diferentes esferas de la sociedad civil es cuando entra la segunda dimensión de nuestra propuesta metodológica, esto es, la *perspectiva hermenéutica*. En el terreno de la sociedad civil la exigencia moral de una participación igual y efectiva debe combinarse con la lógica propia de cada una de las esferas de la sociedad civil, con las estrategias necesarias para el logro de un determinado bien social (Cortina, 1998). Que la acción estratégica sea necesaria, e incluso decisiva, en estos diferentes ámbitos, no significa que la acción comunicativa, el diálogo y posterior acuerdo, no tenga papel alguno en las empresas, universidades, iglesias, sindicatos, etc. En todas estas esferas ambas lógicas se encuentran entremezcladas en un equilibrio definido por el bien social buscado, por una parte, y las condiciones materiales y recursos disponibles, por otra. Un equilibrio que depende siempre, y en último lugar, del acuerdo posible de todas las partes implicadas y afectadas por una determinada estructuración institucional del poder. De

no ser así, ¿cómo dar cuenta de la pretensión de legitimidad que también requieren las prácticas e instituciones de la sociedad civil?

Es en esta búsqueda de equilibrios legítimamente aceptables cuando necesitamos introducir conceptos como el de práctica de MacIntyre, como actividades cooperativas que proporcionan un bien social (MacIntyre, 2001: 236); o del análisis que Walzer realiza de las esferas de la justicia, donde se explicita el significado social de estos bienes y los criterios de distribución correspondientes (Walzer, 1993). En suma, esta dimensión hermenéutica se ocupa de la reconstrucción de sentido de las diferentes prácticas de la sociedad civil, así como del sentido de las instituciones en las que estas se apoyan. El concepto de igualdad compleja de Walzer implica, de hecho, la entrada de la sociedad civil en la reflexión acerca de la justicia y de sus posibilidades de realización.

Desde esta hermenéutica crítica tenemos ahora dos criterios que es necesario integrar: el bien social proporcionado y el marco establecido para la deliberación pública libre (Cohen, 1999: 72). Con esta integración se reúnen tanto la parte normativa como la funcional, mostrando así que es posible aplicar la exigencia de participación a todo el ámbito de lo público, de aquello que tiene consecuencias para los demás. A partir de estas premisas podemos ofrecer la siguiente definición de sociedad civil (García Marzá, 2004: 43-44):

ámbito de interacciones estructurado en torno a una red de asociaciones y organizaciones posibles gracias al libre acuerdo de todos los participantes, con el fin de alcanzar conjuntamente la satisfacción de determinados intereses y la resolución consensual de posibles conflictos de acción.

En los ámbitos de la sociedad civil nos encontramos con intereses particulares (prestigio, dinero, etc.), pero también podemos encontrarnos con intereses comunes (profesionales, corporativos, etc.) y con intereses generales o universales (reconocimiento, dignidad, etc.). También en esta concepción de la sociedad civil, el ámbito moral se identifica con los intereses generalizables, pero no se encierra en sí mismo como el caso de Habermas. Estos representan siempre las condiciones mínimas para que pueda hablarse de un «libre acuerdo» en la definición y satisfacción de los demás tipos de intereses. El diálogo implica el aspecto moral básico del reconocimiento recíproco del otro, pero tal acuerdo debe medirse con la lógica propia de cada una de las esferas y, en muchas ocasiones, esto implica limitarnos a compromisos y negociaciones, a estrategias para un equilibrio entre intereses. También estos casos de acciones estratégicas están sometidos al criterio ético que impone «el libre acuerdo». Y desde

esta perspectiva todas las instituciones, incluidas las empresas, son más o menos justas, más o menos correctas o morales.

No existe en esta definición diferencia alguna entre sociedad civil y sociedad civil global, puesto que las fronteras de la sociedad civil, su ámbito de actuación, vienen determinadas sólo y exclusivamente por la dimensión de los conflictos que se quieren solucionar de forma dialógica y razonada. Así interpretada, la sociedad civil mantiene su perspectiva crítica sin acabar por ello en una definición meramente desiderativa o utópica. Se trata más bien de entender la sociedad civil como un proceso en que la justicia de los acuerdos alcanzados, su valor moral, dependerá de su distancia del acuerdo o consenso libremente alcanzado. Se trata de un criterio normativo y crítico, pero responde al saber práctico que subyace al sentido de las diferentes prácticas e instituciones. No es otro el horizonte moral de actuación y el criterio que legitima los logros institucionales alcanzados en la sociedad civil.

4. Recursos morales: el poder de la sociedad civil

Si bien hemos alcanzado una definición de sociedad civil capaz de aunar la perspectiva hermenéutica, de interpretación de las diferentes esferas de la sociedad civil y la perspectiva crítica, como criterio normativo de validez, aún nos falta aclarar qué tipo de recursos posee la sociedad civil y cómo puede hablarse de sociedad civil global sin la existencia previa de un orden político cosmopolita. La respuesta, como veremos, es una y la misma para ambas cuestiones.

El vacío creado por la pérdida de protagonismo del estado como actor principal, por no decir único, de la vida social, ha destacado la presencia e importancia de una serie de recursos que han sido, por así decirlo, menospreciados ante la «eficacia» de la regulación jurídica. Esta pérdida de protagonismo ha provocado, en palabras de Offe (1992: 236), que:

[...] el orden vuelva a depositarse en manos de los individuos y de sus asociaciones. Estas deben, justo porque no habría ninguna otra instancia que fuese suficientemente soberana, prestarles lo mejor de su patrimonio (moral) común y de este modo, otorgar validez a su propio capital de juicio práctico de una manera que es igualmente sustitutiva de un poder estatal que se ha visto notoriamente desbordado.

Esta ruptura del equilibrio entre las formas legales y morales de organización y control es la razón básica que explica el enorme interés, tanto académico como extraacadémico, que existe en la actualidad por las éticas aplicadas (Cortina, Conill y García Marzá, 2008).

Si embargo, si el objetivo de esta recuperación es explicitar el potencial de cambio y transformación social que encierra la sociedad civil, es necesario ofrecer algunas notas acerca del funcionamiento de estos recursos vinculados a las capacidades individuales y, más en concreto, a nuestro saber moral. Con este fin, podemos comenzar con uno de los últimos trabajos de Beck, *Poder y contrapoder en la era global*, donde se pregunta por el origen, la fuente, de ese contrapoder del que hablan los defensores de una sociedad civil global. Nos interesa su análisis porque parte precisamente de los cambios que supone este nuevo escenario global en el que nos movemos. Uno de los cambios más importantes de este nuevo escenario es lo que el autor denomina la pérdida de legitimidad, incluso el vacío de legitimidad en el que se encuentran hoy por hoy la mayoría de las acciones emprendidas por estos *global players*. Esta merma de legitimidad es directamente proporcional al poder de la sociedad civil. Veamos su argumentación.

Por una parte, escapar de la cápsula del estado nacional significa también escapar de las formas institucionalizadas del dominio legítimo, como es el caso de los actores económicos mundiales que están por encima de las regulaciones jurídicas estatales. Pero, por otra parte, las exigencias de legitimidad crecen conforme se percibe el gran poder de estos actores y su nula capacidad de justificación. La deslegitimación democrática parece ser el precio a pagar por la eficacia de este mercado global (Beck, 2004: 313). Este es el contexto en el que la sociedad civil adquiere su poder, y no sólo su influencia, derivado de su capacidad para producir y, dado el caso, otorgar sentido, como ya explicó muy bien Gramsci (Acanda, 2006). Es precisamente como generadora del *capital de legitimación* como le llamará Beck, donde radica este contrapoder de la sociedad civil. El poder de los clientes como consumidores, de lo que Beck denomina *el consumismo político*, así como la fuerza de los movimientos reivindicativos y, en general, de la opinión pública que gestionan al identificar y escenificar un problema, son dos buenos ejemplos de este poder de la sociedad civil (Beck, 2004: 316).

Sin embargo, el pensamiento crítico no puede detenerse, como hace Beck, en la mera descripción de este poder de la sociedad civil, debe más bien buscar el origen de este capital de legitimación. Beck no explica en qué se basa este poder, de dónde extrae su fuerza de convicción y de motivación, puesto que no puede hacerlo ya en el derecho. Siguiendo a autores como Hirschman y Offe, podemos explicitar esta fuente de poder con el nombre de *recursos morales* (Hirschman, 1992; Offe y Preuss, 1990).

En otros trabajos he argumentado la relación intrínseca entre sociedad civil y recursos morales, entre ética y sociedad civil en definitiva. (García Marzá, 2004: 45). Sólo cabe en este breve espacio recordar que el concepto pretende identificar y justificar aquellas capacidades o recursos para la realización de interacciones que no dependen de coacciones externas, ni del derecho ni tampoco de medios como el poder o el dinero. Más aún, que se encuentran en el origen de la necesidad de legitimación que estos últimos requieren para poder actuar. Son recursos que posibilitan la coordinación de la acción y que no encuentran explicación desde una racionalidad para la que los demás sólo son medios, por no decir barreras, en la consecución de los intereses en juego. Más bien al contrario, funcionan precisamente por la consideración del otro como igual, gracias en definitiva al reconocimiento recíproco.

A juicio de Hirschman, la característica básica de estos recursos, y su gran diferencia con el resto de recursos o medios disponibles para alcanzar un fin dado, individual o colectivo, es precisamente que funcionan al revés de los demás: más aumentan cuanto más se utilizan y desaparecen si no se hace uso de ellos. Los sociólogos y economistas utilizan para señalar estos recursos el concepto de capital social, pero de esta forma olvidan su dimensión moral, una parte importante de la fuerza de motivación racional que les subyace. La confianza generalizada, al igual que la reputación, son buenos ejemplos de este tipo de recursos.

A partir de la definición de sociedad civil propuesta en este artículo y apoyándonos en la interpretación que ofrece Offe de estos recursos, podemos definirlos como todas aquellas disposiciones y capacidades que nos conducen al entendimiento mutuo, al diálogo y al acuerdo como mecanismos básicos para la satisfacción de intereses y para la resolución consensual de los conflictos de acción. Estamos hablando de competencias que todo actor posee para asumir compromisos responsables y actuar en consecuencia, competencias derivadas del saber moral que poseemos. Son *recursos* porque nos permiten realizar acciones, en este caso interacciones, y coordinar nuestros planes de acción con los planes de otros actores, sean individuales o corporativos. Son *morales* porque remiten a nuestra razón práctica, a nuestra capacidad de guiarnos por juicios morales. Constituyen una fuerza de motivación para la acción derivada del reconocimiento de los demás como seres igualmente merecedores de dignidad y respeto. En este sentido, podemos afirmar que la sociedad civil es por excelencia el ámbito propio para la aplicación directa, es decir, no mediada jurídicamente, de las ideas morales.

La universalidad constituye la característica básica de este saber moral presupuesto en los recursos de la sociedad civil, es decir, afecta por igual a *todas* las personas, sea cual sea su cultura e identidad. Desde esta exigencia de universalidad basada en el reconocimiento recíproco, se establecen valores y normas que permiten regular «directamente» la acción, por ejemplo como razones en las que apoyar la confianza o la reputación. No son las únicas razones que cuentan para explicar la confianza, pero tampoco se puede explicar esta sin las razones morales. Los recursos morales sólo funcionan si no son instrumentalizados, si se respeta su carácter incondicional. Se trata de intangibles en el pleno sentido de la palabra: ni se pueden, ni se deben tocar. Las obligaciones que asumimos con estos recursos, de responder de los compromisos, de ser responsables en definitiva, derivan directamente de la convicción interna de estar actuando correctamente, de que así *debemos* actuar. En contextos globales, esta fuerza de motivación racional va creando espacios cada vez más amplios donde las interacciones responden a la secuencia que va desde la responsabilidad, pasando por la construcción de la reputación, hasta lograr la generación de confianza. Una secuencia que no se detiene en las fronteras del estado.

Ya para concluir, una teoría de la democracia debe incorporar en su análisis no sólo al estado sino también a la sociedad civil y a los recursos que le son propios, si quiere dar razón de las nuevas necesidades de legitimación y de la importancia actual de mecanismos globales de interacción de la acción. Desde esta propuesta de sociedad civil, las *éticas aplicadas* deben entenderse como un esfuerzo para la identificación y gestión de estos recursos morales en las diferentes esferas de la sociedad civil, siempre de forma interdisciplinar, siempre dejando a los afectados la última palabra. Todas ellas deben contar con un nivel institucional, con una *ética del diseño institucional*, encargada de diseñar y rediseñar las diferentes instituciones de la sociedad civil para que su estructura posibilite y potencie el uso de estos recursos. Una teoría de la democracia debe incluir estos aspectos si no quiere silenciar los espacios donde en la actualidad más se produce y reproduce la injusticia, esto es, si no quiere perder su función crítica.

Bibliografía

- ACANDA, J. L. (2007): *Traducir a Gramsci*, Habana, Ed. Ciencias Sociales.
 — (2002): *Sociedad Civil y Hegemonía*, Habana, Centro Juan Marinello.

- ARATO, A. (1996): «Emergencia, declive y reconstrucción del concepto de sociedad civil. Pautas para análisis futuros», *Isegoría*, 13, abril, pp.5-19.
- BARBER, B. (2000): *Un lugar para todos*, Barcelona, Paidós.
- BECK, U. (2004): *Poder y contrapoder en la era global*, Barcelona, Paidós.
- BOHMAN, J. (1999): «Deliberative Democracy and Effective Social Freedom: Capabilities, Resources and Opportunities», en BOHMAN J. y REHG, W. (eds.): *Deliberative Democracy*, Massachusetts Institute of Technology.
- (1996): *Public Deliberation. Pluralism, Complexity and Democracy*, Cambridge, MIT Press.
- CHAMBERS, S. (2002): «A Critical Theory of Civil Society», en CHAMBERS, S. y W. KYMLIKA, *Alternative Conceptions of Civil Society*, Oxford University Press, pp. 90-113.
- (2001): «Bad Civil Society», *Political Theory*, vol. 29, n.6, pp. 837-865.
- CHANDLER, D. (2004): *Constructing Global Civil Society*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- COHEN, J. (1999): «Deliberation and Democratic Legitimacy», en BOHMAN, J. y REHG, W., *Deliberative Democracy*, Massachusetts Institute of Technology.
- COHEN, J.L. y A. ARATO (2000): *Sociedad civil y teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CONILL, J. (2006): *Ética hermenéutica. Crítica desde la facticidad*, Madrid, Tecnos.
- CORTINA, A. (1998): *Hasta un pueblo de demonios*, Madrid, Taurus.
- (1993): *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos.
- CORTINA, A., J. CONILL, y D. GARCÍA MARZÁ (2008): *Public Reason and Applied Ethics*, Londres, Ashgate.
- DAHL, R. (1992): *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós.
- DRYZEK, J.S. (2002): *Deliberative Democracy and Beyond*, Nueva York, Oxford University Press.
- DUBIEL, H. (1994): «Metamorfosis de la sociedad civil. Autolimitación y modernización reflexiva», *Revista Debats*, n.50, Valencia, pp. 108-123.
- GARCÍA MARZÁ, D. (2004): *Ética empresarial: del diálogo a la confianza*, Madrid, Trotta.
- (2003): «La responsabilidad por la praxis. La ética discursiva como ética aplicada» en CORTINA, A. y GARCÍA MARZÁ, D., *Razón pública y éticas aplicadas. Los caminos de la razón práctica*, Madrid, Tecnos.
- (1996): «Un modelo deliberativo de democracia participativa», *Arbor*, n.608, agosto 1996, pp. 97-125.
- GELLNER, A.(1996): *Condiciones de la libertad: la sociedad civil y sus rivales*, Barcelona, Paidós.

- GOODIN, R. E. (comp.) (2003): *Teoría del diseño institucional*, Barcelona, Gedisa.
- GUTMANN, A. y D. THOMPSON (1996): *Democracy and Disagreement*, Cambridge, University Press.
- HABERMAS, J. (1998): *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta.
- (2006): *El occidente escindido*, Madrid, Trotta.
- HELD, D. (2005): *Un pacto global*, Madrid, Taurus.
- HIRSCHMAN, A. O. (1992): *Rival Views of Market Society and Other Recent Essays*, Harvard University Press.
- KALDOR, M. (2005): *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*, Barcelona, Tusquets.
- KEANE, J. (2003 a): *Global Civil Society?*, Londres y Nueva York, Cambridge University Press.
- (2003 b): «Reflexiones sobre la Sociedad Civil Global», en VIDAL BENEITO, J. (ed.), *Hacia una sociedad civil global*, Madrid, Taurus.
- (1998): *Civil Society, Old Images, New Visions*, Cambridge.
- (1992): *Democracia y sociedad civil*, Madrid, Tecnos.
- MACINTYRE, A. (2001): *Tras la virtud*, Barcelona, Crítica.
- MEIKSINS WOOD, E. (1990): «The Uses and Abuses of Civil Society», *The Socialist Register*, n. 65.
- OFFE, C. y U. PREUSS (1990): «Instituciones democráticas y recursos morales», *Isegoría* 2, pp. 45-75.
- OFFE, C. (1992): *La gestión política*, Madrid, Ministerio de Trabajo.
- O'NEILL, O. (2000): «Agents of Justice», en POGGE T.W., *Global Justice*, Oxford, Blackwell, p. 188-203.
- PÉREZ DÍAZ, V.(1997): *La esfera pública y la sociedad civil*, Madrid, Taurus.
- WALZER, M. (1993): *Esferas de la justicia*, México, FCE.
- (1991): «The Idea of Civil Society: A Path to Social Reconstruction», *Dissent*, 39 (spring), pp. 293-304.
- WOOD, E. (1990): «The Uses and Abuses of Civil Society», *Socialist Register*, Londres, 1990.

Diferentes concepciones de sociedad civil: la problemática de un concepto

RAMÓN A. FEENSTRA*
UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

Resumen

Frente a la amplísima variedad de significados que se le atribuye al popular concepto de sociedad civil, este artículo trata de abordar una serie de clasificaciones que se han realizado a su alrededor, contraponiendo asimismo algunas de las formas que predominan en el pensamiento actual de los teóricos de la sociedad civil, observando los diferentes agentes, principios y metodologías que se emplean en la actualidad a la hora de pensar en la sociedad civil. El objetivo principal consiste en tratar de establecer una base mínima sobre la que observar la fundamentación filosófica en la que se sustenta la idea de la sociedad civil.

Palabras clave: sociedad civil, perspectivas, agentes, criterios y metodologías.

Abstract

In view of the vast range of meanings attributed to the popular concept of civil society, this article sets out to explore a series of classifications that have been made about it, and at the same time, compare some of the forms that predominate current thought among civil society theorists, by observing the various agents, principles and methodologies used in today's considerations of civil society. The main aim of the article is to try and establish a minimum base from which to observe the philosophical grounding that sustains the idea of civil society.

Key words: civil society, perspectives, agents, criteria and methodologies.

1. Introducció

El objetivo del presente artículo consiste en realizar un estudio sobre las diversas clasificaciones existentes de la noción de sociedad civil, con el propósito de poder abarcar más claramente la necesaria reflexión teórica en torno al concepto, los principios que la definen y la fundamentación filosófica que la acompaña. Se debe tener presente que el concepto de sociedad civil ha adquirido desde la década de los ochenta una amplia notoriedad, extendiéndose su empleo no solamente a las discusiones de la teoría política sino también al lenguaje cotidiano. El empleo del concepto de sociedad civil ha aparecido, entre otros lugares, en las discusiones políticas, universitarias y en los medios de comunicación, dándose en muchas ocasiones por entendido y comúnmente aceptado el significado del término. Sin embargo, no es difícil percibir como este concepto es empleado de múltiples y contradictorias formas, pudiendo llegar a significar según la persona que lo emplee, un orden civilizado, una esfera social o un sujeto entre otros muchos significados. Así, por ejemplo, no suele ser extraño que los medios de comunicación escritos empleen abusivamente el concepto en momentos previos a elecciones, identificando a la sociedad civil con los votantes.

Por ello, y en un momento como el actual en el cual el concepto de sociedad civil es tan ampliamente empleado, es fundamental, desde mi punto de vista, dar un paso atrás para revisar los diversos significados que se le atribuyen, y han atribuido, al concepto con el propósito de esclarecer la fundamentación sobre la cual se establece la idea sociedad civil y los principios que la definen. Para cumplir con esta tarea se analizarán a continuación una serie de tipificaciones destacadas que han sido elaboradas por teóricos de la sociedad civil para tratar de comprender y simplificar los complejos significados que ha adquirido, y sigue adquiriendo, el concepto.

Estas clasificaciones variarán de un autor a otro pero servirán para establecer un pilar sobre el cual estructurar las diversas interpretaciones de sociedad civil. En un primer lugar, se revisarán los diferentes significados que se han atribuido a la sociedad civil a lo largo del tiempo, con el propósito de observar el posicionamiento de diversas tradiciones en torno a esta idea. En segundo lugar, se plantearán una serie de tipificaciones sistémicas que permitan ver los planteamientos más actuales de la sociedad civil, en la primera de ellas se analizará como Barber distingue los modelos liberales de las comunitaristas y plantea una tercera perspectiva propia. Esta visión será contrapuesta con la teoría de Habermas, para seguidamente proponer una nueva distinción a través de la obra de Dubiel y de Kaldor.

En tercer lugar, y para profundizar más en las diferentes comprensiones de sociedad civil se analizarán las clasificaciones planteadas por Pérez Díaz y por Ehrenberg. El planteamiento del primer autor servirá para reflexionar sobre los agentes e instituciones que entran a formar parte de diversas visiones de sociedad civil, mientras que la perspectiva de Ehrenberg, nos permitirá distinguir entre los usos de sociedad civil como esfera social y como orden civilizado. Finalmente, las distinciones realizadas por Seligman, serán de gran utilidad para tener presentes otros dos aspectos a la hora de pensar la sociedad civil en la actualidad, los diversos principios y variadas metodologías con las que se define al concepto.

2. La sociedad civil a lo largo del tiempo

La primera propuesta que se va a analizar es la clasificación planteada por Taylor (1992). Este autor distingue tres modelos de sociedad civil que han modulado a lo largo de la historia el pensamiento sobre este concepto. Los «modelos L, M y H» adoptan tal denominación por la inicial de los autores que la iniciaron: Locke, Montesquieu y Hegel, respectivamente. Cada uno de estos modelos marca una tradición heterogénea en la cual se agrupan una serie de autores que, a pesar de presentar concepciones de sociedad civil algo diferentes dentro de cada tradición, comparten una serie de características. El «modelo L», responde a la tradición liberal, el «modelo M» recupera la clásica concepción de la sociedad como ente político, mientras que la tradición hegeliana, el «modelo H» marca en gran medida la posterior tradición marxista.

La tradición que se inicia con la obra de Locke se basa principalmente en la concepción de una visión rica de la sociedad como una realidad extrapolítica (Taylor, 1992: 282), es decir, como un componente existente de forma previa al poder político. Esta postura presupone la acción de los individuos actuando libremente en una esfera acotada por los derechos individuales reconocidos (Vallespín, 1992: 42), defiende la garantización de la libertad entendida como autonomía individual como esencia básica de un orden justo, y cree que la sociedad tiene una vida prepolítica propia, así como una unidad a la que debe servir la política (Taylor, 1992: 282).

El «modelo L» que se inicia con Locke y que alcanza la forma definitivamente moderna un siglo más tarde con Smith, presenta una gran variedad de corrientes dentro de su propio seno (Taylor, 1992: 285). Pues la interpretación de la sociedad como una realidad extrapolítica, ha llevado a interpretaciones radicales como la de Paine que se aleja sustancialmen-

te de la percepción de sociedad civil como sociedad económica de Smith. Por ello, Taylor considera que dentro del «modelo L» fundamentado sobre la consideración de la sociedad como poseedor de una identidad pre o no política se bifurcan dos planteamientos diferentes, uno en el que se margina lo político frente a lo económico como plantearía la línea fundada por los «tres grandes escoceses», Smith, Hume y Ferguson, (Aranguren, 1988: 15) y otro que se mueve hacia la autodeterminación total de la sociedad como plantea Paine (Taylor, 1992: 285-286).

El «modelo de M», planteamiento que surge a raíz de la obra de Montesquieu, es la segunda tradición que distingue Taylor. Este modelo recupera la idea básica, de raíz grecorromana, que identifica a la sociedad con la participación política. La clave de este modelo estriba en la identificación entre sociedad y política, y una comprensión de la libertad entendida a través de la implicación de la sociedad en los asuntos políticos, pues defiende que la sociedad, contrariamente al «modelo L», no puede entenderse independientemente de su constitución política, ya que su identidad no puede ser interpretada como un elemento previo o ajeno a su forma política.

Esta propuesta montesquiana destaca además por la conocida tesis de limitar el poder a través del establecimiento de contrapesos, y la defensa de un orden social en el cual la continuidad del individuo con el estado se debe dar a través de unos cuerpos intermedios. Unos cuerpos que conectan al individuo y la sociedad con el estado. Sin embargo, la excesiva dependencia implícita de los cuerpos intermedios respecto la estructura estamental ha llevado a considerar a Tocqueville como el más claro exponente de este mismo «modelo M» (Vallespín, 1992: 42). Este pensador preocupado por la adopción excesiva de poder por parte de los estados, así como por la atomización de una sociedad despreocupada de los asuntos políticos, defiende la existencia de un fuerte asociacionismo con tal de evitar ambos peligros y poder consolidar el sistema democrático. Tocqueville parte de premisas cercanas a Montesquieu pero sustituye los cuerpos intermedios por las asociaciones de ciudadanos y consolida una tradición que se convierte en referencia de muchas concepciones contemporáneas de sociedad civil, hecho que lleva a Ehrenberg a catalogar un gran número de teorías actuales como concepciones neotocquevilanas (Ehrenberg, 1993).

La compleja perspectiva hegeliana es la tercera y última tradición que distingue Taylor. Este «modelo H» trata de integrar las tradiciones anteriores puesto que, por un lado, en la línea del «modelo L», reconoce la autonomía del ámbito social como sistema de necesidades mientras que, por

otro lado, niega su autosuficiencia y defiende la necesidad de una instancia superior, un estado, con la que se logre seguir el camino hacia la eticidad y unir lo particular con lo universal. La negación de la autosuficiencia de la sociedad civil así como la importancia concebida a las *corporaciones* en el seno de esta son elementos que acercan a Hegel al «modelo M». Aunque el ámbito sobre el cual cada uno de ellos centra su propuesta normativa los diferencia, ya que el «modelo M» centra su propuesta en la sociedad, mientras que el «modelo H» lo hace sobre el estado, dotándolo de una dimensión moral (Vallespin, 1992: 45).

Este esquema ofrecido por Taylor sirve para enmarcar en cada una de las tres tradiciones diferentes usos que se le han atribuido históricamente al concepto de sociedad civil. Como señalan Cohen y Arato ver las tradiciones históricas, aunque no sirvan para eliminar las contradicciones entre los usos contemporáneos, sí nos ayudan a esclarecer la base sobre la que estas se establecen (Cohen y Arato, 1992: 113). Sin embargo, y a pesar de que el pensamiento actual adopte elementos de las tradiciones que distingue Taylor, la sociedad civil no suele ser exclusivamente definida como una realidad extrapolítica, o como la participación política. Además esta distinción dice poco sobre las perspectivas que predominan en la actualidad y no agota las diferencias existentes en cada una de estas. Por ello, para tratar de comprender la fundamentación sobre la que se establece el pensamiento actual de sociedad civil se necesita analizar otras diferenciaciones sistémicas, que permitan discriminar conceptos de sociedad civil contemporáneos.

3. La tradición liberal, republicana y comunitarista

En este proceso conviene repasar la clasificación realizada por Barber, un autor que, siguiendo el esquema anterior, quedaría integrado en el «modelo M», al identificar la sociedad civil democrática con la participación ciudadana. La distinción que establece Barber comprende tres modelos contemporáneos básicos de sociedad civil: el libertario, el comunitario y una sociedad civil auténticamente democrática, tomando parte, evidentemente, del último de ellos.

La primera de las perspectivas, la libertaria, queda caracterizada por Barber como un planteamiento que parte de la distinción entre dos sectores: el público y el privado. El primero de ellos, vinculado al dominio de la política, representa el campo en el cual votamos, pagamos impuestos, libramos guerras... mientras que el ámbito privado, es el lugar donde se

lleva a cabo todo lo demás, jugar, dormir, reproducirse, aprender... El primero, público, responde al dominio del estado, mientras que el segundo, privado, es un ámbito visto con más simpatía, considerado como un «nosotros» e identificado con la sociedad. Lo público está marcado por el poder, mientras que lo privado representa una libertad ligada al mercado. Ambos espacios responden a un juego de suma cero, por el cual el aumento de uno es a costa del otro, a más poder, menos libertad, a más libertad menos poder (Barber, 1997: 25-26). De este modo, Barber cree que este modelo libertario, no da paso a la sociedad civil, sino a un sector privado que trata de monopolizar la esfera pública, en el cual el ciudadano queda definido como un consumidor de los servicios gubernamentales, y no como un elemento participante del proceso político (Barber, 1997: 28).

El segundo de los modelos que distingue Barber es el comunitario, que se caracteriza por considerar a la sociedad civil como el marco de la comunidad, en el cual las personas se vinculan primero desde las familias y asociaciones similares y más tarde en jerarquías sociales más amplias, como las agrupaciones, los vecindarios y las comunidades. Se parte de la premisa según la cual la mayoría de las asociaciones humanas en lugar de elegirse vienen dadas, y defiende que las comunidades se consolidan por el paso del tiempo y la tradición. El ciudadano queda definido como: «miembro de un clan, el hombre comprometido ligado a la comunidad por medio del nacimiento» (Barber, 1997: 23). La esencia de este modelo no es la participación sino la pertenencia.

Barber considera que esta perspectiva presenta como ventaja el hecho de ofrecer un fuerte vínculo social, aunque cree peligrosa la tendencia a absorber, asimilar y finalmente monopolizar todo el espacio público, y sostiene además que puede llegar a ser tan totalitaria como la existencia de un estado unipartidista. Una crítica común que realiza Barber respecto los dos modelos descritos, es la idea por la cual ambos tienden a colonizar «la otra parte» (Barber, 1997), puesto que los liberales ponen el acento en el mercado a costa de debilitar el estado, mientras que los comunitarios parecen subordinar el estado a la comunidad. Por tanto, ante este panorama, al autor no le queda más remedio que buscar una tercera vía, una sociedad civil definida desde una perspectiva auténticamente democrática que solucione los problemas de estos modelos.

Este nuevo modelo de sociedad civil que propone el autor se caracteriza por situarse entre el dominio del gobierno y del mercado, uniendo explícitamente la sociedad civil con la ciudadanía, sin inspirarse en el liberalismo político, ni en la comunidad de clanes, rechazando la radical oposición entre sectores privados y públicos y adoptando las virtudes de

ambos sectores. La sociedad civil queda definida por sus comunidades cívicas abiertas e igualitarias que garantizan la participación política. Este modelo de sociedad civil adopta lo bueno del sector público, marco abierto y público, junto con lo mejor del sector privado, su carácter voluntario y no coercitivo. Aunando así los principios de apertura, inclusión, igualitarismo y no exclusión, convirtiendo a esta perspectiva en un espacio que actúa entre ambos sectores, el público y el privado como mediador.

La distinción entre los modelos comunitaristas y libertarios (o liberales) empleada por Barber representa un esquema habitual en más de un autor. Su diferenciación en función de la interpretación entre lo público y privado responde a un esquema básico y sencillo. Sin embargo, los significados que se le atribuyen al concepto de sociedad civil no quedan agotados con este esquema, y se requiere además de una mayor profundización respecto la base sobre la cual se establece esta diferenciación. De esta forma conviene introducir la obra de Jürgen Habermas, que coincide en ciertos aspectos con Barber, al distinguir también entre tres modelos, liberal, republicano y deliberativo, aunque presenta una propuesta normativa sustancialmente diferente, y no coincide, como se verá a continuación, en la significación del modelo republicano, hecho que nos llevará a proponer una pequeña matización a los esquemas planteados por Barber y Habermas.

La distinción diseñada por Habermas responde a la consideración de tres modelos de democracia, presentando cada uno de ellos una comprensión heterogénea respecto aquello que las define: el proceso político, la política, el estado, la sociedad civil y la ciudadanía (Habermas, 2002). De esta forma, empezando por el modelo liberal, se puede decir, en términos generales, como este modelo se caracteriza por la defensa de un estado con escasa o nula capacidad de intervención en ciertos ámbitos, especialmente la economía, una política que se entiende simplemente como sistema que media entre una serie de intereses privados, una ciudadanía que es vista como portadora de un conjunto de derechos subjetivos y finalmente una sociedad civil caracterizada por la interrelación entre personas privadas. Siendo la autonomía individual el principio fundamental que define este modelo (Habermas, 2002: 231).

La concepción del ciudadano como portador de derechos subjetivos, y la limitación de la participación ciudadana a la legitimación mediante el voto del sistema electoral, deja una comprensión de la sociedad civil limitada a la interrelación de personas privadas, que desarrollan su libertad en el mercado, a través de una red de intereses privados. Y conlleva además una comprensión del proceso de formación de la opinión y de la voluntad común caracterizada por la simple formación de compromisos entre

intereses; es decir, se cree que los lazos establecidos dentro de la sociedad se realizan mediante pactos y compromisos de intereses, como sucede en el mercado.

En cuanto al modelo republicano de democracia conviene destacar la defensa que realiza esta propuesta en favor de un estado definido como una comunidad ética sustentado sobre las normas sociales, una sociedad civil basada en los principios de solidaridad, una ciudadanía, que va más allá de los derechos subjetivos, al defender la necesidad de un derecho positivo que encuentre su expresión en la participación política y un proceso político en el cual se pretende obtener un poder autoorganizativo de la comunidad. Es decir, este modelo pone la mirada hacia la comunidad y el entramado ético que lo define (Habermas, 2002: 234-235).

Las relaciones solidarias, y por tanto no los intereses particulares, constituyen el medio a través del cual se relacionan los miembros de la comunidad. Una comunidad que acepta su recíproca dependencia por su sentido de pertenencia y el compartir común de unas normas sociales. Este tipo de relaciones solidarias marca asimismo el carácter de la sociedad civil, al constituir la fuente de integración de familias, ONG, movimientos sociales, etc.

Por tanto, Habermas diferencia ambos tipos de sociedad civil, el liberal y el republicano, en función de los discursos y los lazos que predominan en la sociedad, siendo las relaciones solidarias aquellas que caracterizan a las propuestas republicanas, mientras que los compromisos por interés marcan a los modelos liberales. Sin entrar en estos momentos en su propuesta de sociedad civil, que será brevemente introducida más adelante, conviene ver cómo, a pesar de realizar una clasificación semejante a la de Barber, esta se establece sobre unos principios diferentes; ya que el modelo comunitario descrito por Barber, y el republicano por Habermas, no pueden ser, en mi opinión, equiparados. Es cierto que ambos tienen como punto de referencia a la comunidad, pero el principio que les caracteriza es matizable, ya que mientras las posturas republicanas fijan la atención en la participación, los comunitaristas se basan en el sentimiento de pertenencia.

Esto se debe, a mi juicio, a que dentro del modelo republicano que distingue Habermas existen varios planteamientos diferenciados. Siguiendo la distinción de Dubiel dentro de este modelo, cabría separar aquellos modelos republicanos más radicales (los denominados comunitaristas en el esquema Barber) de aquellos más moderados (republicanos para Habermas) (Dubiel, 1994: 119-121). Es decir, existe una línea de pensamiento en el cual prima el sentimiento de pertenencia a la comunidad como el caso de autores como Etzioni, mientras que en otros, a pesar de centrarse también

en el ámbito de la comunidad, valoran por encima de todo la capacidad de participación ciudadana, como es el caso de pensadores como Pettit o el propio Barber.

En este sentido se debe introducir la obra de Kaldor (Kaldor, 2005), puesto que en su diferenciación de cinco tradiciones de sociedad civil global, defiende entre estas la existencia de una tradición activista diferente de una posmoderna. Respondiendo este esquema a la misma distinción que plantea Dubiel entre una versión más moderada y otra más radical de republicanismo, aunque con otra terminología. En su caso la versión posmoderna, basada en la importancia de las identidades nacionales y religiosas corresponde a un republicanismo radical, mientras que la visión activista, caracterizada por defender la radicalización de la democracia y la apuesta por la participación se identifica con la versión republicana más moderada.

Es decir, en la tarea de discernir los diferentes usos que adopta el concepto de sociedad civil, con el propósito de ver la fundamentación sobre la cual se establecen, se han planteado hasta el momento varias clasificaciones. Con Taylor se han visto las tradiciones históricas que han configurado el término, mientras que con la obra de Barber y Habermas, se han explorado las diferencias existentes entre las tradiciones liberales, republicanas y comunitaristas, proponiéndose en estas páginas la necesidad de distinguir entre un modelo comunitarista, basado en la comunidad, y uno republicano, centrado en la participación. Una distinción no planteada por Habermas y Barber, pero que se encuentra reflejada en las perspectivas de Kaldor y Dubiel. Con todo ello, se ha establecido una base mínima para comprender el uso del concepto de la sociedad civil, sobre todo a la hora de identificar las diversas tradiciones sobre las que se establecen las nociones de sociedad civil. Sin embargo, es importante ver otro tipo de clasificaciones que no incidan únicamente en las tradiciones sobre las que se sustenta el concepto, sino que profundicen en los diferentes usos que se le dan contemporáneamente a la sociedad civil, introduciendo para ello nuevas síntesis realizadas por teóricos como Pérez Díaz y Ehrenberg.

4. La sociedad civil, ¿orden civilizado o esfera social?: los agentes de la sociedad civil

El teórico español Pérez Díaz (1997) presenta un tipo de clasificación basado en la distinción de tres usos contemporáneos del término de sociedad civil, en el que cada una de las vertientes responde a diversas interpretaciones sobre el entramado institucional que entra a formar parte

del espacio de la sociedad civil. Este autor, siguiendo un esquema común, distingue un total de tres perspectivas, dos ajenas a la suya y una propia que cree superar las debilidades de las dos anteriores. En este caso la diferenciación establecida no corresponde al esquema que confronta los modelos liberales respecto a los comunitaristas o republicanos, sino que defiende la existencia de una concepción más amplia o generalista de sociedad civil respecto a una más minimalista, en función de la cantidad de instituciones que son integradas en cada una de las concepciones. Entre ambos modelos, el generalista y el minimalista existe una perspectiva intermedia, más restringida que la primera pero más amplia que la segunda.

La primera de ellas, la generalista, dentro de la cual se incluye el propio autor, se inspira en el pensamiento de filósofos escoceses del siglo XVIII y queda caracterizada por ser un modelo ideal que defiende «un conjunto de instituciones sociopolíticas, tales como el imperio de la ley, la existencia de una autoridad pública responsable y limitada, los mercados económicos, el pluralismo social y una esfera pública» (Pérez Díaz, 1997: 62). Esta visión queda marcada, por tanto, por la distinción de una serie de instituciones sociopolíticas que parecen definir, desde mi punto de vista, un orden social. Un orden que queda asignado como sociedad civil cuando cumple con la existencia de una serie de requisitos: una autoridad pública responsable y limitada, unos mercados económicos, una esfera pública y una sociedad plural.

Pérez Díaz se interesa por los vínculos que se establecen entre los elementos de la sociedad civil, distinguiendo en esta unos órdenes espontáneos, mercados económicos, el pluralismo social y la esfera pública, respecto a una autoridad pública sujeta al imperio de la ley... En esta interpretación generalista de la sociedad civil el autor incluye, además de su propia propuesta, la obra de Gellner.

El segundo tipo de perspectiva que distingue Pérez Díaz reduce la comprensión de la sociedad civil a los elementos no gubernamentales en el que se integran asociaciones, mercados económicos y una esfera pública. Esta perspectiva se caracteriza por distinguir la sociedad civil de los elementos no gubernamentales, dejando fuera a la autoridad pública que sí quedaba integrada en el modelo generalista. El autor por excelencia de este modelo es Keane.

En el tercer lugar, Pérez Díaz define una tradición reciente, definida a lo largo del siglo XX e inspirada en la obra de Gramsci y Habermas, que se caracteriza por presentar una comprensión todavía más restringida que la anterior al excluir de la sociedad civil, no solamente a los agentes gubernamentales sino también a los económicos.¹ Una gran cantidad de au-

tores actuales entran a formar parte en esta perspectiva, puesto que además de Habermas, lo integran teóricos como Cohen, Arato, Kaldor, Barber... Una perspectiva enmarcada dentro de este esquema pero todavía más restrictiva es la idea de Alexander de sociedad civil como una esfera o subsistema de la sociedad separada de la esfera política y económica y la vida religiosa (Alexander, 1998: 96-97).

Esta tipificación presentada por Pérez Díaz tiene como principal ventaja la facilidad de identificar cada una de las concepciones actuales de sociedad civil con uno de los modelos definidos por el autor. Asimismo, muestra con claridad los criterios que emplea para diferenciar cada uno de los modelos, pues cuantas más instituciones se reconozcan, más cerca se encuentra uno de la visión amplia, y contrariamente, cuando más específica se considera a la esfera de la sociedad civil, más restringida es. Sin embargo, la parte negativa de esta comparación entre modelos amplios y restringidos responde, desde mi punto de vista, a una significación completamente diferente entre ambas formas de emplear el concepto. Como se tratará de argumentar un poco más adelante al confrontar los significados de sociedad civil que distingue Ehrenberg, el sentido amplio de sociedad civil corresponde a una especie de orden civilizado o social, mientras que el restringido define la sociedad civil como una esfera social específica dentro de un orden.

Este hecho no es impedimento para que el esquema de Pérez Díaz sirva para percibir con claridad una de las mayores problemáticas existentes hoy en día en torno al concepto de sociedad civil. Y es que los discursos actuales, que se insertan en su mayoría entre los modelos intermedios y restringidos que define Pérez Díaz, entran en colisión a la hora de determinar qué agentes o instituciones entran a formar parte de la sociedad civil. De esta forma, existe una serie de autores que defienden fervientemente la exclusión de los mercados de la esfera de la sociedad civil, entre los que se encuentran Habermas, Cohen, Arato, Barber, Alexander y Kaldor. Mientras que otra serie de autores, Keane, Walzer, García Marzá y Dekker, critican tal exclusión por considerarla ficticia e inadecuada.

Por otro lado, la inclusión de la familia en la esfera de la sociedad civil tampoco presenta una postura unánime, puesto que algunos como Walzer,

¹ Las teorías que han integrado a Gramsci en esta perspectiva restringida han sido objeto de crítica por parte de teóricos gramscianos que denuncian la mala interpretación de la obra del autor. Así, por ejemplo, Joseph A. Buttigieg, señala que la sociedad política, la sociedad civil y la esfera económica están inexorablemente unidas en el pensamiento de Gramsci. Joseph A. Buttigieg, *The Contemporary Discourse on Civil Society: A Gramscian Critique*, Centro Teórico Cultural, Criterios, 2005.

Warren o Rueschemeyer la excluyen mientras que teóricos como Cohen y Arato lo consideran parte fundamental de la misma. Además, y aunque en la actualidad predomine entre los teóricos de la sociedad civil el debate sobre la idoneidad de integrar o excluir los mercados y las familias, las divergencias a la hora de plantear los agentes que forman parte de la esfera civil no se limitan a este debate, sino que se extiende a una gran multitud de interpretaciones divergentes sobre los agentes específicos que son considerados parte de la sociedad civil. De forma que el número de significados atribuidos a esta se ve ampliado, complicándose la comprensión del mismo.

Tras haber visto la categorización de nociones de sociedad civil planteada por Pérez Díaz, resulta interesante adentrarse en una nueva forma de interpretar las diferentes vertientes de sociedad civil, explorando en este caso las concepciones distinguidas por Ehrenberg. Un autor que realiza una clasificación histórica del concepto sociedad civil, pero que presenta una gran validez para la comprensión de los usos contemporáneos del concepto.

El primero de los modelos que analiza Ehrenberg pertenece al pensamiento clásico y medieval que generalmente equiparó a la sociedad civil con una *commonwealth* políticamente organizada. La segunda significación de la sociedad civil se enmarca dentro de la tradición surgida a raíz de la expansión de los mercados nacionales, considerando a la sociedad civil como una civilización hecha posible como consecuencia de la producción, el interés individual, la necesidad y la competencia. Este orden dio paso a que algunos autores percibieran unas desconocidas oportunidades de libertad, mientras que otros llegaron a la conclusión de que la sociedad civil enmascaraba la desigualdad y el conflicto dentro de una supuesta política emancipadora y requería, en realidad, de una alta supervisión estatal. Finalmente, un tercer cuerpo de pensamiento se caracteriza por identificar a la sociedad civil como una esfera de asociaciones intermedias y separadas del estado que sirve a la libertad y limita el poder de las instituciones centrales (Ehrenberg, 1999).

Sin entrar a considerar el primero de los modelos, nos centraremos en los dos siguientes para ver las implicaciones que estos tienen en el uso actual del concepto de sociedad civil. La segunda forma de sociedad civil emplea este término para designar una civilización, hecha posible a tenor del desarrollo de las fuerzas del mercado. Este tipo de sociedad fue interpretada positivamente por la tradición liberal, y negativamente por la tradición marxista. Sin embargo, a Ehrenberg le llama la atención la comprensión compartida sobre la sociedad civil por parte de ambas tradicio-

nes. Puesto que los marxistas tratan de detener aquello que los liberales pretender expandir, pero «ambos están de acuerdo en gran medida que la sociedad civil está constituida por el poder estatal y las relaciones sociales de mercado capitalista» (Ehrenberg, 1999: 238). Es decir, la percepción de la sociedad civil como una especie de orden social, constituido por el poder estatal y un mercado capitalista, coincide en ambos, pero no la estimación sobre dicho orden.

Hay que tener presente que este orden social o civilización que se interpretaba como sociedad civil, era definido en contraposición a otro orden social. Es decir, la tradición liberal identificó sociedad civil, como sociedad civilizada opuesta a un estado de la naturaleza. Esta sociedad civilizada, más tarde identificada con la sociedad económica, venía marcada por la libertad, el derecho de propiedad y la seguridad que eran garantizadas por el marco de un estado supuestamente neutral. Frente a esta tradición se opuso el marxismo que negó la neutralidad de dicho estado y la capacidad emancipadora de la sociedad civil, y percibió la necesidad de superar este orden social por otro orden. Aún así la comprensión del término de la sociedad civil entre los modelos liberales y marxistas era el mismo, lo que variaba era, insistimos, la valoración del mismo.

Frente a estas visiones de sociedad civil, o sociedad civilizada, existe en la actualidad, una nueva oleada de conceptos de sociedad civil que identifican a esta ya no como un orden social, sino como una esfera social separada de, y dentro, del estado de derecho. Eso ha llevado a la tercera diferenciación planteada por Ehrenberg que considera que una gran parte del pensamiento actual sobre la sociedad civil está marcado por categorías neotocquevilianas. Siendo compartida por estas visiones la idea según la cual una democracia sana depende de una gran variedad de asociaciones voluntarias, una mayor participación local, un alto compromiso y un reforzamiento de la solidaridad. Esta conceptualización de la sociedad civil predominante en la actualidad se caracteriza por su diferenciación respecto al estado y por tratar de definir una esfera de asociaciones intermedias que sirve a la libertad, y limita el poder de las instituciones centrales.

Con esta nueva distinción y aventurándonos a confrontarla con la realizada anteriormente por Pérez Díaz, percibimos como este autor emplea, en realidad, dos significados diferentes de sociedad civil cuando distingue entre los usos restringidos y amplios del concepto. La versión restringida e intermedia de sociedad civil corresponde a la visión actualmente predominante que identifica la sociedad civil con una esfera de asociaciones separadas del estado. Mientras que la versión amplia de sociedad civil al integrar no solamente la esfera social sino también a una autoridad públi-

ca que cumple una serie de condiciones, su ejercicio responsable y limitado, pasa a ser comprendida como un orden social, como una sociedad civilizada caracterizada por ciertas particularidades. Esta versión puede contraponerse a una sociedad no civilizada marcada por la ausencia de un poder estatal limitado o la falta de un pluralismo social, pero no responde a la característica distinción entre sociedad civil y estado.

Es decir, en mi opinión, se puede y debe distinguir hoy en día entre unos usos de sociedad civil como orden social o sociedad civilizada, caso de las versiones amplias que distingue Pérez Díaz, respecto a las predominantes visiones de sociedad civil como una determinada esfera social separada del estado, que se corresponden con las propuestas restringidas e intermedias descritas por Pérez Díaz. Aunque esta distinción entre sociedad civil como orden civilizado y esfera social no explica todas las diferencias existentes en las diferentes concepciones en torno al término; puesto que, por un lado, existen grandes diferencias entre aquellos que comparten la visión de la sociedad civil como orden civilizado o como esfera social, y por otro lado porque estas dos formas no son las únicas con las que se interpreta al concepto.

Una vez vista una serie de tradiciones que se siguen a la hora de pensar en la sociedad civil, y establecida la diferenciación entre sociedad civil entendida como orden civilizado y como esfera social, es necesario introducir otras variables que se han empleado a la hora de definir el concepto. En este sentido la clasificación sistémica de Seligman permite introducir otro criterio clasificatorio a tener en cuenta.

5. Principios y metodologías que definen a la sociedad civil

Seligman distingue de nuevo tres visiones de sociedad civil, tres perspectivas consideradas distintas aunque solapadas (Seligman, 1992: 200-206). El primer modelo de sociedad civil que define es aquel que responde a un uso más directamente político, de forma que emplea el concepto como eslogan de diversos movimientos, partidos políticos y pensadores. La sociedad civil es, en este caso, uno de los muchos eslóganes que se han dado a lo largo de la historia en la teoría política. Este uso político del concepto varía de significado en función del contexto en el cual se emplea, siendo utilizado en occidente como un eslogan a favor de la causa de la comunidad, con el propósito de frenar las adversidades de la expansión del individualismo, y en Europa del Este como una especie de nostalgia a los días del *samizdat* y los tiempos de solidaridad entre reformistas.

El segundo uso de sociedad civil que distingue Seligman corresponde a un uso sociológico del concepto, que se subdivide a su vez en dos amplias formas de entender el término. La primera corresponde a una forma de expresar un tipo de orden institucional, mientras la segunda emplea el concepto como un fenómeno que define un mundo de valores y principios.

En la primera categoría el empleo del término como orden institucional difiere poco de las características con las que se suele identificar a la democracia, pero el empleo preferente del término sociedad civil en países de Europa del Este, responde a la manipulación sufrida, y la adaptación a los regímenes dictatoriales, del término democracia. Una tergiversación no sufrida por el concepto sociedad civil que lo convierte en un término equivalente neutro para designar la existencia de unas instituciones democráticas. La segunda categoría dentro de este uso sociológico, responde a la definición de un mundo de valores y principios, a una tendencia más o menos universalizante, dependiendo de la perspectiva, en la actuación de los actores sociales.

La tensión existente entre las propuestas centradas en el individualismo y aquellas que se fijan en el universalismo, es decir, entre intereses particulares y universales, nos lleva al tercer uso de sociedad civil que Seligman diferencia: el uso del concepto como normativo. Este uso, imbuido de los dos anteriores, presenta el concepto como un ideal, una visión del orden social que no es solamente descriptivo, sino prescriptivo, proveyéndonos una visión sobre la vida buena.

La introducción de este esquema es de gran utilidad para plantear una serie de aspectos no tenidos en cuenta hasta el momento, concretamente en lo que respecta a la consideración de la sociedad civil como un mundo comprendido de valores y principios, así como la distinción de visiones normativas de la noción sociedad civil. Además, la diferenciación del uso sociológico de sociedad civil como uso sociológico que describe un orden institucional viene a consolidar la distinción realizada anteriormente de sociedad civil como orden social. Quizás el problema de la clasificación planteada por Seligman sea la excesiva abstracción y la dificultad de identificar en los modelos propuestos el lugar que le corresponde a cada uno de los teóricos actuales de la sociedad civil.

Sin embargo, esta excesiva abstracción no es impedimento para que la obra de Seligman sirva de referencia para reclamar la necesidad de ver dos aspectos fundamentales a la hora de entender las nociones de sociedad civil. Por un lado, este concepto suele ser definido en función de una serie de criterios marcados por principios; y, en segundo lugar, las metodológi-

as empleadas por los teóricos a la hora de establecer el significado de la sociedad civil varían sustancialmente. A continuación se va a incidir en estos dos aspectos, buscando, en primer lugar, establecer los diferentes criterios que determinan la inclusión de una serie de agentes sociales en las concepciones de sociedad civil como esfera, y tratando de ver, en segundo lugar, cómo incide la metodología a la hora de pensar en el concepto de sociedad civil. Defendiendo en última instancia la necesidad de proponer un noción normativa de sociedad civil con tal de no caer en una actitud acrítica frente a la realidad.

La identificación de la sociedad civil como una esfera separada del estado necesita dotar de unos criterios que justifiquen los motivos que llevan a considerar unas instituciones, y no otras, como parte de la sociedad civil. Uno de los teóricos que, desde mi punto de vista, establece con más claridad estos criterios es Habermas. Este autor considera que el criterio para identificar a los agentes de la sociedad civil es su orientación hacia lo que denomina acción comunicativa, constituyendo los lazos sociales a través del diálogo y el consenso. Las relaciones de solidaridad establecidas entre las asociaciones de vecinos, movimientos sociales, ONG, etc. es aquello que diferencia a la esfera de la sociedad civil respecto a otros campos como la política y la economía, que se vinculan por las relaciones de poder y el cálculo estratégico respectivamente. En esta perspectiva que propone los lazos de solidaridad como mecanismo de actuación de la sociedad civil entran otras perspectivas como Cohen, Arato y Kaldor.

Frente a esta interpretación se revelan una serie de propuestas que no comparten esta exclusividad de los lazos comunicativos y solidarios a la hora de definir la sociedad civil. Entre estas teorías García Marzá, a pesar de considerar la acción comunicativa como el principio de acción fundamental de la sociedad civil, no cree, sin embargo, que este sea el único principio que lo define y no ve buenos motivos para excluir la acción estratégica de la sociedad civil. Su posición radica en entender la comunicación, el diálogo y el consenso, como un criterio normativo, una perspectiva crítica desde la que evaluar a la sociedad civil. El concepto de recursos morales es el núcleo de su teoría (García Marzá, 2004: 35-48).

Por otro lado, Keane considera que las perspectivas que excluyen a la economía de la sociedad civil, y que ponen el acento en los lazos exclusivamente solidarios, son perspectivas puristas que se equivocan tanto desde consideraciones descriptivas como tácticas, al evitar con el pensamiento dualista entre mercado y sociedad civil poner freno a los problemas que *de facto* se dan dentro del mercado y no permitir, a su vez, emplear algunos mecanismos del mercado para la expansión y consolidación de la sociedad

civil (Keane, 2005). Para este autor la sociedad civil constituye el ámbito no gubernamental, y pasa a ser definido como el espacio que tiende a ser no violento, autoorganizado y autoreflexivo (Keane, 1998). Siendo excluidos de la esfera civil los movimientos decididamente violentos como consecuencia de la naturaleza que los define, y estableciéndose el acento en el carácter autoorganizativo y voluntario de la sociedad civil.

Walzer, por su parte, emplea unos criterios similares a Keane a la hora de diferenciar a la sociedad civil del estado, considerando que es el carácter voluntario y no coercitivo aquello que define a la sociedad civil. La voluntariedad de la sociedad civil impide que la familia, que no se elige libremente, sea considerada parte de la esfera civil, mientras que el carácter coercitivo y no voluntario del estado marca su distancia respecto a la sociedad civil. La sociedad civil en Walzer es el espacio en el cual se pueden dar diferentes formas de vida plurales, respondiendo eficazmente a la complejidad humana que, según este autor, no ha sido respetada por otras tradiciones como el liberalismo, el republicanismo, el marxismo y el nacionalismo (Walzer, 1998).

El carácter plural de la sociedad civil es un elemento esencial en el pensamiento de Keane y Walzer, ambos parten de la defensa de una sociedad civil altamente plural, en la que se puedan expresar múltiples formas de vida buena, respetándose sus diferencias. En este sentido ambos se acercan a planteamientos relativistas, aunque Keane considera que la separación entre sociedad civil y estado es un imperativo universal, al ser la única forma de asegurar la existencia de formas de vida plurales. Representando, por ello, un relativismo condicionado a la existencia universal de las instituciones de la sociedad civil y del estado (Keane, 2003: 203).

Los criterios empleados por estos cuatro autores, Habermas, García Marzá, Keane y Walzer, son una muestra de los diferentes criterios empleados a la hora de localizar la esfera de la sociedad civil. Unos criterios marcados por la heterogeneidad puesto que el carácter: exclusivamente solidario, solidario y estratégico, universal, relativista, conflictivo, pacífico, abierto, plural, espontáneo... pueden ser elementos que definan los diferentes agentes que forman parte de la sociedad civil en función del autor que se lea. Solamente un criterio parece unir a una mayoría: la voluntariedad y su carácter diferencial del estado; e incluso este punto en común puede resultar altamente problemático e insuficiente puesto que la comprensión diferencial de la sociedad civil respecto al estado y el carácter coactivo que la caracteriza, amenaza en convertir al término en un concepto residual, que sólo cobra plausibilidad a partir de su contraste con el fenómeno estado (Vallespín, 1996: 40).

Además de las diferencias existentes en torno a las tradiciones en las que se basan los autores (en la que parece predominar la influencia de Tocqueville), el significado que cada uno atribuye al concepto (ya sea como orden civilizado o como esfera social, etc.), los agentes que integran la esfera civil (más o menos numerosos) y los criterios empleados a la hora de definir el espacio de la sociedad civil (en el que se encuentran un compendio de principios variados y contradictorios), hay que tener en cuenta que existe otra variante esencial en los diferentes modos de interpretar la sociedad civil; puesto que como ya ha sido introducido a través de la clasificación realizada por Seligman, existen diferentes formas de emprender el análisis y el estudio de la sociedad civil. Las metodologías empleadas a la hora de definir el concepto son variadas. En este sentido cabe destacar las diferencias entre aquellos que emplean los modelos ideales frente a los que aportan una perspectiva normativa para definir el concepto de sociedad civil.

Los esquemas que se guían por los modelos ideales parten de la premisa weberiana según la cual, la complejidad del mundo solamente puede explicarse a través de la simplificación intelectual que requiere del uso de unas categorías ideales por las cuales un modelo trata de aproximarse lo máximo posible a la realidad existente. Este tipo de modelos es común a una serie de autores actuales en torno a la sociedad civil, siendo compartida, por ejemplo, por Pérez Díaz y Keane. Aunque no puede abarcarse, por motivos de espacio, un análisis profundo de las diferencias y problemas de cada una de las metodologías, sí conviene señalar que el problema esencial de los autores que emplean los modelos ideales es, en mi opinión, que su característica defensa de la complejidad no permite dar razón de la validez de su propuesta frente a cualquier otra noción de sociedad civil.

Frente a esta metodología se encuentran aquellos que consideran que una visión correcta de la sociedad civil, con tal de no caer en descripciones empíricas acriticas, requiere el empleo de concepciones normativas que justifiquen su validez. Pues como señala García Marzá se convierte en una necesidad básica la introducción de la dimensión normativa en la reflexión actual de la democracia, ya que de lo contrario «no se puede explicar la diferencia existente entre lo vigente y lo válido» (García Marzá, 1996: 98). Esta forma de pensar la sociedad civil no trata de describir lo existente, lo vigente, sino que trata de definir un modelo de sociedad civil que sirve de guía para definir lo válido. En este modelo normativo entrarían a formar parte los teóricos de la sociedad civil como Habermas, Cohen, Arato y Barber entre otros.

6. Breve conclusión

A lo largo de estas páginas se ha tratado de mostrar como el concepto de sociedad civil presenta en la actualidad una gran cantidad de significados en función del autor que lo emplea, las tradiciones que se siguen, el significado que se le atribuye al término, las instituciones que forman, o no, parte de la sociedad civil y la metodología empleada... Una variedad de ideas en torno al concepto de sociedad civil que puede ser ampliada todavía más si se tienen en cuenta otra serie de factores como pueden ser el papel más o menos relevante que cada teórico atribuye al estado o el carácter global que está adquiriendo la sociedad civil, con la aparición de la reflexión sobre la sociedad civil global. Todo ello es, desde mi punto de vista, una muestra clara de la imperante necesidad de realizar una reflexión profunda sobre la fundamentación filosófica, los principios y la metodología que acompaña a la idea de sociedad civil. Solamente así se puede conseguir que esta visión, que de tanta utilidad puede ser en la actualidad, pueda ofrecernos realmente una perspectiva esperanzadora en la mejora de las democracias actuales.

Bibliografía

- ACANDA, J. L. (2002): *Sociedad Civil y Hegemonía*, Habana, Centro Juan Marinello.
- ARANGUREN, J. L. (1988): «Estado y Sociedad Civil» en Vv. AA., *Sociedad civil o Estado ¿Reflujo o retorno de la sociedad civil?*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert.
- ARATO, A. y COHEN, J. (1992): *Sociedad Civil y Teoría Política*, México, Fondo de cultura económica.
- BARBER, B. (1997): *Un lugar para todos*, Barcelona, Paidós.
- BUTTIGIEG, J. A. (2005): «The contemporary discourse on Civil Society; a Gramscian critique», Teórico cultural, Criterios.
- CORTINA, A. (1998): «Sociedad Civil» en *10 palabras clave en filosofía política*, Salamanca, Verbo Divino.
- DUBIEL, E. (1994): «Metamorfosis de la sociedad civil», *Revista Debats*, núm. 50.
- EHRENBERG, J. (1999): *Civil Society. The Critical History of an Idea*, Nueva York, Nueva York University Press.
- GARCÍA MARZÁ, D. (2000): *Ética empresarial: Del diálogo a la confianza*, Madrid, Trotta.
- (1996): «Un modelo deliberativo de democracia participativa», *Revista Ciencia, Pensamiento y Cultura, Arbor*.

- (1993): *Teoría de la democracia*, Valencia, Nau Llibres.
- HABERMAS, J. (1999): *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, Barcelona, Paidós.
- (1998): *Facticidad y Validez*, Madrid, Trotta.
- KALDOR, M. (2005): *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*, Barcelona, Tusquets.
- KEANE, J. (2004): «Eleven thesis on market and Civil Society» presentado en la conferencia «Mercados y Sociedad Civil» en el European Civil Society Network (CiSoNet), 25 junio 2004, Madrid, en www.johnkeane.net (traducido para esta edición de Recerca).
- (2003): *Global civil society?* Cambridge, Cambridge University Press.
- (1998): *Civil Society, Old Images, New Visions*, Cambridge, Polity Press.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1997): *La Esfera pública y la opinión pública*, Madrid, Taurus.
- SELIGMAN, A. (1992): *The Idea of Civil Society*, Princeton, Princeton University Press.
- TAYLOR, C. (1992): *Argumentos filosóficos*, Barcelona, Paidós.
- VALLESPÍN, F. (1996): «Sociedad Civil y crisis de la política», *Revista Isegoría*, 13.
- WALZER, M. (2001): «Equality and Civil Society», en CHAMBERS, S. y W. KYMLICKA, (2001): *Alternative Conceptions of Civil Society*, Princeton, Princeton University Press.
- (1998): «La idea de sociedad civil: Una vía de reconstrucción social», en DEL ÁGUILA TEJERINA, R. (coord.) (1998): *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza.

Civis mundi sum: global civil society

JODY JENSEN

INSTITUTE FOR POLITICAL SCIENCE AT THE HUNGARIAN ACADEMY OF SCIENCES

Abstract

The need for global civil society stems from democratic deficits at the global level, but it is an open question how effective global networks of civil society can be in creating meaningful links of interdependence between societies, global markets and states. Global civil society is actively shaping and informing new constructions for governing globalization as an important actor that can no longer be ignored. It can potentially manage diversity and conflict, support and sustain multi-level public debates. Will a global civil society be able to deliver the enabling frameworks powerful and persistent enough to shape a new global public space?

Key words: global civil society, global governance, globalization, global justice.

Resumen

La necesidad de una sociedad civil global proviene de los déficits democráticos existentes a nivel global, pero sigue siendo un asunto pendiente conocer cómo de efectivas pueden ser las redes globales de la sociedad civil en la creación de lazos significativos de interdependencia entre sociedades, mercados globales y estados. La sociedad civil global informa y conforma activamente nuevas construcciones para gobernar globalmente como un actor destacado que no puede ser ignorado más tiempo. Potencialmente puede manejar la diversidad y el conflicto, respaldar y mantener debates públicos en múltiples niveles. ¿Será capaz la sociedad civil global de posibilitar un armazón suficientemente poderoso y persistente para formar un nuevo espacio público global?

Palabras claves: sociedad civil global, gobernanza global, globalización, justicia global.

We are sceptical [...] of the claim that transnational or international NGOs constitute “global civil society” [...] the global civil society movement might better be understood as imagining itself as the bearer of universal values, both operating in the teeth of globalization and yet simultaneously using globalization as its vehicle for disseminating universal values (Anheier, et al., 2005: 26).

The Postnational Constellation

Ronnie Lipschutz (1992: 391) saw that «the growth of global civil society represents an ongoing project of civil society to reconstruct, re-imagine, or re-map world politics». As Scholte (2000 a: 287) says:

This theoretization of the postnational constellation or «supranationality», is not to deny the continuity and significance of territoriality and its institutions and geographic as well as metaphoric identities. Many emphasize that globality has not taken over territoriality but territoriality no longer has the monopoly on social geography [...] Crossborder cooperation strengthens «supraterritorial networks» which provide new loyalties and regional identities. As a consequence, there is a shift in the «geography of values» which supports the argument for an emerging global civil society.

The emergence of global civil society is viewed as a response to the «leaking away of sovereignty from the state both upwards, to supranational institutions, and downwards, to subnational ones [...] Global civil society is emerging as a functional response to the decreasing ability and willingness of governments to undertake a variety of welfare functions» (Lipschutz, 1992: 399).

Identification with the nation state as the primary social grouping has begun to wither partly in response. At the same time, identity based on consumption and the market is insufficient for establishing new identities. This has given rise to new forms of collective identities, new nationalisms in some places, but also the creation of cosmopolitan identities and a global consciousness (Lipschutz, 1992: 399).

Recognition of the democratic deficit on the level of global governance raises the questions whether and how civil society can contribute to reducing it, dynamizing the process of global democratization. More precisely, what role can civil society play in a reconfigured democracy for global governance?

Defining, Refining and Redefining Global Civil Society

Global civil society is a relatively new phenomenon. It became part of the official vocabulary in the mid-1990s when international funding

institutions, theoretical and empirical analyses started to employ it in their programs and research.

The need for global civil society stems from democratic deficits at the global level but this society remains vague and deficient without the articulation and application of global rights and responsibilities of citizenship. The Universal Declaration of Human Rights goes some way to defining a potential global citizenship, but we are still a long way from institutionalizing form(s) of citizenship rights at the global level. It is precisely the articulation of these sets of rights and responsibilities related that guarantee a defence against the over-indulgent markets of turbo-capitalism. Ralf Dahrendorf characterizes civil society as «the medium through which freedom is projected, boosted and dispersed. It thus constitutes the home of the Citizen» (Dahrendorf, 1997: 60).

It is an open question how effective Global Citizens (global networks of civil society) can be in creating meaningful links of interdependence between individuals, social groups and the institutions of Global Merchants (markets) and Princes (states), but the attempt is clearly being made. These forms remain, however, fragmented and reflect global inequalities in terms of participation and access to technology.

Global civil society as an existing, yet at the same time emerging and potential force can neither be encompassed by the total number of international NGOs nor is it synonymous with the anti-globalization protestors that receive so much of the media's attention. It emerged in response to what is viewed as the rampant and uncontrolled extension of liberal market processes that have caused and are causing increasing environmental and social insecurity.

Like the term «globalization», the definition of «global civil society» is debated and contested, and is one of the reasons it is attractive to stakeholders from differing fields. Sometimes it is described in terms of new social movements that take place on a global scale, and is termed «transnational civil society» in international relations theory. Sociologists identify it with the emergence of a «world society». Economists relate it to the international labor movement and the public reaction to globalized markets and neo-liberalism. Civil society can also be exploited to legitimize economic actors and the reforms economic institutions initiate and implement. Political scientists tend to focus it on its potential to spread democracy around the world. It is important to reiterate the formulation that «Globalization constitutes the sort of contextual change that requires new approaches to democracy and civil society» (Scholte, 2002 a: 285). According to Hurrell (1995: 139):

(There has been a shift) in the character and goals of international society: away from minimalist goals of co-existence towards the creation of rules and institutions that embody notions of shared responsibilities, that impinge heavily on the domestic organization of states, that invest individuals and groups within states with rights and duties, and that seek to embody some notion of the planetary good.

Normatively, global civil society is associated with initiatives that embody certain values like *Médécins sans Frontières*, *Save the Children*, *Oxfam*, *Amnesty International* or *Greenpeace* which have become the «brand names» of global civil society. They provide humanitarian assistance and express global solidarity with the poor and oppressed who have become the victims of economic globalization's dark side (See Anheier *et al.*, 2001). Sometimes the term refers to the growing interconnectedness and interdependence of citizens in new social networks among environmental and human rights groups, students, or global media. There is no agreement on its definition or scope, but its emergence, both in terms of new global social movements, and in the academic literature, is recognition of a sphere of public activity that is above and beyond (yet often connected to) local, national, and regional societies. The globalization of civil society, like economic globalization, is a process that extends into new areas of emergent global governance: environmental regulation, consumer rights and protection, and human security.

It is clear that in the 1990s, a supranational sphere of social and political participation became vibrant and allowed space for citizens, social movements, and individuals to dialogue, debate, and deliberate with each other, with representatives of governments and the business community in what can be called multi-stakeholder global conversations.

The number of international NGOs, their scope in geographic and thematic terms, and their level of organization has incalculably increased over the past 2-3 decades. They make up, however, only part of the increased activity at the global level. There are also grassroots groups with global reach (movements of indigenous peoples who have put their concerns on the global agenda) and multi-theme coalitions that form, transform and recede in response to global challenges. Many different kinds of groups organized by citizens have come to play increasingly crucial roles since the 1990s by gathering and disseminating information and generally raising public awareness for advocacy and action to influence public policy. This shift in global dynamics is unprecedented.

Part of this vigorous development is the growth of technological and financial resources available to global civil society. INGOS have become the agents of directing private, corporate, bilateral and multi-lateral funding flows, thus increasing their power. INGOS and networks of global NGOs

function to ameliorate and mediate some of the most adverse effects of economic globalization. They can provide a safety net in which to catch those who become the casualties of economic liberalization. By supporting democracy-building in the world, they help to establish the rule of law and respect for human rights, thus embodying global values that have evolved in the international system.

For many, a primary role for global civil society is to re-politicize economic development by retaking control of economic instruments in order to redistribute political power more equitably, transparently and with more accountability. That is why debates about globalization and global civil society have become discussions about the future of democracy and social justice.

Even if calling contemporary social movements and global networks «global civil society» overstates what is happening, the determination «international» or «transnational» understates what has and is occurring. In the past decade we have quickly moved beyond just the cross-border, transnational nature of relations. This revolutionary change, facilitated by technology and communication, has opened up traditionally closed societies to an unprecedented extent. Even Myanmar, under strict military dictatorship, cannot keep the eyes of the global public away from domestic violence and violations of human rights. The unprecedented global mobilization of civil forces in opposition to the Iraqi invasion catapulted global civil society forces into the global media arena, giving force and confidence to these increasingly coordinated and organized movements.

It is also argued that only a «global civil society» can be posed as a counterweight to «globalization». If democratic deficits of governance are to be addressed at the global level, only a global organization of civil society can hold global economic and political actors accountable. Global civil society is seen as the mechanism by which globalization can be «civilized». In addition, «global civil society» embodies a normative aspiration that cannot be said of «transnational civil society». Global civil society is an expression of the emergence of a global consciousness, of shared values and goals. It stresses, as Anthony Giddens phrased it, our «overlapping communities of fate» in which individuals act as global citizens. This encompasses our increasing environmental interdependence, vulnerability and responsibility.

The strength of global civil society lies in its ability to call powerholders to account by requiring transparency and the dissemination of information about their activities. It may also require compensation in response to the most blatant exploitation of resources, and abuse of human rights and the environment. Another strength lies in global civil society's ability to unite

the cacophony of voices into an orchestra which is ignored by enterprises and multi-lateral economic organizations at their peril. Transformations in the context of international law and corporate monitoring and reporting have largely occurred as a result of pressures from civil society. It has also resulted in the direct intervention in states on behalf of its citizens when their rights are abused by state powers.

Despite extreme heterogeneity and fragmentation, much of the activity in the sphere of global civil society consists of what some have termed «globalization from below», a project whose normative potential conceptualizes widely shared global values related to re defining security in the 21st century (della Porta *et al.*, 2006). These include minimizing violence, maximizing economic well-being, realizing social and political justice, and upholding environmental quality.

Beyond the violence of small groups of protesters, broad alliances of NGOs, CSOS and concerned individuals have begun to reshape and address global issues. Even in a nascent form, global civil society boasts successes from the movement against landmines, to Jubilee 2000, which put international debt on the global agenda of world leaders. The Kyoto Treaty and the establishment of the International Criminal Court of Justice can all be labeled victories for global civil society.

New alliances of NGOs and CSOS, gathering such as the World Forum on Democracy, parallel summits like the People's Summits at the WTO, or Summits of the Americas, etc. have resulted in the move from confrontation, conflict and protest to articulated and structured criticism. Far from being «one-issue movements», these new post-national social movements not only protest, they raise critical voices, through their networks, against the most outstanding injustices and inequalities of power monopolies. The move from monitoring to governing (actively shaping decision-making and participating in confrontative dialogues with decision-makers) is partly a result of a series of world conferences on contested issues like environmental protection, human rights, gender and global economic policies. This changed global economic and political constellations and lead the UN and other closed intergovernmental organizations or multi-lateral economic organizations (MEIS) such as the World Bank, the IMF, and the WTO towards dialogue and cooperation. It is also a result of a growing global consciousness and sense of responsibility. This reflects the changing values of an increasing number of citizens who not only protest, gather and organize themselves across frontiers, but who consciously develop networks on a more or less permanent basis. The World Conferences of the 1990s resulted in a cumulative vision of desired alternative futures (Foster, 2001).

Michael Edwards, the director of the program on Governance and Civil Society at the Ford Foundation, reported that more than 49 million people joined the «Hemispheric Social Alliance» to control the Free Trade Agreements of the Americas, and more than 30,000 INGOS are active on the world stage, along with 20,000 transnational civil society networks. To summarize Edwards, civil society can make two contributions to effective global governance: 1) by improving the quality of debate and decision-making through demands for more information, transparency and accountability of the international system; 2) by strengthening the legitimacy and effectiveness of decisions through provision of a broader spectrum of those whose support is required to make them work (Edwards, 2002: 77).

More humanized goals for our global future are in the process of formulation. However, the institutionalized forms and frames for a more systematic and structured horizontal or «civil-lateral» organization and accountability of global players are still missing. It is too early to tell whether emerging global publics and civil networks will be able to deliver the enabling frameworks, institutions and fora which will be powerful and persistent enough to shape a new global public space where global civil society can develop and be sustained and contribute to global governance.

Some of this potential can be measured in the jump from 11 million shots on the Internet search in 2003 to over 304 million in 2007 on various global civil society topics. The results are formulated in the subsequent table. It is of special interest which categories have become the focus today. It is clear from the comparison that there has been extensive growth in interest on issues related to global civil society and governance.

Global Civil Society and Global Governance

While interest in the relationship between emerging global civil society and global governance is growing, it is still unclear in what ways civil society can be «institutionalized» in new global governance structures. Global governance is not an embryonic form of a world government modelled after the modern nation state. Instead, global relations are regulated in a «poststatist» fashion with no single center of authority. Civil society, therefore, serves a different function than in the previous periods and has to find new ways for establishing itself within the new global, post-national constellation. If realized, the engagement between civil society and regulatory mechanisms could enhance the respect and legitimacy that citizens accord to global governance. Civil society could affirm and guide global governance arrangements and when necessary constrain their behavior. Civil society can also provide the space for expression of discontent when arrangements are regarded as illegitimate.

During the 1990s, both the engagement and the representation of civil society organizations and networks shifted from monitoring to active participation in governance. Signs of an emerging internationalism built around global social movements and a world public opinion can be viewed in the context of the associational revolution of the 1990s. John Foster (2001) emphasizes that the development of social movements, NGOs and civil society organizations is uneven worldwide, but their growth in numbers and in reach around the world is unquestioned.

A Call for Change

Some critics want to put the genie of globalization back into the bottle, but there is no way to turn the clock back. Globalization has brought benefits, including an active global civil society that is increasingly becoming an effective watch dog of global economic and political institutions, striving for more democracy and justice at the local, national and regional levels. The problem can be identified not with globalization itself, but with who and how it is governed.

In Blahó (2001), the issues that must be confronted and the articulation of a new development paradigm are clearly framed as follows:

Globalization is private-sector driven, yet responsibility for its effects in both economic and social terms is the duty of nation states. Since TNCs increasingly operate worldwide, they owe little to national governments, but they need to be mobilized to support social rights. The public sector is far behind the private sector in the national and international contexts and societal restructuring is required to catch up with the economy and technology.

Globalization exacerbates the intensity of competition which is increasingly seen as the only way to survive. This extreme competition diminishes diversity in societies and contributes to social exclusion: individuals, enterprises, cities and nations that are not competitive (enough) are marginalized and eliminated. With this loss of diversity, countries lose the necessary capacity to renew themselves. This, in turn, limits their ability to flexibly and innovatively confront and solve problems.

At the same time, while enormous global wealth is being generated in the global economy, the income of many nation states is in decline. A new distributional problem has been created. This has occurred at the very moment when nation states need the resources most to confront and manage the new social needs and demands.

Globalization has intensified outstanding social problems like poverty and unequal income distribution and created a new series of problems like new forms of international crime, the growing gap between rural and urban, new forms of international migration (also economic and environmental migration) which can often be linked to civil wars, the lack of economic opportunity, and the drug trade.

While the labor-saving nature of globalization is well documented, there has not been enough attention paid to its labor-creating potential. Attempts must be made to balance labor-saving economic benefits with the social costs of unemployment and social exclusion. A new development paradigm must clearly address these new, concrete problems.

The system based on the international agreements between nation states needs to be globalized. The positive discrimination of economically weak nations also needs to be globalized so more countries and more people can take advantage of the opportunities opened up by globalization and the new technological revolution, at the same time minimizing their negative effects. This entails the global coordination of national social policies instead of their eradication dictated by global economic forces. Nation states need to be empowered as defenders of democratic principles and as vehicles for social self-defense. There is not the equivalent of a global welfare state, but we urgently need the creation of an active international social policy. Social rights and global social and economic development need stronger international action and the international social rights machinery needs to be further strengthened.

What Blahó recommends is bold new approaches to achieve global social priorities, leading to the reduction of global inequalities and the marginalization of poor countries and people; that nation states need to strengthen their social organization, institutions, legal frameworks and an enabling economic environment, without being dependent on external

help. Poverty eradication must be central to all state and international policies and nation states must fulfill their obligations to implement policies that do the most to secure economic and social rights for the most deprived ensuring their participation in decision-making. Increasing social protection and reducing vulnerability requires the institution of global justice.

Jan Aart Scholte (2005) sets out proposals which give particular emphasis to the development of global public policies through transworld institutions. Some of these, summarized here, may help to focus reform efforts where global civil society can play a vital role.

Enhancing human security

- On the basis of the two global covenants on human rights, cases could be made against the IMF or WTO, for example, when their measures violate basic rights that could be legally enforced as a «transplanetary bill of rights».
- A global arms control authority which supplements national governments could impede the development and spread of conventional arms as well as WMD.
- UN peacekeeping operations could be enhanced to link governments and civil society watchdogs. With better, on the ground intelligence, damage in conflict zones could be diminished with faster interventions.

Enhancing social equality

- The introduction of a global redistributive taxation system and the abolition of offshore finance.
- To improve the imbalance in North-South global economic decision making, votes in Bretton Woods institutions could be redistributed away from the major states; other agencies like the OECD could expand and broaden their membership.
- The abolition of agricultural subsidies in the North and alternative trade schemes could enhance export earnings for poor countries.

Enhancing democracy

- Local and national democracies are part of global democracy and strengthening each level strengthens the whole.

- Further devolution to substate authorities in terms of public participation and accountability in the governance of global flows would better integrate local governments and civil societies in the formulation and execution of policies of global concern.
- Civil Forums could help to promote the discussion and debate of complicated issues which is necessary in democracies.
- Public education about globalization and its governance could promote democratization by informing citizens of their rights and responsibilities as global citizens.
- The greater need for transparency of policymaking processes to citizens, e.g., employing non-technical, non-bureaucratic language and terminology and translation into local languages. People who are better informed are better able to take responsible decisions at all levels of governance.
- Efforts to democratize private regulatory mechanisms need elaboration. Public consultation and evaluation, achieved by greater dialogue with civil society and legislative bodies, could be a step forward towards this end.

The greatest number of proposals for the democratization and governance of globalization lie in the potential of civil society. Supporting and developing civil society could contribute to advances in all the areas outlined above. Therefore, more investment of resources should be secured to realize the potential of civil society at the global level. State and economic actors could improve the depth and breadth of their engagement with civil groups. In the long run this will enhance their own efficiency and acceptance in local environments.

One of the most valuable, and yet surprisingly most overlooked publications was produced by the International Labor Organization (2004). This is the product of 30 national, regional and Key Actor dialogues that took place in 2002-2003. In many areas this report agrees with Scholte, emphasizing that the imbalance between the economy and society is subverting social justice; and the imbalance between the economy and the polity is undermining democratic accountability. They use the term «networked governance» to express the participation of more people on more levels of global agenda setting, policy formation and implementation.

In their *Vision for Change* they emphasize that the many actors that are engaged in the realization of global social and economic goals – international organizations, governments and parliaments, business, labor,

civil society – need to dialogue and partnership with each other in order to form the democratic instruments needed to govern globalization. The United Nations needs to be strengthened as a key instrument for an efficient system of multilateral governance so that it can provide a democratic and legitimate framework for globalization.

This is a call for a stronger ethical framework. So far globalization has developed in an ethical vacuum with successful markets being the only measure of success. Market-driven globalization does not promote values like respect for human rights, respect for diversity, protection of our shared natural environment and an awareness of our common humanity. It has instead weakened social trust in institutions at all levels of governance and has indeed weakened our democracies and the very fabric of our societies.

The «invisible wars» bred by global inequalities, tend to generate «visible wars» (Szentes, 2003: 359-367). We need to remember some of the «historical lessons»: about the interaction of internal and external factors of development, about acting in time, about the need to reduce asymmetries in interdependence, about increased state responsibility for development, and the need for changing the world system as a whole. There is also the lesson about the need for countervailing forces, i.e., the need for a civil society for controlling both the state and the market. «A truly democratic world order cannot rely on the spontaneity of the market, nor on the dirigism of some state-power. Instead, it must ensure the upper hand to the global civil society unfolding and organizing on the world level» (Szentes, 2003: 385).

A global civil society emerged in the 1990s in part to respond to the most blatant abuses of market-driven globalization. A cohesive global society can be built around shared values which can stimulate the creation of a Global Commons or Global Public Space where a moral and ethical framework can be constructed for private and public behavior. Realizing the shared values upon which our future depends requires the actualization of these values on the parts of both individuals and institutions – all actors participating in globalization (states, markets, civil societies). Accepting these values and responsibilities with the accompanying public scrutiny and accountability that they require should become the platform on which the Global Commons rests.

Civil Society, Global Governance and Global Citizenship

Global civil society is not, however, a panacea. Michael Edwards warns that the outcome of civil society involvement in global governance depends, among other factors, on whose voices are heard in global debates, and «whether civil groups are effective in playing the roles assigned to them in the evolving international system» (Edwards, 2002: 72). The danger is real: in the absence of accepted rules of the game, the loudest and the strongest groups will dominate.

One of the dangers that is often brought up is the argument that global civil society is not democratically elected and therefore it is neither accountable nor legitimate. Groups and organizations that call themselves «global civil society» and claim to represent world opinion could replace civil activity at the national level, thereby weakening democracy at the local level. Global civil society becomes equated with particular groups that might be described as social movement missionaries (e.g., environmentalists, feminists, human rights activists, economic regulators, sustainable development addicts). They have been chosen by multi-lateral economic organizations and intergovernmental agencies to represent interests that may or may not be genuine. Too often they are accused of having been coopted by the representatives of Global Princes and Merchants who have chosen them as the representatives of civil society. Although what is termed «global civil society» is increasingly participating in multi-stakeholder discussions, and partnering with states and corporations in alliances that are characterized as public-private and private-private, too often it is only those groups that appear less radical and/or threatening that are chosen. This perception has led to the construction of frames to compartmentalize NGOs and CSOs which ultimately has led to the selective exclusion of certain groups from participation at the global institutional level.

Another criticism leveled against global civil society is its lack of legitimacy. Global civil society organizations like other levels of civil society activity should be judged according to the views and values they represent and on their activities and achievements. But too often this question has been insufficiently answered by the statement that civil society regulates and is accountable to itself, thus reiterating the justification given by Princes and Merchants.

Some of the global representations of global civil society (among them usually the most internationally recognized, efficient and well-funded NGOs) do express a tendency to develop a neo-liberal, bureaucratized «professional» language which can reproduce power relations and

hierarchies, thereby recreating through self-regeneration the already contested and deficient mechanisms of global governance. Civil society should not, however, be viewed as the simple sum total of NGOs, CSOS, INGOS. It is more fluid, chaotic, pluralistic, diverse and changing than a simple register of non-governmental organizations can encompass.

An even bleaker view is expressed by Stanley Hoffmann (2002: 111). In answer to his own question about the contribution of the emerging global civil society to world order, Hoffmann answers that NGOs have little independence from governments. In addition, what we call «global governance» is partial and weak and, in contrast to Scholte, Hoffmann does not see the rise of a collective global consciousness or solidarity and as a consequence a sense of world citizenship. In sharp contrast with most of the authors writing about globalization, he believes that in opposition to economic life, «human identity remains national» (Hoffmann, 2002: 111).

Strengthening the Global Community through Dialogue and Good Governance

We are living in a Chaordic Age¹ which can be characterized by:

- the hybridization of the state, business and civil society;
- emerging new forms of governance without government, especially in the emergence of private governance structures;
- innovative models for business, investment and philanthropy;
- cosmopolitan citizenship;
- new models of public-private and private-private partnerships and multi-stakeholder alliances;
- dynamic approaches to collaboration and new forms of leadership;
- the construction of new, global architectures of relationships in a multitude of fields.

This multi-stakeholder world is increasingly networked. These networks evolve, amorphously transform and recede based on the intensity of common bonds of interests. This is a process that is being driven by globalization too. Within this global associational revolution lies

¹ Chaordic, Chaordic Age: the science of complexity; the behavior of any self-governing organism, organization or system which harmoniously blends characteristics of order and chaos, neither hierarchical nor anarchic (<http:///>); see also, Chaordic Commons of Terra Civitas.

the seeds for a more participatory and democratic system of global governance. But to sustain its development dialogue, discourse and deliberation need to become more systematic. The «dialogue of the deaf» must be replaced by strategic partnerships – new, innovative and substantive initiatives which put the social dimension back into the globalization equation. This will ensure wider participation and help to alleviate the inevitable stress and pressure that economic globalization creates when, as it is today, not linked to social progress.

Traditionally, civil society promoted and managed the values of democracy and tolerance within the bounds of the nation state and was located between the state and the family. Global civil society is not nation state-based civil society that becomes transnational or global in its scope and activities. Global civil society encompasses civic activity that: (a) addresses transworld issues; (b) involves transborder communication; (c) has a global organisation; (d) works on a premise of supraterritorial solidarity. Often these four attributes go hand in hand, but civic associations can also have a global character in only one or several of these four respects. Civic associations often operate in regional and global spaces as well as in local and national contexts and, as a consequence, conceptions of civil society need to be recast to reflect these changes (Scholte, 2002 a: 285).

Today, global civil society is actively shaping and informing new constructions for governing globalization as an, if not equal partner, an important actor that can no longer be ignored in global politics. The discussion about global civil society focuses on its potential to manage diversity and conflict, encouraging, supporting and sustaining public debate at all levels and advocating non-violence. Democracy in the new century may come to be defined in terms of conflict management and that requires the empowerment of local communities. That is why a discussion about the potential for democracy-building at the local level should not be ignored in the scope of globalization studies.

Glocal and Glocalising Democracy

Procedural democracy is still predominantly territorial bound, although rapid and fundamental changes have occurred at the level of international law and regimes, particularly with regard to human rights. Substantive democracy, however, which is about political equality and the democratic role and participation of citizens in rule-making is steadily increasing at the global level (Kaldor, 2002).

One contemporary paradox is that while procedural democracy is spreading from Latin America to East Central Europe and Asia, traditional decision-making at the level of the nation state is being challenged. This has been connected with globalization and the increasingly institutionalized role of global civil society in its governance. It is harder to maintain authoritarian regimes in a climate of rapid communications, inter-dependence, and global markets. The pressure to democratize can be provoked from above (international financial institutions, external governments, and private donors) and from below. Civil societies at the local and national levels are increasingly connected to global communications and social networks that they exploit to push reforms forward (Anheier *et al.* 2005: 16-17).

Political apathy is also a product of globalization with low voter turnout in elections, low interest in national and regional politics and traditional parties, low levels of trust in democratic institutions, and lack of visionary and efficient national leadership and bureaucracies. This has led to the «glocalization» of many issues by civil society; that is, addressing a local problem in a globalized space or emerging globalized public sphere. Across the globe, civil society is organizing itself into «smart mobs» via SMS messaging from mobile phones and through the internet.

Civil society is also beginning to understand that the framework of good global governance requires competent state representatives and that who they elect nationally can make a difference at the global level. They are also learning very fast how to make use of global networks to enhance democracy at the national level.

Many theorists argue that an important way to reinvigorate democracy is greater devolution to the local level. They insist that nation states tend to centralize authority and increased public participation can best be achieved at the local level. While it is true that many decisions are now taken at the supranational and global levels, it is also the case that the increased complexity of decision-making allows for greater «subsidiarity», that is to say, allowing as many decisions as possible to be taken at the level closest to the citizen. The new technologies and e-government make this possible.

Does global civil society enhance or undermine democracy at the local level? The conclusion is that it does both. Civil society can improve the substantive democratic conditions of local governments through global links that provide activists and their issues with a higher profile. It allows them to place new issues on the global agenda to be discussed in the emerging global public sphere.

It is also the case that sometimes local positions can be strengthened nationally by the globalization of local problems, thereby pressuring

national governments for changes. An important caveat, however is that there is also a tendency of NGOs and INGOs to be coopted by donor organizations and funders who set agendas and, through professionalization, become increasingly separated from the grassroots conditions and needs (Jensen and Mislivetz, 1998).

Often demand for external help emanates from civil society groups within countries that are experiencing difficult and rough transitions. External support can provide necessary resources and reduce the vulnerability of local actors when confronting state authority. Different agencies provide different kinds of help. Some of the following players have had a role in empowering local civil society groups during transition periods (Sisk, 1999):

- Regional organizations like the EU and OSCE aid countries in the management of their economies and in security cooperation. They also assist in the supervision and evaluation of elections. The EU and the Council of Europe, for example, promote the democratic development of aspiring applicants who want more political, social and economic integration in Europe.
- International organizations like the UN and its agencies promote human rights, and also assist in election administration and monitoring. They can also promote information-sharing and capacity-building.
- Private philanthropic foundations like Ford or Soros promote open and pluralistic societies, civic education, and freedom of information. They train opposition parties, inform legislation and advance human rights such as minority and women's rights in political life.
- NGOs with global programs like the International Institute for Democracy and Election Assistance (IDEA) promote country-level capacity-building and the development of codes of conduct for political parties.
- Regional NGOs specialize on the development and support of regional transnational networks of local NGOs, political parties and the mass media.
- Country-specific NGOs develop local capacity-building in the areas of democracy promotion and participation (Sisk, 1999).

Efficient cooperation and coordination among all these levels of actors is crucial. Building trust between these actors and institutional learning are important components in the construction of mutually-supporting networks. These networks together engage in some of the following tasks:

- Promotion and advocacy of global norms at national and local levels;
- Provision of financial, technical and infrastructural support for local NGOs; capacity-building and civic education within societies in transition;
- Consultation and facilitation, sharing best practices and information at the national, international and local levels;
- Administration and monitoring elections.

Post-National Democracy: New Forms and New Content

Democracy, however, involves more than elections and institutions. It requires a bottom-up dynamic that has often been lacking in transitional states. It is true that the democratization of societies takes much longer than the establishment of democratic institutions. The recent turbulence in many transition countries points to the long process required for embedding social democratic principles in societies that are traditionally authoritarian and paternalistic. Bottom-up approaches to democracy-building in these cases become more important in the long run than top-down, elite-driven approaches.

Another contemporary irony in the era of globalization is that many of the actors mentioned above (regional and international organizations, private foundations and global NGOs) are refocusing their activities from the national to the local level. Some economists suggest that global trends are converging to create conditions whereby economic development may be best approached at the local, not national level (Sisk, 1999). Therefore, the tendency to decentralize economic decision-making to the regional if not local levels, as in the EU, has gained force. The EU's principle of subsidiarity recognizes that the emergence and development of new global norms or standards needs the development of local democracies if they are to be acted upon.

In an era of rapid and pervasive globalization, local governments face increasingly complex and interdependent challenges, e.g., environmental threats, pandemics, employment, trade- and finance-related questions, human migration and refugee flows, organized crime and trafficking. Most citizens typically look to local authorities first to solve their immediate social problems. These new challenges are putting tremendous pressure on local societies, and in order to be able to address and manage these challenges local communities need new and innovative democratic alternatives.

Democracy itself has come under scrutiny in the recent decades, and particularly in the aftermath of the decision to invade Iraq. The question has been posed as to whether or not democracy can be imposed on societies

from the outside, and whether or not traditional (Western) democratic practices are universally applicable. In many parts of the world today democracy might better be defined in the context of conflict management. There may be a strategic advantage to furthering NGO participation, cooperation and collaboration in conflict zones. Their participatory decision-making system, their local knowledge and expertise, the trust they have built in to their practice and their commitment to the communities they serve, make them important actors in the field of local conflict management.

Not only INGOs and international organizations need to play a role in strengthening local capacities to handle an increasing number of complex tasks. An active role needs to be played by educational systems, by universities and think tanks, to help empower communities, enhancing their capacities to improve the quality of governance locally and nationally. An informed public makes better decisions. There is increasing determination and commitment to creating and supporting tripartite networks of public officials, the private sector and civil society to establish *ad hoc* networks (public-private, and private-private governance arrangements) for local democracy protection and promotion.

Multi-lateral economic institutions are also finding that their programs are more efficiently implemented and managed when they work with local groups. On the other side, local civil society actors gain legitimacy at home from the international recognition of their work. Democracy-building, however, is a long-term project and commitment and coordination on the part of all actors acting at all levels is crucial. There are strong developmental reasons for enhancing local democracy that are widely recognized by the international community and a more systematic inclusion of NGOs in the system of multi-level governance is inevitably required.

To be suspicious and doubting of the possibilities of democracy at a global level is understandable, but developments in the areas of civil society, national sovereignty, and economics have moved too far and too fast to return to pre-globalized or less globalized times. The question and the challenge is how to make global institutions sensitive to the demands of individuals and open towards citizens.

Dialogue and deliberation, which are in principle open to all civil society groups and which take place at many levels, are the next best options. Global civil society is not representative and not the same as democracy. But it could be an «alternative mechanism» for democratizing global governance and «civilizing» global economic processes. Moreover, if global civil society was combined with subsidiarity – more decision-making at a local level – it could enhance the participation of individual citizens.

Global debates can be domesticated and domestic debates globalized. Redefining democracy in the context of globalization contributes to the global debate about governing globalization and may help to alleviate the gulf between vast regions of poverty, hopelessness and the despair which breeds terrorists (the Red Zones) and the global fortresses of plenty (the Green Zones). If global civil society does not cross this gap, then increasing insecurity, violence and terrorism will (Anheier, 2005: 1-22). We need to think innovatively about new varieties of flexible, multi-stakeholder mechanisms of global governance which respond to both local and global demands.

There is an enormous cost to prolonged global instability that results from an ungoverned or not well governed globalization, first of all in human terms. Globalization has been rejected as both morally unacceptable and politically unsustainable. There are many who want to promote a fairer and more inclusive globalization. Some critics speak of formulating a «Global Marshall Plan» (Radermacher, 2004), «Green New Deal» or global social contract, recommending the formation of Policy Coherence Initiatives, a Global Council of Wisemen (and women it is to be presumed) and global public institutions. There are no lack of innovative and visionary choices. David Held's proposal for a Global Covenant derived from the core principles of cosmopolitanism (equal worth, active agency, accountability, sustainability, consent, democracy, inclusiveness) could be considered (Held, 2004).

The concept of «Global Public Goods» is another elaboration designed to address contemporary economic, political, social and environmental realities that require the concerted efforts of diverse actors across the globe which link the local, national, sub-regional, regional and global levels. According to Held (2008):

At its simplest, the principle suggests that those who are significantly affected by a global good or bad should have a say in its provision or regulation, i.e., the span of a good's benefits and costs should be matched with the span of the jurisdiction in which decisions are taken about that good. Yet, all too often, there is a breakdown of 'equivalence' between decision-makers and decision-takers, between decision-makers and stakeholders.

Stakeholders need to move from trying to manage contemporary and future problems with mechanisms from the past. These challenges and conflicts require the elaboration and consensus-driven implementation of new vehicles for global problem-solving.

Facing the Challenges of the 21st Century

Today we are faced with an unprecedented complexity and intensity of challenges: environmentally (the unquestionable consequences of global warming), politically (the Middle East, Iraq and Iran, North Korea), and human security generally, as well as the crisis of democracy in developed countries. David Hayes (2008) strenuously argues that

[...] as the first decade of the 21st century nears its end, it is becoming ever more evident that the processes of transformation the world is experiencing are – in their scale, their speed and their character – complex and daunting to a perhaps unprecedented degree. In almost every geographical region and sphere of human life, immediate tensions and challenges are also the visible sign of profound structural problems that demand coordinated, focused attention.

One of the greatest challenges for our societies is the lack of leadership at all levels of governance and a sense of global responsibility for our common futures. Changing the nature and path of globalization, by making it more inclusive and ethical, is in our best interests because it will be the key to a more secure and better life for more people. The challenges and responsibilities, some of which are outlined above, are grave, imminent and unavoidable.

There is a fundamental role in these changes for global civil society, but civil society alone is not enough. The appeal to mobilize for change requires the formation of bold, new, innovative hybrid forms of states, markets and societies and a broader coalition of forces between different sectors of global stakeholders. Opening the space for more participatory and accountable decision-making and policy-implementation, global civil society may contribute to a more equitable and just distribution of the benefits of globalization to more people in the new century.

Bibliography

- ANHEIER, H., G. MARLIES and M. KALDOR, (eds.) (2005): *Global Civil Society 2004/2005*, London, Sage.
- (eds.) (2001): *Global Civil Society 2001*, New York, Oxford University Press.
- BLAHÓ, A. (2001): «Changing Sources of Risk in a Globalizing World: Assessment of New Needs and Policy Responses», <http://www.inwent.org/ef-texte/social/blaho.htm>.

- DAHRENDORF, R. (1997): *After 1989: Morals, Revolution and Civil Society*, Oxford, St. Anthony's College.
- DELLA PORTA, D., M. ANDRETTA, L. MOSCA, and H. REITER (2006): *Globalization from Below. Transnational Activists and Protest Networks*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- EDWARDS, M. (2002): «Herding Cats? Civil Society and Global Governance», *New Economy*, No. 9, No. 2.
- FOSTER, J. (2001): *Knowing Ourselves: A Brief History of Emerging Civil Society*, 4th Civicus World Assembly.
- HAYES, D. (2008): «A World in ContraFlow», January 3, http://www.opendemocracy.net/article/a_world_in_contraflow.
- HELD, D. (2008): «Global Challenges: Accountability and Effectiveness», January 17, http://www.oopendemocracy.net/articles/globalisation/global_challenges.
- (2004): *Global Covenant: The Social Democratic Alternative to the Washington Consensus*, Cambridge, Polity.
- HELD, D. and M. KOENIG-ARCHIBUGI (eds.) (2003): *Taming Globalization: Frontiers of Governance*, Cambridge. Polity.
- HELD, D. and A. MCGREW (2003): *Governing Globalization*, Cambridge, Polity.
- (eds.) (2002): *Governing Globalization: Power, Authority and Global Governance*, Cambridge, Polity.
- HOFFMANN, S. (2002): «Clash of Globalizations», *Foreign Affairs*, Vol. 81, No. 4.
- HURRELL, A. (1995): «International political Theory and the Global Environment», in BOOTH, K. and S. SMITH (eds.) (1995): *International Relations Theory*, Cambridge, Polity.
- INTERNATIONAL LABOR ORGANIZATION (2004): *A Fair Globalization: Creating Opportunities for All*, Geneva, ILO.
- JENSEN, J. and F. MISZLIVETZ (2006): «Global Civil Society: From Dissident Discourse to World Bank Parlance» in WAGNER, P. (ed.) (2006): *The Languages of Civil Society*, Oxford, Berghan Books.
- (1998) «An Emerging Paradox: Civil Society from Above?» in RUESCHEMEYER, D., M. RUESCHEMEYER and B. WITTRICK (eds.) (1998): *Participation and Democracy, East and West: Comparisons and Interpretations*, New York, M.E. Sharpe.
- KALDOR, M. (2002): «Civil Society and Accountability. Human Development Report Office», *Occasional Paper, Background paper for HDR 2002*, United Nations Development Program.
- KALDOR, M., H. ANHEIER and M. GLASIUS (eds.) (2003): *Global Civil Society 2003*, Oxford, Oxford University Press.

- KALDOR, M., M. ALBROW, H. ANHEIER and M. GLASIUS (eds.) (2007): *Global Civil Society 2006/7*, London, Sage.
- LIPSCHUTZ, R. D. (1992): «Reconstructing World Politics: The Emergence of Global Civil Society», *Millenium: Journal of International Studies*, Vol. 21, No. 3.
- RADERMACHER, F. J. (2004): *Global Marshall Plan. A Planetary Contract for a Worldwide Eco-Social Market Economy*, Ulm, Ebner + Spiegel GmbH.
- SCHOLTE, J. A. (2005): *Globalization: A Critical Introduction*, London, Palgrave.
- (2002 a): «Civil Society and Democracy in Global Governance», *Global Governance*. Vol. 8.
- (2002 b): «Civil Society and Governance in the Global Polity», in OUGAARD, M. and R. HIGGOTT (eds.) (2002): *Towards a Global Polity*, London, Routledge.
- SISK, T. D. (1999): «Global Networks for Democracy Promotion: Enhancing Local Governance», http://www.gppi/fileadmin/gppi/Sisk_Local_Governance.pdf.
- SZENTES, T. (2003): *World Economics*, Vols. I and II, Budapest, Akadémia Kiado.

Understanding civil society before and after 1989

FERENC MISZLIVETZ

DIRECTOR OF THE INSTITUTE FOR SOCIAL AND EUROPEAN STUDIES IN SZOMBATHELY AND KOSZED, AND ADVISOR AT THE INSTITUTE FOR POLITICAL SCIENCE AT THE HUNGARIAN ACADEMY OF SCIENCES

Resumen

Atrapados en las ambigüedades de la *Realpolitik* del sistema de Yalta, las sociedades del Centro y Este de Europa han tenido que proceder a un largo camino de aprendizaje a fin de encontrar formas correctas de autoorganización y la articulación de la defensa de sus valores e identidades *vis-à-vis* con una dictadura y una administración autoritaria. Estas amargas lecciones contribuyeron a la emergencia de una nueva «estrategia», una nueva visión materializada en la emergente filosofía política y la práctica social y política de la sociedad civil. Este desarrollo no hubiera sido posible sin el gradual y fundamental cambio en el pensamiento político y el establecimiento de metas, expresadas en el desarrollo de un nuevo concepto de sociedad civil.

Palabras clave: sociedad civil global, Europa Central del Este, Democracia, ONG.

Abstract

Entrapped in the ambiguities of the *Realpolitik* of the Yalta system, East and Central European societies had to proceed on a long path of learning in order to find the right modes of self-organization and articulation to defend their values and identities *vis-à-vis* dictatorship and authoritarian rule. These bitter lessons contributed to the emergence of a new «strategy», a new vision which materialized in the emerging political philosophy and the political and social practice of civil society. This development would not have been possible without a gradual and fundamental change in political thinking and goal-setting, expressed in the development of a new concept of civil society.

Key words: global civil society, East Central Europe, Democracy, NGO.

Most authors agree that the meaning of the term «civil society» has significantly changed since the end of the Cold War. According to Mary Kaldor, the core of what is new in the concept since 1989 is globalization. The prerequisite social contract between civil society and the state is seen in the constitution of «a global system of rules, underpinned by overlapping inter-governmental, governmental and global authorities» (Kaldor, 2003: 2). The fact that no consensus can be reached on the definition of civil society, its inherent ambiguity, says Kaldor, reveals one of its attractions.

Civil society can express itself in a large variety of forms, from individual initiatives through social movements, clubs, associations, societies and other organizations. It is never, however, a mechanical sum total of existing or potential formations. To quote Fowler (1996: 25), «civil society is the location from where legitimacy must be obtained if one is to talk of a democratic political system». Civil society in this sense is more a philosophical concept than a set of organizations.

It is the terrain of self-reflection, self-articulation and autonomy which inherently presupposes and necessitates a self-organizing public arena, where the critique, the control and containment of existing and prevailing power-monopolies (i.e., the state, the army, the police, multinational companies, intergovernmental institutions) can be practiced. Civil society has to be seen as a potential, *ad hoc* melting pot and battleground of diverse interests and actors, ranging from public individuals to international NGOs. This public arena is not homogenous; it is constituted rather as a permanent regrouping and renegotiating process between and among new and old actors. Its non-constant social fabric and catalyzed interdependencies are built on the autonomous and voluntary will of the individual who actively takes part in social and political affairs. The uninterrupted social need for civil society stems from democracy's deficiencies. This special social space or public arena assumes citizen participation in social processes as well as a strong consciousness of being a citizen. This interrelatedness is correctly emphasized in recent literature on civil society and NGOs.

Lars Jorgensen, for example, envisions civil society as a «meeting place for debate and common endeavour», acknowledging that «the right of each individual to participate in the workings of society, and the recognition that periodical elections and referendums [...] are not sufficient» (Jorgensen, 1996: 36). Mary Kaldor suggests that «the advantage of the language of civil society is precisely its political content, its implications for participation and citizenship» (Kaldor, 1997: 23). In other words, there is nothing stable or mechanistic about civil society, especially not as far as «institutions» are concerned.

Those who do take up the challenge of reframing the conceptual discourse are conscious of the dangers of the lack of self-reflection on the part of NGOs and the lack of conceptual clarity on the part of intellectuals which has led to confusion in practice.

Jenny Pearce (1993: 14) articulates the crucial consequences of the lack of debate on fundamental issues:

There is no «correct» view of civil society, but there is an essential point to make about the way the concept is used. The use of the term as a normative concept, i.e. what we would *like* civil society to be or what we think it *ought* to be, is often confused with an empirical description [...] the constant slippage between the two in the development literature and in the practice of multilateral agencies, governments, and NGOs has contributed to a technical and depoliticising approach to the strengthening of civil society which ultimately has had political implications. It has, for instance, mostly privileged the vision of Western donor agencies and turned «civil society» into a project rather than a process. In other words, by assuming that there is no debate around what we would like «civil society» to be, assuming it is an unproblematic and empirically observable given whose purpose is unquestionably to build democracy and foster development, the vision of powerful and well-resourced donors predominates. Failure to clarify their own position means that many NGOs end up simply implementing that vision on the donors' behalf. If doing so coincides with their own objectives, there is no problem; but if it is an unintended outcome of lack of reflection, there is.

There is certainly not one model and one discourse for civil society. The concept does not allow for one definition. Its very essence lies in its diversity, difference and pluralism. Hence, the effort to meet Mr/Ms Civil Society to begin a polished dialogue, often expressed by governments and politicians, will never be possible. This is what distinguishes the Citizen (and its public space), to use Marc Nerfin's metaphor, from the Merchant and the Prince. Civil society is multilingual and cannot be taught one exclusive and particular language.

The compulsion of institutions is to what some term «colonize» the language of civil society - to objectify, normatively define and compartmentalize the concept, whereas civil society actors often see themselves and their activities rather as a dynamic and fluid process. In fact, as we try to demonstrate in this report, much of the critique from international institutions, like the WTO and IMF, relates to the limitations of «dialogue» (more prescriptively «monologue») with/about civil society is focussed on their perception of the problem with civil society being non-static, ungraspable and ultimately undefineable. Where is Mr/Ms Civil Society they ask? Since no one seems to sign up, governments and politicians constantly strive to carry out their own «civil society», expressed by employing their own language of civil society.

One can differentiate according to the user's attitude quite a few languages of civil society. Some of the most outstanding are:

The «Innovative»: The best example of this category is probably Anthony Judge, an unnoticed language virtuoso. Other examples include John Keane, Jan Aart Scholte, Marc Nerfin, Ronnie Lipschutz, Manuel Castells, etc.

The «Patronizing»: Most of the great intergovernmental organizations «civil society language» belongs to this category. An outstanding example is the IMF-initiated newsletter «Dear Friend...» and the entire process of «accrediting» civil society organizations as partners in dialogue. Guy Verhofstadt's open letter is another good example. (Verhofstadt, 2001).

The «Radical»: Those who refuse the patronizing language and demand real participation in dialogues and decision-making at the global level. The best examples are the movements and networks categorized as «absolutists» by Multi-Lateral Economic Institutions (MEIS), such as *50 Years was Enough*, *Greenpeace*, *Jubilee 2000*, *Ruckus Society*, etc.

The «Global Enthusiasts»: Those who speak the «pozy» language of Anthony Judge. Edward Comor's «global civil society progressives»; John Keane's «civil society purists». There are too many to name them all.

«Civil Society Fakers»: A lucrative job for benefactors of former authoritarian regimes who have the skills and networks to create fake coalitions that they represent at national, European or global fora. This is particularly evident in post-communist, feckless democracies.

The «Practical Practitioners» of the «Third Sector»: They rarely talk civil society explicitly and show little enthusiasm for theoretical debates.

«Theoreticians of Civil Society»: Academics who do the opposite of the practical practitioners.

The «Totalizing»: From Aristotle to Alan Greenspan, «the whole world is civil society», including, of course uncivil society!

The «Empiricist»: «Statistics Please!». Only measurable NGOs count. The rest is fantasy. Representatives of Americanized mainstream social sciences literature.

«Neggies» in Anthony Judge's classification are those who are always sceptical. They help detect the mistakes and shortcomings of others in the civil society literature.

There are obviously many overlaps between the users of these ways of speaking and these categories can, of course, be extended. The different languages used by rather influential representatives of the above-mentioned categories are reflections of the significance of this peculiar term and the new social, political and economic terrains it occupies.

Definitions and the language of civil society

Vaclav Havel understands civil society as the universality of human rights that allow us to fulfill our potential in all of our roles: as members of our nation, our family, our region, our church, our community, profession, political party, and so on. In other words, by becoming citizens «in the broadest and deepest sense of the word» (Dahrendorf, 1997: 58). Civil society, and the organically related concept of citizenship therefore provide a protective umbrella, a guarantee of security, an experience of belonging, of home. Jeffrey Alexander (1998: 58) voices a similar idea:

Civil society should be conceived as a solidarity sphere in which a certain kind of universalising community exists, it is exhibited by «public opinion», possesses its own cultural codes and narratives in a democratic idiom, is patterned by a set of peculiar institutions, most notably legal and journalistic ones, and is visible in historically distinctive sets of interactional practices like civility, equality, criticism, and respect. This kind of civil community can never exist as such; it can exist only «to one degree or another».

The key actor of civil society is the sovereign individual who possesses rights and responsibilities and is ready to accept the rules of cooperation for the good of him/herself and the community, in this way sacrificing a part of his/her own sovereignty. However, there is no complete, strong and efficient civil society without the universal status of citizenship. It is the set of rights and capacities related to citizenship that guarantees a defence against *anomie* and protects against an over-indulgent market of turbo-capitalism.

Dahrendorf (1997: 60) characterises citizenship as the epitome of freedom, and civil society as the medium through which this freedom is projected, boosted and dispersed. It thus constitutes the home of the citizen.

But citizenship and civil society go one important step further than elections and markets. They are goals to strive for rather than dangers to avoid. In this sense they are moral objectives [...]

Alexander calls our attention to the fact that although civil society is dependent on other spheres, the sphere of solidarity still enjoys relative autonomy (and as such should be studied independently). He emphasizes that civil society cannot be reduced to the realm of institutions. The world of civil society is also the world of structured, socially constructed conscience, «[...] a network of understandings that operates beneath and above explicit institutions [...]» (Dahrendorf, 1997: 97).

Alexander points out that the world created by the discourse is polarized. It offers the image of open society in contrast to the model of a closed, secret, conspiratorial world. The symbolic characteristics on the positive side guarantee the preservation of society; the networks of solidarity on the negative side serve the purpose of undermining mutual respect and destroying social integration.

Language, therefore, he argues, carries with it the danger of polarization and the creation of enemies. The questions are always the same: Who is it that speaks in the name of civil society? Who delineates the «insiders» and the «outsiders»? Who has access to the necessary resources to sustain civil society?

In societies that are in the early stages of democratic development, the danger of misunderstanding or misinterpreting the language of civil society is especially great. On the one hand, adversaries are created through the use of language and, on the other hand, the discourse of civil and open democratic society is kidnapped in a way that is not civil, not open, and not democratic.

The renaissance of civil society in East Central Europe

The great emancipatory powers of East and Central Europe needed new ways and forms for self-expression. Michnik's «New Evolution» and the new language arose from strong needs that could not find proper channels for expression. Entrapped in the ambiguities of the *Realpolitik* of the Yalta system, East and Central European societies had to proceed on a long path of learning in order to find the right language and modes of self-organization and articulation to defend their values and identities *vis-à-vis* dictatorship and authoritarian rule. Revolts and revolutions of workers and intellectuals during the 1950s, and the more peaceful but radical reforms «from above» that culminated in the Prague Spring in 1968, were heroic; but as far as their immediate aims are concerned they were ineffective experiments.¹ At the same time, these bitter lessons most likely contributed a great deal to the emergence of a new «strategy», a new vision which has materialized in the emerging political philosophy and the political and social practice of civil society. This development would not have been possible without a rather gradual but

¹ They all assumed a rapid and fundamental political change: the reclaiming of national independence and the immediate withdrawal of Soviet troops from Poland, Hungary and Czechoslovakia.

nonetheless fundamental change in political thinking and goal-setting expressed in the development of the new language of civil society.²

It is quite revealing that at another periphery, Latin America, discussions around the same kinds of ideas were taking place simultaneous with developments in East and Central Europe. According to Fernando Cardoso, «In Brazilian political language, everything which was an organized fragment was being designated civil society. Not rigorously, but effectively, the whole opposition [...] was being described as if it were the movement of Civil Society» (Kaldor, 2003:75).

Although no direct link can be found between intellectuals in the two peripheries, Kaldor admits, «the term came to reflect an emerging reality (in Latin America), which was reminiscent of the way it was used in Central Europe». Certainly, the crossborder, transnational, European and even global dimensions of the emerging actors who define themselves as civil society can be traced from the beginning.

The Message of Solidarnosc and the Proliferation of the Language of Civil Society

The lessons of the early attempts at liberation taught independent-minded East Europeans to look for alternative methods to democratize their regimes and increase autonomy and political, social and cultural freedom within the stable framework of the bipolar world order. The first alternative was the introduction of economic reforms and a cautious, state-controlled opening towards the world economy coupled with the attempt to avoid political change in the 1960s in Hungary. The internal contradictions of this reform experiment reached a climax in the early 1980s and led to the end of the unwritten compromise between state and society. The artificially maintained image of the country as an economic success story became untenable. This was the historic turning point for Hungarian society that then started to rid itself of political paralysis and social muteness.

Self-mobilization from below, in different grassroots activities, gradually emerged. With increasing recognition of the evolving political and economic crises, the culture of silence was step-by-step replaced with more open dialogue among formerly isolated circles of

² Obviously, these «changes» occurred in close connection and interaction with each other.

independent-minded citizens. Cautiously, the media became involved in the new critical discourse. The long list of taboo themes began to shrink. In other words, a new public arena emerged to openly and critically discuss social, environmental, cultural and, in a restricted way, political issues. In the 1980s, a modern critical discourse of dialogue was born in Hungary.

In Poland, *Solidarnosc*, quickly became a nationwide, self-supporting political, cultural, social and economic network and a metaphor for an emerging civil society. The political philosophers behind the movement deliberately built their strategy on non-violence, involving the party-state and local authorities in a dialogue with the representatives of the officially unrecognized movement. The enforcement of dialogue, in the form of radical demands and systematic negotiations, was tempered with the readiness to compromise. Non-violence and strong solidarity characterized this unique East Central European social movement. As part of a new logic of association, expressed by a new, emerging discourse, the adjective «civil» was reborn and referred to those characteristics. «Civil», in everyday parlance, also meant autonomous, independent, non-military, non-violent and non-official.

The pervasive success of *Solidarnosc* proved throughout the region of the Eastern bloc that there was a chance to peacefully challenge the authoritarian and dictatorial Soviet-type regimes and their apparatus from below. Naturally, the forms of organizing civil movements differed from country to country according to historical traditions, the nature of the dictatorship, political culture and social structure. A wide variety of civil initiatives, movements and associations emerged at the beginning of the 1980s in Hungary in the absence of a large and strong independent moral authority like the Catholic Church in Poland which functioned as an umbrella. At an early stage, there was a strong tendency for cooperation and solidarity among these civil groups called «alternative social movements» or «civil initiatives». There was a unifying and consciously shared concept of civil society that had its origin in Hungarian political thought. István Bibó, a prominent and independent historian and political writer, introduced the metaphor «small circles of freedom» in one of his essays written after World War II (WWII). This concept was then used and developed further by the emerging student movement, the environmental and peace groups and other civil initiatives - from populist writers to the first independent trade union.

The vision commonly shared by the alternative movements and new civil organizations was the natural growth of these «small circles of freedom» into interdependent networks and alliances. They gradually

emerged during the second half of the 1980s.³ Rivalry among these groups remained secondary to the unifying force of challenging the authorities of the party-state.

The ideas of 1989: the origins of the concept of global civil society

Differing views of civil society in the East and Central European Context can be summarized in the words of some of its main proponents:

According to Michael Bernhard, civil society is «a public space [...] located between official public and private life» composed of «autonomous organizations» separated from the state by law. Bernhard, (1996: 309). For Butterfield and Weigle «expanding independent activism increasingly contradicted the legitimacy and power base of the single ruling party, leading to the end of Communist rule» (Butterfield and Weigle, 1992: 1-2). Similarly, Cohen and Arato believe that «groups, associations, and indeed movements outside the official institutions would have the primary task of pushing the reforms through» (Cohen and Arato, 1992: 64). In Tismaneanu's interpretation the «nuclei of autonomous social and cultural initiative contributed sufficiently to the 'smooth, non-violent change' in 1989» (Tismaneanu, 1992).

More recent evaluations of the «alternative movements» and their civil society discourse during the 1980s provide different interpretations. Glenn (2001: 24) talks about the «monocausal logic and conceptual imprecision of the above mentioned interpretations»:

They obscure the impact of the Leninist regimes as repressive agents and negotiating partners in the reconstruction of the states. These regimes were not simply overcome by political protest led by independent groups but shaped the patterns of reconstruction independently of the efforts of the movements. They cannot explain the reconstruction of the state because they lack a model to explain the interaction between states and movements that created the political institutions of post-communist states [...] They misunderstand the strategic nature of the discourse of civil society and the conditional nature of public support for the civic movements.

³ Besides single issue movements, a whole set of colourful initiatives oriented more directly towards actual social and political issues also came into existence. By the mid-1980s, discussion and study circles known as the «Club Movement» and the «Movement of University Colleges» emerged around the country. Communication and «networking» among these new groups occurred naturally and created a special spirit for civil society and dialogue. A strong feeling of solidarity and the new experience of increasing freedom of expression released creative energies and blurred or hid political, cultural and ideological differences between them.

Glenn's conclusion is that we need to reconceptualize civil society «as a master frame with which civic movements across Eastern Europe sought to mobilize public support in light of changing political opportunities» (Glenn, 2001: 26-27). Glenn tends to accept Staniszkis' evaluation that stresses continuity in East Central European societies after 1989 and sees the self-limiting strategy of social movements as rather defensive, and not suited to fundamental social change. As Staniszkis says (1991: 181):

It seems that from the perspective of the society the aspect of continuity is more strongly experienced than the sense of change, and this perception itself [...] may take on the features of a self-fulfilling prophecy, inducing social apathy and feelings of revolution for the elite only.

The literature on civil society first concentrated on the democratic opposition movements during the Cold War, usually taking *Solidarnosc* as a model and outstanding example of social self-reliance and political resistance. But soon the concept was used for the analysis of fundamentally different societies from the United States via the former Soviet Union to Africa and the Far East.

Muetzelfeldt and Smith in a recent comprehensive analysis of the different species of civil society theories have shown the one-sidedness of most of the earlier civil society approaches. Instead of biased approaches which either over-emphasize the importance of the state or of civil society, Muetzelfeldt and Smith (2002: 58) suggest a more balanced view:

In contrast to those who give primacy to either civil society or institutions of governance at the global level, we emphasize their mutually emergent features, and recognize the importance of the two-way interaction between global civil society and governance. This mutually emergent approach emphasizes the reciprocal constitution of a strong facilitating state and a strong civil society [...].

This approach follows Kumar's (1994: 127-130) and Walzer's (1995) train of thought. They stress that «Only a democratic state can create a democratic civil society: only a democratic civil society can sustain a democratic state» (Walzer, 1995: 170).

Muetzelfeldt and Smith (2002: 59) rightly emphasize that what they call the «mutually emergent approach» offers a more complex understanding of the relationship between states and civil societies.

States are not homogenous, and have contradictory features because of their contradictory position in relationship to capital and civil society. [...] This approach

provides an analytical framework that allows for reciprocal socio-political reproduction between state and civil society. This in turn opens the possibility for developing models for action that build civil society and good governance through virtuous cycles of effective active citizenship.

This more sophisticated, complex and balanced approach was elaborated in the civil society literature by Martin Krygier (1997: 59):

Poland has a special and far-reaching significance for my themes. For it was there, more than anywhere else, remarkably resilient, and was ultimately successful beyond anyone's imaginings. [...] Much can be learned about civil society from the manifestos, struggles, ambitions, and fate of *Solidarnosc*, from what it understood civil society to be, and from what it failed or was uninterested to understand about the concept [...]

Krygier (1997: 64) detects the important difference between civil society in *statu nascendi* and a well-established and functioning civil society.

Civil societies depend upon distinctive configurations of economic life, civility among acquaintances and strangers, and tolerant pluralism. These in turn depend upon particular configurations of state and law, and gain support from particular sorts of politics. In each of these domains, civil society has [...] elements that *Solidarnosc* did not have [...]. Moreover, the elements interrelate. A truly civil society has a strong - though not despotically strong - political and legal infrastructure and liberal democratic politics.

The problem is that we don't know where to find a «truly» civil society. Real civil societies, as suggested by Alexander, might and should have ideals and therefore the foundation of an ideal-type can be useful. Real civil societies may even be measured against them, and they would certainly feed further academic debate. Jadwiga Staniszkis (1991: 26) pulls us back to the soil of Eastern European realities.

[...] the creation of a civil society is a much more complex process than mere political liberalization: it demands both property rights reform and deep cultural change. It is painful, just as is the creation of new politics occurring now in the Eastern bloc. Not only the old, facade institutions are activated (thus is usually the first step, before new institutions are created and oppositions recognized) but both the old and the new elites have to resist the temptations of unlimited power. The evolution from the situation when only society (not the ruling elite) is bound by rules to the legal structure limiting all actors is not completed yet in the Eastern bloc; oppositional reformers as well as «revolutionaries from above» of the old establishment demonstrate temptation to use techniques (and philosophy) of the prerogative state in the name of reform.

Understanding 1989

For some Western authors such as Francois Furet, Timothy Garton Ash, and Jürgen Habermas 1989's main characteristic was its complete lack of innovation. Mary Kaldor agrees that the velvet revolutions of 1989 did not produce new policies or strategies for governments, but she argues correctly, that the period of the 1980s, preceding the velvet or negotiated revolutions, was foment with ideas.

Indeed, thanks to the movements and networking of the pre-1989 period, a new understanding of citizenship and civil society as well as «transnationalism» was born. Kaldor claims that «the notion of European or global civil society, which could be said to have emerged during this period, in some sense encompassed or encapsulated this strand of thinking» (Kaldor, 2003: 50).

As suggested earlier, East Central European dissidents and independent intellectuals and activists digested the lessons of 1956 and drew new conclusions by the late 1970s and early 1980s. The new way of thinking in East Central Europe represented by Michnik, Kuron, Konrad, Havel, among others, regarding the relationship between an oppressive authoritarian state on the one hand, and society on the other, contributed greatly to political and theoretical conceptualization.

From the outbreak of the 1956 revolution onwards, there was permanent tension between the non-acceptance of Soviet domination and the logic of the bipolar world system throughout the region. Original and effective ways were found to democratize and support the building of a new relationship with the political ruling class. After the failures of 1956 and 1968, *Solidarnosc* proved efficient and victorious. It revitalized and reformulated the concept of civil society.

On the other hand, the change in thinking and acting in civil society was supported by powerful «external» international trends as well. The 1975 Helsinki Accord's third basket on Human Rights helped Charta 77 in Czechoslovakia, KOR in Poland, and the democratic opposition in Hungary to act more openly not only within their societies, but also with each other.

At the core of these ideas and analyses, there was a strong belief that events could proceed in new, historically unprecedented ways. Terms and phrases of a new language, like «parallel polis» and the «power of the powerless», surfaced in the new discourse of Charta 77. This new vocabulary expressed a new way of thinking, and a new attitude towards the weakening authoritarian regimes. Vaclav Benda emphasized that the «parallel polis» does not compete with power, and accordingly Charta 77

was seen not as a political movement, but as a «civic initiative». In short, the new language signalled a new type of politics from below.

The birth of the new language and new thinking was primarily restricted to the national level, but there were also promising crossborder civil initiatives. There was regular cooperation between East Central European opposition groups and alternative movements in order to strengthen each others' cases and support each others' activities. (Kaldor, 1997: 8). This risky and unprecedented enterprise produced a growing regional, i.e., Central European, awareness of a shared and common identity that strengthened solidarity. There was not only cooperation among the main democratic oppositional movements, but also among smaller movements and groups, like environmentalists, peace activists and professional circles. In order to protect the emerging civil society and its new social movements throughout East Central Europe, Vaclav Havel, suggested to establish an alternative European Parliament for social movements which became the Helsinki Citizen's Assembly.⁴

Kaldor draws our attention to the fact that the emergence of social movements and citizen groups was global. The «growth of small circles of freedom» (*Solidarnosc*, Charta 77, Swords into Ploughshares (GDR), the Dialogue Groups, *Wolnosc i Pokuj*, the Danube Circle, Fidesz, etc.) did not occur in isolation. The 1980s also saw the re-emergence of strong and dynamic social movements in the West. This was an expression of the need to radicalize democracy and of the emergence of a new public sphere. Together with the birth of a new language, East-West dialogue began in Europe and reflected a hitherto unprecedented global consciousness and responsibility. In 1985, Havel (1990) wrote:

It seems to be that all of us, East and West, face one fundamental task from which all else will follow. That task is one of resisting vigilantly, [...] but at the same time with total dedication, [...] the irrational momentum of anonymous, impersonal and inhuman power – the power of ideologies, systems, bureaucracy, artificial languages, and political slogans.

East-West dialogue certainly expanded the space for a new European and global public for East and Central European movements, which successfully filled up the new public space. The artificial division of Europe, its military and bureaucracy became unacceptable to younger generations

⁴ The Helsinki Citizens' Assembly (HCA), established in 1990 in Prague, is the only international and institutional offspring of efforts to create civil networks across borders in the 1980s. It reveals a significant continuity in the protection of human rights and support for local grassroots initiatives.

that had not witnessed the terror of the 1950s. For them, the new language and thinking was a natural given. Suddenly a new *Zeitgeist*, a new «feeling», began to dominate the discourse of the 1980s. The attitude: «I have the right to make my voice heard» characterized not only the rather weak peace movement in East Central Europe but also clubs, student organizations and environmental groups. It was exactly this common feeling that bound them together and created a common language for civil society.

This corresponds with Marc Nerfin's prediction about the growing importance of the citizen and the general mood of protest in other parts of the world. Despite widely different political and cultural contexts, there was a fundamental consensus among the participants of the East-West dialogue that one could no longer remain silent on fundamental political, social and ecological issues. The new language became the common denominator for all of these public concerns and provided the loose, rather psychological connections among members of independent civil movements and initiatives.

Kaldor also argues that the Western peace movement contributed «transnationalism in practice» to the new discourse of the emerging Central European civil world. END and the European Network of East-West Dialogue demonstrated that networks can be effective and that crossborder networking is not only possible but fruitful in terms of protest, defense of human rights and the elaboration of new concepts and ideas. It is also remarkable that concepts such as empowerment, participation, deliberation, transnational and European public sphere, or global civil society were born in the mid-1980s. All these concepts, ideas and phrases then became objects of academic research and a new language of power in the 1990s. Curiously enough, there is very little investigation of and interest in their recent origin (Kaldor, 1991) (Muetzenfeldt and Smith, 2002).

After 1989: institutionalized democracy and the linguistic turn in the civil society discourse

The rapid establishment of new institutions of representative democracy radically changed the dynamics of civil society. An overwhelming majority of former civil society activists became members of the new political elite and occupied the highest positions of leadership in the new institutions and political parties. Accordingly, their perception of civil society versus state relations changed dramatically. The leaders and the ideologues of the new political elite claimed that the time for social movements was over. They stated that grassroots mobilization was unnecessary, if not down right

dangerous for new democracies. Political parties provided an efficient arena for the competition of ideas, ideologies and social-political alternatives. According to this neo-liberal and at the same time etatist credo, the everyday political participation of citizens is unnecessary. Their role should be restricted to maintaining the new institutions and to legitimizing the political regime by voting every four years in «fair and unharrassed elections».

Alan Fowler (1996) identifies civil society as the place where interest groups turn themselves into political parties, competing to become the ruling regime. In the case of East Central European countries, one has to alter this general truth according to the special socio-economic and historic context. A gap developed historically between the rulers and the ruled due to the lack of a strong middle class who, after the phase of saturation of wealth, would act as donors and support the social and cultural sphere. In the absence of a strong democratic culture, the values of solidarity, social responsibility and citizenship could not develop. Citizens view themselves and were indoctrinated to view themselves as helpless, exposed subjects at the mercy of the state and its authorities. For good historical reasons, citizens (who are still called «state-burghers» after the German *Staatsbürger*) and official authorities were – and in many transition countries still are – mutually suspicious of each other. This special relationship between the rulers and the ruled is important to recognize in order to form a realistic picture of the present state of civil society in East Central Europe.

Although this attitude towards power started to change in the transition period, the survival of paternalistic and authoritarian elements are significant determinants of the relationship between civil society and the political elite. The attitude that «it was always like this and will always remain this way – so what can I do?» which characterized post-WW II East Central European societies was challenged by the new social movements of the 1980s. But after the first democratic elections in 1990, the new government and the political elite, did their best to restore old clichés and attitudes. Continuity is strong in public institutional life. The restoration of authoritarian patterns of behaviour, between citizens and their institutions, remains tenacious.

The NGO world and NGO language

The breakdown of the communist party-states in East Central Europe, coupled with the retreat of the welfare states in the West, naturally gave birth to NGOs both in theory and practice. The negative definition of NGOs, similar to terms like «post-communism» or «post-Cold War» refers to the lack

of something, to the uncertainty and unpredictability of the transitory epoch. This situation is naturally comprised of positive tendencies as well like the further articulation of the need for social democratization and participation of citizens in decision-making by civil societies. NGOs could play a vital role in buttressing and facilitating social democratization and citizen participation. This is far from guaranteed, however. In many cases, NGOs are not genuine agents of authentic civil society. In weak and feckless democracies they are often creatures of governments, politics or individuals who employ them to enhance their power, prestige and material interests (Jensen and Mislivetz, 1998).

One of the main problems with the new NGOs, in East and Central Europe and other «underdeveloped» parts of the world, is their lack of legitimacy in the local societies. The legitimacy problem stems from the scarcity of resources and local donors. NGOs either turn to the state, automatically losing their independence, or look for external resources. In both cases accountability and transparency become questionable. It is also very often the case that western (mostly American) donors, sometimes with the best motives, have not analyzed local, social, political and cultural conditions and are therefore unable to select the most appropriate civil society partners. In many cases those who receive internal financial support are those who are already in the external circle of a global NGO elite. They possess not only the necessary language, internet and application-writing skills, but are able to «talk civil society» fluently using the most trendy and exclusive pseudo-professional and fashionable buzzwords (ONGOS, DONGOS, PONGOS, etc.)

On the other hand, East Central European NGO and CSO (Civil Society Organization) development reveals a consciousness about their role in strengthening democratic values, mobilizing society for participation, and contributing to a new civil culture of decision-making and dialogue. This is required to strengthen the bargaining capacity with authorities on local, national and international levels, but this is also not a given. Lars Jorgensen (1996: 36) formulated this precisely:

There are some risks in taking on civil society. It is of course perfectly legitimate for NGOs not to be openly political or to take sides in whatever constellation of parties or factions which is forming at a given moment, but they must recognize that their work has political aspects and relate to the authority of the state and to the political development of their society.

An unbalanced and undemocratic relationship, based on a new dependency between western donors and eastern NGOs can seriously undermine and bias this potential. Therefore, a critical assessment of their

relationship and its development during the transition period is of crucial importance. Sometimes well-intentioned donors superimpose their values or policies on recipients who then act rather as dependent agents than genuine actors of their local civil sphere. The scarcity of domestic resources, a growing dependency on state support and an uneven, dependent relationship with western donors, combined with a growing rivalry rather than solidarity among NGOs, has seriously undermined the spirit of an independent civil society in transition countries. This tendency is reinforced by the emergence of a global and local NGO elite with high technical skills and «networking capital» that contributes to the fake image of a civil society constructed from above, a frequent characteristic of feckless democracies.

From Dialogue to Cooptation

Civil society, with its proliferating interfaces, provides a remarkable asset for the global, regional and domestic representatives and configurations of the new postmodern Prince and Merchant to approve and demonstrate their «good intentions». With the help of this newspeak, «talking civil society» and nominating and signifying «civil society» they themselves become part of civil society: «We are working towards the same goals, but with different means». The slippery language and the new praxis of «dialogue with civil society organizations» initiated by non-csos (from above or from the outside) dissolves sharp contradictions and antagonisms. Civil society speak can smoothly annihilate diametrically opposing interests and provide results for «mutual satisfaction». This process we call the «cooptation of civil society», a danger and tendency Marc Nerfin has also referred to.

«Talking civil society» provides the common denominator for western donors, the new NGO-elite, and national governments who want to coopt them. It can be lucrative to display the «right» liberal democratic values and at the same time avoid the uncomfortable consequences of strong and genuine civil societies. Coopting and overtaking means surpassing and weakening. A new network of dependent NGOs undermines not serves the interest of genuine civil society.

However important and inevitable the institutionalization of civil society is, we can only move beyond the practical and theoretical impasse if we assume that civil society is not equivalent to the sum total of NGOs. The permanent slipping between the terms «civil society» and «NGO» is a source of theoretical inconsistency, practical misunderstanding and political or ideological manipulation.

The lack of trust: weak civil societies in feckless democracies

If we accept Jeffrey Alexander's conceptualisation, that civil society can be viewed as the universal expression of social solidarity, we might also say that without trust there is no civil society. In East Central Europe, illusions rapidly vanished at the beginning of the 1990s. The central values of civil society were quickly marginalized. In an unpublished manuscript, Alexander (1998: 1-2) observed the following:

Just when intellectuals in Poland and Hungary were celebrating the return of civil society as an idea [...] they are not at all sure they want it [...] The practical task of social reconstruction makes these social ideals difficult for the intellectuals to sustain.

Amidst the joy of bringing down the communist state everything indeed seemed «civil». Numerous institutions and movements took up the adjective «civil». Borislav Geremek said in August of 1989: «we don't need to define civil society, we see it and feel it» (Smolar, 1996: 24). Jiri Dienstbier's famous formulation, that «civil society is in power» quickly became ironic. The former spokesman for Charta 77 was certainly correct in observing the great stream of former «dissidents» towards positions of power.

With the formation of political parties, however, civil society really lost its moral constituting power. The new political elite believed that moral civil society, along with its movements, had fulfilled its destiny, and should now stop stirring-up the waters – some even stepped forward openly against the idea of civil society. Vaclav Klaus went so far as calling it a perverted idea, seeing in it the ideology of collectivism and an ambiguous third way.

In short, civil society went through a real metamorphosis after 1989. Certain parts of it disappeared altogether; others were transformed, several movements turned themselves into political parties; local initiatives either faded away, or were coopted by local politics, and many civil organisations were forced to sell themselves in a financial or political sense to survive. A desperate struggle awaited those who managed to preserve their identity: they needed time, willpower, money and expertise to continue to operate. In the meantime, a process of disintegration and atomization rather than civilization swept the region of East Central Europe. Elemér Hankiss, as Smolar (1996: 34) quotes, observes:

Millions of people have lost, or fear that they may lose, their traditional roles and positions in the sphere of production and distribution. They have lost their way in the labyrinths of social and industrial relationships, which are in the midst of a chaotic

transformation. People no longer know what the rules of the new game are, what their duties and rights are, what they have to do for what, what is the cost and reward of what? There is no authority to tell them; there are no values to refer to.

During the last decade sociological literature - especially in Poland and Hungary - has repeatedly called attention to the continuity in institutional and social mentality. Aleksander Smolar speaks directly of a new «socialist civil society». «Shadow society» is the term he uses to describe the collection of informal social relations that were created by people in the 1970s and 1980s to defend themselves from the existing form of socialism (Smolar, 1996: 35-38). These informal networks of social cooperation contributed greatly to the acceptance of shock therapy and the initial hardships of the transition. In time, however, as enthusiasm for «a return to Europe» receded and the pain caused by the reforms intensified, the emphasis shifted to the defence of material interests. The re-strengthening of the antiliberal, etatist hierarchy of values came together with a nostalgia for the socialist state that had offered a certain kind of protection and security. The effects this had on Hungarian and Polish political and social life are well-known. In societies that have uncertain futures, democratic politics with half-established and not entirely accepted rules and practices frequently deter or alienate rather than attract the majority. Informality, a hotbed for corruption, e.g., the trust invested in informal family relationships and close ties of friendships then gain weight.

Smolar calls this phenomenon the irony of history that real socialism found refuge precisely in the very world of civil society that it had previously sought to strangle. Even though this phenomenon is not characteristic of the ever-changing sphere of civil societies in East Central Europe as a whole, it reveals a number of deep contradictions that determine social values and personal life strategies. The presence of trust at the social level provides the basis for order and dependability. After a short-lived rise in social trust, cooperation and solidarity, the societies of democratising East Central Europe are once again characterised by distrust and a strong tendency towards atomization.

In the post-Cold War period the challenge for civil societies in East Central European countries is twofold: globalization and European integration. In order to address these challenges, local NGOs and CSOs have to link their domestic activities to the global – or at least regional – context. Escaping from their narrow and parochial framework and political climate, they need to find donors who are able to cooperate as

partners and equals with commonly shared values and goals. Networking is already very much present, but its full potential has not been utilized.

In the second half of the 1980s, it did not seem illusory that East-West dialogue would lead to the sustained cooperation of civil society which would strengthen autonomous, democratic social space in the East and revitalize democracy in the West. After the 1989 transformations, however, the situation changed fundamentally. With the disappearance of the bipolar logic of the Yalta world order, the common foundation for wide social mobilisation also disappeared. Opinions on the unity of Europe were too divided. Once the main political and ideological barriers fell, economic, welfare and security concerns came to the forefront. In contrast to unconvincing rhetoric, the reality showed that the western half of Europe was turning its attention inwards. It cautiously closed itself off, while in the eastern half fragmentation and disintegration became the main features. The concept and language of civil society did not altogether disappear, but it went through a metamorphosis in comparison to the practice and visions of the 1980s (Jensen and Miszlivetz, 1998: 141-170).

Increasingly professionalized civil organizations and NGOs replaced bottom-up initiatives and movements. In places where the ethos and mentality of civil society was preserved from the 1980s, it was either incapacitated against nationalist tyranny (as in several republics of the former Yugoslavia), or it was pushed into the background as in Hungary, Poland and former Czechoslovakia.

A new world was created by the mid-1990s: the world of professional NGOs, civil organisations and foundations. Most of these NGOs took over some of the responsibilities of the state, and they do not have particularly warm feelings about the civil ethos or new forms of cooperation. Those civil organisations, however, who carry out their work in the fields of human rights, minority questions, education, culture and the protection of the environment, have every right to regard themselves as institutions of civil society. Most of these have integrated into international – predominantly Eastern or Western European – networks, as a result of which their weight and ability to survive have increased considerably. In the second half of the 1990s, the symptoms of fragmentation and inward-lookingness also seem to have diminished. The idea of regional cooperation may gain modest influence in the civil sphere, as we witness similar signs on the political stage.

Bibliography

- ALEXANDER, J. C. (1998): *Real Civil Societies: Dilemmas of Institutionalisation*, London, Sage.
- BERNHARD, M. (1996): «Civil Society after the First Transition», *Communist and Post-Communist Studies*, Vol. 29, No. 3.
- BUTTERFIELD, J. and M. A. WEIGLE (1992): «Civil Society in Reforming Communist Regimes: The Logic of Emergence», *Comparative Politics*, Vol. 25, No. 1.
- COHEN J. L. and A. ARATO (1992): *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MIT Press.
- DAHRENDORF, R. (1997): *After 1989: Morals, Revolution and Civil Society*, Oxford, St Anthony College.
- FOWLER, A. (1996): «Strengthening Civil Society in Transition Economies – from Concept to Strategy: Mapping an Exit in a Maze of Mirrors», in *NGOs, Civil Society and the State: Building Democracy in Transitional Societies*, Oxford, INTRAC.
- GLENN, J. K. (2001): *Framing Democracy: Civil Society and Civic Movements in Eastern Europe*, Stanford, Stanford University Press.
- HAVEL, V. (1990): *The Power of the Powerless: Citizens Against the State in Eastern Europe*, London, Sharpe.
- KALDOR, M. (2003): *Global Civil Society: An Answer to War*, Cambridge, Polity.
- (1997): *Transnational Civil Society*, Manuscript, Sussex, European Institute.
- (1991): *Europe from Below*, London, Verso.
- KRYGIER, M. (1997): «Virtuous Circles: Antipodean Reflections on Power, Institutions, and Civil Society», *East European Politics and Societies*, Volume 11. No.1.
- JENSEN, J. and F. MISZLIVETZ (1998): «A civil társadalom metamorfózisa 1988-1998», in MISZLIVETZ, F. (1998): *Közép-európai változások*, Szombathely, Savaria University Press.
- JORGENSEN, L. (1996): «What are NGOs doing in Civil Society?» in CLAYTON, ANDRES (ed.) (1996): *NGOs, Civil Society and the State: Building Democracy in Transitional Societies*, Intrac.
- KUMAR, K. (1994): «Civil Society: a Reply to Christopher Bryant's Social Self-organization, Civility and Sociology», *British Journal of Sociology*, Vol. 45, No. 1.
- MUETZELFELDT, M. and G. SMITH (2002): «Civil Society and Global Governance: the Possibilities for Global Citizenship», *Citizenship Studies*, Vol. 6, No. 1.

- PEACE, J. (1993): «NGOS and Social Change: Agents or Facilitators?» *Development in Practice*, Vol. 3, No. 3.
- SMOLAR, A. (1996): «Civil Society After Communism: From Opposition to Atomisation», *Journal of Democracy*, Vol. 7, No. 1.
- STANISZKIS, J. (1991): *The Dynamics of the Breakthrough in Eastern Europe. The Polish Experience*, Berkeley, Los Angeles, Oxford, University of California Press.
- TISMANEAU, V. (1992): *Re-inventing Politics*, New York, Free Press.
- VERHOFSTADT, G.(2001): «Ethical Globalization – Workable Globalization», UNIDO Publications, <http://www.unido.org/en/doc/4889>.
- WALZER, M. (ed.) (1995): *Toward a Global Civil Society*, Providence, Berghahn Books.

La disolución de la sociedad civil: sobre los ideales y las vaguedades en la esfera de las asociaciones de voluntariado

PAUL DEKKER*

UNIVERSITEIT VAN TILBURG, NEEDERLAND

Traducido del inglés y el holandés por parte de Ramón A. Feenstra

Resumen

El pensamiento sobre la sociedad civil siempre ha estado caracterizado por una doble referencia hacia las relaciones sociales existentes y hacia los ideales sociales. La principal hipótesis de numerosas investigaciones sobre la sociedad civil es que una floreciente esfera que lleva este nombre es el portador del ideal de una sociedad más civilizada. Este artículo empieza con una pequeña discusión sobre el trasfondo histórico y los debates públicos en torno a la sociedad civil, y continúa con un planteamiento más analítico del concepto como designación de un orden social asociacional y una esfera de la sociedad dominada por las asociaciones voluntarias. Más adelante nos centramos en esta esfera describiendo sus caracteres nacionales en Europa y analizando las reivindicaciones de sus beneficios civilizadores: la formación de capital social y de discurso público. Encontramos muy pocas evidencias para tales reivindicaciones y por ello profundizamos en el desarrollo de la sociedad moderna occidental, una sociedad en la que las asociaciones voluntarias se han convertido en menos relevantes, mientras que otras esferas de la sociedad, en particular los ensanchados márgenes de la sociedad civil, son más importantes para el desarrollo de una sociedad más civilizada.

Palabras clave: sociedad civil, asociaciones voluntarias, capital social, sector sin ánimo de lucro.

Abstract

The thinking about civil society has always been characterized by the double reference to existing social relations and to societal ideals. The basic hypothesis of much civil society research is that a flourishing sphere with this name is the carrier of the ideal of more civilized society. This article starts with a brief discussion of the historical background and public debates about civil society, and continues with a more analytic approach of the

* Profesor de sociedad civil en la Universidad de Tilburg, Países Bajos, e investigador en el Instituto Neerlandés de Investigación Social (SCP). E-mail: p.dekker@scp.nl.

concept as designation of an associational social order and a sphere of society dominated by voluntary associations. We further focus on this sphere, describe its national patterns in Europe and analyze claims of its civilizing benefits: the formation of social capital and public discourse. We find very limited evidence for the claims and look deeper into developments of modern western society, which have made voluntary associations less important and other spheres of society, in particular the broader margins of civil society, more important for the development of a more civilized society.

Key words: voluntary associations, civil society, hybrids, social capital, non profit sector.

La sociedad civil como ideal y dominio social

La idea moderna de la sociedad civil se desarrolló en la segunda mitad del siglo xvii con el objetivo de registrar y estimular la reducción del poder de los gobernantes absolutistas en favor de la libertad, la autorregulación del poder y la influencia política de la naciente sociedad burguesa.¹ Con el progreso de la economía capitalista de mercado, la economía se desarrolla dentro de una esfera autónoma alejada de las relaciones sociales, gobernada amoralmente por sus propios intereses. La polaridad del estado *versus* sociedad pasa a una situación más compleja donde el ideal y la práctica de la sociedad civil se oponen tanto al estado como al mercado. La economía y el desarrollo capitalista adquirieron un papel más relevante como conductores de las actividades de las asociaciones voluntarias, pero representando una esfera diferente. Para los individuos viene a significar la combinación entre ser una persona privada burguesa (o trabajador) y un ciudadano más público, conectado a la política como un individuo y vinculado a la sociedad (y la política) como miembro de una asociación. La sociedad civil se convierte en una esfera específica de implicación voluntaria para el beneficio tanto de una pequeña escala de intereses y placeres comunes, como para la sociedad en su conjunto.

En la segunda mitad del siglo xx, esta esfera de la sociedad civil se desarrolló además en oposición a la esfera íntima y privada, donde las personas se retiran de las obligaciones sociales y de la vida pública. Tras el poder absoluto y el *homo economicus*, fue la persona privada indiferente la que se convirtió en la principal amenaza para la civilidad y la sociedad civil.

¹ Véase entre otras muchas publicaciones el estupendo capítulo de Taylor (2003 [1989]), el más polémico libro de Keane al respecto (1998) o el extenso estudio de Cohen y Arato (1992) y Alexander (2006) para confrontar perspectivas históricas más serias del concepto sociedad civil.

La figura número 1 muestra las polaridades que se establecen entre la esfera de la sociedad civil *versus* el estado, el mercado y la comunidad. En términos de «civilidad» se polariza la ciudadanía activa frente el estado, el comportamiento no instrumental y colectivo ante el mercado y, finalmente, la conducta pública decente contra la comunidad.

Figura 1. La discusión sobre la sociedad civil

Fuente: elaboración propia

La sociedad civil es descrita y definida de múltiples formas. El cuadro número 1 ofrece una serie de ejemplos que se extienden desde una interpretación de la sociedad civil como una parte disputada de las instituciones sociales (incluyendo o excluyendo explícitamente a la familia y los mercados) a través de una esfera de opinión pública y de unas políticas no estatales, hasta las calificaciones civiles de la sociedad como un todo.

Cuadro 1. Unas pocas definiciones de sociedad civil

- [...] una esfera de interacción social situada entre la economía y el estado, compuesta sobre todo por la esfera íntima (especialmente la familia), la esfera de asociación, los movimientos sociales y formas de comunicación pública (Cohen y Arato, 1992: ix).
- [...] el frecuente autogenerador y autoregulado mundo de las instituciones privadas: familia, negocio, deportes, localidad, religión, pertenencia étnica (Selznick, 2002: 44).
- [...] todo grupo social que es o puede entenderse como voluntario y no coercitivo, exceptuando solamente a la familia, cuyos miembros no son voluntarios, y al estado, el cual a pesar de establecer su legitimidad en el consentimiento de sus miembros, maneja un poder coercitivo sobre ellos (Walzer, 2002: 35).
- [...] el dominio de organización social en el cual las relaciones asociativas voluntarias son dominantes. Esta definición identifica a la sociedad civil contrastándola con los dominios organizados del mercado o el estado, y funcionando sobre el umbral en el cual predomina la biología y la intimidad (como en la familia y las amistades cercanas) (Warren, 1999: 14).
- [...] instituciones sociales tales como el mercado o las asociaciones voluntarias y la esfera pública que están fuera del control, en sentido pleno o atenuado, del estado (Pérez-Díaz, 1993: 57).
- [...] el conjunto de actividades sociales, ordenadas, formales e informales, que no están ancladas directamente en la familia y el parentesco, la producción económica y el intercambio, o el estado pero son políticamente relevantes (Rueschemeyer, 1998: 18).
- [...] una esfera solidaria, en la cual cierta clase de comunidad universalizante viene a ser definida culturalmente y hasta cierto punto impuesta institucionalmente (Alexander, 2006: 31).
- [...] una sociedad de civilidad en la conducta de los miembros de la sociedad entre sus integrantes. (Shils, 1991: 5).

Los significados variados de la sociedad civil son frecuentemente combinados, particularmente en sencillas sugerencias o teorías, que defienden que un vibrante sector de asociaciones voluntarias constituye la infraestruc-

tura de una esfera pública democrática y una condición, o al menos un estímulo, para la sociedad civil en el sentido de una sociedad civilizada en su conjunto. Michael Edwards (2004: 10) probablemente acierta al señalar la existencia de cierto «pensamiento vago» en este contexto, y quizás tenga sentido tratar de plantear y contrastar las hipótesis que se le atribuyen a las contribuciones de la esfera social en la realización de los preceptos normativos de la sociedad civil. Eso es, al menos, lo que se trata de conseguir en este artículo.

Como queda evidenciado en las citas anteriores, y como queda además patente en la historia del pensamiento de la sociedad civil, el hecho de no constituir parte del estado constituye un elemento central de la sociedad civil. Sin embargo, las demarcaciones respecto al mercado (el negocio, o la economía) y la esfera íntima y privada son menos evidentes. Puede que existan buenos motivos históricos y buenas razones políticas para definir a la sociedad civil como todo aquello opuesto a los estados opresivos, o casi todo aquello que se opone a la comercialización; pero en una amplia sociedad occidental diferenciada y bajo circunstancias normales, precisamos de un esquema, una fórmula conceptualmente más compleja. Por ello, en esta sección la sociedad civil es presentada tanto como un ideal de un orden social o un tipo de coordinación social, así como una esfera institucional.

Hace una década presentamos (Dekker y Van den Broek, 1998) la «sociedad civil» como un tipo particular de orden social o coordinación social,² tomando como punto de partida la conocida tríada de comunidad, mercado y estado. Anteriormente Streeck y Schmitter (1985: 8-17) habían utilizado esta tríada como unos modelos de tipos ideales de orden social, caracterizados por diferentes principios conductores: actores colectivos dominantes, requisitos previos para la participación, regla principal de decisión, medio de intercambio, tipos de bienes producidos y externalidades generadas. A esta tríada añadieron un cuarto modelo, un neocorporativo «modelo asociativo de orden social»; en nuestro caso, este cuarto campo es reemplazado por el de la sociedad civil. Los modelos son recapitulados en la tabla número 1.

2 Véase Mark Warren (1999, 2001) para una aproximación comparativa. Él comienza con los medios de coordinación social de Parsons, y establece «las relaciones asociativas puras» en la base de la sociedad civil, a parte de estados con poder y mercados con dinero. Las relaciones asociativas están basadas en influencias normativas y discursivas. Estas pueden ser encontradas por todas partes dentro de la sociedad en combinación con otros medios de coordinación social, pero son encontradas más puramente en asociaciones voluntarias. «El concepto de sociedad civil identifica un continuo de asociaciones que en un mayor o menor grado incorpora las relaciones asociativas. Así, podemos pensar en la sociedad civil como el dominio de las asociaciones que están basadas en relaciones asociativas, y que protege a las asociaciones que interactúan con los estados, los mercados y las relaciones íntimas» (Warren 1999: 14-15). Warren excluye las familias y las amistades de la sociedad civil, no tanto por ser básicamente diferentes en cuanto a los medios de coordinación social, sino porque son excesivamente «íntimas».

**Tabla 1. Comunidad, mercado, estado y sociedad civil
como un tipo ideal de orden social**

La voluntariedad es propuesta como el principio que guía la sociedad civil, mientras que las asociaciones constituyen el actor colectivo dominante. Un requisito previo para participar en la sociedad civil es el compromiso, la buena voluntad de atarse a un curso común y la toma de responsabilidades. Idealmente la toma de decisiones se realiza a través del debate, siendo los argumentos el medio de intercambio. La sociedad civil puede difícilmente ser tipificada por los bienes que genera. Los bienes mixtos a los que hace referencia la tabla 1 pueden ser puramente privados (servicios exclusivos para los miembros), solidarios (cuidado proporcionado por organizaciones caritativas) o públicos (una playa limpiada por voluntarios). Mientras que el capital social y el discurso público pueden ser considerados como las dos externalidades positivas básicas de las actividades dentro de la sociedad civil. Estos dos beneficios básicos, frecuentemente desatendidos, representan las diferentes tradiciones que pueden ser encontradas en la historia del pensamiento sobre la sociedad civil: uno de cooperación voluntaria, autorregulación social y civilidad, y el otro de democracia política, esfera pública y la presión y el control frente el estado.

El capital social es empleado aquí en un sentido colectivo de «[...] características de organización social, así como confianza, normas y redes, que pueden mejorar la eficiencia de la sociedad a través de la facilitación de acciones coordinadas» (Putman, 1993: 163). Mientras que el discurso público hace referencia a la formación de opinión pública, valores colectivos, objetivos y luchas respecto las políticas públicas y el estado que están emparentados en estos procesos (Wuthnow 1991). Como resultado de ubicar el discurso público junto al capital social, la atención se centra sobre el lado político de la sociedad civil.

En lugar de considerar a la sociedad civil como aquello ajeno al estado, al mercado y a la familia, esta puede ser descrita ahora como un dominio social dentro del cual las asociaciones o relaciones asociativas son dominantes. No existen criterios claros que sirvan para decidir qué asociaciones pueden ser incluidas en la comúnmente gris área ubicada en algún lugar entre la sociedad civil y los demás espacios. Debido a la importancia de la voluntariedad en nuestro concepto de sociedad civil, asociaciones en los que «uno crece dentro», o en las que uno solamente puede salir a través de un coste considerable, o que poseen el monopolio sobre un dominio dado, fallan como tal en su clasificación como típicas organizaciones de la sociedad civil. Aunque, como consecuencia de su fuerte vinculación con las asociaciones realmente voluntarias, y debido a que tienen similares funciones y posiciones en la sociedad, estas pueden pertenecer a la sociedad civil como un dominio social.³

Modelos nacionales

En esta sección se presentarán dos comparativas nacionales simples de sociedad civil, en primer lugar como modelo de participación voluntaria y posteriormente como combinación de participación voluntaria y actividad sin ánimo de lucro.

La figura número 2 muestra las combinaciones nacionales de afiliados y miembros activos de asociaciones en 19 países europeos, cubiertos por el primer modelo del *European Social Survey*. En esta y posteriores figuras se emplearán abreviaciones de los códigos de Internet que son utilizados por los diferentes países.⁴ Por un lado, se percibe cómo los países escandinavos y los Países Bajos muestran altos niveles de afiliación unido a un nivel moderado-elevado de actividad entre los miembros, mientras

³ La sociedad civil es percibida aquí como un dominio social y no como una herramienta para clasificar organizaciones singulares, es decir, una serie de criterios para decidir si la Iglesia Católica, sindicatos monopolistas o el Ku Klux Klan «están dentro o fuera». Los estudios del papel en la sociedad civil real no deberían mezclarse con el reconocimiento de una parte buena de sociedad civil.

⁴ En todas las imágenes aparecen 27 países de la UE, Noruega y los EEUU. Por orden alfabético: AT (Austria), BE (Bélgica), BG (Bulgaria), CY (Chipre), CZ (República Checa), DE (Alemania), DK (Dinamarca), EE (Estonia), EL (Grecia), ES (España), FI (Finlandia), FR (Francia), IE (Irlanda), IT (Italia), HU (Hungría), LT (Lituania), LU (Luxemburgo), LV (Letonia), MT (Malta), NL (Países Bajos), NO (Noruega), PL (Polonia), PT (Portugal), RO (Rumanía), SE (Suecia), SI (Eslovenia), SK (Eslovaquia), UK (Reino Unido) y US (Estados Unidos). Remarcados en la figura especialmente España, el país donde existe el mayor número de lectores de la revista *Recerca*, y los Países Bajos, país que resulta más familiar al autor.

que, por otro lado, países de Europa del Sur y Polonia presentan un nivel bajo tanto de afiliación como en niveles de participación entre los miembros. La diferencia norte y sur en cuanto a miembros, de organizaciones voluntarias se encuentra en numerosas investigaciones, aunque los porcentajes de miembros que son activos como voluntarios difieren significativamente respecto de las investigaciones precedentes.⁵ En realidad, pequeñas variaciones en las redacciones de las preguntas y listas de tipos de organización pueden llevar a enormes diferencias entre las mediciones o las encuestas de población (Morales, 2002), pero incluso con preguntas idénticas, las encuestas muestran en alguna ocasión cambios muy inverosímiles para países distintos (Dekker y Van de Broek, 2006). No hay alternativa, pero los resultados de los estudios poblacionales deben ser tomados con precaución.

Figura 2. Modelos nacionales de la implicación voluntaria en la Unión Europea

Fuente: European Social Survey 1 (2002/3)

⁵ Un análisis realizado en 1990 por el *European Values Study* correspondiente a asociaciones voluntarias y el ser activo en dichas asociaciones (Dekker y Van den Broek, 1998) sugería tres modelos de pertenencia y actividad en el voluntariado; estos podrían ser etiquetados como «provinciano», «activo» y «amplio». El modelo parroquial, típico de Europa meridional, combina bajos niveles de pertenencia con altos porcentajes de ofrecimiento entre los miembros. El modelo activo, encontrado en los Estados Unidos y Canadá, está caracterizado por presentar altos niveles tanto en los miembros totales respecto a la población total, y unos altos niveles de voluntarismo entre los miembros. Mientras que el tercer modelo, el amplio, que se encuentra en Escandinavia, Alemania del Este y los Países Bajos, combina altos niveles de pertenencia a asociaciones voluntarias con unos niveles modestos de voluntarismo entre los miembros.

La Figura 3 ofrece una presentación alternativa de los modelos de sociedad civil, empleando datos de sectores nacionales sin ánimo de lucro de acuerdo con los descubrimientos realizados por John Hopkins en el *Non-Profit Sector Project* (Salomon et al., 2003). Esta figura presenta unas combinaciones nacionales respecto al porcentaje total de la mano de obra que es activa (pagado e impagado) en el sector sin ánimo de lucro frente a los porcentajes de trabajo no pagado o trabajo voluntario en esta mano de obra no lucrativa (justo como los voluntarios han sido presentados como un porcentaje respecto todos los miembros en la figura 2).

Polonia y Hungría vuelven (de nuevo) a ser clasificados entre las menores «sociedades civiles», mientras que en los Países Bajos aparece el mayor porcentaje de mano de obra para el sector sin ánimo de lucro y en Suecia se percibe el mayor índice de trabajo voluntario en este sector sin ánimo de lucro.

Figura 3. Modelo nacional de sectores sin ánimo de lucro en Europa y Estados Unidos

Fuente: Salamon *et al.* (2003)

Se puede percibir, por tanto, cómo existe una clara asociación entre las dos tomas de medida, pero también se advierte cómo se encuentran, por un lado, países con relativamente más organizaciones en calidad de miembros (los países escandinavos, Austria y Alemania) y por otro lado, países con una mayor mano de obra no lucrativa en proveedores de servicios (Países Bajos, Bélgica e Irlanda).

Reivindicaciones y evidencias sobre los beneficios de la sociedad civil

El «capital social» y el «discurso público» han sido mencionados anteriormente como las contribuciones que se esperan de la esfera de la sociedad civil. Por lo que respecta al capital social, gran parte de la investigación ha estado enfocada, desde la obra de Putnam, en la relación existente entre la participación de los individuos en asociaciones voluntarias y su capital social. La interacción en las asociaciones voluntarias está supuestamente vinculada al avance en la honradez y sentimientos de confianza entre los ciudadanos. La confianza o «confianza social generalizada» es frecuentemente medida a través de las respuestas encontradas en encuestas que plantean si: «generalmente hablando, ¿diría usted que se puede confiar en las personas o de lo contrario cree que se debe ir con mucho cuidado en la relación con otras personas?». Aunque sea cuestionable que las respuestas a esta cuestión indiquen adecuadamente la confianza y las relaciones de honradez en las interacciones sociales, nosotros nos atenderemos a esta cuestión. Quizás unos resultados añadidos puedan indicar correctamente una cultura en la cual el capital social florezca.

El discurso público hace referencia a la habilidad de una sociedad a la hora de articular valores colectivos, reflejar problemas sociales y desarrollar objetivos políticos comunes (Wuthnow, 1991). Implica la existencia de una viva esfera pública con controversias abiertas en la política, los medios, tertulias de café y sus equivalentes modernos, así como ciudadanos interesados en política y asuntos públicos, capaces de expresar sus puntos de vista, participar en procesos políticos, etc. En este artículo nos ceñiremos a la participación en discusiones políticas.

Las expectativas sobre los beneficios de la sociedad civil pueden ser formuladas en dos niveles: 1) países con una mayor sociedad civil muestran un mayor nivel de confianza social y discusión política, y 2) individuos envueltos en asociaciones voluntarias tienen una confianza mayor y una más frecuente implicación en discusiones políticas.

Respecto el *macro* nivel estatal, así como de unidades políticas más pequeñas, existe una amplia tradición pluralista en la ciencia política que percibe a las asociaciones voluntarias, en particular aquellos no solapados con otros grupos de interés, como beneficiosos para la democracia. Varias publicaciones han sugerido que la densidad de las asociaciones voluntarias provoca unos resultados positivos en los niveles regionales y nacionales tanto en la confianza social como en la implicación política, así como en la prosperidad y calidad de la política democrática (Putman, 1993). Pero, según Chambers (2002: 101; cf. Berman, 1997) por la otra parte, hay algunas manifestaciones políticas altamente preocupantes respecto a la existencia de una vibrante vida asociacional:

La República de Weimar tenía una vibrante y autoorganizada sociedad civil que dio nacimiento, y nutrió, al movimiento nazi. Altos niveles asociativos de participación asociacional en la Italia de preguerra están correlacionados muy favorablemente con votos para Mussolini [...] La antigua Yugoslavia tenía, casi indiscutiblemente, una de las más desarrolladas sociedades civiles de los países de Europa del Este, y de poco sirvió en la prevención de la guerra y de una de las «peores masacres en Europa desde la Segunda Guerra Mundial».

A nivel *micro* gran parte de la investigación ha defendido la conclusión de Almond y Verba (Almond y Verba, 1989: 265) según la cual la «pertenencia a cierta asociación, incluso aunque el individuo no lo considere políticamente relevante y aunque no implique una participación activa, conlleva a una mayor competitividad ciudadana». Numerosas razones han llevado a discutir los motivos por los cuales se considera que la participación en asociaciones voluntarias no políticas engendra una implicación política. Las personas aprenden «habilidades cívicas» (tales como la participación en reuniones o escribir cartas), desarrollan «virtudes cívicas» (tales como la tolerancia y la capacidad de tratar con diferentes opiniones) llegan a estar informados sobre aquello que sucede en el vecindario y en una mayor comunidad, adquieren información política y están políticamente movilizados en sus organizaciones, etc. (cf. Verba *et al.*, 1995: 304-333; Warren, 2001: 70-93).

Las Figuras 4 y 5 muestran las relaciones existentes entre la participación en asociaciones voluntarias a nivel nacional y los niveles nacionales de confianza social, reflejadas a través de las discusiones políticas. La participación en asociaciones voluntarias se refiere, de nuevo, al porcentaje de la población que es miembro de, al menos, una organización (estos porcentajes son diferentes respecto a los datos de EES en la figura 2; véase los avisos sobre el uso de la encuesta poblacional en aquella figura). Mientras que la confianza social ha sido mensurada mediante la «generalizada confianza social» –cuestión mencionada con anterioridad– y los discursos públicos son valorados como el porcentaje de la población que participa regularmente en discusiones políticas.

La relación entre el nivel nacional de afiliación en asociaciones voluntarias es fuerte respecto al nivel de confianza social en la figura 4 (Pearson $r = 0,84$; $p < 0,01$ $n = 27$) y reducida en cuanto al nivel de discurso público en la figura 5 ($r = 0,40$, $p < 0,05$).

Sin llegar a profundizar, en estos momentos, la conclusión podría ser que a medida que existe una mayor sociedad civil en los países, también aumenta la media de política democrática y de capital social. Sin embargo, independientemente de la simplicidad de los indicadores, no existe realmente en su conjunto una relación causal demostrada. Quizás la floreciente esfera de la sociedad civil no sea la causa de la existencia de una mayor confianza en la discusión política, sino simplemente una consecuencia: siendo en la esfera de

confianza entre ciudadanos con una verdadera democracia y un estado de derecho donde más favorablemente transcurrirá la formación de organizaciones.

Figura 4. Niveles nacionales de la calidad de membresía y de la confianza social en la Unión Europea

Fuente: Eurobarómetro 62.2 (2004)

Figura 5. Niveles nacionales de la calidad de membresía y del discurso del público en la Unión Europea

Fuente: Eurobarómetro 62.2 (2004)

En un plano individual existen también, en líneas generales, estadísticas positivas que vinculan la participación en las asociaciones voluntarias con la confianza social, la implicación social y el interés y la participación política; pero estas relaciones son, sobre todo, débiles y también aquí la causalidad es todo excepto evidente respecto de la ventajosa hipótesis de la sociedad civil.

Respecto a los datos del Eurobarómetro de las figuras 4 y 5, consideramos que a nivel individual la correlación existente entre los 27 países sobre el grado de pertenencia a alguna asociación (socio o no socio de al menos una organización) con referencia a la confianza social (o falta de la misma) se sitúa entre 0,00 y 0,16 (en 15 países con estadísticas significativas, $p < 0,01$) y respecto a la participación (o ausencia de esta) frecuente en discusiones políticas entre 0,07 y 0,22 (siempre significativas). Los lazos no son fuertes, se debilitan, llegando incluso a desaparecer si se tienen en cuenta otros caracteres, como por ejemplo el nivel educativo. De esta forma, la pertenencia a alguna asociación voluntaria parece tener una escasa capacidad para añadir una mayor confianza social e implicación política en relación con un mayor nivel educativo.

En este punto nos limitamos a hacer referencia a algunos de los descubrimientos realizados entre una gran cantidad de investigaciones recientes en este campo. Paxton (2007) concluye con datos extraídos de *World Values Studies* que tanto a nivel individual como a nivel nacional las solapadas asociaciones actúan sobre la confianza social. En lo que respecta al nivel individual existe una mayor confianza a medida que una persona participa en una mayor variedad de organizaciones diferentes; pero en cuanto al nivel nacional, el efecto de simples asociaciones llega a ser incluso negativa. En la medida en la que se puede establecer una relación causal parece ser que la diversidad es más relevante que la participación en sí. Armingeon (2007) muestra una relación positiva entre la participación social y política en todos los países del proyecto *Citizenship, Involvement and Democracy*. En base a datos estadísticos concluye que la explicación más importante no es que los participantes sociales estén estimulados para dedicarse a la política (lo cual estaría en la línea con la hipótesis de la sociedad civil) sino que los «joiners» tienen la tendencia a participar en diferentes terrenos. Van der Meer y Van Ingen (2008) definen con datos del *European Social Survey* que la vinculación entre pertenencia a asociaciones y participación política es apenas sustancial para determinados tipos de asociaciones (básicamente en aquellas organizaciones que ya tienen algo que ver con la política).

Mientras que Dekker y Van der Broek (1998) mostraban con datos del *European Values* que las actividades y el voluntariado no son generalmente un estímulo extra para ir más allá de la pasiva pertenencia a asociaciones voluntarias. Aunque las organizaciones de listas de *mailing* apenas ofrezcan ninguna oportunidad de desarrollar confianza a través de la interacción o la implicación política mediante la práctica, estas no muestran menores efectos que las organizaciones cara a cara. La inexistencia de estas diferencias acarrea serias dudas en torno a si realmente se están viendo unos efectos genuinos respecto al asociacionismo y no de un cierto resultado de autoselección (de datos) (cf. Selle y Strømsnes, 2001; Hooghe, 2002). Más generalmente, ponemos en duda la importancia de mecanismos causales directos entre la implicación en asociaciones voluntarias y los alegados beneficios de la sociedad civil: ¿No será más bien que la participación en la vida asociativa y la política, y las actitudes positivas relacionadas con el capital social, pertenecen principalmente a diferentes aspectos sobre un tipo particular de persona?

Si se analiza mediante otras variables, se percibe cómo la educación parece ser un factor más determinante que la participación lúdica en la tarea de empoderar a las personas en las políticas democráticas, y en confiar en los conciudadanos (Dekker *et al.*, 2003). Este resultado debería atenuar las grandes expectativas sobre las aclamaciones sociales y políticas de la vida social. Los políticos preocupados por la pérdida de confianza social y la implicación política quizás actúen más adecuadamente si centran sus esfuerzos en la mejora de la educación más que en los simples llamamientos a la participación de la vida comunal y en el renacimiento de la vida asociativa.

Aun con todo encontramos poco apoyo para una contribución sustancial por parte de las actividades llevadas a cabo en la esfera de la sociedad civil, con miras a una realización ideal de la misma en este caso, como aportación al desarrollo de la confianza social del capital y la política democrática. ¿Por qué? Y ¿es esto grave?

La marginalización de la sociedad civilizada

La falta de existencia de unos efectos positivos sustanciales de la participación en asociaciones voluntarias es seguramente consecuencia de dos hechos. Por un lado, estas asociaciones voluntarias ya no son lo que fueron antaño. Un club de deporte actual, con listados de *mailing* ideales de sus socios, es muy diferente a las asociaciones de hombres norteamericanos analizadas en los años 1830 por Tocqueville (1990 [1835]) en las cuales

los ciudadanos, reunidos conjuntamente, querían resolver sus problemas. Igualmente los temas varían, así como la importancia que la organización concede a los miembros y al tiempo que estos invierten (Skocpol, 2003; Schudson, 2006). Por otro lado, existen una serie de sucesores para las asociaciones sociales. La esfera de la sociedad civil ya no es el lugar donde se pueden aprender de forma suprema las «habilidades cívicas» y las «virtudes cívicas», pues la formación del capital social y de la opinión pública encuentra su aparición frecuentemente en otros espacios.

En el mundo del trabajo existe una mayor asociabilidad. El espacio de trabajo representa una oportunidad para que desconocidos conciudadanos se conozcan y establezcan una vinculación más o menos voluntaria, más grande incluso que en una simple asociación, tanto por la diversidad de personas como por el tiempo que es invertido. «Quizás juguemos a los bolos por separado, pero trabajamos juntos» (Estlund, 2003). Para la mayoría de las personas es el ámbito laboral (o con anterioridad, el centro educativo y mucho más tarde la residencia de ancianos) mucho más importante que una asociación o cualquier otra unión voluntaria, establecida durante el tiempo libre, a la hora de aprender a llevar la relación con los conciudadanos, reconocer preocupaciones comunes, desarrollar relaciones de confianza, hablar sobre problemas sociales y eventualmente sobre temas políticos. En el trabajo remunerado las personas encuentran «[...] necesario llevarse bien y conseguir cosas, con quienes de otra manera no serían elegidos para asociarse» (Estlund, 2003: 103-4). Asociaciones no pueden contra ello, no en cuanto una experimentada coerción para solucionar problemas conjuntamente, ni tampoco en cuanto inversión de tiempo y diversidad. Se moraliza más en las empresas, sobre el emprendimiento de justificación social, la benevolencia laboral, pero también sobre igualdad de oportunidades entre los candidatos, las formas de actuación colegial y el conocimiento del origen del café que es consumido.

Por otra parte, se manifiesta en el activismo de consumo y consumismo político una «moralización del mercado» (Stehr, 2007; Shamir, 2008). En lugar de desarrollarse la actividad política en las asociaciones voluntarias, los individuos se convierten en seres activos a través de la adopción de un papel dinámico en el consumo. Puede tener que ver también con la seguridad o salud personal pero por motivos de efectividad el interés personal empuja hacia la colectivización y la comunicación y con ello los consumidores activos llevan la sociedad civil al mercado (Micheletti, 2004).

Lo último sucede también desde las empresas que promueven y contribuyen a la configuración de la comunidad, por ejemplo a través de «unidades de soporte» de la comunicación de Internet entre clientes, o me-

dian­te las uniones que se producen entre clientes en las tiendas, como consecuencia del reclamo de los consumidores en favor de la existencia de un «tercer espacio» en el que poder compartir unos intereses comunes con desconocidos.⁶ Evidentemente esto sucede bajo consideraciones comerciales, pero ello no descalifica el espacio que es ofrecido a las asociaciones voluntarias.

El hecho de asociarse voluntariamente se expande alrededor de la sociedad. Mientras que la sociedad civil como esfera social separada pierde significado, la base de los ideales de la sociedad civil puede aumentar. Dentro de la esfera de la sociedad civil las asociaciones voluntarias mantienen importantes funciones para la autoorganización, la protección de intereses y el ofrecimiento de equilibrio frente a los intereses comerciales y administrativos (Fung, 2003), pero en estos ámbitos las efectivas organizaciones no satisfacen más que la imagen romántica de una pura iniciativa voluntaria. Relaciones fuertes con la política y organizaciones gubernamentales son frecuentemente necesarias (Read, 2006).⁷ Se reconoce cada vez más la importancia de una lógica operacional mezclada y una diversa vinculación dentro de las organizaciones. En la nueva literatura hay una creciente reflexión sobre organizaciones híbridas con el público, con la aportación comercial y voluntaria y con «eventos híbridos» y «formas combinadas de acción» (Smapson *et al.*, 2005) en lo que las actividades sociales y los elementos recreativos son rellenados con el contenido de protesta política. La oportunidad de tales actividades parece depender más de la estructura de las organizaciones no lucrativas y del suministro vecindario que del porcentaje de individuos que es regularmente activo en asociaciones voluntarias.

⁶ El término es de Lewis y Bridger (2000), unos autores que defendieron la necesidad de encontrar en los Estados Unidos «un tercer espacio» que se erigiera como reacción ante los grandes centros comerciales, donde una permanencia prolongada es desalentada y una conversación normal completamente imposible como consecuencia de una continua perturbación sonora «Como resultado de este cambio gradual pero con tendencia aceleradora, una mayoría de los jóvenes de la urbe tienen hoy en día solamente un concepto vago de la “esfera pública”. La idea de poder habitar un “tercer espacio”, que no es ni el trabajo ni el hogar, ni tampoco espacio completamente privado ni enteramente público, tiene un gran atractivo para numerosos Nuevos Consumidores, dotándoles de una auténtica razón para estar allí» (Lewis y Bridger, 2000: 122). Como ejemplos estos autores nombran las oportunidades de lectura y diálogo que ofrecen librerías como Barnes & Noble y Borders y la cafetería Starbucks

⁷ En realidad no es tan nuevo. De Tocqueville (1990: parte 1, 191 y parte 2, 115; Cf. Cohen y Arato 1992: 75) ya hablaba sobre una sociedad política en la cual las asociaciones civiles (iglesias, escuelas, organizaciones profesionales, asociaciones recreativas, periódicos) interactúan con asociaciones políticas (partidos, locales autogestionados y jurados en la jurisdicción americana). Para el ideal románticista de la sociedad civil de pequeñas independientes iniciativas ciudadanas no se puede apelar a De Tocqueville.

Así, también merecen una revalorización positiva las combinaciones de profesionalización y el conjunto de todos los trabajadores de voluntariado activo. Quizás estos no satisfagan la imagen de voluntaria desposesión y auto-sacrificio, pero sí están mejor capacitados para integrar a los recién llegados o a personas ocupadas. Más allá de consideraciones positivas, gracias a la combinación de elementos extraños, se refuerza la orientación pública de la iniciativa voluntaria, lo cual posiblemente aumente su valor civilizador.

Perspectiva: los beneficios de combinación y el desdibujamiento de fronteras

El desarrollo descrito en la sección precedente sugiere una especie de desaparición de la sociedad civil: las asociaciones y las actividades llegan a asimilarse con las empresas, los límites se desfiguran. Sin embargo, los progresos pueden ser interpretados a menudo de una manera más positiva. Las asociaciones son en la actualidad menos importantes y más distantes a los individuos, pero mucha más gente está implicada, pasando a ser miembros de más asociaciones o a estar conectados de otras maneras con los intereses de las organizaciones. Frente a posibles desventajas como resultado de una menor capacidad de construir confianza y capital social en una escala pequeña, existen por otra parte ventajas políticas tales como la democratización y el estímulo en una gran escala de la discusión pública.

El alejamiento de los lazos personales (cara a cara) en las asociaciones (e iglesias) en favor de las instituciones proveedoras de servicio en los Estados del Bienestar, está proporcionando también nuevas bases para el trabajo voluntario: el patio de la escuela, la residencia de ancianos y la vecindad o el centro de servicios como lugares de reunión para los ciudadanos y como oportunidades de desarrollar el compromiso cívico. Los lazos son más flojos, más funcionales y más abiertos a los extraños, y ese es un beneficio en la sociedad moderna donde es tan importante levantar puentes entre grupos de diversas culturas, ideologías y formas de vida. Los contactos son quizás más superficiales, pero no son menos fascinantes que la vieja vida asociacional.

Puede que existan más ventajas mediante la combinación de diversos tipos de orden social (tabla 1) mezclando maneras de organizar actividades, conduciendo a la hibridación y a la «mezcla institucional». Este último concepto procede de Nina Eliasoph (2006). En 1998 publicó el libro *«Evitando la política»* en el cual integró el caso de estudio de «clásicos grupos de voluntarios», grupos que tratan fuertemente de ignorar la política y que

presentan un reducido aliciente en incluir personas con diversas experiencias y puntos de vista. En contraste, la «mezcla institucional» combina participación voluntaria con profesionales sin ánimo de lucro, ayuda de programas públicos, dinero filantrópico y recursos del mercado. Aquí, las personas están obligadas a conectar con la política y deben ser públicamente responsables con tal de obtener tanto soporte institucional como fondos del mercado. Necesitan discutir injusticias y amplios problemas sociales, y deben desarrollar un capital social que no esté únicamente vinculado con los voluntarios, estableciendo puentes entre grupos y conectando con las autoridades.

La figura número 6 ofrece unos pocos ejemplos de híbridos en los márgenes fronterizos de la esfera de la sociedad civil.

Figura 6. Civildad en los márgenes de la sociedad civil

Fuente: elaboración propia.

En lugar de considerar a la sociedad civil como la esfera no perteneciente al estado o al mercado (y a la familia y los amigos) o incluso considerarlo contrario a estos (figura 1), los híbridos están combinando el arte de asociarse voluntariamente con elementos del estado, el mercado y la comunidad. Reconociendo también sus desventajas, estas mezclas ofrecen una perspectiva mejor para el desarrollo de una sociedad civil en general que la protección artificial de asociaciones puramente voluntarias.

Bibliografía

- ALEXANDER, J. C. (2006): *The civil sphere*. Oxford, Oxford University Press.
- ALMOND, G. A. y S. Verba (1989 [1963]): *The civic culture*, Newbury Park, Sage.
- ARMINGEON, K. (2007): «Political Participation and Associational Involvement», en VAN DETH, J. W., J. MONTERO, R. y A. WESTHOLM (Hrsg.), *Citizenship and Involvement in European Democracies*, Londres, Routledge.
- BERMAN, S. (1997): «Civil Society and the Collapse of the Weimar Republic», *World Politics* 49/3, 401-429.
- CHAMBERS, S. (2002): «A Critical Theory of Civil Society», en CHAMBERS, S. y W. KYMLICKA (eds.), *Alternative Conceptions of Civil Society*. Princeton, Princeton University Press.
- COHEN, J. y A. ARATO (1992): *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MIT Press.
- DEKKER, P., P. ESTER y H. VINKEN (2003): «Civil Society, Social Trust and Democratic Involvement», en ARTSW *et al.* (Hrsg.), *The Cultural Diversity of European Unity*, Leiden/Boston, Brill (217-253).
- DEKKER, P. y A. VAN DEN BROEK (2006): «Is Volunteering Going Down», en ESTER, P., M. BRAUN y P. MOHLER (eds.), *Globalization, Value Change, and Generations*, Leiden/Boston, Brill (179-205).
- (1998): «Civil Society in Comparative Perspective», *Voluntas* 8/1, 11-38.
- EDWARDS, M. (2004): *Civil Society*, Cambridge (UK), Polity Press.
- ELIASOPH, N (2006): *The Destructive Volunteer* (manuscript).
- (1998): *Avoiding Politics*, Cambridge (UK), Cambridge University Press.
- ESTLUND, C. (2003): *Working Together*, Oxford, Oxford University Press.
- FUNG, A. (2003): «Associations and Democracy», *Annual Review of Sociology*, 29, 515-539.
- HOOGHE, M. (2003): «Voluntary Associations and Democratic Attitudes», en HOGGHE, M. y D. STOLLE (eds.), *Generating Social Capital*, Nueva York, Palgrave.
- KEANE, J. (1998): *Civil Society*, Cambridge, Polity Press.
- LEWIS, D. y D. BRIDGER (2000): *The Soul of the New Consumer*, Londres, Nicholas Brealey.
- MICHELETTI, M. (2004): *Political Virtue and Shopping*, Nueva York, Palgrave.
- MORALES DIEZ DE ULZURRUN, L. (2002): «Associational Membership and Social Capital in Comparative Perspective», *Politics & Society* 30/3, 497-523.
- PAXTON, P. (2007): «Association Memberships and Generalized Trust», *Social Forces* 86/1: 47-76.
- PÉREZ-DÍAZ, V. (1993): *The Return of Civil Society*, Cambridge, Harvard University Press.

- PUTNAM, R. D., R. LEONARDI y R. Y. NANETTI (2000): *Bowling Alone*, Nueva York, Simon & Schuster.
- (1993): *Making Democracy Work*, Princeton, Princeton University Press.
- READ, B.L. (2006): «Rethinking the Civic Properties of State-lined Associations», *Democracy & Society* 4/1, 12-14.
- RUESCHEMEYER, D. (1998): «The Self-organisation of Society and Democratic Rule», en RUESCHEMEYER, D., M. RUESCHEMEYER y B. WITTRICK (eds.), *Participation and Democracy in East and West*. Armonk, M.E. Sharpe.
- SALAMON, L. M., S.W. SOKOLOWSKI y R. LIST (2003): *Global Civil Society – An Overview*, Baltimore, The Johns Hopkins Center for Civil Society Studies.
- SAMPSON, R. J., D. MCADAM, H. MACINDOE y S. WEFER-ELIZONDO (2005): «Civil Society Reconsidered», *American Journal of Sociology* 111/3, 673-714.
- SCHUDSON (2006): «The Varieties of Civic Experience», *Citizenship Studies* 10/5, 591-606.
- SELLE, P. y K. STROMSNES (2001): «Membership and Democracy», en: P. DEKKER y E. USLANDER (eds.), *Social Capital and Participation in Everyday Life*. Londres, Routledge.
- SELZNICK, PH. (2002): *The Communitarian Persuasion*. Washington, D.C., Woodrow Wilson Center Press.
- SHILS, E. (1991): «The Virtue of Civil Society», *Government and Opposition* 26/1, 3-20.
- SHAMIR, R. (2008): «The Age of Responsibilization», *Economy and Society* 37 (1), 1-19.
- SKOCPOL, TH. (2003): *Diminishing Democracy*. Norman, University of Oklahoma Press.
- STEHR, N. (2007): *Die Moralisierung der Märkte*, Frankfurt a.M., Suhrkamp.
- STREECK, W. y PH. C. SCHMITTER (1985): «Community, Market, State – And Associations?», en STREECK, W. y PH. C. SCHMITTER (eds.), *Private Interest Government*. Londres, Sage.
- TAYLOR, Ch. (2003 [1989]): «Modes of Civil Society», en ELLIOTT C.M. (ed.), *Civil society and democracy* (pp. 43-62), Nueva Delhi, Oxford University Press.
- TOCQUEVILLE, A. DE (1990 [1835]): *Democracy in America*, Nueva York, Vintage Books.
- VAN DER MEER, T. y E. J. VAN INGEN (2008): «Schools of Democracy?», *European Journal of Political Research* (in press).
- VERBA, S., K. L. SCHLOZMAN y H. E. BRADY (1995): *Voice and Equality*, Cambridge, Harvard University Press.
- WALZER, M. (2002): «Equality and Civil Society», en CHAMBERS, S. y W. KYMLICKA (eds.), *Alternative Conceptions of Civil Society*, Princeton, Princeton University Press.

- WARREN, M. E. (2001): *Democracy and Association*, Princeton, Princeton University Press.
- (1999): «Civil Society and Good Governance», Paper presentado para la Civil Society and Governance Conference, Georgetown University, Washington, D.C., 18 octubre.
- WUTHNOW, R. (1991): «The Voluntary Sector», en WUTHNOW, R. (ed.), *Between States and Markets*. Princeton, Princeton University Press.

Fostering Engagement: The Role of International Education in the Development of Global Civil Society

JAMES M. SKELLY

COORDINATOR FOR PEACE & JUSTICE PROGRAMMING, BCA; VISITING PROFESSOR OF PEACE STUDIES, MAGEE COLLEGE, UNIVERSITY OF ULSTER

Resumen

Este artículo trata de describir los problemas fundamentales que atañen a la educación internacional y al estudio en el extranjero, unas preocupaciones que requieren de nuestros esfuerzos. Es además un intento por abordar aquello que necesitamos para la búsqueda de compromisos con los monumentales problemas que acechan a la humanidad. Este artículo sugiere, además, que los educadores internacionales deben implantar su trabajo en un amplio y convincente discurso que pueda aportar una visión que no esté exclusivamente centrada en el estado y/o el mercado, sino que contrariamente sea global y principalmente humano en su orientación. Debería ser un requisito en las instituciones de educación superior que todos los estudiantes desarrollen un periodo significativo de su formación en el extranjero, con el propósito de ayudarles a ver el globo como un contexto, y un referente fundamental, de sus vidas. Esta debería ser la primera tarea de los programas de estudio en el extranjero.

Palabras clave: educación, programas de estudios en el extranjero, ciudadanía global, sociedad civil global.

Abstract

This essay is an effort to describe the foundational problems in international education and study abroad that constrain our efforts, as well as an attempt to sketch out what we need to do to foster engagement with the monumental problems that humanity faces. In addition, the essay also endeavours to suggest that international educators embed their work in a broad and compelling discourse that might provide a vision that is not exclusively focused on the state and/or the market, but is instead global and human centric in its orientation. It should be a requirement at higher education institutions that all students engage in a significant period of study abroad in order to help them see the globe as the context, and fundamental referent, for their lives. This should be the primary task of study abroad programs.

Key words: education, study abroad programs, global citizenship, global civil society.

The future, as we know, looks increasingly problematic. Soil has been rapidly eroding on the agriculturally productive land on the planet, water is becoming an ever more scarce resource, and biodiversity is in such serious decline that there is an unprecedented mass extinction of species underway (Harper, 2008: 47-57). In tropical forests where 50% of all land species live, estimates suggest that between 4 – 6,000 species have been disappearing every year (Harper, 2008: 57). India once produced 30,000 separate varieties of rice, but today most rice production is centered on 10 species. In other words, «the world's available gene pool» has shrunk inexorably! (Harper, 2008: 62). And this is to say nothing of climate change, pervasive hunger among many of the world's peoples, nor the unsustainable dependence of almost all societies on fossil fuels. James Lovelock, who articulated the Gaia thesis that the earth is a living organism, estimates that by the end of this century there will be nearly 5 billion less people on the planet than there are currently (Aitkenhead, 2008).

In his book *Our Final Hour?*, Martin Rees (2003), the noted Cambridge scientist, takes an even more grim perspective and estimates that humans have only a 50/50 chance of surviving the current century unless we radically change our approach to our existence on the planet. The question for international educators is, «are we doing enough to truly meet the challenges of living on this planet that we are sure to face in the coming decades?», as Rees wonders, or are we blithely proceeding with our professional and personal routines, even though our intuition tells us that the students we are purportedly engaged in educating will face the most profound challenges humanity has ever confronted.

The mission statements of study abroad providers, as well as colleges and universities in the US and elsewhere, increasingly make a nod to these challenges by often suggesting that they want to educate students to become «sensitive participants in the larger world», or that they are helping to foster «international citizenship», or to create so-called «global citizens». There seems however to be a lack of connection between the words in mission statements and the kind of education students are receiving concretely. We know what the challenges are, and that they are global in nature: climate change; poverty; environmental degradation; militarism; and, increasing hunger, among myriad others – thirty-seven countries were hit by food riots in the first five months of 2008, including Cameroon, Niger, Egypt and Haiti. Unfortunately, despite the fine sounding words, very few international education programs fundamentally address the problems our students, and humanity more broadly, will face in the decades to come.

Many supporters of study abroad in the United States have felt, however vaguely, that *any* experience abroad for American students would contribute to the general global need for educated citizens and help to foster greater understanding between peoples of different cultures. In this way, study abroad might make a modest contribution to creating a more peaceful and coherent global order. Perhaps this is correct, but the challenges we face are of such magnitude that we must bring much greater intentionality to our programs in the United States and abroad.

This lack of intentionality has been compounded by the fact that many international educators, and the institutions that support them such as Nafsa, have often articulated a truncated view of their work. Thus, international education is often characterized as contributing to «global economic competitiveness», the national security of the United States, or preparing students for a global labor market. From a limited national context there may be nothing wrong with such sentiments, but many of those who work in the field sense that these foci are morally, politically and intellectually inadequate in facing the global challenges of the future. One reason for this may be that international educators have yet to embed their sentiments in a discourse with solid theoretical foundations that provides an alternative vision that is more in accord with both their own sentiments and the nature of the challenges the people of the planet face.

This essay is an effort to describe the foundational problems in international education and study abroad that constrain our efforts, as well as an attempt to sketch out what we need to do to foster engagement with the monumental problems that humanity faces. In addition, the essay also endeavours to suggest that international educators embed their work in a broad and compelling discourse that might provide a vision that is not exclusively focused on the state and/or the market, but is instead global and human centric in its orientation. It should be a requirement at higher education institutions that all students engage in a significant period of study abroad in order to help them see the globe as the context, and fundamental referent, for their lives. This should be the primary task of study abroad programs.

Foundational Problems

Although the discourse of international education has begun to shift modestly in recent years to one focused on peace, justice, and public diplomacy through the efforts of individuals like recent Nafsa Presidents,

Ron Moffatt and Everett Egginton, the perspective that has been predominant in the United States has tended to distort the inherently global perspective that international education should naturally foster throughout the world. Study abroad, and the hosting of international students, has been seen through the lens of national interest and as such, tends to put the United States, and its individual citizens, first. The distorting effects of such a state-centric perspective have also been clearly evident in other areas such as environmental policy, foreign affairs, and the use of unilateral military force, but the tragedy is that international education should by its very nature transcend such parochialism. The literary critic and public intellectual, Edward Said, argued that we can only overcome this parochialism «by acknowledging that the map of the world has no divinely or dogmatically sanctioned spaces, essences, or privileges» (Said, 1993: 199).

But the problem is deeply rooted and pervasive. As one of the characters in the Irish playwright Brian Friel's (1981: 43) play *Translations* opines regarding an imperial power that Ireland suffered for too many years, «It can happen that a civilization can be imprisoned in a linguistic contour which no longer matches the landscape of fact». To the extent that study abroad providers focus primarily on issues like «cross-cultural understanding», rather than the deeper structural conditions that create linguistic contours that confine our work, their programs militate against the development of a more generalized sense of «global citizenship» focused on the concrete problems of humanity. Paulo Freire (1985: 113), the Brazilian educator, has argued instead that we must transcend illusions about a «humanistic education for mankind without the necessary transformation of an oppressed and unjust world». «Such a dream», Freire says, «actually serves the interests of the advantaged...» – in other words, most of «us».

The cultural roots of these problems reside not only in the well documented exceptionalism that has defined us political and cultural life, but also in the socialization of a vast number of individual Americans. The sense of being special and feeling entitled is tied to what Christopher Lasch thirty years ago labelled «the culture of narcissism» (Lasch, 1979 and 1984: 184) makes the point that it is not Narcissus self-love that is problematic, but rather that «he fails to recognize his own reflection» and thus, «lacks any conception of the difference between himself and his surroundings».

This sensibility certainly manifests in the realm of international education, and the consequence is that in spite of our best efforts, many of our students come to think that the world is somehow really about

them. A 1995 report by the American Council on Education noted that the fundamental problem in expanding international education was that American «domestic culture is insular, provincial, and parochial» and that too «many Americans, including undergraduates cling to their own Splendid Isolation» (American Council on Education, 1995: 3). The problem is also captured by the question University of Chicago philosopher Martha Nussbaum asks in her book, *Cultivating Humanity* (1997), «Why should one care about India, if one defines oneself as above all an American?». She answers by arguing that «education for world citizenship requires transcending the inclination of both students and educators to define themselves primarily in terms of local group loyalties and identities» (Nussbaum, 1997: 67).

In addition, and tied to the cultural sensibility discussed above, is the increasingly market-centric perspective that informs international education. This is manifest in the problem of commodification that international education, and education more broadly, faces. Chris Whittle's Channel One, for example, makes the process explicit and sells the attention of students to advertisers by embedding advertisements in «free» news programs and related equipment distributed to schools. Although such practices are well advanced in the United States, seeing higher education as a commodity, and students as consumers, is also becoming predominant in many parts of the world as is evident in the exhibits that tend to dominate the conventions of Nafsa and other educational organizations.

Education as a «service» for which one pays is being resisted by a wide variety of actors in spite of, and because of, its inclusion in the General Agreement on Trade in Services (GATS). Although UNESCO (2004: 9) has suggested that «The inclusion of trade in higher education services within the framework of GATS is a reality and will not change», the commodification of higher education is being challenged by the European Students' Union, the International Association of Universities, education unions, and various higher education institutions. The Association of Universities and Colleges of Canada, the American Council on Education, the European University Association, and the Council for Higher Education Accreditation issued a Joint Declaration a few years ago in which the first principle states that «Higher education exists to serve the public interest and is not a commodity» (quoted in UNESCO, 2001: 10). Similarly, the European Students' Union challenged the inclusion of higher education in GATS and rejected «the notion of students as consumers», and instead stated that students «should be seen as partners

by the Higher Education Institutions (HEIS) rather than paying customers» (quoted in UNESCO, 2001: 11).

Commodification in study abroad is however well advanced, and most providers, as reflected in their marketing, see students as narcissistic consumers. Mike Woolf (2006: 140), of the Foundation for International Education, for example, has argued forcefully that, «The call for programme growth in non-traditional locations is not based on solid academic grounds but on a shallow pursuit of the new». Woolf goes on to suggest that many such marketing efforts use the language of tourism advertisements designed to get the attention of self-centered student consumers – for example, «When you tire of techno, have a quiet drink with Taoist monks», as it says in one advertisement he quotes (Woolf, 2006: 137). As the psychoanalyst, Joel Kovel (1981: 106) has noted, the character of contemporary narcissism can be understood as «a neurosis of consumption». The consequence in study abroad marketing according to Woolf, is that «there is rarely a sense of serious exploration beyond the self» (Kovel 2006: 137) and thus, the problem of thinking that the world is really about oneself remains. As the Stoic philosopher Seneca, quoting Socrates, remarked, «Why do you wonder that globe-trotting does not help you, seeing that you always take yourself with you?»

Global Citizenship?

The seemingly progressive response to such commodification has been to offer an expanded idea of citizenship, but such notions tend to be rife with confusion. Martha Nussbaum emphasizes «world citizenship», and many other organizations speak of «global citizenship». Even Woolf's foundation reverts to the very kind of advertising that he criticizes when it says that it tries to prepare students for «international citizenship». All of these terms are problematic if seen through the lens of traditional state informed citizenship. However, state centric notions of citizenship are in decline because of the deep structural crises that have developed in our politics due to globalization and the end of a single dominant conception of history.

Francis Fukuyama (1993) was correct when he suggested that we were at «the end of history» because he assumed a single conception of history had triumphed. What Fukuyama failed to see however was that we were at the commencement of a plurality of histories that have engendered a plurality of narratives and spaces. It is within these narratives and spaces, as

Paul Barry Clarke argues in *Deep Citizenship* (1996: 5-6), that we are able to imagine an enhanced politics in which citizenship is revived «while avoiding an extension of the boundaries of the state». The multitude of histories, and the multitude of voices such histories empower, does not therefore look nostalgically at the political citizen of the past, but opens up possibilities for a politics and citizenship of the future. Such a citizenship does not deny being a citizen of a state, but radically expands our conception of citizenship to attend to those concerns which states are no longer capable of addressing – in other words, a global citizenship that addresses the global political order and the challenges we face within that order.

The shallowness of traditional notions of citizenship, as well as the fragmentation of societies and the multiple perspectives that have come to the fore, have generated «the possibility of new political spaces and the development of political as well as civil society» at a global level (Clarke, 1996: 105). Rather than individuals centered by the master narratives of the past, the consequences of increasing numbers of de-centered individuals may actually provide the capacity «to critically take the perspectives of others and engage in an enlargement of the mind» (Clarke, 1996: 107). Such a capacity is an absolute necessity «in order to be able to act towards the universal and without which it is impossible to reach beyond selfishness, sectionalism, and sectarianism» (Clarke, 1996: 107) – in the context of this essay, to become «global citizens» therefore, within a global civil society.

Global Civil Society

Although it has enjoyed much wider currency in academic and intellectual circles in Europe and other parts of the world, the theoretical developments surrounding the idea of «global civil society» may provide the conceptual foundations to further support the development and status of work in international education, as well as providing a discourse that embodies the sometimes inchoate vision that most international educators hold. *Global Civil Society 2002* (Glasius, et al, 2002), the yearbook produced annually by researchers associated with the Centre for the Study of Global Governance at the London School of Economics, mapped the global flows of students studying abroad and argued that, «A growing practice of studying abroad may therefore be one catalyst of the emergence and spread of global civil society» because «students are major transmitters of knowledge and ideas, and interlocutors across cultures» (Glasius, et al. 2002: 264).

The idea of «civil society» has a long and distinguished history and can be traced back to Cicero and Aristotle and in recent centuries from Adam Ferguson, through Locke, Adam Smith, Hegel, and most notably from the perspective of this essay, Jeremy Bentham. In the Greek and Roman conception, which was dominant in European political thought until 1800 or so, civil society was co-terminus with the state. In the early 19th century however, civil society and the state begin to be seen as separate entities, especially in the work of Bentham, who saw them as oppositional.

Although its meaning has changed over the years, the idea of «civil society» was utilized in contemporary times by activists challenging the state in the countries of Central and Eastern Europe under communist rule. It was this distinction between civil society and the state that was seized upon by dissidents who suffered the lack of freedom in the former regimes east of the Iron Curtain. Perhaps the most significant in this regard were Adam Michnik in Poland, György Konrad in Hungary, and Vaclav Havel in the then Czechoslovakia. Michnik's *The New Evolutionism* (1987), Konrad's *Antipolitics* (1984), and Havel's *Living in Truth* (1990), among other works, became required reading for political dissidents in the Communist countries. In their writings they focused on the right to the free association of people – a civil society, in other words rather than a state-centric one within the Communist states. The shorthand for this was the idea that «civil society» was in opposition to the pervasive attempts of the state to organize, and therefore control and legitimate, all forms of associational activity on the part of individuals in society. As Mary Kaldor has noted, «the emphasis was on self-organization and civic autonomy in reaction to the vast increase in the reach of the modern state» (Kaldor, 2003: 21).

When I went to Hungary for the first time in the summer of 1986, what I encountered then and in subsequent visits during the next several years was the blossoming of associational activity uncontrolled by the state. Those involved understood it as the flowering of «civil society» – and the historic discourse of civil society provided the dissidents involved with a meaningful narrative about their activities, as well as a sense that they were on the «right side of history». To me, the exemplar of this flowering was the organization founded by students – the League of Young Democrats, or FIDESZ, as it was known in Hungary. Under communism, the only legitimate organization for young people interested in a political or governmental career was the Young Communist League, which was approved by the government and the Communist Party. In contrast, FIDESZ was a group of freely associating young people who understood themselves as one of the manifestations of a long suppressed civil society.

Kaldor discusses this particular epoch in Central and Eastern Europe in a chapter from *Global Civil Society* (Kaldor, 2003). In it, she notes how what she calls «The Ideas of 1989» which led to the collapse of the communist states of the Soviet bloc, provided the foundation for the emergence of discussions about a «global civil society» (Kaldor, 2003: 50-73). Michael Edwards, director of the Ford Foundation's program on governance and civil society, discusses in more abstract form how those events and perspectives provided the soil within which the global civil society discussions of the 1990's became rooted. He also demonstrates how the larger structural transformations in the global economy during this period created a greater sense of insecurity in many of the worlds' peoples – thus, what are called «precarity movements», because of the precariousness of contemporary life in ever increasing parts of the world. In other words, as Edwards' asserts, such responses may mean that a global civil society is a manifestation of «people power writ large» (Edwards, 2004: 15).

In sketching out the basics of three contrasting schools of thought regarding civil society, Edwards suggests that Americans may well resonate most with what he calls the «neo-Tocquevillian» perspective which focuses on the idea of creating the «good society» (Edwards, 2004: 8). While dissidents in Central and Eastern Europe were deploying the discourse of civil society as free associational life to challenge the state, a parallel discourse was developing in the United States that focused on the «good society» in which justice and social equality were valorized. This discourse implicitly challenged the tendencies of large corporations as well as the state, and had its roots in Alexis de Tocqueville's insights into the vitality of American social and political life during his tour of the US in the 1830's. What Tocqueville noted then were the «habits of the heart» of the Americans that derived from the dominant political discourse that they were historically embedded in – republicanism, and its emphasis on civic virtue both on the part of individual citizens and the Republic itself. These so-called «habits of the heart» were the norms that implicitly contributed to the vitality of American civil society by legitimating a broad spectrum of civically virtuous associational activity on the part of citizens, as Robert Bellah and his colleagues have noted in a book by that name (Bellah, *et al.*, 2007).

The sequel by Bellah *et al.*, *The Good Society* (1992), was more proscriptive and argued for the recovery of the civil society tradition in the US which many scholars suggested was under increasing threat. Most notable in this regard was Robert Putnam's *Bowling Alone* (Putnam, 2001), first published a little over ten years ago, which suggested that Americans

were increasingly atomized and isolated. Recent polls have suggested that lack of social engagement has increased even more in the US since Putnam published *Bowling Alone*, and thus the debate that has developed is about «the value of voluntary associations in curbing the power of centralizing institutions, protecting pluralism, and nurturing constructive social norms especially generalized trust and cooperation» (quoted in Edwards, 2004: 7).

Edwards however, argues that there is a third definition of civil society as the «public sphere» which «is the basis for the current and widespread revival of interest in direct, deliberative, or participatory democracy» and which, he argues, is «an essential complement to the representative components of political systems[...]» This kind of «dialogic politics», he argues, may be the only route «to reach a normative consensus around a plurality of interests and positions [...]» (Edwards, 2004: 59). However, Edwards makes the important point that the three perspectives on civil society «are not mutually exclusive, since the goals of the good society are most likely to be achieved when an enabling environment for all associational life is combined with support for specific associational forms» (Edwards, 2004: 86). This «civil society ecosystem», as Edwards calls it, has however one essential component. These are the associations that combine action at both the individual and structural level since they build the dispositions «to care for the common good and to address the barriers that stand in its way» (Edwards 2004: 87). The contemporary German social philosopher, Jürgen Habermas, articulated similar sentiments when he described the character of contemporary civil society as «composed of those more or less spontaneously emergent associations, organizations, and movements that, attuned to how societal problems resonate in private life spheres, distil and transmit such reactions to the public sphere» (quoted in Kaldor, 2003: 21). And like Edwards, Habermas emphasizes that, «The core of civil society comprises a network of associations that institutionalizes problem solving discourses of general interest inside the framework of organized public spheres» (quoted in Kaldor, 2003: 21).

Although the term «global civil society» came to be used in the early 1990's as a counter to what many saw as the increasing power of global corporations, as well as the contemporary state, Edwards argues that the creation of a viable global civil society requires a synthesis of associational life, the good society, and the public sphere. At the global level therefore, states «will remain the duty bearers of international treaties», transnational networks will be «essential to enforce public compliance», and a global public sphere will be «required to foster debates about international norms» (Edwards 2004: 91-92).

This, of course, is where international education can be truly significant. Broadly speaking, our efforts are focused on helping individuals to transcend narrow national cultures and identities through the free association of students within a global context. At the same time we can go several steps further by providing a critical perspective on the imperatives of global corporations and the institutions of states by helping to create a global public sphere where students and faculty, acting as global citizens, can foster much needed debates about international norms on a variety of issues. Unfortunately, this broad context has for the most part not been attended to by international educators, and instead for lack of an alternative vision, the field has tended to focus on the more limited concerns of states and corporations. It is now necessary to begin to broaden that discussion and to lay some modest intellectual foundation for the further development of our understanding of the importance of international education to creation of citizenship within the new global civil society.

What Is to Be Done?

There are several levels at which our efforts should be focused in order to concretely achieve such a vision. In general, international educators can help to overcome the distortions that inform parochial educational perspectives by making the principal focus of their efforts be *the globe and its people*. Without question, we must also work to revive civil society in the United States by challenging those who would try to further centralize power through the institutions of the state or through corporate structures. This means that wherever we are engaged, we should help our American colleagues to recover those habits of their hearts that are republican, rather than imperial, in nature. Reviving that individual and collective sense of civic virtue, and the modesty inherent in it, would help to strike a chord with many in the United States and abroad who know, to paraphrase Said (1993: 377), that the map of the world does not include any divinely sanctioned spaces and privileges.

As a corollary to the above, we should also move beyond any direct concern with international education as contributing to the national security of the United States. Although the work of international education may in fact contribute to security in the United States, we should follow the lead of the United Nations and think of how our work might contribute to «human security», Human security is informed by the «dual notions of protection and empowerment of people» (UN Commission on Human

Security, 2003: 121), and the sense that «knowledge, education and democratic engagement are inseparable – and essential» in this task, according to the report issued by the UN Commission on Human Security (2003: 120). As educators, we must therefore aim to «raise awareness of the social environment and provide the tools to address problems» by teaching «students to reason, to consider ethical claims, and to understand and work with such fundamental ideas as human rights, human diversity and interdependence» and therefore «instil in the content» of our educational efforts «a new emphasis on ethical values – and on public debate and democracy» (UN Commission on Human Security, 2003: 121).

Our most difficult challenge is resisting the consumerist sensibilities that have begun to pervade education both at home and abroad. If we are really to foster global civil society and citizenship, we must not only get students, and their teachers, out of their societies of origin for a significant part of their education, but we also must work to get consumer culture out of students and their teachers. In other words, faculty and higher education administrators should be working against the «relentless commodification» (Said, 1993: 387) of education in order to help students understand the manner in which the consumerist sensibilities to which they have been socialized distorts their understanding of other cultures and peoples, as well as the global problems we face as humans upon the planet.

At a very basic level, students choose to study because they want new understandings and new experiences – this is especially true for students who choose to study in a society and culture other than the one where they underwent primary socialization. However, they face two fundamental challenges: one is that their base realities are often those of television and popular cinema rather than more visceral experiences. Thus, I will often hear American students studying in Ireland who, when they come upon an old estate, exclaim, «That's just like in Harry Potter», or something similar. Secondly, their experiences in a new society, and thus their consequent understanding of life's nuances, are increasingly packaged for them even in the realm of study abroad. They may have hoped to encounter the serendipitous while abroad and have experiences unmediated by various interested institutions, but this too is increasingly denied them as international education organizations engage in ever more elaborate projects to assess what students have learned, and thus refine the packaging of student experience. One consequence, as Walter Benjamin (1992: 83) has noted, is that «experience has fallen in value» and thus people are unable to tell stories in which the wisdom of personal experience is embedded.

In his essay, *The Message in the Bottle*, the novelist Walker Percy (1989), captured the desire of people to have bona fide experiences, however seemingly perverse. He posed a series of rhetorical questions at the very beginning of the essay such as, «Why do people often feel so bad in good environments and good in bad environments?», for example. Or, «Why is it harder to study a dogfish on a dissecting board in a zoological laboratory in college where one has proper instruments and a proper light than it would be if one were marooned on an island and, having come upon a dogfish on the beach and having no better instrument than a pocket knife or hair pin, one began to explore the dogfish?». And, «Why was it that when Franz Kafka would read aloud to his friends about the sadness and alienation of life in the twentieth century everyone would laugh until tears came?» (Percy, 1989: 4-5). Percy goes on to suggest that the answer to these questions is to be found by understanding the manner in which our language, deeply embedded and previously organized into culturally defined packages of knowledge, destroys and constrains our experience of life (Percy, 1989: 6). It is these culturally defined packages that we, and our students, need to transcend.

Without question, Nafsa, other international education associations and study abroad providers, should join with those organizations which are resisting defining education as a commodity that is a tradable service within the context of GATS. We should affirm that international education exists to serve the global public interest and that it must not be dealt with as a commodity, nor should students be considered consumers. It might also be useful to set standards regarding the «selling» of study abroad programs. In a somewhat light-hearted vein, we could perhaps also join together to provide annual «awards» to those organizations that have engaged in the kind of egregious advertising of study abroad programs that Mike Woolf has highlighted. A bit of derision might go a long way for those who suggest that «when you tire of techno, have a quiet drink with Taoist monks».

The above challenges of a structural and cultural nature also cry out for a more positive strategy with which to inform the programs we create for students. The decision to study abroad suggests that to a greater or lesser extent a student is open to experiencing realities that may allow them to situate their home reality as simply one among many – not intrinsically better, nor intrinsically worse, just different. As Clarke notes such an «expanded consciousness is found in the ability to take one's own private and/or sectional interests and measure them against other perspectives». In other words, «the responsibility of such individuals is that they make reflective judgements» (Clarke, 1996: 104).

This perspective should be central to our work as international educators. Regardless of the type of program, we should be building in reflexivity – reflexivity about the culturally constructed nature of one’s self, one’s home society, and our understanding of the larger world. This requires that we in particular support a reflexive perspective about how the dominant economic and political structures in the world are constructed and institutionalized so that students recognize that war, injustice, and poverty are institutionalized in the global order. Only by engaging in dialogue with our students and asking, «Why? Does it have to be this way?», as Paulo Freire suggests (Freire, 1985: 113), will we prepare students for the extraordinary challenges they will have to face in the 21st century.

A Cautionary Note

Many of us who work in international education are trying to encourage a new mode of thinking – as I am implicitly suggesting above – that may lead to action that helps to create a more peaceful, just, and egalitarian global order. However, we must be wary of the tendency to be utopian.

Writing in the mid 1980’s, Vaclav Havel noted that «the word “peace” has been drained of all content» (1990: 166). The problem was, and still is, that «peace», as with other utopian ideas, «ceases to express the transcendent dimension of being human and degenerates into a substitute for it» (Havel, 1990: 175). Thus, Havel argued, «the project for a better world, ceases to be an expression of man’s responsible identity and begins, on the contrary, to expropriate his responsibility and identity» because «the abstraction ceases to belong to him and he instead begins to belong to it» (Havel, 1990: 175). Havel argued that the genesis of the problem with «peace» is rooted in the anomic individual’s desire for mastery and control, in a manner that is not dissimilar in my opinion from that of the nuclear strategists I studied during that period: «They are the people tragically oppressed by the terror of nothingness and fear of their own being, who need to gain inner peace by imposing order («peace») upon a restless world, placing in a sense their whole unstable existence into that order, ridding themselves of their obsessions once and for all» (Havel, 1990: 173). As with the nuclear strategists, their angst drives them «to construct and impose various projects directed toward a rationally ordered common good» and «their purpose is to make sure that, at long

last, things will be clear and comprehensible, that the world will stride onward toward a goal, finally putting an end to all the infuriating contingency of history» (Havel, 1990: 173).

In terms of matters discussed in this essay, what Havel is warning against is an attempt to turn «peace and justice», or «global civil society», for example, into a meta-narrative. Rather than a unitary vision, what international educators may want to do is to help students reflect on the many manifestations of peace and justice, and to celebrate the «infringing contingency of history». In a similar way, a global civil society is likely to be an untidy phenomenon that resembles a work in progress, rather than a finished totality. This also implies that a different ethical perspective should inform our work.

The contemporary Irish philosopher Richard Kearney, has provided some proposals which might make the task more concrete without resorting to a grand meta-narrative of morality and ethics. In *The Wake of Imagination* (Kearney, 1988), Kearney argues that although deconstructive and other forms of post modern expression have helped to destroy the traditional bases for ethics, an ethical imagination can, and must, be based on the concrete others with whom we are confronted. The only possible response left, Kearney says, is to «the face of the other» (Kearney, 1988: 361). This is similar to Martha Nussbaum's insight that, «Citizens who cultivate their humanity need, further, an ability to see themselves [...] above all, as human beings bound to all other human beings by ties of recognition and concern» (Nussbaum, 1997: 10).

Kearney also notes that it is the face of the other which «resists assimilation to the dehumanising processes of commodity fetishism» (Kearney, 1988: 361). The dehumanising of others in «non-traditional» study abroad locations where the poor, for example, become commodities, is exactly what Mike Woolf is criticizing in his article, «Come and See the Poor People: The Pursuit of Exotica» (Woolf, 2006).

This is not to suggest that there cannot be a universal ethics, but as international educators we should know that the universal must proceed from the particular and not the other way around. In order that such an ethics should not «degenerate into censorious puritanism or nostalgic lamentation» however, Kearney also argues that ethics «must also give full expression to its *poetical* potential» (Kearney, 1988: 366). Historically, he claims, the ethical or poetical aspect of the imagination has been dominant, but instead of continuing this separation, he urges a synthesis of the two because the logic of the unconscious imagination «is one of *both/and* rather than *either/or*» (Kearney, 1988: 368). It is therefore

«inclusive and, by extension, tolerant; it allows opposites to stand, irreconcilables to co-exist, refusing to deny the claim of one for the sake of its contrary, to sacrifice the strange on the altar of self-identity» (Kearney, 1988: 368). Thus, Kearney wants us to understand poetry as «a creative letting go of the drive for possession, of the calculus of means and ends» (Kearney, 1988: 386). Taken together, the poetical and ethical imagination «signals a call to abandon the priority of egological existence», for «without the poetical openness to the pluri-dimensionality of meaning, the ethical imagination might well shrink back into a cheerless moralizing, an authoritarian and fearful censorship» (Kearney, 1988: 386).

Aren't these the perspectives that we hope our students will develop when they study abroad? In my opinion, these are precisely the sentiments necessary to have a viable cosmopolitan civil society at either the local or the global level, and it is this sensibility that should color our work in international education. One person who knew the importance of conjoining such a poetical and ethical imagination, was my friend the late Ron Moffatt, Nafsa's President in 2007. He wrote the following that year:

As international educators shaping our global future, we share a compelling responsibility and a unique power to envision possibilities commensurate with the challenges we face. We must act now to foster and connect learning communities that will create a more just, compassionate and sustainable world for all. We must prepare tomorrow's leaders to create a global civil society wherein perspectives are exchanged in pursuit of understanding, aspirations are transformed into deeds that enrich the human spirit, borders become invisible, nations become people, common ground is nurtured, partnerships flourish and goodwill prevails.

What I hope is that international educators will individually and through the organizations to which they belong like Nafsa, begin to insure that the educational programs they support truly address the serious systemic problems that we face as humans living on this planet. This cannot be done by simply going about our ordinary routines with our limited personal and national assumptions. International educators, more than other professionals, should see that they are part of a worldwide movement to create a viable, tolerant and open global civil society that will help to address those problems. Nafsa itself is one of the largest global civil society organizations on the planet, even though its members may for the most part be unconscious of this. The practice of study abroad itself as the 2002 *Global Civil Society Yearbook* pointed out, is a strong indicator of an emerging global civil society, and the express intent of most study abroad programs is to foster the sensibility – cross-cultural learning, immersion, etcetera, that is necessary to help create the kinds of «citizens»

that a global civil society requires. Only through such a re-conceptualized and engaged citizenship can we hope that our children's children will live on a planet of the sort that Ron Moffatt envisaged.

Bibliography

- AITKENHEAD, D. (2008): «Enjoy life while you can», *The Guardian*, March 1.
- AMERICAN COUNCIL ON EDUCATION (1995): *Educating Americans for a World in Flux: Ten Ground Rules for Internationalizing Higher Education*, Washington D.C., ACE.
- BELLAH, R., R. MADSEN, W. SULLIVAN, M. A. SWIDLER, A. and S. TIPTON, (2007): *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*, Berkeley, University of California Press.
- (1992): *The Good Society*, New York, Vintage.
- CLARKE, P. B. (1996): *Deep Citizenship*, London, Pluto Press.
- EDWARDS, M. (2004): *Civil Society*, Cambridge, Polity Press.
- FREIRE, P. (1985): *The Politics of Education: Culture, Power, and Liberation*, South Hadley, Mass, Bergin & Garvey Press.
- FRIEL, B. (1981): *Translations*, London, Faber & Faber.
- FUKUYAMA, F. (1993): *The End of History and the Last Man*, New York, Harper Perennial.
- GLASIUS, M., M. KALDOR, and H. ANHEIR, (eds) (2002): *Global Civil Society 2002*, Oxford, England, Oxford University Press.
- HARPER, C. (2008): *Environment and Society*, Upper Saddle River, NJ, Prentice Hall.
- HAVEL, V. (1990): *Living in Truth*, London, Faber & Faber.
- KALDOR, M. (2003): *Global Civil Society: An Answer to War*, Cambridge, England, Polity Press.
- KEARNEY, R. (1988): *The Wake of Imagination*, London, Hutchison.
- KONRAD, G. (1984): *Antipolitics: An Essay*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich.
- KOVEL, J. (1981): *The Age of Desire*, New York, Pantheon Books.
- LASCH, C. (1984): *The Minimal Self*, New York, W. W. Norton & Company.
- (1979): *The Culture of Narcissism*, New York, W. W. Norton & Company.
- MICHNIK, A. (1987): «The New Evolutionism», in *Letters from Prison and Other Essays*, Berkeley, University of California Press.
- MOFFATT, R. (2007): «The Path Ahead», WLM Plenary Speech, January 26.
- NUSSBAUM, M. (1997): *Cultivating Humanity: A Classical Defense of Reform in Liberal Education*, Cambridge, Mass, Harvard University Press.

- PERCY, W. (1989): *The Message in the Bottle*, New York, Farar, Straus, and Giroux.
- PUTMAN, R. (2001): *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, New York, Simon & Schuster.
- REES, M. (2003): *Our Final Century*, London, Random House.
- SAID, E. (1993): *Culture and Imperialism*, London, Chatto and Windus.
- WOOLF, M. (2006): «Come and See the Poor People: The Pursuit of Exotica», *Frontiers: The Interdisciplinary Journal of Study Abroad*, vol. XIII, November, pp.135-146.
- UNESCO, (2004): *Higher Education in a Globalized Society*, Paris, UNESCO.
- UNITED NATIONS COMMISSION ON HUMAN SECURITY, (2003): *Human Security Now*, New York, United Nations Commission on Human Security.

El enfoque de las capacidades, la agencia cognitiva y los recursos morales

AGUSTÍN REYES MORELA
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA - URUGUAY

Resumen

El enfoque de Sen se presenta como una alternativa en el terreno de la justicia distributiva. Su noción central es la de *capacidad de agencia*, es decir, la libertad efectiva para alcanzar aquello que se tienen razones para valorar. A su vez, la idea de *agencia cognitiva* refiere a la capacidad de revisar o reforzar estas razones. Bajo la autocomprensión de las sociedades modernas, la única forma válida de desarrollarla es a través de la *deliberación pública*. Del intercambio surgen los *recursos morales* (entre ellos las razones morales) que permiten modificar la concepción del bien y fortalecer sentido de justicia de los sujetos.

Palabras clave: Enfoque de las capacidades, recursos morales, agencia cognitiva, deliberación pública.

Abstract

The Sen's approach is presented as an alternative in the field of distributive justice. Its main concept is the *capability of agency*, namely the effective freedom to achieve whatever you have reason to value. In turn, the idea of *cognitive agency* refers to the capability to review and strengthen these reasons. Under the self-understanding of modern societies, the only valid way to develop them is through *public deliberation*. Through the exchange emerge the *moral resources* that allow to modify the conception of the good and strengthen the sense of justice of the people.

Key words: capabilities approach, moral resources, cognitive agency, public deliberation.

-1-

En los últimos años, el enfoque de las capacidades de Amartya Sen se ha constituido como horizonte normativo casi ineludible en el terreno de

la justicia distributiva. Varios de los desarrollos actuales en ética, filosofía política y filosofía de la economía tienen como referente a Sen, ya sea para ampliar sus ideas, para corregirlas en algún punto o para criticarlas. Sen ha presentado el *enfoque* como una superación del subjetivismo y del atomismo que caracterizan a las posturas utilitaristas y, al mismo tiempo, como una corrección aplicada a la ceguera ante las diferencias interpersonales que es inherente a las teorías de bienes o recursos (Rawls y Dworkin en particular).

Para alcanzar este objetivo, Sen introdujo la noción de *capacidad* como variable que provee información relevante en los diversos ejercicios de evaluación socioeconómica. El conjunto de capacidad de un individuo refleja la libertad de una persona para elegir entre posibles modelos de vida (Sen, 1995 b: 54). Esta identificación entre capacidad y libertad ha llevado a Sen a postular que el desarrollo humano puede ser visto como el proceso de expansión de las libertades reales que las personas disfrutaban en la prosecución de aquello que consideran valioso.

A pesar de la insistencia con la que Sen remarca la importancia de los contextos de interacción en el desarrollo de las capacidades personales –en particular de la deliberación pública en las sociedades democráticas–, algunos filósofos y economistas señalan que el *enfoque* mantiene una impronta individualista que limita el alcance de la teoría.¹

En este sentido, Charles Gore afirma que «si uno acepta que ciertas características de la sociedad [...] son valiosas, entonces el cambio propuesto por Sen desde la utilidad hacia los funcionamientos ha ido en la dirección correcta pero ha parado en el lugar incorrecto» (1997: 245-246). Estos autores han buscado ampliar o complementar la teoría de Sen postulando la existencia de ciertas «capacidades colectivas» o «comunes» irreductibles a términos individuales, donde la intersubjetividad adquiere un valor inherente en la constitución de significados y una importancia instrumental en el desarrollo humano (Reyes, 2008).

Dos son los peligros que llevan implícitos estas posiciones de corte comunitarista. En primer lugar, pueden conducir a la ontologización de los colectivos proveyéndolos de prerrogativas que sólo están disponibles para los sujetos individuales. En segundo lugar, los autores que defienden la existencia de capacidades colectivas parecen asociarlas a comunidades radicalmente situadas y a ciertos trasfondos de significación particulares que son requisito para el desarrollo de las capacidades individuales. Pero si esto es así, entonces estas capacidades colectivas no podrían generalizar-

¹ En particular: Deneulin (2006), Evans (2002), Gore (1997), Pereira (2006), Stewart (2005).

se y serían una particularidad de la existencia (con lo cual la distancia entre vigencia y validez desaparecería).

De estos riesgos desea huir Sen, pero en su huida parece caer en alguna variante del individualismo metodológico, aunque esta posibilidad es negada explícitamente por el economista bengalí. La ética del desarrollo que propone Sen y su concepción del sujeto humano requieren engrosar la perspectiva para dar cabida a la racionalidad intersubjetiva sin desbarrancarse en lo colectivo ni resignarse a aceptar el atomismo.

Este objetivo se puede alcanzar a través de la reconstrucción de los presupuestos morales de un concepto central en el *enfoque* como es la noción de «agencia» (y su contrapartida en la teoría seniana de la acción racional que es la dimensión del «compromiso»). En la perspectiva de Sen, el agente es aquel que posee la capacidad de actualizar ciertos recursos en estados o acciones que tiene razones para valorar. Este artículo intentará reconstruir el tipo de agencia que está asociada a la generación y desarrollo de lo que García Marzá (2004) denomina «recursos morales» y que posee los siguientes rasgos: es cognitivista, intersubjetiva y su «locus» es la sociedad civil entendida como esfera de las interrelaciones sociales incluidas las económicas y políticas.

Comenzaremos la reconstrucción del concepto de «agencia cognitiva» analizando la estrategia de Sen para superar el atomismo de la tradición utilitarista al introducir una tercera dimensión en la racionalidad económica clásica que rompe con el supuesto del egoísmo como único motor de las acciones humanas.

-2-

El *enfoque* se instala en el campo de discusión sobre la justicia distributiva, buscando brindar criterios normativos para las evaluaciones interpersonales que superen el atomismo presente en las concepciones utilitaristas. Desde una óptica atomista las totalidades han de ser entendidas en términos de las partes que las componen. Por lo tanto, pensar que la sociedad consiste en algo más que las elecciones y acciones individuales, es dotar de un innecesario contenido ontológico a los conceptos de comunidad y colectivo (Taylor, 1997: 178).

Como respuesta a tal posición, Sen ha remarcado en diversos trabajos que es imposible comprender a los individuos como separados de los contextos institucionales donde se mueven y actúan.²

2 En particular: Sen 1995 b; 1999; 2000; 2002; 2006.

En particular, no es factible teorizar sobre la constitución de las preferencias de los sujetos sin tener en cuenta las interrelaciones con otros que se establecen en cada sociedad. Si la concepción del bien del sujeto y su sentido de justicia, es decir, sus preferencias, valores y objetivos son una de las fuentes motivacionales para la acción, entonces ningún individuo puede actuar sin estar influenciado por la naturaleza de la sociedad que lo rodea.

En las siguientes secciones nos detendremos a considerar este rasgo intersubjetivo ya no sólo como motivador de la acción sino como clave para la justificación moral de las normas. Ya que como afirma García Marzá: «debemos diferenciar entre aspectos motivacionales, tener la fuerza o la voluntad necesaria para llevar a cabo aquello que consideramos justo o correcto, y los criterios que nos permiten saber qué es lo justo, qué debemos hacer y cómo debemos actuar» (2004: 59). Pero antes de abordar los criterios de justificación, es importante reconstruir el concepto de «compromiso» como aspecto motivacional que altera la visión tradicional de la racionalidad económica.

En este sentido, Sen establece una noción del sujeto que distancia el *enfoque* del atomismo bienestarista. En la teoría utilitarista, el comportamiento racional de los individuos posee dos dimensiones: la primera es la egoísta, bajo la cual el sujeto se orienta exclusivamente por la búsqueda de la maximización de su utilidad y la segunda es la simpatética, en la cual el interés por el otro se vincula directamente con el bienestar personal. La perspectiva de Sen no cae en la ingenuidad de suponer que estos rasgos no *deberían* ser considerados como motores ya que «el interés personal es un motivo extraordinariamente importante. Sin embargo, observamos que hay actos que reflejan valores que tienen claros componentes sociales y que nos llevan mucho más allá de los estrictos confines de la conducta egoísta» (Sen, 2000: 313).

Por otra parte, dado el carácter racionalista de la teoría seniana de la acción humana, es necesario considerar el interés como clave teórica ya que esta noción supera (en el sentido hegeliano del término) las virtualidades explicativas de las necesidades y los deseos al incluir razones, planes y objetivos que se expresan en forma de expectativas y obligaciones (García Marzá, 2004: 43). Es posible imaginar que Sen acordaría con García Marzá en que centrarse en los intereses permite constituir significados y esquemas de interpretación sobre las acciones y reacciones que es racional esperar unos de otros. Al derivar nuestra atención desde las actitudes proposicionales hacia los intereses se dota a las posibles explicaciones sobre el proceder racional de un elemento intersubjetivo imprescindible (García Marzá, 2004: 68).

Para distanciarse finalmente del utilitarismo, Sen reconstruye el esquema motivacional de un agente racional e introduce una tercera dimensión denominada «compromiso», que establece una brecha entre la elección personal y el bienestar (Sen, 1995 b: 187). Bajo la dimensión del compromiso las acciones no son elegidas por una inclinación sentimental o psicológica, sino por la exigencia moral de seguir los valores aceptados o las normas que se consideran válidas. Los valores y las normas integran junto con los sentimientos el conjunto de razones morales que determinan el significado de «buena voluntad», es decir, son los elementos que guía la voluntad para constituir conductas y hábitos morales denominados virtudes (García Marzá, 2004: 85). En el enfoque de Sen, las razones morales privilegiadas son los valores y las normas: los primeros son significados compartidos que nos permiten ver y comprender la realidad e identificar el carácter preferible de unos bienes sobre otros; las segundas constituyen expectativas recíprocas de comportamiento (no sólo lo bueno para mí, sino lo bueno para todos). Las normas morales derivan su carácter vinculante de la conformidad o aceptación por parte de todas las personas como miembros de una comunidad moral (García Marzá, 2004: 86-87). En ambos casos, es necesario resaltar el carácter común o intersubjetivo de estos intereses, es decir su dimensión moral. En este sentido Sen supone que el agente «comprometido» en una situación de diálogo es «capaz de equilibrar sus propios intereses con los de los demás, y más aún, cuando sea el caso, comprometerse con el beneficio mutuo o recíproco antes que con el beneficio propio» (García Marzá, 2004: 70).

Los entornos de interacción juegan un papel constitutivo en la dimensión del compromiso porque son esenciales para determinar aquellas metas, objetivos, acciones o estados que los individuos consideran valiosos en sí mismos aun cuando su prosecución pueda afectar negativamente el bienestar personal. Aún más, en sus últimos trabajos el economista indio (2008: 335) presenta la idea de que el conjunto de capacidad no sólo debe considerarse desde el punto de vista de la ventaja del sujeto, sino también como fuente de obligación moral:

La idea de la obligación mutua en la cooperación social debido a los beneficios recíprocos se ha vuelto el punto central de las teorías de justicia más importantes. Pero existe otro tipo de razonamiento que no está centrado en los beneficios de la cooperación, al menos no exclusivamente, y que ha sido relativamente rechazado en la filosofía política contemporánea. Está basado en la idea de que si alguien sabe que tiene el poder para realizar un cambio que puede reducir la injusticia en el mundo, entonces existe un fuerte argumento social para realizarlo.

Esta descripción del tercer rasgo del comportamiento racional parece demostrar una cierta impronta kantiana en el *enfoque*. Aunque, como sugiere Adela Cortina (2009), la propuesta de Sen no identifica completamente el compromiso con la universalización de las máximas morales. Afirma Sen (1995 b: 216) que:

Los grupos intermedios entre el individuo y los demás, como la clase y la comunidad, proveen el foco de muchas acciones que implican el compromiso. Por lo tanto, el rechazo del egoísmo como una descripción de la motivación no implica la aceptación de cierta moral universalizada como la base del comportamiento efectivo.

Esto es así porque en la tarea reconstructiva, Sen distingue –aunque no de manera explícita– entre la validez y la vigencia de una norma. Es claro que para constituirse en motor de la acción, una norma social no tiene por qué ser válida, aunque para ser considerada una norma moral sí deba serlo. En una formulación ambigua, Sen parece reforzar la vinculación entre la dimensión del compromiso y el cognitivismo moral: «La cuestión no es si cada uno debería actuar de acuerdo a lo que considera razonable, sino qué exactamente debería ser considerado como razonable y por qué razón particular» (Sen, 2008: 335).

La dimensión del compromiso se relaciona íntimamente con las nociones de capacidad y de agencia, lo que permite delinear un sujeto complejo que no se agota en sí mismo. La faceta de agencia de la persona (como distinta de la de bienestar) no se puede comprender sin tener en cuenta sus objetivos, propósitos, fidelidades, obligaciones y –en un sentido amplio– su concepción del bien. La libertad de ser agente es la libertad para conseguir cualquier cosa que la persona, como sujeto responsable, decida que habría que conseguir. Así, es posible afirmar que un sujeto tiene más capacidad como agente cuanto más amplia es su libertad para alcanzar aquello que tiene razones para valorar. El punto que se intentará plasmar en este artículo es que adquirir o fundamentar las razones necesarias para valorar o desechar un fin *es ya* un aumento en la libertad de agente.

-3-

Sen ha intentado rebatir las críticas comunitaristas señalando que el *enfoque* se distancia, al mismo tiempo, del individualismo metodológico y del colectivismo. En primer lugar, la insistencia en marcar la centralidad de los procesos democráticos de discusión es una clara señal del rechazo al individualismo que considera a los sujetos separados del trasfondo social.

Desde este punto de vista, la comprensión de lo que son las necesidades, valores y prioridades que el sujeto tiene razón de apoyar depende de las interacciones que establezca con otros, y descansa en el discernimiento que sólo se genera a través de la discusión pública (Sen, 2002 b: 79). Para Sen, la «libertad democrática» –entendida como garantías e instancias de intercambio– es un componente críticamente importante en las capacidades individuales.

Pero, aun así, la noción de «capacidad colectiva» es extraña a la teoría de Sen, quien considera que son los sujetos individuales, por sí mismos, los que razonan, eligen o actúan. Por lo tanto, en las comparaciones de bienestar o de agencia sólo deben tenerse en cuenta los niveles alcanzados por los individuos para no perder de vista el peso de las diferencias interpersonales. Sen acepta que algunas de las satisfacciones vitales intrínsecas provienen de la interacción social con otros que comparten nuestros intereses y valores, pero remarca que estas satisfacciones ocurren en la vida de un individuo. Aunque en términos causales las capacidades de los sujetos dependen de las relaciones sociales, esto no las hace colectivas sino, simplemente, «capacidades individuales socialmente subordinadas». Para Sen, una genuina capacidad colectiva se ejemplifica en el poder que tuvieron los hutus para exterminar a los tutsis en el genocidio ruandés. Es decir, son oportunidades de acción colectiva cuyos resultados jamás podrían ser alcanzados por un individuo particular. Sen considera centrales los entornos de interacción a la hora de constituir valores y preferencias, pero no cree que deban ingresar como «capacidades colectivas» en los ejercicios evaluativos de bienestar o de agencia (Sen, 2002). En cierta medida, tanto las críticas como la respuesta de Sen hacen hincapié en la importancia intrínseca de la intersubjetividad en la configuración de identidades, valores y preferencias. El punto en cuestión es determinar si la interacción con otros sólo tiene un carácter instrumental o, en algunos casos, es necesario considerar el desarrollo de capacidades personales como parte de un espacio intersubjetivo irreductible al plano individual.

Lo que se intentará argumentar en este artículo es que existen ciertas capacidades que requieren un tipo de recursos que sólo pueden comprenderse desde la perspectiva de una agencia intersubjetiva. Estos son los recursos que García Marzá denomina «recursos morales», es decir, «todas aquellas disposiciones y capacidades que nos conducen al entendimiento mutuo, al diálogo y al acuerdo como mecanismos básicos para la satisfacción de intereses y para la resolución consensual de conflictos» (García Marzá: 47). Aunque son recursos, dentro del marco teórico del *enfoque* deberían ser consideradas como capacidades bajo su aspecto de oportuni-

dades reales, porque permiten a los sujetos realizar acciones (o interacciones) para coordinar los planes de acción. Y son morales porque remiten a la razón práctica, es decir a la capacidad que tiene el sujeto de guiarse por juicios morales. La distinción entre recursos y capacidades debe ser bien establecida. El conjunto de capacidad de un individuo es lo que permite convertir bienes o recursos (físicos o morales) en estados o acciones que son valorados por el sujeto.

El ejemplo clásico de Sen remite al funcionamiento de «estar bien nutrido». Dos individuos pueden poseer el mismo paquete de recursos, pero si uno tiene algún trastorno orgánico quizá no pueda alcanzar el estado deseado con los recursos disponibles mientras que el otro sí. Su diferencia está en las capacidades respectivas consideradas como oportunidades reales. De allí que Sen considere insuficientes los bienes o medios como base informacional en las evaluaciones interpersonales o de justicia en estados sociales. En el caso de los denominados recursos morales sucede algo similar, pero con un matiz importante. El poseer un recurso moral como la confianza no implica necesariamente que se pueda alcanzar el consenso (lo que podría ser considerado el funcionamiento buscado), pero, al mismo tiempo, estos recursos son medios de segundo orden que presuponen una cierta capacidad intersubjetiva dado que surgen como subproductos de la interacción dialógica. El concepto de «subproducto» es desarrollado por Jon Elster y denomina a aquellos estados que no pueden generarse de manera intencional, puesto que en cuanto se intenta producirlos activamente la tentativa misma se alza como barrera infranqueable (Elster, 1988: 67). Retornando al ejemplo de la confianza: es un recurso moral que no puede ser instrumentalizado para obtener beneficios estrictamente individuales –al menos su uso estratégico es limitado (García Marzá: 61-77)– ya que surge como subproducto de las interacciones basadas en la búsqueda de soluciones consensuadas.

Por otro lado, es posible asociar los recursos morales con el capital social ya que este concepto remite a la capacidad de las personas para agruparse y organizarse en propósitos comunes, para emprender acciones conjuntas e involucrarse en relaciones cooperativas. Se trata de expectativas de reciprocidad, de valores y normas compartidas, de canales informales de cooperación y de información, que constituyen el entramado social más importante y básico (García Marzá: 54 y ss.).

Complementando estas ideas, la reconstrucción que realiza Charles Gore (1997) del *enfoque* permite dotar de una nueva faceta al concepto de recursos morales y su vinculación intrínseca a la noción de agencia. Siguiendo a Charles Taylor, Gore propone que existen ciertos bienes sociales que

no pueden ser reducidos a ocurrencias individuales. Estos «bienes sociales irreductibles» suponen un trasfondo de significación que habilita cierta comprensión común de las relaciones interpersonales. Para Gore (1997: 244), algunos rasgos de los contextos institucionales que envuelven a los individuos pueden ser asimilados a bienes sociales irreductibles:

Estas características incluyen los sistemas de normas morales (formales e informales, explícitos y tácitos) que definen la legitimidad de las acciones y las sanciones normativas; los esquemas interpretativos y los modos de discurso (incluyendo las reglas semánticas y retóricas del lenguaje) a través de los cuales el sentido de las acciones es comprendido; y los modos del gobierno que definen las relaciones de poder a través de las cuales las cosas se hacen. Estos tres sistemas, juntos, son los contextos centrales que delimitan y permiten la actividad humana, y, al mismo tiempo, se constituyen a través de esa actividad.

Estos tres sistemas (máximas morales, esquemas interpretativos, modos de gobierno) son el marco normativo que habilita y brinda significado a las prácticas humanas y que, a su vez, es modificado y rediseñado por la acción de los individuos y de los colectivos. Como sugiere Gore, el reconocimiento del valor de los contextos institucionales depende de considerar a las personas agentes intencionales y reflexivos que persiguen propósitos basados en comprensiones compartidas.

Para García Marzá estos recursos morales se producen y reproducen desde la esfera de la sociedad civil. Pero no cualquier reconstrucción de esta esfera permite comprender la riqueza de los recursos morales también como «sentido» que recorre las prácticas, normas e interacciones sociales válidas. En la próxima sección se detallarán las características comunes en las perspectivas de Sen y de García Marzá sobre la esfera de la sociedad civil.

-4-

Desde la perspectiva del *enfoque*, los grupos, los colectivos, los entornos de interacción son instrumentos para el desarrollo de las capacidades de los sujetos que los componen. Sen refiere tanto a las asociaciones involuntarias (familia, comunidad, raza, religión, casta) como a las voluntarias (partidos políticos, sindicatos, organizaciones civiles, grupos de mujeres, etc.). Pero dado que, como sostiene Walzer (2004: 16), la asociación involuntaria es la razón más inmediata de la desigualdad porque ata a los individuos a un lugar determinado en la jerarquía social, los entornos

privilegiados en las argumentaciones de Sen sobre el desarrollo humano son los de corte voluntario que tienen como trasfondo de significación el lenguaje de los derechos individuales y que hacen viables ciertos procesos reflexivos en la constitución de las identidades personales.

En otras palabras, la mirada de Sen se detiene en las organizaciones de una sociedad civil que es definida por García Marzá (2004: 36) como:

Una esfera donde las personas como miembros de cualquier tipo de organización, ponen en común su voluntad para la satisfacción de determinados intereses, tanto particulares como recíprocos o universales [...] Esta esfera está vinculada a la participación activa de los individuos, a su capacidad para realizar acuerdos libres y voluntarios en aras de satisfacer sus intereses y resolver conjuntamente los problemas.

Esta perspectiva reconstructiva de la sociedad civil es más amplia que la mirada de Habermas (que excluye las esferas económicas y políticas), menos reductiva que la idea hegeliana del «sistema de las necesidades» o como mercado y menos situada que la interpretación del republicanismo clásico. La supremacía de esta interpretación de la sociedad civil –que Sen define como libertad democrática– reside en el lugar privilegiado que se le da a la interrelación de los sujetos para reflexionar críticamente sobre fines, valores y objetivos, es decir, sobre una concepción del bien (y de lo justo) y como dice García Marzá (2004: 39), que no está dada de una vez para siempre. Bajo esta luz interpretativa, y como dice García Marzá (2004: 39), el agente no:

Permanece ajeno, externo, frente a unos intereses que, aunque propios, se le presentan inmodificables, bien como parte de su propia naturaleza interior, o bien desde una definición previa y ajena al individuo de lo que es mejor por ser común. Ningún sentido tiene ser autónomos si no somos capaces de reflexionar, discutir y, en su caso, modificar nuestros propios intereses en procesos de deliberación o diálogo.

La sociedad civil que Sen y García Marzá reconstruyen posee tres rasgos centrales: a) la dimensión cognitiva de los entornos y los mecanismos de interacción –asociados a lo que Habermas llama un «mundo de la vida racionalizado»; b) el carácter dialógico de los procesos de determinación de expectativas legítimas, de satisfacción de intereses y de solución de problemas; c) la prioridad de la faceta de agente del sujeto, en la que su participación activa debe ser promovida no solo como medio para alcanzar objetivos valiosos, sino también como un fin legítimo en sí mismo. Pero estas asociaciones voluntarias-democráticas no son capacidades en sí, porque no representan la misma oportunidad de expansión para todos sus integrantes. Para que exista una expansión de las capacidades es necesario que el sujeto lleve adelante una *participación exitosa*, es decir, que ob-

tenga a través de los medios que propone la asociación los fines u objetivos que tal entidad persigue.

Los parámetros de éxito en la participación de los sujetos en grupos varían según el tipo de asociación. Frances Stewart (2005: 190) sostiene que varias dimensiones de la persona pueden verse afectadas a través de la interacción exitosa porque:

- a) los logros de un grupo afectan el sentido de bienestar de las personas que lo integran;
- b) los grupos son importantes instrumentalmente para determinar eficiencia y recursos compartidos.
- c) los grupos influyen en los valores y las elecciones y, por lo tanto, en el grado en el que los individuos eligen perseguir capacidades valiosas para ellos o para otros.

De este modo, en algunos casos el logro en la participación estará dado por la ampliación del sentido de bienestar o por la adquisición de recursos y en otros por el descubrimiento o modificación de valores y preferencias que determinarán las capacidades dignas de ser efectivizadas en ellos mismos o en otros. En este sentido, la interacción grupal permite desarrollar la faceta de agencia y la dimensión del compromiso de los sujetos involucrados. Los tres resultados señalados por Stewart, pero en particular los dos últimos, están asociados a la consolidación de ciertos recursos morales que permiten a los agentes alcanzar objetivos comunes y que, por lo tanto, «no dependen solo de las capacidades individuales, sino que [su gestación y desarrollo van ligados] a la participación activa en vínculos y redes sociales que posibilitan y al mismo tiempo se sostienen en estas expectativas de cooperación» (García Marzá, 2004: 54).

Los rasgos personales o sociales que un sujeto considera valiosos o dignos constituyen su concepción del bien y las oportunidades reales de obtenerlos son un reflejo de su libertad de agencia. Ahora bien, participar exitosamente en una asociación o grupo puede modificar la concepción del bien del sujeto de dos maneras: a través del desarrollo de su autonomía o a partir de su limitación. Por autonomía debe entenderse aquí el ejercicio de la autodeterminación reflexiva, es decir, el derecho (y la capacidad) que posee el sujeto a no reconocer nada que no pueda considerar racional (Wellmer, 1996: 50-51). En las sociedades democráticas que son el horizonte normativo de Sen, el contenido de lo que se puede considerar racional no está fijado de antemano, aunque tiene como trasfondo de significación y límite irrebasable el lenguaje de los derechos

individuales³ y un procedimiento discursivo particular que Sen denomina *democrático*. El éxito en la participación en ciertas asociaciones voluntarias puede determinar modificaciones en la concepción del bien y de lo justo a través del desarrollo dialógico del ejercicio reflexivo o por la simple asimilación monológica de ciertos valores comunitarios. La intersubjetividad correctamente entendida requiere agentes en cierta medida diferenciados que construyan o revisen sus identidades a partir de procesos comunes de deliberación. Por lo tanto, si la alteración en los valores y preferencias de un sujeto se da mediante la reflexión propiciada por la interacción grupal, entonces el individuo pone en ejercicio lo que Michel Sandel denomina «agencia en un sentido cognitivo». Desde esta perspectiva, se concibe la identidad (y los recursos morales) como el producto y no como la premisa de la agencia. El sujeto llega a sus fines no por elección sino por reflexión, como un agente de conocimiento (o de indagación) para un objeto de autocomprensión (2000: 191). Pero esta autocomprensión no es estrictamente la de un ser radicalmente situado, sino la de un agente racional que posee una dimensión moral necesariamente dialógica y no sustancial.

-5-

En el contexto de las ideas básicas de Sen la «agencia cognitiva» debe reflejar la libertad o la oportunidad real de los sujetos para reflexionar y determinar deliberativamente aquello que consideran digno de perseguir (es decir, para lo que tienen razones morales) y, al mismo tiempo, tiene que ser irreductible a términos individuales. La agencia cognitiva es, pues, una capacidad intersubjetiva o común que posee el carácter paradójico de lo que Wellmer denomina «eticidad democrática», porque en ella no hay ninguna sustancia que pueda sustraerse a la crítica, pero al mismo tiempo requiere ser pensada junto a ciertos principios que deben convertirse en hábito y costumbre, es decir, en cuasi sustancia ética. La agencia cognitiva intersubjetiva puede ser entendida como una comunidad de segundo orden que trasciende el punto de vista de la comunidad situada (territorial, social e históricamente) que sólo es uso y costumbre, es decir, una particularidad de la existencia (Wellmer, 1996: 53).

³ «El lenguaje de los derechos individuales –asociación voluntaria, pluralismo, tolerancia, separación, privacidad, libertad de expresión, libre carrera a los talentos, etc.– es simplemente ineludible. ¿Quién entre nosotros podría tratar en serio de eludirlo? Si realmente somos yoes situados, entonces nuestra situación está en gran medida captada por ese vocabulario» (Walzer, 1996: 56).

La agencia cognitiva no genera una independencia respecto de identidades, formas de vida y tradiciones social e históricamente determinadas, sino una «distancia reflexiva» respecto de todos estos rasgos individuales o sociales. Según Wellmer, el ingrediente constitutivo de esta distancia reflexiva es una tradición de segundo orden cuyo núcleo está compuesto por los derechos fundamentales liberales y democráticos (1996: 82). La capacidad de reflexión permite el doble movimiento –aparentemente paradójico– de tomar distancia mientras se profundiza en los fines, valores, y rasgos de la identidad. Por un lado (2000: 192) Sandel afirma que:

La capacidad de reflexión le permite al «yo» volver su foco de atención hacia dentro de sí, indagar en su naturaleza constitutiva, investigar sus diversos vínculos y reconocer sus respectivas demandas, distinguir los límites –por momentos expansivos, por momentos reducidos– entre el «yo» y los otros, llegar a una autocomprensión menos opaca si bien nunca completamente transparente, una subjetividad menos fluida si bien nunca finalmente fija, y así gradualmente a lo largo de la vida, participar en la constitución de su identidad.

Al mismo tiempo, una autocomprensión menos opaca permite desecharse, modificar o resignificar aquellos componentes de la identidad o de la concepción del bien –de primer orden– que contradiga alguno de los principios básicos de la tradición liberal de segundo orden que se constituyen en la distancia reflexiva. En cierta medida, la reflexión habilita la elección. Dado que el doble movimiento tiene lugar en instancias dialógicas, los principios básicos de esta tradición de segundo orden podrían resumirse en las condiciones –ideales pero operantes– que Habermas propone para determinar el procedimiento de validación de normas. En García Marzá (2004: 133) encontramos estas condiciones, que son:

- a) Principio de comunicación. Cuando se entra en un discurso los implicados quieren dirimir sus conflictos mediante el diálogo, lo cual implica la aceptación de obligaciones y derechos de argumentación.
- b) Principio de inclusión. Han de participar en el diálogo todos los afectados potenciales, presentes y futuros (o sus representantes).
- c) Principio de igualdad. El diálogo debe darse en condiciones que aseguren completa igualdad de oportunidades y total simetría en las condiciones de participación y en las posibilidades de interpretación de los intereses en juego.
- d) Principio de reciprocidad. Todos los intereses deben ser considerados por igual y abiertos a la revisión argumentativa. Ningún interés puede ser considerado definitivo y libre de crítica.

Sen propone una idea similar a la de «distancia reflexiva» sugerida por Wellmer. El economista bengalí considera que la validez de cualquier norma o valor dependerá de su capacidad para sobrevivir y florecer en el contexto de una discusión o razonamiento público sin obstáculos. En esta perspectiva es importante no limitar el dominio del razonamiento público a una determinada sociedad, especialmente en el caso de los derechos humanos, habida cuenta de la ineludible naturaleza universalista de estos derechos. Afirma Sen, en sintonía con Habermas y García Marzá, que «se debe exigir que el debate incluya, aun en el caso de cuestiones de justicia local (aunque sólo sea para evitar los prejuicios parroquiales y para examinar una amplia gama de contra-argumentos), perspectivas desde *una cierta distancia*» (Sen, 2005: 161. Cursiva mía). Sen recuerda que esta necesidad ya fue identificada por Adam Smith quien aseguró que nunca podremos formar un juicio crítico sobre nuestras propias motivaciones y sentimientos a menos que nos retiremos de nuestra estación natural y tratemos de verlos a una cierta distancia, como si lo hiciésemos a través de los ojos de otras personas (Sen, 2005: 161). Pero a diferencia de Smith, tanto Sen como los teóricos de la ética del discurso sugieren que esta distancia no debe interpretarse como un procedimiento monológico, en el cual todo se reduzca a ejercicios contrafácticos, sino que se exige el paso de diálogos ideales a reales. En este sentido, García Marzá (2004: 91) afirma que:

Respetar a los demás significa no sólo estar dispuestos a ponerse en su lugar, sino también a establecer diálogos en los que los demás participen y aporten su propia perspectiva. Sin la participación real en procesos de deliberación, en discursos prácticos donde nuestra propia interpretación de necesidades se encuentre abierta a revisión y crítica, es difícil considerar y respetar la libertad y autonomía del otro.

-6-

El planteo teórico del *enfoque* propone un lugar central para los entornos de interacción social, en particular para los ámbitos de debate democráticos. Las instancias de diálogo⁴ en una democracia enriquecen la vida de los ciudadanos de tres maneras posibles (Sen, 1999: 11):

⁴ «Lo que la palabra diálogo descubre es la necesidad humana de dilucidar lo que es bueno y conveniente a través del logos, es decir, mediante el uso del lenguaje razonado o de la razón expresada en palabras, mediante una acción comunicativa en la que nuestra intención y deseo se vierten en expresión material capaz de ser captada e interpretada por el otro» (Ramírez, 2003: 221). Citado por García Marzá, 2004: 140.

- a) porque la libertad política es una parte de libertad humana en general y ejercitar los derechos civiles y políticos es una parte crucial de la vida buena de los individuos como seres sociales. Por lo tanto, la participación política y social tiene un *valor intrínseco* para la vida y el bienestar humanos.
- b) Porque la democracia tiene un valor instrumental al realzar las oportunidades que el pueblo tiene de expresar y sostener sus demandas de atención política (demandas que incluyen necesidades económicas).
- c) Porque la práctica de la democracia da a los ciudadanos una oportunidad de aprender a partir del otro y ayuda a la sociedad a formar sus valores y prioridades. Incluso la idea de «necesidades» requiere discusión pública y el intercambio de información, de opiniones, y de análisis. En este sentido, la democracia tiene una importancia constructiva.

Sen (2000 a: 11) considera que la importancia constructiva es subestimada a menudo por actores políticos y teóricos del desarrollo:

Hay evidencia sustancial de que la declinación aguda en las tasas de fertilidad en aquellos estados de India donde las personas son más instruidas ha sido influenciada por la discusión pública acerca de los malos efectos de los altos índices de natalidad, especialmente en las vidas de mujeres jóvenes (Sen, 2000a: 11).

De aquí que algunos autores remarquen el carácter procedimentalista que tiene el *enfoque*. En este punto es dónde la teoría de Sen se entronca fuertemente con las éticas neokantianas que consideran la razón humana común como el lugar «donde todos tienen voz» y que, por lo tanto, dotan de una impronta moral a los espacios de diálogo, deliberación y crítica porque es el *locus* desde el que se definen los valores y normas universales (García Marzá, 2004: 97). La deliberación democrática funcionaría dentro de la teoría de Sen como un metaprincipio de la libertad, como un procedimiento que establece qué contenidos pueden considerarse legítimos. En esta perspectiva el diálogo público se presenta como un mecanismo que permite a los interlocutores distanciarse de los rasgos limitantes de los contextos tradicionales y, por lo tanto, dar un primer paso hacia la remoción de estructuras injustas. En este sentido, la noción de «libertad democrática» como sustrato del desarrollo de las capacidades individuales presenta notas similares al concepto de «eticidad democrática» que trabaja Wellmer, en la cual ciertas formas de tolerancia ética, de racionalidad crítica y de autodeterminación democrática se han convertido en costumbre, en tradición, en forma de vida (1996: 53).

El procedimiento democrático que propone Sen lleva implícita la idea de que sólo la libre aceptación por parte de todos los implicados en la acción, el reconocimiento recíproco de todos los intereses en juego permite dar por buenas las razones y garantiza esta validez o justicia de las normas (García Marzá, 2004: 74). Sen (2000: 304; cursiva mía) afirma que:

Hay que conceder especial importancia al papel del debate público y de las interacciones sociales en la formación de unos valores y compromisos compartidos. Nuestras ideas de lo que es justo y de lo que no lo es pueden reaccionar a los argumentos que se someten a un debate público y unas veces tienden a reaccionar a las ideas de otros con *una solución de compromiso*, incluso *con un acuerdo*.

En el ejemplo de Sen, los rasgos constitutivos de las identidades de los pobladores de Kerala (en particular de las mujeres jóvenes) se han modificado a través del ejercicio del diálogo y del debate. El proceso también puede verse como un ejercicio común de la distancia reflexiva, donde lo que se ha puesto en perspectiva (y resignificado) son las altas tasas de natalidad como rasgo identitario de ciertas comunidades indias. La generación de la perspectiva en cada individuo ha tenido lugar a partir de la comprensión común acerca del valor de conformar una familia pequeña, es decir, a partir de la utilización de los recursos morales que la agencia cognitiva intersubjetiva ha puesto a disposición de los sujetos. Esta perspectiva se opone a la rigurosa heteronimia del individualismo metodológico para el cual «constituye un presupuesto normativo fuerte suponer que a las preferencias empíricas de los sujetos les corresponde una calidad moral que ya no es cuestionable o criticable. Así, lo moralmente bueno se confunde con lo empíricamente deseado. Se oculta el hecho de que los sujetos son capaces de una autocritica racional de sus propias necesidades e intereses y de construir dialógicamente intereses más amplios» (García Marzá, 2004: 122).

Estos contextos de interacción han establecido una agencia intersubjetiva caracterizada por la capacidad del «yo» de participar a través de la reflexión en la constitución de su identidad y llegar a una autocomprensión expansiva (Sandel, 2000: 182). En los términos de Taylor, el sujeto de una autocomprensión expansiva no es un «yo» individual, sino un «nosotros». Al fundamentar que existen ciertos bienes que son irreductiblemente sociales, Taylor (1997: 189) distingue entre lo «convergente» y lo «común». Un asunto es común cuando no sólo existe para cada individuo, sino que es reconocido como tal por nosotros. Poseer una comprensión común implica formar una unidad, un «nosotros» que comprende conjuntamente y que por definición no puede ser descompuesto en términos individuales. Tay-

lor presenta el caso de las relaciones francas e iguales, en particular del vínculo entre amigos. Afirma que la amistad no sólo presupone una comprensión mutua, sino comprensión común en torno al hecho de que la amistad es valiosa.

Cada mujer joven de Kerala que valora la idea de decidir sobre la constitución familiar, lo hace porque al mismo tiempo existe un «nosotros» que ha establecido la bondad de tal estado de cosas. Un «nosotros» que ha establecido ciertas razones morales para justificar una norma o un determinado valor, razones morales que no están atadas necesariamente a los criterios valorativos de la comunidad de primer orden de las mujeres de Kerala. Un «nosotros» es el fundamento de las tradiciones de primer orden, y un «nosotros» es el ámbito para desarrollar la distancia reflexiva. La agencia intersubjetiva es el *locus* en el que se constituyen y desde donde se distribuyen las comprensiones comunes de valor que los agentes individuales incorporarán a sus planes de vida. Entre ambas comprensiones comunes –de primer y segundo orden– media el intercambio franco instaurado bajo los principios del diálogo racional y que tiene como límite y piedra de toque el lenguaje de los derechos liberales y democráticos (o al menos, su núcleo fuerte). Lo que las mujeres de Kerala aceptan como válido ya no es lo meramente vigente, sino que recurren al mismo tipo de razones morales (o recursos morales) que están disponibles para todo integrante de un diálogo racional. Como afirma García Marzá (2004: 82):

Cuando expresamos nuestra aprobación o desaprobación, no creemos sólo que estamos declarando nuestras opiniones individuales y subjetivas, ni que sólo estamos siguiendo nuestra tradición y herencia cultural. Más bien creemos que tenemos buenas razones para convencer a *cualquiera* que quiera escuchar que lo que decimos es cierto. Estas razones sobrepasan las fronteras jurídico-estatales para instalarse en un marco universal, un marco que afecta a todas las personas como seres que poseen dignidad y merecen reconocimiento».

Conclusión

El enfoque de Sen provee a los debates contemporáneos sobre justicia distributiva de una base informacional que supera las limitaciones de las perspectivas clásicas. En este enfoque la noción central es la de capacidad

5 Wellmer expone y desarrolla esta idea en varios artículos, tomando como referencia teórica el análisis de Hegel sobre la modernidad (Wellmer, 1996).

de agencia, entendida como libertad efectiva u oportunidad real de alcanzar aquello que el sujeto posee razones para valorar. La idea de «agencia cognitiva» que propone Sandel permite entender que un desarrollo de la agencia se da cuando el individuo puede revisar, desechar o reforzar las razones que le hacen destacar un cierto estado de cosas o, en términos más generales, su concepción del bien. Bajo la autocomprensión de las sociedades modernas democráticas, la única forma válida de alcanzar esta agencia es a través de la deliberación intersubjetiva, que es el rasgo central de la sociedad civil, y que puede caracterizarse como: «un intercambio no constreñido de argumentos que implica razonamiento práctico y que potencialmente lleva a una transformación de las preferencias» (Cooke: 948). De esta deliberación o intercambio intersubjetivo surgen como sub-productos los recursos morales (entre ellos las razones morales) que permiten modificar la concepción del bien de los sujetos y fortalecer su sentido de justicia.

Pero como bien señala Severine Deneulin, dado que esta agencia cognitiva intersubjetiva está atada a los contextos institucionales de las sociedades reales no es posible hacer una identificación ciega entre recurso moral y desarrollo de capacidades individuales valiosas (2006: 40). Un desarrollo igualitario de la libertad o de las capacidades de todos los integrantes de una sociedad no se deduce necesariamente del mecanismo racional de procesamiento y determinación de fines, objetivos y funcionamientos valiosos. Inclusive el procedimentalismo de Sen, que remarca la centralidad de los procesos democráticos en la construcción de identidad y preferencias, parece estar sujeto a la falibilidad de las democracias en la remoción de las estructuras injustas. Esto es así porque al mismo tiempo que el trasfondo de significación de los derechos liberales permite generar una distancia reflexiva respecto a tradiciones y preferencias, también puede conducir a la disolución de las bases tradicionales de la solidaridad y al agotamiento de la noción del bien público.⁵

Pero una tarea de la ética aplicada (como la de Sen) es reconstruir los presupuestos morales que están presentes aún en aquellas instituciones que parecen estar más alejadas de una racionalidad comunicativa. Porque también en ellas se producen y reproducen ciertos recursos morales y se dan coordinaciones comunicativas de la acción, así como negociaciones, compromisos y acuerdos que reclaman validez moral (García Marzá, 2004: 112). El mayor peligro de cualquier abordaje teórico sobre las problemáticas en la distribución de cargas y beneficios es suponer que existen ciertos ámbitos absolutamente autonomizados (economía, administración) donde rige la neutralidad axiológica. Como afirma García Marzá no se

debe olvidar «que estamos hablando siempre del mundo social cuya característica básica es que es un mundo construido lingüísticamente a partir de ideas de lo que creemos justo o correcto, donde los diferentes procesos de aprendizaje van transformando la validez en vigencia» (García Marzá, 2004: 130). Si aún las esferas más diferencias del mundo social moderno poseen un trasfondo moral de sentido, el desarrollo de la agencia cognitiva intersubjetiva puede postularse como un rasgo necesario –aunque no suficiente– en los procesos emancipatorios y en la tarea de remover las estructuras injustas.

Bibliografía

- CONILL, J. (2006): *Ética hermenéutica*, Madrid, Tecnos.
- (2002): «Bases éticas del Enfoque de las capacidades de Amartya Sen», *Sistema*, 171: 47-63.
- CORTINA, A. y G. PEREIRA, (ed.) (2009): *Pobreza y libertad*, Madrid: Tecnos (en prensa).
- DENEULIN, S. (2006): «Necessary Thickening: Ricoeur's Ethic of Justice as a Complement to Sen's Capability Approach» en DENEULIN y otros (eds.): *Transforming unjust structures. The Capability Approach*, Países Bajos, Springer.
- EVANS, P. (2002): «Collective Capabilities, Culture and Amartya Sen's *Development as Freedom*», *Studies in Comparative International Development*, 37 (2), 54-60.
- GARCÍA MARZÁ, D. (2004): *Ética empresarial. Del diálogo a la confianza*, Madrid, Trotta.
- GORE, C. (1997): «Irreducible Social Goods and the Informational Basis of Amartya Sen's Capability Approach», *Journal of International Development*, 9 (2), 235-250.
- PEREIRA, G. (2006): «Capacidades individuales y capacidades colectivas», *Sistema*, 195: 35-52.
- (2004): «Autonomía, preferencias adaptativas y políticas públicas», *Sistema*, 178: 71-85.
- RAWLS, J. (2004): *El liberalismo político*, Barcelona, Crítica.
- RAMÍREZ, J. L. (2003). «Tópica de la responsabilidad. Reivindicación de la retórica para la ciudadanía moderna» en CONILL J. y D. CROCKER (eds.) (2003): *Republicanism y educación cívica*, Granada, Comares.
- REYES, A. (2008): «Comunidades de significación como capacidades colectivas», *Areté*, XXI.

- SANDEL, M. (2000): *El liberalismo y los límites de la justicia*, Barcelona, Gedisa.
- SEN, A. (2008): «The Idea of Justice», *Journal of Human Development*, 9 (3): 331-342.
- (2006): *Identidad y Violencia. La ilusión del destino*, Buenos Aires, Katz.
- (2005): «Human Rights and Capabilities», *Journal of Human Development*, 6 (2): 151-166.
- (2002): «Response to Commentaries», *Studies in Comparative International Development*, 37 (2): 78-86.
- (2000): *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta.
- (1999): «Democracy as Universal Value», *Journal of Democracy*, 10, 3-17.
- (1997): *Bienestar, justicia y mercado*, Barcelona, Paidós ICE/UAB.
- (1995 a): *Nueva economía del bienestar. Escritos seleccionados*, Valencia, Universitat de València.
- (1995 b): *Nuevo examen de la desigualdad*, Madrid, Alianza.
- (1977): «Rational Fools: A Critique of the Behavioural Foundations of Economic Theory», *Philosophy and Public Affairs*, 6, 317-344 (reeditado en Sen, 1995 a).
- STEWART, F. (2005): «Groups and Capabilities», *Journal of Human Development*, 6 (2): 185-204.
- TAYLOR, C. (1995): *Argumentos Filosóficos*, Barcelona, Paidós.
- WALZER, M. (2004): *Razón, política y pasión*, Madrid, Antonio Machado.
- (1996): «La crítica comunitarista al liberalismo», *La Política*, 1, 47-64.
- WELLMER, A. (1996): *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*, Madrid, Cátedra/Universitat de València.

Political anomalies and web-based civil antibodies in Silvio Berlusconi's *Bel Paese*

GIOVANNI NAVARRIA

CENTRE FOR STUDY OF DEMOCRACY (CSD), UNIVERSITY OF WESTMINSTER

Abstract

Italy's complex history has produced some remarkable path-breaking experiences and quite a few dangerous anomalies (such as Silvio Berlusconi's media driven political regime), but it has also made the country the perfect ground for testing experimental antibodies that can contrast such anomalies. One of these antibodies is the web-based civil society orbiting around the blog Beppegrillo.it. This article argues that the story of such community shows the path to follow for the Italian civil society. Grillo and his fellow bloggers in fact have so far demonstrated that new communication media have the potential to free citizens' from control and at the same time increase their capacity to keep a close watch on power.

Key words: Beppegrillo.it, Internet, Silvio Berlusconi, Italy, Civil Society.

Resumen

La compleja historia de Italia presenta algunas experiencias innovadoras así como bastantes anomalías peligrosas (por ejemplo el régimen mediáticamente controlado de Silvio Berlusconi), pero ha convertido también el país en el territorio perfecto para el surgimiento de anticuerpos que pueden contrastar dichas anomalías. Uno de estos anticuerpos es la sociedad civil basada en la web que gira en torno al blog Beppegrillo.it. Este artículo argumenta que la historia de dicha comunidad muestra el camino a seguir para la sociedad civil italiana. Grillo y el conjunto de sus seguidores *blogeros* han demostrado de hecho que nuevos medios de comunicación tienen el potencial de liberar a los ciudadanos del control y a su vez aumentar su capacidad para mantener estrechamente vigilado al poder.

Palabras clave: Beppegrillo.it, Internet, Silvio Berlusconi, Italia, sociedad civil.

Il Bel Paese (the Beautiful Country, the nickname by which Italy is often known by) is a land of many contradictions: throughout its boot-shape length the beauty of its many thousands of thousands of artworks coexists with the

ugliness of the many architectural and environmental eyesores that scar its landscape, these are often the ill-conceived product of corrupted politicians; if on the one hand Italy is the birthplace of the Renaissance and of many historical prominent figures such as Saint Francis of Assisi, Leonardo da Vinci, and Guglielmo Marconi, on the other hand it is also the motherland of Benito Mussolini, Fascism, Red Brigades, and organized crime such as Mafia. It is a country capable, in the heat of the moment, of wiping away (almost entirely) its corrupted political class, as it happened in 1992 after the scandal of *Tangentopoli* (Bribesville) broke out, only to elect a couple of years later the media tycoon Silvio Berlusconi, for many the epitome of corruption.¹

However, if Italy's complex history has produced some remarkable path-breaking experiences and quite a few dangerous anomalies, it has also made the country the perfect ground for testing experimental antibodies that can contrast such anomalies. From the Resistance that challenged the Fascists during the Second World War (see Battaglia, 1957), to the anti-mafia movement that in the city of Palermo during the 80s and 90s dared to say no to the racket of Organized Crime (see Schneider, 2003: 160-92), to the web-based civil society that in more recent times has stood up against Berlusconi's media driven political regime. In the latter case, arguably, the best and most successful example of such civil society is represented by the community orbiting around Beppegrillo.it, a blog created and run by Beppe Grillo, a famous Italian comedian. The experience of Beppegrillo.it is at the core of this article because it is more than simply a blog, in fact since its birth in 2005 it has functioned as an electronic beacon whose signals manage to attract on its virtual shores the many thousands members of an otherwise fragmented and geographically dispersed civil society. In this article I argue that this virtual space is home to a flourishing community of individuals committed to fight against the Italian political establishment and keep their tabs on power. Moreover, that the success of Beppegrillo.it is rooted into the political background in which the blog was born and bred. In fact, the growing shadow of the *media regime* established by Silvio Berlusconi, while serving as Italy's President of the Council of Ministries from 2001 to 2006,² if on the one hand successfully

1 For a broader analysis of Silvio Berlusconi's corruption cases and his links with Mafia, see Travaglio and Veltri, 2001 and Gomez and Travaglio, 2003.

2 For reasons of coherence and availability of data, the political time-line taken here in consideration is that of 2001-06. However, it is worth noting briefly that in April 2008, Berlusconi and his coalition managed to win again the general election. Although at the time of writing (August 2008) Berlusconi has been governing for only 100 days, according to some commentators his new government is very similar to the old one: devoted to pass laws to protect Berlusconi's interests and save him from judicial prosecution (cfc. Grossi and Zanca, 2008; Dinmore, 2008)

-muted criticism coming from mainstream media. On the other hand, it produced two unintended consequences: (1) in recent years, the Internet has virtually remained untouched by censorship, (2) Berlusconi's tight grip on mainstream communication media has pushed nonaligned audiences and dissident voices towards new alternative sources of information such as *beppegrillo.it* and non-overregulated spaces like the world wide web. The result is a lively, active, and healthy Italian web-based civil society. Within this political context, it is not surprising that the comedian's blog, in a short period of time, has become one of the main reference points through which many Italians, scattered around the country and across the globe, can make sense of the state of things in the country.

To clarify my argument, in the following pages I will first give an outline of Berlusconi's media regime, hence I introduce and contextualize the figure of Beppe Grillo; in the last section of the article I analyze the characteristics of the blog and of Clean up the Parliament, one of the main campaigns promoted by its community. In conclusion, I argue that the story of *Beppegrillo.it*'s community shows the path to follow for the Italian civil society. Grillo and his fellow bloggers in fact have so far demonstrated that new communication media have the potential to free citizens from control and at the same time increase their capacity to keep a close watch on power.

Berlusconi's media regime

Silvio Berlusconi is the richest man in Italy (Forbes Magazine, 2007) and the owner of the largest commercial television group, *Mediaset*, through which he personally controls three country-wide television networks (*Canale 5*, *Italia 1*, *Rete 4*). Berlusconi is without doubt a controversial figure in the Italian and international political scene, loved by his supporters, hated by his enemies: even before his political victories, he was indicated by many – on the opposite side of his political spectrum – has an open menace to democracy (*Economist*, 2001); by his supporters, however, he has always hailed as the only leader who can pull the country out of its political and economic stalemate. Whatever the angle on the matter, it is an undeniable fact that the last two decades of Italian history have been intertwined with Berlusconi's figure. In fact, notwithstanding his many trials, mishaps, flawed politics, his coalition's *ad hoc* use of the Parliament to pass laws to protect Berlusconi's personal interests and his own persona from legal prosecutions, despite his never resolved conflicts

of interests (one for all, being at the same time the recipient of three national televisions state concessions and president of council of ministries), and much more, since 1994, for three times (out of five) Berlusconi and his coalition have won Italy's general election, last one of which was won by a wide margin in April 2008. Moreover, as argued by Gomez and Travaglio (2004: xiv), it is since 1984³ that – regardless of the fact whether Berlusconi were inside or outside the Parliament – there has not been a single law in matter of Justice or Media that has been approved without safeguarding or helping the expansion of Berlusconi's empire.

The strength of such empire is firmly rooted in Berlusconi's exploitation of nation-wide television networks to pursue his own personal agenda. Berlusconi's grip on media is so strong and politically driven that some authors have openly spoken of an effective media regime. The late Indro Montanelli was a strong critic of Berlusconi's power and one of the most respected Italian journalists of the twentieth century. For Montanelli there was no doubt that Berlusconi with his predominant position in the Italian media landscape represented a great danger for democracy. In today's world, Montanelli argued as Gomez and Travaglio (2004: back cover) quoted:

To introduce a regime, one no longer needs to march towards Rome, nor does one need to set fire to the Reichstag, neither one needs a coup at the Winter palace. All that is needed are the so-called mass communication media: and among them, sovereign and irresistible is television.

To clarify the argument, from 2001 to 2006, Berlusconi did not only owned and controlled Mediaset, but, effectively, serving as President of Council of Ministries, he was also in control of the Italian public service broadcaster, *Radiotelevisione Italiana* (RAI).⁴

³ Between 1983 and 1984 Berlusconi added to his television network (*Canale 5*), his two main rivals (*Italia 1*, and *Retequattro*) and by doing so he acquired a *de facto* monopoly in the private broadcasting sector. Using a stream of local stations and a system of synchronised broadcasting, Berlusconi's network was able to broadcast nationwide. However that was a direct infringement of the Italian law that granted the right to broadcast nationwide only to RAI. When in 1984 some judges accusing Berlusconi of illegal national broadcast, ordered him to close some of his local stations, Prime Minister Craxi and his government rushed in his help and passed a law by decree to protect Berlusconi's interests. In effect the decree lifted the restrictions on national broadcasting and concentration of ownership, consolidating the foundations of Berlusconi's media empire (Ginsborg, 2005: 38).

⁴ Created in 1954, RAI has developed in a complex state-owned media company comprised of three terrestrial nation-wide networks, radios, satellite and Internet television. Its main revenue is based on a national TV license fee and is administered by a nine-member board. By law, these board members are chosen by political parties – seven elected by a parliamentary committee and two by the Ministry of Finance (*Repubblica*, 2005).

The two networks' groups combined account (on average) for 87 percent of the daily share of Italian television audience (*Repubblica*, 2006 a).

Berlusconi's media monopoly and the silencing of the center-left press (Blatmann, 2003; Gomez and Travaglio, 2004: 217-246) effectively allowed him to establish a firm media regime during his five years in power, run by people *willing* to support Berlusconi's own version of truth. Furthermore, as the historian Paul Ginsborg puts it, Berlusconi «has always had his own team of "organic" intellectuals of variable quality [...] whose programmes have barked out the line incessantly, at all times of the day and night» (Ginsborg, 2003: 38).

Berlusconi's regime was one that needs no gloomy atmospheres, iron clubs, or terror, in fact contrary to Mussolini's fascist regime, Berlusconi does not exercise his by sending opponents in exile on prison's islands, or by having them beaten up night time by his *squadristi*. Berlusconi's is a regime which is shiny and smiley. «His media regime is thus one based not on the silencing of all dissenting voices, as under Fascism» writes Ginsborg «but on the rule enunciated with acumen by the talk-show compère, Maurizio Costanzo: "Power does not belong to those who talk on television. It belongs to those who permit you to talk on television"» (Ginsborg, 2003: 38).

Gomez and Travaglio in their analysis of Berlusconi's power, indicate four characteristics of such unique regime (2004: XIV-XVII):

1) Berlusconi's media monopoly is a perfect tool to distribute wealth, grant favours, and help securing the career of many working in the media sector (such as journalists, directors, editors, and publishers), and it does so by rewarding those who behave well (that is those who are condescending towards Berlusconi) with a steady presence within his media realm. On the contrary, the regime is merciless with those who dare to contrast it openly. Berlusconi's regime in fact follows the golden rule of any authoritarian regime, *strike one to educate one hundred*. The best example of such *modus operandi* is the now notorious *Editto Bulgaro* (the Bulgarian Diktat or *Ukaze*, as the press often refers to the incident). The 18th of April 2002, less than a year since he had won the general political election and taken up office as President of the Council of Ministries, Berlusconi, at a press conference in Sofia during an official visit in Bulgaria, openly sanctioned the work and «abuse» of public television by prominent RAI journalists like Enzo Biagi, Michele Santoro, and successful comedians like Daniele Luttazzi. From Sofia, Berlusconi clearly suggested that those people, and those journalists who follow in the footsteps of those three *criminals* and make an immoral use of mass media should no

longer be allowed to work for the public broadcasting service which is owned and paid by the people. «Santoro, Biagi and Luttazzi» said the Prime Minister in Sofia «have used in a criminal way Public television, which is funded by all taxpayers; I think it is the precise duty of RAI's new management to prevent that from happening again» (*Repubblica*, 2002). The sins committed by those three were very simple: Biagi had committed the *infamous crime* of inviting Roberto Benigni (actor, Academy Award winning director, and well-known left-wing thought-provocateur) as principal guest of his popular evening daily TV show, *Il Fatto* (The fact) during which Benigni amused the many millions viewers of the show by commenting and mocking Berlusconi decision to do politics. Michele Santoro, a highly successful and opinionated (left-wing) investigative journalist, throughout the early month of 2001, before the election, had repeatedly criticized Berlusconi's policy during his evening show *Sciuscià*. Daniele Luttazzi, a popular stand-up comedian and television host, in 2001 had the *criminal idea* of inviting in his evening show *Satyricon* Marco Travaglio, a well known and respected investigative journalist of *La Repubblica* and an expert on Berlusconi's trials (*Satyricon*, 2001). During that night's show, quoting sources such as the official Court's papers of the District Attorney of the county of Palermo (Sicily), Travaglio explained that he had reasons to believe that Berlusconi's money and his much advertised entrepreneurial success are most likely rooted in Mafia's illegal businesses (see Travaglio and Veltri, 2001, and also Emmott, 2003). Shortly after the events of Sofia, Biagi, Santoro, and Luttazzi were unceremoniously sacked by RAI's management.

2) In their second point, Gomez and Travaglio argue that Berlusconi's grip on media allows him to manipulate information and broadcast only the news that he and his partners approve. In fact, as the two authors remark, in 2004 Berlusconi's Italy was still plausible on prime time news to attribute Italy's economy crisis to the post 9/11 terrorist attacks worldwide repercussions, or, worst to accuse the former centre-left government of a 60 billion euros hole in the national budget, as did the Finance Minister Giulio Tremonti on RAI 1 evening news programme in 2004 (Travaglio and Gomez, 2004: xv), all of that without any shred of evidence. According to the authors of *Regime* (2004) Italy is a country where black becomes white and vice versa. Information is twisted by those in power with a smile in front of an audience of millions of people, and all of that is allowed to happen without journalistic mediation or assessment of the information given;

3) Third characteristic of this media regime is its usefulness in dictating the agenda to the electors/audience that watch national television. What is

important, what is bad, what is good, what goes first in the main News programmes, it is dictated from above. Gomez and Travaglio give the example of illegal immigration from Africa towards Italian coasts and of rising criminality in metropolitan areas: in the months before the 2001 election, *Tg5*, the prime time evening news of *Canale 5*, directed by allegedly independent progressive journalist Enrico Mentana, each night compiled what Travaglio and Gomez call a «bollettino di guerra» (a war bulletin, 2004: xvi) filled with an increasing worrying stream of illegal immigrants landings and a rising number of breaking and entering with homicides in private middle-class owned properties. The two authors note that the «crime emergency» was a steady feature of the evening news before the election, but it suddenly almost totally disappeared as soon as Berlusconi took power.⁵

4) The fourth and last characteristic of the regime regard its ability of demonizing those who speak of inconvenient truths. The argument put forward by Gomez and Travaglio is that if you have a media regime that can condition the agenda of the news, the true facts become those that are broadcasted on television. If all nation-wide television networks remain silent (or give little coverage) to penal trials that involve the prime minister, if they don't deal with the economy as it were in crisis, if news journalists appear confident that the government can give new boost to the welfare of the country, then the audience is lead to believe that that must be the truth. So, if a political opponent dares to speak of a different truth, through the same media he is demonised: this 4th characteristic interests all those people and institutions that in a democracy exist to guarantee justice and fairness. So in such a context judges are no longer judges but are portrayed as the «metastases of a democratic society» (Berlusconi, 2008). They become individuals motivated not by the constitution and the Law but by their ideological creed who try to overturn the will of the people who have elected Berlusconi by dragging him endlessly and pointlessly in courts of justice (Berlusconi, 2008). The same happens to journalists who attempt to clarify the facts. In a normal democracy with a free press and non-monopolised media the likes of

⁵ A similar trend was evident in the building up of the 2008 general election. Even though Berlusconi was officially the leader of the opposition, therefore allegedly with less control over RAI's management, yet as reported by the Financial Times, «Berlusconi's mastery of the media» allowed him to undermine the work of the ministers of the Prodi's Government. They were in fact constantly damaged «by negative reporting that played up savage crimes allegedly committed by foreigners.» The FT's correspondent Guy Dinmore however notes that, contrary to what the Italian media reported daily, «Italy's crime rates are below the European average». Nevertheless, any attempt by Prodi and his ministers to reassure Italians that crime rates were declining went unheard (Dinmore, 2008).

Berlusconi will have the freedom to speak out loud their own truth, but that truth will be critically mediated to the audience by the journalist who interviews him. This never really happens in most of Italian television networks. The historian Paul Ginsborg (2003: 37-38) gives a good portrait of the way in which some News programmes work in Italy:

Take the example of the news on Rai Uno, where an almost ritualistic pluralism prevails: there is a regular parade of politicians, among whom figure members of the opposition. They all say something briefly. Berlusconi himself often appears, to say something at greater length. There then follows the *cronaca*, mainly a series of depressing incidents and fatalities of varying nature. The Pope is given a ritual few minutes and at the end it is time for sport. The general impression conveyed is of desperation at the state of the world, the vacuity of the politicians, the need for religion and the good sense of the Prime Minister.

Between 2001 and 2006, Berlusconi's unique media regime was capable of casting a heavy curtain of silence over information that might have damaged the Prime Minister's image and business interests. Amid a series of trials and investigations into the sources of Berlusconi's wealth that in any normal democratic environment could have ruined him politically and economically, his control of media muzzled any attempt of thorough analysis of those trials and their revelations. Not surprisingly, in this political milieu, Freedom House listed Italy as the least democratic country in Europe: Italy was ranked eightieth in the world, immediately after Tonga and Botswana and just before Antigua and Burkina Faso (*Freedom House*, 2006).

One famous example of the influence of the regime on Italian media is the Italy-Germany diplomatic row that took place in the summer of 2003. When in July of that year Berlusconi caused a wave of indignation throughout Europe by comparing a German Member of the European Parliament Martin Schultz to a Nazi concentration camp commander (*Guardian*, 2003 a) – RAI's main evening news program did not show the incident and only briefly reported on; coverage on other stations was «deliberately softened and cut» (Arie, 2003). The Italian press downplayed the affair, «with many papers relegating the story to the back pages» as reported by the BBC (2003).

The problem with Berlusconi's Italy is very simple: in such a political and social context where television plays such an important role in shaping up public opinion (Ginsborg, 2004: 105-6), «[d]issenting voices from society are never heard» (Ginsborg, 2003: 38). Even in *the ritualistic pluralism* of RAI 1 – as Ginsborg puts it – «the multiple associations of Italian civil society simply do not exist – unless they reach such mass proportions, as with the

European Social Forum's peace march in Florence in November 2002, that they cannot be ignored» (Ginsborg, 2003: 38). And even in this latter case that is not always true as exemplified by the partial reporting of the 2003 campaign against the Iraq War. Back then 3 million people gathered in Rome, yet the protests were not reported by RAI in order to spare politicians pressure from the people (*Guardian*, 2003 b). Roberto Natale, head of RAI Journalists Union, said he and his colleagues at the network were instructed to downplay the size of the protest, not to show the pacifist flag, and to refer to the protesters not as *pacifisti* (pacifists) but with the negative adjective of *disobbedienti* (disobedient people) (Gomez and Travaglio, 2004: 289; *The Prime Minister and the Press*, 2003).

Discussing the state of democracy in Italy in the 90s, Ginsborg (2002) points out that the scandals of Tangentopoli, the rise to power of Berlusconi, it is not only the result of the faults and lack of integrity of a rotten ruling political class, but also it depends upon the willingness and strength of the Italian people «upon the culture of its families and the energy of its citizens» (2002: 263). What Ginsborg is hinting at is the importance of an active civil society that can serve as antibody to contrast the malaise that has produced Berlusconi and can resist his regime. Nevertheless, in such a complex political context, as it is clear from the examples quoted earlier, traditional means of resistance used by civil society, such as public gatherings, picketing, or strikes lose their effectiveness when television networks refuse to report them (Gomez and Travaglio, 2004: 284-291). Thus, civil society organizations must find new ways to operate and manifest their dissent.

Before going any further it is important to clarify that with the term civil society in this article I understand broadly speaking all those associations or political actors that work outside the sphere of the State, the family, or the market, whose most important function is to monitor the exercise of power and its excesses (Keane, 1998: 11). The term civil society properly «describes and envisages a complex and dynamic ensemble of legally protected non-governmental institutions that tend to be non-violent, self-organising, self-reflexive, and permanently in tension with each other and with the state institutions that "frame", constrict and enable their activities» (Keane, 1998: 6). Organisations such as trade unions, community based groups, charities, or non-governmental organisations and advocacy group are among the many examples of civil society organisations. However, as Keane rightly points out, the term civil society is an ideal-typical category, and hence it cannot be found in its pure form in the real world, in fact its boundaries are often blurred and confused with those of the State, or the market (Keane, 1998: 6).

In the remaining part of this article I will demonstrate that in response to Berlusconi's media regime, the Italian civil society has sought out new ways to resist. For example, in the recent past, harnessing the power of the web, a new reinvigorated web-based civil society has been successful in infiltrating the regime with the information that it is trying to censor. The example I use here is that of Beppe Grillo and the community of active citizens orbiting around his blog, they all in fact use the Web to «perforate» the system, to make the public aware of different truths than those broadcasted by mainstream media (Grillo, 2004: 405).

Beppe, who?

Beppe Grillo is one of the most popular and controversial stand-up comedians that has ever appeared on Italian television. Grillo began his career at the end of the 1970s (*Internazionale*, n.d.) and by the early 1980s, high audience ratings and critical acclaim made him a national celebrity. Toward the end of the decade, he began criticizing prominent Italian politicians and big corporations for corrupt practices (Grasso, 1992: 467-468; Israely, 2005). Because of mounting pressure of politicians and advertisers against Grillo's satire, TV producers stopped inviting him on their shows. Sent into unofficial exile, Grillo was forced to perform in theatres, sports arenas, and public squares.

Since the early 1990s Grillo has appeared only twice on public television. Yet Grillo's ban from the small screen has made him even more popular with the Italian public (*Internazionale*, n.d.). In 2005 *Time* magazine named Grillo among the 37 European heroes of the year «who illuminate and inspire, persevere and provoke» (Israely, 2005). In recent times, Grillo has been able to increase his popularity by transforming himself from a popular television comedian into a blogger. It is important here to note that his long-standing popularity with the public as the outspoken talking cricket, a vociferous critic of political and economic corruption, has played no little role in the success of his blog. Through his site beppegrillo.it, Grillo and his staff offer nonaligned and critical political information that rarely finds space in today's mainstream media. At the same time, thanks to the comments and countless feedbacks that are either posted daily on the blog or sent via email, Grillo himself has access to information and stories that otherwise would remain untold.

Grillo is a fervent critic of the lack of democratic openness in contemporary Italian politics. He fights to unveil the truth about issues that mainstream media and politicians do not dare to address (Grillo, 2004:

405). His main arguments can be summarised in three lines of critique: (1) politicians (and also high rank Civil Servants) should be held accountable for their actions (Grillo, 2006 a); (2) to be truly representative they should be chosen by the people and not by political parties, as is often the case in Italy (Grillo, 2007 a; Povoledo, 2007); (3) politicians and their actions should be fully transparent (Grillo, 2007 a). Nonetheless, it must be noted here, Grillo's increasingly politically oriented actions are not without shadows: as I showed elsewhere, a thorough analysis of his initiatives suggests that his *modus operandi* can rightly foster accusations of shallow demagoguery and lack accountability, representativeness, and transparency (Navarra, *forthcoming*).

From a *simple blog* to a web-based Civil Society

In 2005, Grillo turned his then not very active website (beppegrillo.it) into a blog. The term *blog* (abbreviation of weblog), refers to an online diary or journal whose entries (*posts*) are public, often organised chronologically and archived through categories. Its structure makes it a simple and direct means of production and distribution of information. A blog is in fact always easily accessible and editable on the internet. The content of a blog is as various as one can imagine. In it one can find any kind of user-generated content, from text to image, from sound to video, and that content can be downloaded, read, used, commented on, and exchanged easily and rapidly, and more importantly it can be as daring and politically incorrect as one can wish or imagine. For Grillo, a «blog is an amazing thing that connects people» virtually and practically. Beppegrillo.it in fact aims at providing a free platform for all citizens who are willing to communicate and share information, regardless of their political views (Grillo, n.d.-a). Judging from the success of the blog, Grillo seems to have achieved his goal.

In January 2005, Grillo begun blogging about his tour of performances and slowly moved on discussing some political and social issues, those in line with his shows. Within just few months the blog took off. In fact, less than a year after its first post, in mid-December 2005, beppegrillo.it was voted *best Internet site* in the category «News and Information» for the well known *www 2005 Prize*. The yearly prize, organized by *il Sole 24 Ore*, the most popular Italian daily financial newspaper, was awarded to Grillo's blog «for the interactivity with the public, the ample documentation on the Internet and the commitment to tackle topics of use to citizens» (Grillo, 2005 b).

One of the most common ways to measure the «authority» or importance of a blog is to count the number of other bloggers that link to it. This is the methodology used by Technorati.com, the leading blog search engine to determine the search rank of blogs. According to Technorati, *beppegrillo.it* authority rank⁶ is n. 20 in a list currently tracking and ranking over 112 million blogs.⁷ There are 7,407 other blogs that link to it.

In a previous study that I conducted on *beppegrillo.it*, I also found out that data show a constant growth in number of comments, especially those with a focus on politics (Navarria, 2007). The most active site of comments was in fact «Politics»⁸ which received more than 111,000 comments in a 12-month period (May 2005 - May 2006), almost a quarter of the total number of comments posted on the blog (463,000). On average, the subject of politics scored over 1,300 comments per post. In the same period, the overall number of comments grew by 368.87 percent. It jumped from 17,021 comments (May 2005), to 62,786 (April 2006).⁹

The offline work and organizing framework of the community orbiting around the blog is strongly facilitated by a direct link with Meetup.com, an online portal that facilitates social networking by helping people with similar interests finding each other and organising regular face-to-face meetings. To date, the Meetup.com group category «Friends of Beppe Grillo» has around 73,000 members, themselves organized in more than 500 groups located in 358 cities in 21 different countries.¹⁰ The friendship groups meet regularly, they have organized more than 14,000 meetings, and sometimes, when possible, Grillo himself attends their meetings, either in person or in video-chat.¹¹ Moreover, notwithstanding the importance of Grillo's charismatic figure, this multitude of Meetup groups is slowly

6 Technorati's authority rank is calculated by counting the number of unique blogs that have linked to a blog in the previous 180 days (data retrieved August 16, 2008).

7 Source: <http://www.technorati.com/about/>, data retrieved August 16, 2008).

8 The blog's post are archived according to ten topic categories: Citizen Primaries, Ecology, Economics, Energy, Health/Medicine, Information, Politics, Technology/Internet, Transport/Getting About, Wailing Wall.

9 As I argued elsewhere (Navarria, *forthcoming*), data drawn on comments give a clearer picture of the cultural and political spectrum of the community orbiting around a blog. In fact comments are the prime means by which the readers can actively enter the conversation, engage, and influence the discussions about the issues raised on the blog.

10 Source: <http://beppegrillo.meetup.com/about/?gmap=1> (retrieved August 18, 2008).

11 See for instance the International Meetup (January 19/20, 2008), organized by the Beppe Grillo's Friends Amsterdam Meetup Group; during that meeting Beppe Grillo himself connected to the audience via video through Skype. A recording of his message is available online: (retrieved February 2008).

shaping up into a self-aware international committed network of political activists capable of organizing itself beyond geographical boundaries, independently from the blog. The network uses Meetup to coordinate itself and harness the power of free software such as Skype, the free Internet-based phone software, to organize International online meetings between its members and discuss future course of actions.¹²

A web-based Civil Society at work: the *Clean up the Parliament* campaign in two acts

Facilitated by powerful and low-cost *tools* such as Meetup.com and Skype, in the past three years, the lively and growing civil society orbiting around Grillo's blog has been able to organize a number of grassroots campaigns, ranging from efforts to protect and sustain scientific research to economic and political issues. The community often took a firm stand on matters that have been underrepresented or misrepresented within the mainstream media. Of these campaigns, one stood out for its success in engaging the public participation and the interest that surrounded it: *Parlamento Pulito* (Clean up the Parliament). This campaign and its organizing process represent an important blue print of how a web-based civil society works: on the one hand it shows the strengths of the blog in functioning as a virtual agora where its community can actively debate and engage with social and political matters that are often neglected by mainstream media; on the other hand it raises some important questions about the organizational process of the campaign, the strength of the involvement of the citizens, the procedures of accountability inherent to this campaign, and the ultimate political impact of the campaign.

Clean-up the Parliament can be considered as a two-act campaign: the first act (at the end of 2005) aimed to inform the Italian public of a simple but rarely discussed fact: several Members of the Parliament (MPS) have been convicted by the courts yet they are still allowed to represent their constituents (see Gomez and Travaglio, 2006). The second act, two years later, was effectively a referendum that aimed to gather enough signatures to propose a law to the Parliament to deal with the issue of convicted politicians.

¹² Personal communication with Ethel Chiodelli, Assistant Organizer of the London Beppe Grillo Meetup Group

Act I

Originally, the Clean up the Parliament campaign stemmed from an initiative of the Beppegrillo Meetup group in Milan, the ultimate aim of the initiative was to protest against the lack of an adequate legislation for preventing convicted politicians to enter the parliament (Grillo, n.d.-b). Beppe Grillo and his fellow bloggers published 25 posts which received 29,382 comments (on average 1175.28 per post) debating the issue and how to organize the protest. Eventually it was decided that the best way to make the protest known to the wider public was to raise money and purchase a one-page advertisement in a national newspaper to denounce the situation. The campaign successfully managed to raise almost 60,000 euros, however, according to Grillo, not one of the national newspapers he contacted agreed to publish the one-page advertisement, hence the comedian turned his attention to the international press. At the end the choice fell on the *International Herald Tribune* (*IHT*). The one-page of text drew attention to the problem and asked the Members of Parliament whose names were among those convicted to resign (Grillo, 2005 a, 2005 c).

With hindsight, this first act of the campaign did not achieve much in terms of political result: the law was not even discussed in the parliament, and not a single MP resigned. However, it raised some interest and praises in Italy and overseas, most notably from Anupam Mishra secretary of the Gandhi Peace Foundation of New Delhi in India who, in a long letter addressed to Grillo (2006 b) and then posted on the blog, commented:

On behalf of our organization [...] we congratulate you on such a courageous advert and the important piece in the services of civil society. [...] We have circulated your inspiring advert to some news channels and Hindi newspapers [...thanks] for this small but greater step in the direction of upholding the democratic values.

Overall, albeit politically unsuccessful, this first act was useful in consolidating the blog – at such an early stage of life – as an excellent tool to help organizing the efforts of the community of citizens orbiting around it.

Act II

Almost two years after the appeal published on the *IHT*, on September 8, 2007, Grillo and his followers organized a protest called the *V-Day* or *Vaffanculo Day* (*Vaffanculo* means «fuck of» in Italian). On the day commemorating the Italian armistice in World War II (September 8,

1943), Grillo asked his fellow bloggers to gather in the squares of their cities throughout Italy and the world and to sign a petition to propose a new law to the Parliament. The proposed law is composed of three different elements: (1) candidates convicted by courts of law should be forbidden from running for public office; (2) political careers should be limited to only two terms; and (3) that the members of Parliament should be directly chosen by the people (Grillo, 2007 a).

The V-day was a success both in terms of numbers and media exposure: 350 thousand people gathered in more than 200 cities worldwide.¹³ The meetings were organized through the blog and through Meetup.com. In the aftermath of the event, the issue was debated in the pages of the Italian newspapers and on television,¹⁴ and it sparked harsh reactions from politicians from both sides of the Parliament. Commenting on this success, Grillo said: «I was really surprised. I didn't expect such a big turn out ... What happened out there was the release of a virus that's about to attack the political class. But in this case there's no vaccine» (Povoledo, 2007).

Moreover, the V-day was an other important step in the shaping up process of the civil society inspired by Grillo. For the very first time since the birth of the blog, on a national (and international) stage the many members that were part of the movement had finally the chance to stop being simply inoffensive lines of electronic text on a web page, and instead became real faces in a massive crowd of real committed citizens that have the ability to vote in an election and influence others.

Conclusions: a blueprint for the future?

The (partial) success of the blog and of initiatives like the V-Day shows that *beppegrillo.it* represents a new emerging trend in the Italian political sphere, one that dares to challenge what they perceive as an old sclerotic form of politics. However, whether or not Grillo is right in arguing that the trend set by his community of active citizens is *a blueprint for the future* (Povoledo, 2007) is all to be seen. At the moment some things seem certain, others are all to be proven.

It is clear that those who read and comment on Grillo's posts are members of an active public inspired by the comedian. In addition to

¹³ Source: Google Maps: <http://maps.google.it/maps/user?uid=117013866427879023294&hl=it&gl=it> (Retrieved August 18, 2008).

¹⁴ For articles and news about the V-Day, see: <http://www2.beppegrillo.it/vaffanculoday/>

posting thousands of comments on the blog, they post videos on external platforms, create and participate in social and political campaigns, publicize the blog and the work of its community, and organize regional and international gatherings via Meetup.com. In these ways they fight against the political establishment and actively attempt to give life, substance, and direction to a form of politics that aims to create a more democratic alternative to the existing status quo.

On the other hand, though it is also clear that if one looks at the political achievements of the blog's campaigns, little or nothing has changed in Italy since Grillo's started blogging. Grillo himself in a recent post on his blog admitted it: «The collection of signatures for a Clean Parliament has been ignored» (Grillo, 2008). The many millions of people that gathered in the streets in less than a year protesting against Prodi and Berlusconi's governments have been politely overlooked by those in power. Berlusconi keeps looking after his own interests. The left is uninterested. «The time of referendum and popular laws has finished» remarks Grillo, in fact, he dares to say «[politicians] use [our] signatures to clean their arses» (Grillo, 2008).

«What's to be done?» wonders Grillo. The answer he argues is hidden beneath something more daring and political. What is needed is a complete break with the existing political class. Politics must return in the hand of the citizens. And in fact the gauntlet has already been thrown. Riding the momentum of the first V-day, soon after the event ended, Grillo launched a new initiative, *Liste Civiche* (civic list), an open challenge to the political establishment. *Liste Civiche* are collaboratively created lists of local administrators who meet the standards approved by the Grillo community. For the lists to get the Beppe Grillo stamp of approval they must fulfill a set of requirements; for instance, they can not be linked to political parties, their members must have a clean record, each candidate should reside in the same location of his or her constituents, and candidates may not have served previously more than one term in office – either at local or national level (see Grillo, 2007 b). Grillo, however, is not attempting to create a new political coalition, but rather he stresses that each of these lists should be autonomous. He says, «I am not promoting any Civic List, neither local, nor national. The participants of the V-day do not lend their voices to anyone. They are megaphones of themselves. They are citizens that do their own politics» (*Repubblica*, 2007 a). Overall, during last local elections (April 2008) 19 lists¹⁵ were given the stamp of approval. On average these lists gathered in their constituency about 2.8 percent of

15 See <http://www2.beppegrillo.it/listeciviche/amministrative2008.html> (retrieved 21 June 2008).

the votes.¹⁶ The most significant results were in Rome and in Palermo where the two candidates supported by Grillo (Serenetta Monti as Mayor of Rome and Sonia Alfano as Governor of Sicily) received respectively almost 45 thousand and 70 thousand votes.¹⁷ Overall not at all a bad result for outsiders promoted mainly through the internet. And that is only the start. In fact as Grillo (2008) writes:

From September [2008], I will support the civic lists for the local elections in 2009. I will start an information campaign abroad about the dictatorship that is present in our country. I will ask those who follow the blog to participate in a series of immediate actions to change our reality. Information, health, food, employment mobility, work. An action each month to hit them in their wallets and to take back our country for ourselves. They will never give up, neither will we.

Time will tell if Grillo is right or wrong. Nonetheless one thing seems already clear, with or without Grillo, the civil society orbiting around his blog is one that understands the value of the democratic political process and the importance of new communication media to defend that process. The gauntlet is on the ground of the *Bel Paese*, will anyone pick it up?

Bibliography

- ARIE, S. (2003): «Italian TV accused of censoring furore over Berlusconi jibe», *The Guardian*, July 5, retrieved April 1, 2007, from: BATTAGLIA, B. (1957): *The Story of the Italian Resistance*, translated by Phyllis Deborah Cummins, Odhams Press.
- BBC (2003): Press upset at Italy-Germany row, *BBC*, July 10, retrieved April 1, 2007, from: <http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/europe/3055869.stm>.
- BERLUSCONI, S. (2008): Speech at the national assembly of the Confesercenti Italia, 25 June 2008, Video retrieved 1 July 2008 from: BLATMANN, S. (2003): *A media conflict of interest: Anomaly in Italy*, retrieved April 1, 2007, from Reporters Sans Frontiers Web site: http://www.rsf.org/-article.php?id_article=6393.
- DINMORE, G. (2008): «Italy gets tough on crime while neglecting corruption», *Financial Times*, 5 August.

¹⁶ Data retrieved from the Italian Home Office website: (20 June 2008).

¹⁷ For Sicily data retrieved from the election Website:

http://www.elezioni.regione.sicilia.it/publicsite/rep_7/riepilogoRegionale.html;

for Rome from the Italian Home Office:

<http://amministrative.interno.it/amministrative/amm080413/G0700900.htm>

- ECONOMIST (2001): «An Italian Story». *The Economist*, April 26.
- EMMOTT, B. (2003): «An open letter to Silvio Berlusconi», *The Economist*, July 30.
- FORBES MAGAZINE (2007): «The world's billionaires», *Forbes.com*, March 8, 2007, retrieved April 1, from: http://www.forbes.com/lists/2007/10/07billionaires_Silvio-Berlusconi-family_EEPT.html.
- FREEDOM HOUSE (2006): *Freedom of the press 2006 – A global survey of media independence*, retrieved April 1, from Freedom House Web site: <http://www.freedomhouse.org/template.cfm?page=271&year=2006>.
- GINSBORG, P. (2005): *Silvio Berlusconi: Television, Power and Patrimony*, London, Verso.
- (2003): «The patrimonial ambitions of Silvio B», *New Left Review*, n. 21, 21-64.
- (2002): *Italy and its Discontents: Family, Civil Society, State 1980-2001*, Allen Lane, The Penguin Press, London.
- GOMEZ, P. and M. TRAVAGLIO (2006): *Onorevoli wanted*, Roma, Editori Riuniti.
- (2003): *Bravi ragazzi - La requisitoria Boccassini, l'autodifesa di Previti & C. Tutte le carte dei processi Berlusconi-toghe sporche*, Roma, Editori Riuniti.
- (2004): *Regime*. Milano: BUR Futuropassato–Rizzoli Editore. (Translation from Italian is mine).
- GRASSO, A. (1992): *Storia della televisione italiana*, Milano, Garzanti. (Translation from Italian is mine).
- GRILLO, B. (2008): «Political Press Release number fifteen», *Il Blog di Beppe Grillo*, October 10, retrieved August 19, 2008, from: <http://www.beppegrillo.it/eng/aiuto.php>.
- GRILLO, B. (n.d.-a.): «Help», *Il Blog di Beppe Grillo*, retrieved April 1, 2007, from: <http://www.beppegrillo.it/eng/aiuto.php>.
- (n.d.-b): «Enough! Clean up parliament!» *Il Blog di Beppe Grillo*, retrieved April 1, 2007, from: http://www.beppegrillo.it/2007/10/liste_civiche1.html.
- (2007 a): «V-day, 8 settembre nelle piazza italiane», *Il Blog di Beppe Grillo*, retrieved October 30, 2007, from: <http://www2.beppegrillo.it/vaffanculoday/>.
- (2007 b): «Liste civiche/1», *Il Blog di Beppe Grillo*, October 10, 2007, retrieved February 21, 2008, from: http://www.beppegrillo.it/2007/10/liste_civiche1.html.
- (2006 a): «Il dipendente Prodi riceve i risultati delle Primarie dei Cittadini» *Il Blog di Beppe Grillo*, June 8, retrieved April 1, 2007, from: http://www.beppegrillo.it/2006/06/il_dipendente_p_1.html, the English

- translation at: http://www.beppegrillo.it/eng/2006/06/our_employee_prodi_receives_th_1.html (Translation from the blog)
- (2006 b): «Cleaning up the Indian parliament» *Il Blog di Beppe Grillo*, January 22, 2006, retrieved April 1, 2007, from: http://www.beppegrillo.it/eng/2006/01/cleaning_up_the_indian_parliam.html.
- (2005 a): «Clean up parliament, appeal from the blog www.beppegrillo.it» *International Herald Tribune*, November 22, retrieved April 1, 2007, from: http://www.beppegrillo.it/immagini/beppe_ht.pdf.
- (2005 b): «The voice of the Susa Valley/9», *Il Blog di Beppe Grillo*. December 16, retrieved April 1, 2007, from: http://www.beppegrillo.it/eng/2005/12/the_voice_of_the_susa_valley_9.html.
- (2005 c): «Stand up! Clean up! The parliament», *Il Blog di Beppe Grillo*, November 22, retrieved October 28, 2007, from: http://www.beppegrillo.it/2005/11/stand_up_clean.html.
- (2004): «Postfazione», in GOMEZ, P., and M. TRAVAGLIO (2004): *Regime*, Milano, BUR Futuropassato–Rizzoli Editore. (Translation from Italian is mine).
- GROSSI A. and P. ZANCA (2008): *I cento giorni di Berlusconi III - Una guida ragionata ad un governo irragionevole*, electronic book published by *L'Unità*, retrieved from: <http://www.unita.it/documenti/centogiorni.pdf> (19 August 2008).
- GUARDIAN, THE (2003 a): «MEPs' fury at Berlusconi's Nazi jibe», *The Guardian*, July 2, retrieved April 1, 2007 from: <http://www.guardian.co.uk/eu/story/0,7369,989630,00.html>.
- (2003 b): «Millions worldwide rally for peace», *The Guardian*. February 17, retrieved April 1, 2007 from: <http://www.guardian.co.uk/antiwar/story/0,12809,897098,00.html>.
- INTERNAZIONALE (n.d): «Biografia di Beppe Grillo», *Internazionale*, retrieved April 1, 2007 from: http://www.internazionale.it/beppegrillo/page.php?pagid=grillo_biografia.
- ISRAELY, J. (2005): «Seriously funny», *Time Europe*, 166 (15), October 10, retrieved April 1, 2007 from: <http://www.time.com/time/europe/hero2005/grillo.html>.
- KEANE, J. (1998): *Civil Society: Old Images, New Vision*, Cambridge, Polity Press.
- NAVARRIA, G. (*forthcoming*): «Beppegrillo.it: One Year in the Life of an Italian Blog», in ADRIENNE R. and N. ECHCHAIBI (eds.), *International Blogging*, Peter Lang.
- (2007): «The Talking Cricket» in *The CSD Bulletin*, Vol. 14 No. 1 & 2, University of Westminster Press. pp 1-2 and 35-36.

- POVOLEDO, E. (2007): «Protest unnerves Italy's political elite» *International Herald Tribune*, September 13, p. 2.
- REPUBBLICA, LA (2007): «V-day, Grillo lancia le sue liste civiche Chi lo merita avrà il mio bollino», *La Repubblica*, September 17, retrieved May 23, 2007, from: <http://www.repubblica.it/2007/01/sezioni/politica/sondaggi/2007/credenza-istituzioni/credenza-istituzioni.html>.
- (2006 a): «Nel 2005 Rai vince su Mediaset e tra i programmi trionfa Sanremo», *La Repubblica*, January 13, retrieved April 1, 2007, from: http://www.repubblica.it/2006/a/sezioni/spettacoli_e_cultura/auditel2/auditel2/auditel2.html.
- (2005): «Le regole per la nomina dei vertici della Rai», *La Repubblica*, May 17, 2005, retrieved April 1, 2007, from: <http://www.repubblica.it/2005/c/sezioni/politica/cdarai/nuovleg/nuovleg.html>.
- (2002): Il premier: «Via dalla Rai Santoro, Biagi e Luttazzi», *La Repubblica*, April 18, 2002, retrieved 08 July 2008 from: <http://www.repubblica.it/online/politica/raionominedue/berlu/berlu.html>. (Translation from Italian is mine).
- SATYRICON (2001): «Daniele Luttazzi Interviews Marco Travaglio», *Satyricon*, broadcasted on RAI 2, 14 March. The transcript and audio of the interview with Luttazzi is available in Marco Travaglio's website: (retrieved: 1 April, 2007).
- SCHNEIDER, P. T. (2003): *Reversible Destiny: Mafia, Antimafia, and the Struggle for Palermo*, University of California Press.
- THE PRIME MINISTER AND THE PRESS (2003): Documentary, Executive Producer: Stefano Tealdi, Director: Susan Gray. Broadcasted by PBS, retrieved April 1, 2007, from: <http://www.pbs.org/wnet/wideangle/shows/berlusconi/index.html>.
- TRAVAGLIO M. and E. VELTRI (2001): *L'odore dei soldi - Origini e misteri delle fortune di Silvio Berlusconi*, Roma, Editori Riuniti.

Formas de participación en procesos democráticos recientes. Sociedad civil en San Carlos de Bariloche

PAULA NÚÑEZ – RICARDO FUENTES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COMAHUE, ASOCIACIÓN CIVIL NÚCLEO PATAGÓNICO, ARGENTINA

Resumen

Este trabajo explora los factores que inciden en los procesos sociales participativos, a partir de experiencias de los sectores vulnerables en San Carlos de Bariloche, Argentina. Los detalles de las formas participativas locales se enmarcan en el proceso de democratización nacional. El mismo ha enfrentado sucesivas crisis económicas y políticas, siendo particularmente relevante el quiebre del año 2001. La recuperación de la gobernabilidad fue de la mano de discursos oficiales que reivindican la participación social en el diseño de políticas públicas.

Exploraremos si las vías institucionales que se inauguran resuelven el ocultamiento proyectado sobre los sectores populares. Pondremos a la luz que, al privilegiar la idea de ciudadanía sobre la de sociedad civil, los prejuicios permanecen y se cristaliza el silencio de las voces populares.

Palabras clave: participación, democracia, sectores populares, sociedad civil, ocultamiento.

Abstract

This paper explores the factors that affect social participatory processes, based on experiences of vulnerable groups in San Carlos de Bariloche. Details of local forms of participation are part of the Argentinian democratization process. The same has faced successive economic and political crises, being particularly significant the breakthrough of the year 2001. The recovery of capacity of governance is connected with the official argue claiming social participation in the design of public policies. We will explore if institutional initiatives solve the concealment projected over popular sectors. We will point out the fact that, when prioritising citizenship over civil society, prejudices remain and the silence of social voices crystallises.

Key words: participation, democracy, popular sectors, civil society, concealment.

1. Introducció

Este trabajo explora los factores que inciden en los procesos sociales participativos, a partir de experiencias de los sectores más vulnerables de una localidad del sur argentino: San Carlos de Bariloche. Los detalles de las formas participativas locales se enmarcan en el proceso de democratización nacional reiniciado en 1983. Desde este año a la fecha, Argentina ha enfrentado sucesivas crisis económicas y políticas, siendo particularmente relevante el quiebre del año 2001. La recuperación de la gobernabilidad a partir de esta fecha fue de la mano con discursos oficiales que reivindican la participación social en el diseño de políticas públicas.

En las páginas que siguen exploraremos, a partir de una localidad en particular, si las vías institucionales que se inauguran resuelven los silencios y ocultamientos que se han proyectado sobre los sectores más vulnerables de la sociedad. Para ello indagamos en la construcción histórica de este ocultamiento, la percepción del mismo por parte de los diferentes actores involucrados y las formas participativas que se proponen.

Debemos aclarar que entendemos *participación* en un sentido social y no individual. Es decir, revisamos formas grupales de participación, explorando en detalle los modos y estrategias adoptados por los sectores sociales que más dificultades encuentran para ser reconocidos desde su particularidad: los sectores populares, que son los ámbitos más vulnerables por la precariedad de su integración económica, las necesidades básicas insatisfechas y la falta de servicios. En este sentido entendemos que no debemos asumir una forma a priori en los vínculos que se establecen, y aquí nos remitimos al debate entre el concepto de ciudadanía y sociedad civil presentado por Marta Ocham (2007). En el mismo la autora señala que, si bien ambos conceptos describen la relación entre los individuos y las instituciones, la *ciudadanía* asume una forma vertical mientras que la idea de sociedad civil apela a una consideración horizontal en los vínculos que se establecen en el espacio público.

En el tema que nos ocupa, interpretar a los sectores populares desde la categoría de ciudadanía naturalizaría una relación vertical respecto del Estado, lo cual lleva a reproducir las formas opresivas establecidas históricamente. Es por eso que, al tomar como concepto *sectores populares*, nos referimos a un recorte dentro de la categoría de sociedad civil. Las formas participativas que exploraremos no se inscriben en los modos descritos en los debates teóricos, sino que se establecen desde dinanismos autónomos, cuyas formas resultan invisibles si no se parte de la importancia de indagar desde las particularidades antes que desde los modelos establecidos.

San Carlos de Bariloche

La ciudad que elegimos como centro de nuestras reflexiones es una localidad de montaña, situada en el sur de la cordillera de los andes, sobre la margen sur del lago Nahuel Huapi, al oeste de la provincia de Río Negro, en la Patagonia argentina, cerca del límite territorial con la República de Chile. Una ciudad conocida fundamentalmente como destino turístico por la exuberancia de su paisaje y su centro de esquí.

En este rincón cordillerano los sectores populares se incorporan con dinanismos tales que, podemos pensar, que han sido tomados como *ajenos* al paisaje. El relato histórico oficial de creación y desarrollo no los reconoce, además, la heterogeneidad de los mismos se eclipsa bajo la denominación *sectores del alto* (Fuentes y Núñez: 2007). Consideramos que la participación de estos sectores no es independiente del modo de entender la historia, porque las representaciones del pasado atraviesan la interpretación del presente y son la base del diseño de políticas hacia el futuro.

Desde sus inicios a fines del siglo XIX, el paraje de San Carlos de Bariloche presentó características propias de una modernidad periférica, que permanecen a lo largo de su historia, esto es, según Casullo (1989: 62):

[...] irracionalidad exasperante entre discurso y realidad, descentrada, que agolpó en un mismo espacio y tiempo erupciones industrialistas y testimonios de mundos indígenas, saqueos de poderes extranjeros, desacoples culturales, apariencias de desarrollo sobre contextos infrahumanizados.

La actual Patagonia argentina, territorio indígena hasta fines del siglo XIX, fue incorporada al proyecto nacional en el proceso conocido como *conquista del desierto*. Esta conquista estuvo dirigida por una élite oligárquica conservadora, que impuso su sello fundacional sobre los nuevos espacios. Se dio inicio así a una conflictiva relación entre una realidad que avanzaba más rápido que las planificaciones que intentaban diseñarlas. En la región de Bariloche estas contradicciones se plasman a través de la metáfora que se toma como destino manifiesto de la aldea: Bariloche como la «Suiza Argentina», no sólo por el paisaje, sino (y sobre todo) por el tipo de población que se supone como *natural*. Esta idea se fortalece a partir de la creación del Parque Nacional Nahuel Huapi, en 1934.

La urbanización de Bariloche era concebida como una necesidad estética e higiénica ya que representaba la entrada al Parque y sería la prime-

ra impresión del turista (Bustillo, 1972, 1988). Se pretendía que Bariloche fuera una ciudad representativa de la pujanza económica del país, de su cultura y hasta de su propia nacionalidad, es decir, como citan Berjman y Gutiérrez (1988: 22):

[...] se pensaba hacer una ciudad central de fronteras y atraer una corriente demográfica que neutralizara la de Chile; embellecerla y darle todo el confort que necesitaba para albergar un turismo internacional y a la clase burguesa adinerada de Buenos Aires.

En esta imagen los sectores marginados fueron investidos con un carácter de precariedad que no se reconocía como propio de la sociedad local. Visualizados como ajenos al escenario turístico que se buscaba edificar, los mismos han luchado por su visibilidad, que no se concretó desde la simple permanencia.

No debemos perder de vista que las representaciones de nuestra ciudad se fueron consolidando durante períodos signados por el autoritarismo. De esta manera no debería sorprender la fuerza de la ruptura centro-sectores populares si consideramos que, durante la última dictadura militar (1976-1983), se impuso un discurso que presentó a los sectores sociales más vulnerables como ajenos a la ciudad. Eternos recién llegados, sin derechos, susceptibles de ser afectados por desarraigos que estuvieron muy lejos de responder a situaciones de riesgo concretos y expulsados de sus casas con justificativos arbitrarios.

El retorno de la democracia permitió la revisión de muchas de estas tendencias y en este contexto se potenciaron organizaciones barriales, pero desde los sucesivos gobiernos no se llegó a revisar en profundidad la discriminación y desigualdad imperante en el período anterior. No hubo actos de reparación, sólo silencio y ejercicios para mejorar situaciones de emergencia, pero que sin embargo sirvieron para naturalizar una división simbólica que se profundizó en el contexto neoliberal de la última década del siglo xx. Al respecto valen algunas aclaraciones, en los 90 se observa una situación de fragmentación social singular. Si bien tienden a diluirse las acciones colectivas de reclamo y protesta, paradójicamente surgen numerosas organizaciones caracterizadas por aglutinar por separado a pocas personas.

Ante la crisis socio-político-económica de los últimos años, la fragmentación social también constituye una manifestación por alcanzar cierta autonomía frente a las tendencias centralizadoras de las políticas estatales referentes a la participación y al reclamo.

Los sectores populares

Consideramos que, lejos de ser un recorte preciso, homogéneo y constante, el concepto *sectores populares* nos sirve para identificar en forma provisoria un sector de la realidad social y nos permite marcar una diversidad de identidades cambiantes, de límites variables y con dinamismo propio; un área de la sociedad donde se constituyen sujetos y cuya existencia es el resultado de un conjunto de procesos, objetivos y subjetivos, que confluyen en una cierta identidad, en una coyuntura determinada (Romero y Gutiérrez, 1995).

En los sectores populares existen profundas diferencias ideológicas, de poder, prestigio, riqueza y diversidad ocupacional que en ocasiones pueden dar lugar a diferenciaciones o ser fuente de enfrentamientos que profundicen mecanismos de dominación. Pero, por otra parte, surgen tendencias unificadoras a partir de experiencias colectivas, en las condiciones de hacinamiento, en el ser parte de minorías étnicas o de colectividades, en la participación en acciones de lucha, en las vivencias de las mismas condiciones laborales, entre otras.

Los sectores populares de Bariloche están distribuidos a lo largo del vasto ejido municipal y cada barrio contiene características difíciles de generalizar, que se fundan en la historia particular de cada sector. Entre los aspectos a tener en cuenta se debe considerar el modo en que se constituyeron, la estructura edilicia que se fue desarrollando, la distribución espacial, el tipo de poblamiento, los servicios a los que tiene acceso, la situación de la tenencia de tierras, etc.

Esta variedad se eclipsa cuando todos estos ámbitos quedan designados como *sector del alto*, una denominación que deja fuera otros sectores populares que al estar insertos en el espacio residencial de *los kilómetros* o en pleno centro, suelen omitirse en las reflexiones generales.

Los estereotipos sociales unificadores en torno a los sectores populares se multiplican en la mayor parte de las referencias públicas y son la base de gran parte de la política social que se diseña, entre las cuales se cuenta el diseño de espacios participativos. Este dilema se liga a las formas concretas que adquiere el ejercicio de la memoria social en Bariloche, porque los sectores populares habitualmente quedan fuera de la historia oficial en cualquier ciudad, ya sea por el propio velo que impone la memoria hegemónica o por el escaso estatus que adquieren los relatos personales. Las experiencias de vida de sus protagonistas generalmente son reducidas a curiosidades folclóricas propias del ámbito privado y con ello se pierde una fuente imprescindible para comprender e incidir en el dinamismo global de la ciudad.

En Bariloche un nuevo escenario se abre a principios del siglo XXI. Como consecuencia de las políticas económicas llevadas adelante por el gobierno nacional a fines del siglo XX, caracterizadas por provocar el deterioro generalizado de las condiciones de vida a partir de procesos infla e hiperinflacionarios que obligaron a la mayoría de la población a limitar sus demandas y expectativas. Las políticas de ajuste desembocaron a principios del siglo XXI en un nivel de desocupación sin precedentes.

El conjunto de estos procesos ha llevado a la sociedad argentina hacia una fragmentación que se manifiesta en una multiplicidad de situaciones de marginalidad, de heterogeneidad de grupos vulnerables, que conforman una variedad de grados de pauperización.

Este proceso de precarización no se limitó a afectar a los sectores populares. Amplias esferas de los sectores medios se vieron afectados, sobre todo en la crisis del 2001, que impactó profundamente en la confianza popular hacia sus gobernantes. Desde este escenario la recuperación de la gobernabilidad se ligó a la búsqueda de legitimación de las políticas a través del afianzamiento de canales participativos que se suponen establecidos hacia la sociedad como conjunto.

En contra de este supuesto, creemos que las vías de participación que observamos en Bariloche (y que no son ajenas a las del resto de la Argentina), repiten formas de participación que silencian los sectores populares.

Actores y vías de participación

A partir del año 2001 el actor que se presenta como referencia en el diseño de estructuras que fomentan la participación es el Estado Municipal. Más allá de la emisión del sufragio en las jornadas eleccionarias, el municipio establece formas de participación que operan en el ámbito ejecutivo, legislativo, y las dependencias administrativas situadas en los múltiples barrios de la ciudad.

La principal herramienta tendiente a asegurar la participación es la Carta Orgánica, sancionada en el 2007, que entre las funciones municipales reconoce:

Artículo 29) son Funciones y Competencias Municipales [...]

2. promover y garantizar la participación de los vecinos en los asuntos públicos como idea central del régimen democrático participativo, creando los institutos y organizaciones necesarios que posibiliten el ejercicio de ese derecho, facilitando el libre acceso a las fuentes de información y asegurando la publicidad de los actos de gobierno [...]

Ahora bien, en la práctica estas referencias que, se supone, implican la participación informada de la diversidad del conjunto de la población, reproducen las estrategias discriminatorias históricas dado que no contemplan dos aspectos: *a)* estructuras materiales que permitan cumplir las intenciones expresadas y *b)* el reconocimiento a las formas participativas que se han ideado desde las estrategias de supervivencia de los sectores populares.

Estructuras materiales de la participación

Uno de los primeros aspectos que se observan en la dimensión material implícita, es la falta de consideración al acceso desigual a transportes y tiempos, que caracterizan a los distintos sectores sociales.

Por otro lado, la formalización de los espacios de participación está atravesada por conductas burocráticas que dificultan la implementación de la participación. Así por ejemplo, aun cuando la Carta Orgánica Municipal señale en su artículo 165 que:

La Municipalidad reconoce y fomenta la creación de las juntas vecinales que tengan por objeto la satisfacción de necesidades comunes, mediante toda modalidad de participación comunitaria [...] Las autoridades de las juntas vecinales deben ser invitadas a participar, con derecho a voz, en las sesiones del Concejo en que se traten asuntos de su incumbencia o que pudieran tener impacto en su ámbito territorial. La opinión de las autoridades de las juntas vecinales, será siempre requerida por los organismos o funcionarios que traten cuestiones que pudieran afectar las características de su jurisdicción territorial.

En el ejercicio cotidiano los pedidos de opinión se restringen a escasas situaciones puntuales. En general resulta difícil imaginar decisiones sobre lo local que no incidan o afecten los espacios barriales. Pero el reclamo vecinal por ser tenidos en cuenta en las decisiones, se rebate señalando que el *asambleísmo* permanente dificulta las acciones de gobierno. El resultado es, entonces, la minimización del derecho participativo de las juntas vecinales.

En general no existen formas instituidas para tomar las voces y las opiniones, sino que las mismas son consideradas de acuerdo a la capacidad de los barrios para ejercer presión, una diferencia que reproduce las jerarquías sociales establecidas.

Cabe agregar que el lenguaje reconocido como válido en el diálogo participativo también recorta posibilidades, porque las opiniones sobre

ciertos aspectos, como por ejemplo la edificación de presupuestos participativos, se desarrolla en términos tales que implican opiniones técnicas, ajenas a muchas de las formas comunicativas propias de los sectores populares. El acceso a la información no contempla la presentación en lenguajes accesibles a la pluralidad de habitantes.

Los tiempos y los lugares, en el sentido del cronograma, también reproducen las diferencias. Porque, lejos de responder a jornadas consensuadas, se realizan mayormente en el Centro Cívico de la ciudad, y con un calendario prediseñado desde el poder ejecutivo.

Esta pervivencia de formas desiguales descansa en supuestos paternalistas, que no sólo emergen en el diseño participativo establecido desde el municipio, sino que resultan comunes a múltiples organizaciones intermedias. Estos prejuicios, que suponen la inacción de los sectores populares, que se presentan como pasivos, atados a lógicas clientelares que determinan sus acciones (Iwanow, 2008), están vinculados a la interpretación de las formas participativas desde un único modo.

Desde las diferentes convocatorias se asume que la participación debe involucrar reuniones, debates, voto, y otros mecanismos *burgueses* formales. En este sentido entendemos que la emancipación que se propone desde estas formas es una *emancipación por imitación*, ya que responde a los parámetros de uno de los sectores de la ciudad.

Tanto desde el Municipio como desde las organizaciones intermedias, parece interpretarse que la participación *sine die* nos transforma en sujetos de derecho equivalentes. Que por buena voluntad, se diluyen los prejuicios y las diferencias materiales y simbólicas sobre las que se han edificado formas participativas diferenciadas.

Es por esto que entendemos que estos marcos participativos, en contra de los fundamentos sobre los cuales se han constituido, aún resultan formas de naturalizar prejuicios. La convocatoria, al darse como amplia, supone que participación es amplia, lo legal se diluye con lo legítimo. Así las referencias que se escuchan al indagar sobre las participaciones parciales y repetidas son: «El que no viene es porque no quiere».

Como la participación en los espacios de toma de decisión ha sido ocupada históricamente por sectores minoritarios, la repetición de las formas de convocatoria genera una *ilusión participativa* que lleva a desconocer o deslegitimar otras formas. En contra de esta visión creemos que es en las *otras formas* donde se mantienen actividades de resistencia, que a pesar de ser invisibles a los ojos oficiales llenan de sentido la cotidianeidad que se construye en el día a día de los sectores populares. Estos espacios son fundamentales para impedir la revisión a fondo de las estrategias partici-

pativas que, a la luz de las contradicciones planteadas, no pueden omitir el enfrentamiento de visiones, que lleva de manera ineludible a un debate sobre privilegios que se han naturalizado en el dinamismo social actualmente existente.

Formas populares de participación

Para comprender las acciones desplegadas en los sectores populares de nuestra ciudad hay que entender la historia de las tierras, que tienen que ver con la edificación de la pertenencia. Bariloche tiene una historia de urbanización desordenada. La arbitrariedad en la entrega de terrenos puede rastrearse en la errática distribución de habitantes de principios de siglo, pasando por la voluble administración y caprichosa entrega de tierras realizada por la Dirección de Parques Nacionales en las décadas del 30 y 40 y los gobiernos municipales que han realizado importantes gastos en evaluaciones sobre el desarrollo espacial de la ciudad sin terminar de diseñar una política de crecimiento urbano que se sostenga en el tiempo y sea independiente de los cambios de gobierno.

En todo este proceso los sectores populares fueron víctimas, porque su derecho a la tierra ha sido vulnerado por gobiernos de distinta índole. El ejemplo más extremo se dio a fines de los años 70, con la erradicación forzada –con justificativos político-estéticos– de los barrios situados en la costa sudeste del lago Nahuel Huapi hacia terrenos que, en muchos casos, seguían siendo ocupaciones de espacios que adolecían de servicios esenciales.

En este contexto, el devenir de estos colectivos debe considerarse a partir de las condiciones adversas específicas que les tocó superar. En contra de la visión institucional reconocemos a los barrios desde su caudal de experiencias asociativas y estrategias de incorporación y resistencia al sistema político, existiendo de esta manera una apropiación y producción de la ciudad por parte de los mismos que se distingue de los relatos oficiales.

Los barrios, desde su diversidad, son espacios abiertos a la ciudad, protagonistas permanentemente inmersos en una arena social conflictiva donde se expresan a diario tendencias opresivas tales como las derivadas de la crítica situación económica y social, los jalneos del poder político, las intrigas partidarias y las disputas internas de pobres contra pobres.

Las estrategias de cada colectivo social se definen en parte de acuerdo al grado de compromiso que hayan tenido con el Estado en el pasado y la experiencia constitutiva previa de cada uno. La relación no es homogénea ni lineal, se caracterizan por la coexistencia de tendencias opuestas,

en estado de tensión permanente y están atravesadas esencialmente por la permanencia de reivindicaciones a lo largo del tiempo, en contextos de *marginalidad* –entendida en función de vivir en los márgenes– de *vulnerabilidad*, como expresión de los problemas de integración social, de fragilidad de lazos solidarios y de *inestabilidad* permanente.

La participación en los sectores populares está vinculada a la densidad material de las prácticas incorporadas en la vida cotidiana de los barrios. Por densidad entendemos el entramado de una cultura formada por una serie de narrativas, relaciones y experiencias sólidas, vividas y detalladamente entrelazadas en esa cultura de los sectores populares. La densidad de la vida de estos barrios está continuamente permeada por las duras y visibles condiciones de opresión, pero aun así deja espacio para ser investida por la creatividad y la lucha popular en una cultura diferente. El ahogo de las condiciones de vida diaria, el conseguir leña durante horas para la calefacción, el fatigoso recorrido por las reparticiones públicas, la búsqueda de trabajo en combinación con la pobreza de sus familias, es sin dudas, demoledora. Sin embargo, usando esos pequeños espacios organizativos intensivamente, intercambiando ideas, utilizándolos defensivamente como estrategia de vida, sin contar con los recursos para expandir esa experiencia o transformarla en escala mayor, las familias logran inventar las formas de hacer esa densidad tolerable, y desde aquí responden a las convocatorias.

Las prácticas de estos sectores populares no sólo reproducen normas culturales y sociales, sino que intentan quebrantarlas en interés de lo que podría ser. Más allá de una presunta uniformidad, presenciamos un mundo social escindido en piezas de perspectivas cambiantes y de posibilidades abiertas. En los sectores populares se vive en los intersticios o en los márgenes que ofrecen las instituciones como espacios pulmones que toman significado claro y concreto: significa que existen vasos comunicantes entre el barrio y el resto de la ciudad cuando se interpela a esta como lugar de derechos a adquirir. Algunos de ellos surgen buscando diferenciarse de las estigmatizaciones y en esa búsqueda hay un sentimiento de arraigo, de pertenencia, de orgullo, que expresan el deseo y la voluntad de participar en la construcción de la ciudad y en la vida social.

Es preciso trabajar desde conceptos como *identidad*, *realidad cotidiana*, *sectores populares*, *experiencia*, *imaginarios*, *representaciones colectivas*; básicos y polémicos, pues «[...] para llegar a ver y a decir un poco del mundo tal cual es, hay que aceptar estar siempre en lo complicado, lo confuso, lo impuro, lo vago e ir de este modo contra la idea común del rigor intelectual» (Bourdieu, 1998: 64).

Las formas participativas de los sectores populares raramente tienen formas de reuniones en círculo, con mediadores que otorgan la palabra y sistematizadores que toman nota. Se trata más bien de fiestas y conmemoraciones en las cuales se hacen presentes múltiples pobladores. Estos espacios de distensión, cargados de humor, son jornadas de encuentro que se toman de referencia para el relato interno y las temporalidades que se señalan en los relatos.

En contra de estas prácticas de encuentro, en los sectores populares se generaliza la participación política –que desde las convocatorias se reconoce participación– cuando consideran que hay un beneficio concreto que da sentido a su compromiso. Ante las convocatorias usuales, diseñadas desde ámbitos investidos de compromisos políticos, hay siempre una dosis de desconfianza y generalmente se delegan responsabilidades por experiencias frustrantes al no haber encontrado los mecanismos decisorios. Por lo general la experiencia participativa (política) es exitosa cuando se promueve institucionalmente y con recursos.

Entre las tensiones que se manifiestan en la relación municipio-barrios se cuenta que en la orientación de algunas políticas públicas predomina un criterio fiscalista e impositivo como lo demuestran los testimonios sobre que todos deben pagar algo para recibir algo a cambio. La estrategia consiste en considerar a *individuos clientes* en su capacidad de adquirir más bienes y servicios que nuevos derechos sociales y políticos; la idea es que las respuestas a estos reclamos dependan de la *virtud* del individuo devenido en ciudadano-usuario y no del sistema, al que se pone al resguardo de la responsabilidad que le corresponde.

En esta localidad la lógica política de la negociación fue dejando lugar a la lógica económica para solucionar los problemas sociales. Esto genera que se produzca un alejamiento de la categoría *vecino* como sujeto activo y social, partícipe de la invención o diagramación de las políticas públicas, un vecino-ciudadano que, como tal, discute el significado de sus demandas englobadas en lo político institucional desde una lógica vertical, y se visualiza dentro de la restringida concepción de vecino como cliente de un negocio.

Es notable observar como la concepción política que encierran los argumentos de algunos representantes políticos entrevistados se aloja en una larga tradición nacional. Al respecto, Guillermo O'Donnell (1992) afirma que, en el contexto político de la década de los 90, las crisis económico-sociales reforzaron ciertas prácticas y concepciones sobre el ejercicio de autoridad política. O'Donnell utiliza el concepto *democracia delegativa* para caracterizar la situación en la cual, quien ejerce el mando no tiene

responsabilidad horizontal, espera que los votantes se constituyen en una audiencia pasiva y complaciente, las políticas de gobierno no necesitan parecerse a las promesas de campaña, las instituciones son una traba para el ejercicio de la autoridad total, etc.

Otro autor, Marcos Novarro (1996), señala que la fragmentación por abajo combinada con la concentración de poder político por arriba en la década de los noventa, contribuyó a generar nuevos estilos de representación que reemplazaron al sistema caudillista y clientelar. Desde su perspectiva, las nuevas identidades políticas se corresponden al buen vecino, al buen ciudadano (que responde al modelo establecido institucionalmente) y el referente es el *bien común*. Refiriéndose al mismo tema, José Nun (1994) dice, en cambio, que las diferencias no radican en el estilo de representación como en el contexto histórico específico en el que este estilo se inserta y conforme al cual encuentra mayores o menores límites o restricciones. Estos liderazgos de los 90 tienen demasiado grado de independencia con respecto a sus representados, existiendo lo que denomina *propensión cesarista* en la historia política argentina.

En cuanto a la demanda vecinal, tradicionalmente las protestas sociales se constituyeron a partir de un eje conflictivo: el reclamo por derechos no atendidos por el Estado local, aún en términos de lo que era un reclamo barrial. Por el contrario, la demanda actual tiene otro componente, su punto de partida es que el Estado es un prestador de servicios. Justamente los desacoples aparecen sobre la falta de asistencia sobre dichos servicios con lo cual surge la cultura de la queja que es habitual escuchar en los medios: «soy un ciudadano que paga sus impuestos y a cambio quiero esto».

La lógica estado-contribuyente también se aplica sobre los servicios públicos y sobre las políticas sociales. Los municipios en general, y el de San Carlos de Bariloche en particular, intentan reformular sus burocracias para aparecer como más eficientes o ágiles, como en el ejemplo barilochense de dividir la ciudad en áreas administrativas. El poder facilita estos canales de participación descentralizando el conflicto. Las políticas tendientes a fomentar la participación se ofrecen siempre y cuando no se disponga efectivamente sobre las condiciones materiales de vida.

El tema de la participación social nos conduce a explorar las formas que se presentan en cada situación particular, quiénes participan, cómo, con qué mecanismos, con qué resultados, ya que la participación incluye a las relaciones de subordinación o de igualdad y distribución de la riqueza, entre otras. El siguiente testimonio (Julia) es ilustrativo para identificar una de las formas que adquiere esa participación:

Una vez vino el (funcionario) de Acción Social de la provincia, para que mandáramos un delegado a Viedma, para una reunión política. Nos dijo que se hacía como un plan de proyectos con la participación de todos, desde huertas hasta ladrillos iban a hacer. Salió en el diario y todo, los nombres de los barrios beneficiados. A nosotros nos vino un paquete de semillitas de zapallo y arvejas en Julio, justo con la peor helada [...] le preguntamos al delegado y nos dijo que ese proyecto era para otra ciudad [...]. Me imaginaba yo, con un terrenito de morondanga plantando zapallos en una capa de hielo.

Tanto en las relaciones intrabarriales como en los vínculos establecidos entre barrio y Estado, coexisten diversas formas de participación. María Teresa Sirvent (1999), al estudiar los barrios bonaerenses, se refiere a dos de ellas: la *participación simbólica* (aquella participación falsa o que genera en individuos y grupos una ilusión de poder inexistente) y la *participación real*. Un ejemplo de participación simbólica lo observamos cuando los vecinos afirman que desde las organizaciones y juntas vecinales se los convoca cuando hay que *colaborar*, en el sentido de hacer los trabajos más pesados, o cuando hay que ir a presenciar una charla de técnicos y funcionarios gubernamentales. La *participación real*, por el contrario, es aquella que implica ejercer el poder real en la toma de decisiones de la política a seguir, la implementación de las decisiones y la evaluación de sus resultados. La primera se relaciona con el concepto de cooptación y política simbólica, y quizás se identifica más fácilmente de los testimonios de los funcionarios y de la acción desplegada por el Estado en sus diferentes niveles. Resulta necesario recordar que el uso más eficaz del poder consiste en evitar que los conflictos se manifiesten o se tornen visibles, conformando percepciones, conocimientos y preferencias generalizadas.

En los casos estudiados, presenciamos que el reclamo toma una dirección que interpela fuertemente al resto de la sociedad a través de las Organizaciones No Gubernamentales, convirtiéndose en un pedido simbólico a toda la ciudad. Las diferencias de opiniones ponen al descubierto que, más que una división ideológica, la movilización dentro de un barrio implica formas de mostrarse ante la sociedad, de definirse a sí mismos y eso significa poner de manifiesto un conjunto de conflictos internos. De esta manera, se pone en funcionamiento lo que Robert Castel (1997) denomina el *sopORTE relacional*. El barrio se inscribiría en esta forma de inserción relacional con un especial condimento afectivo de la proximidad, uno de los soportes que sostiene a los individuos y contribuye a crear lazo social.

La incongruencia neoliberal, al presuponer una fuerte intervención del Estado con el acento de la eficacia económica, redimensiona su papel en algunas áreas que se ven sometidas a los efectos de las políticas económi-

cas de tierra arrasada. Los sectores populares atravesados por las incertezas y el desamparo, valorizan la estabilidad y reclaman protección ante la violencia y el desempleo. Por lo tanto, la acción de estas organizaciones está encaminada a conseguir soluciones a sus demandas de carácter material y simbólico. En su base hay una fuerte solicitud de intervención política.

Algunas formas de participación en ocasiones parecen interpelar al poder, pero no por haberse ideado en este sentido sino que derivan en eso a partir de asumir la libertad implícita (y declamada) en el proceso participativo. De hecho, muchas de las organizaciones nacen y se desarrollan en cercanías estatales. Pero como no existe una «planificación» de participación, y la apertura de espacios participativos no responde a un interés oficial por revisar las desigualdades, con el incremento de los reclamos de autonomía, las organizaciones corren el riesgo de ser evaluadas como molestas por la dinámica que cobran. Las contradicciones a las que se enfrentan las organizaciones de sectores populares que una vez que descubren la forma de demandar derechos, chocan con la imprevisión en el tema, en parte por falta de tradición en la apertura de canales, y en parte por no responder de forma acrítica a los designios oficiales.

Participación «clientelar»: aspectos que tener en cuenta

El concepto de clientelismo –entendido como manipulación política a la que se somete a las pasivas víctimas de la pobreza– no explica la complejidad de las prácticas cotidianas barriales y del ejercicio participativo. Las prácticas colectivas tienen un carácter estratégico y se organizan en el marco de contradicciones y permanentes conflictos con el poder político. La visión de la participación de los sectores populares reducida a formas de demandas pasivas, sintetizado en la frase: «esa gente no reclama sino que espera» (Iwanow, 2008), desconoce las formas participativas propias y las trabas que se han edificado en los reducidos y privados ámbitos autónomos. Las pocas actividades que oficialmente se reconocen tienen que ver con movilizaciones por reclamos, pero las desgastantes horas en las dependencias municipales, que en principio son las formas institucionales de gestión, se ignoran. Este desconocimiento descansa muchas veces en la falta de eficiencia que suele caracterizar a los ámbitos oficiales, y que se carga como responsabilidad de los sectores populares.

Es interesante que la falta de eficiencia en las gestiones se presente como ineficiencia y desinterés de los sectores populares antes que como impedimento oficial a las acciones generadas desde los sectores popula-

res. La evaluación de la participación popular como inexistente parece ignorar que el sitio de participación es un ámbito de disputas. Las trabas descritas, ligadas al privilegio de una forma de participación sobre otras, no son ingenuas sino que están vinculadas a las formas de dominio y control existentes. Un punto que nos remite a la impugnación que Iris Young (2005) realiza a las políticas no discriminatorias –como es el caso de la carta orgánica Barilochense–, por considerarlas insuficientes. Esta autora nos recuerda que ningún grupo materialmente excluido de los beneficios de la igualdad la obtuvo por *graciosa concesión*, sino tras movilizaciones y luchas significativas (Femeninas, 2007:126).

En Bariloche hay tres dimensiones fundamentales desde las cuales evaluar las formas participativas y la eficiencia de las convocatorias que se diseñan:

La raíz histórica: desde las cuales debemos considerar la desmovilización en sociedades recientemente democratizadas, como la barilochense, como consecuencia de una base de desestabilización política o de interrupciones militares. A la ruptura institucional que atravesó el país de 1976 a 1983 (tristemente célebre por las formas autoritarias, el centralismo, los abusos de poder y el incremento de las discriminaciones), se agregaron las crisis económicas de 1989, el proceso neoliberal de la década de los 90 que operó debilitando las estructuras sociales solidarias (Fuentes 2004), y la mencionada crisis político-económica del 2001 donde las estructuras oficiales de contención social se debilitaron.

En este período en los sectores populares se generan formas organizativas alternativas, pero no desde un ejercicio de reflexión sistemático, sino a partir de la experimentación ligada a la *supervivencia*. El valor del día a día se destaca porque las experiencias cotidianas son el marco de referencia desde el cual la mayor parte de los entrevistados explican e interpretan la situación presente. De hecho, un rasgo característico de las entrevistas realizadas en las poblaciones estudiadas es la referencia recurrente a las vivencias anteriores como herramienta a la que se apela y permite afrontar diversas situaciones en el presente. Así, cuando se les preguntaba en un taller sobre cómo habían hecho para hacer frente a la grave situación de los años 90, aparecían elementos como los siguientes:

La verdad que para mí no fue tan terrible la cosa, porque yo siempre fui pobre y siempre lo voy a ser. Aparte antes siempre tenía otros problemas, uno tenía que aguantarse otras injusticias, la casa te la prestaban los jefes, no tenías nada [...] me costó quince años comprarme un pedazo de tierra en montones de cuotas, así que la cosa siempre fue ajustarse el cinturón [...], uno termina sabiendo que la política nunca te va a dar cosas verdaderas. La vida te va enseñando a ingeniártelas y a saber en quien confiar y en quien no.

Es como dice el dicho: el que se quema con leche, después ve una vaca y llora. Nosotros también, cuando te ponés a pensar ¡treinta años para tener tu rancho! ¿sabés lo que es estar con los chicos en una pieza amontonados y esperando que vangan las máquinas a tirarnos todos, como nos pasó a nosotros antes? ¡el desalojo! Todos decían. Pero al fin y al cabo te vas acostumbrando al miedo, porque si no es el desalojo, es el allanamiento, es la patota ¡o no tener para comer! [...] qué le vas a hacer: ¡así es la vida del pobre gaucha!

Esto nos lleva hacia el segundo aspecto a tener en cuenta en la evaluación de las formas participativas:

La raíz identitaria de lugares *jóvenes*: en este caso se trata de la honda fragmentación social y las estrategias oficiales de ruptura de lazos comunitarios que afectan a las comunidades barriales (Fuentes y Núñez, 2007). El clientelismo no opera tanto como desmovilizador, en el sentido de impedir actividades participativas originales, pero sí en el debilitamiento de las solidaridades y, en este sentido, traba el ejercicio en relación con las formas participativas oficialmente establecidas.

Siguiendo a Schutz, las reservas de experiencias comunes son conocimientos disponibles que funcionan como esquemas de referencias para interpretar y afrontar una nueva situación (Velásquez, 1998). Las experiencias cotidianas en los sectores populares se han edificado desde erradicaciones forzadas, ausencia de reconocimiento, permanentes migraciones y falencias institucionales. Las identidades locales no terminaron de estructurarse cuando se vieron sometidas a la movilización y cambio relacional. Aquí resulta relevante tener en cuenta que los sectores populares, entre la fragmentación y la polarización, al decir de Marcial (1998: 77):

No constituyen una objetivación, sino que son una construcción histórica de tipo relacional, es decir, que son identificables provisoriamente como componentes de un sistema de relaciones de poder, en un ámbito determinado.

Tenemos sujetos sociales que cambian y permanecen, son lo que son y lo que han sido. Así, un sujeto social, que es un presente, tiene metido dentro de sí el pasado y el futuro. Ninguna definición estática puede dar cuenta de lo transitorio, del carácter dinámico y cambiante de su ser.

Desde el enfoque de Edward Thompson (1979, 1982; Anderson, 1985), uno de los caminos que nos remite a la constitución y características de estos sectores es el área de la experiencia. Por un lado, la experiencia individual en camino a convertirse en experiencia social, con sus recuerdos, transmisiones, decantamientos y olvidos; y por otro, la suma de las experiencias individuales con destino al torrente del impulso de los demás, es

decir, la recepción colectiva de esas experiencias, sus rechazos, aceptaciones y cambios de sentido. Esto nos lleva hacia la tercera dimensión a considerar:

Las dinámicas internas de la marginalidad: desde estos ámbitos la participación política tiene una representación casi equiparable a un trabajo. Las formas clientelares han impactado contra la edificación de formas participativas oficialmente evaluadas como legítimas, porque la respuesta a las convocatorias tiene sentido si tiene como consecuencia el impacto casi inmediato en formas de ascenso social (Fuentes y Núñez, 2007). En este sentido las convocatorias oficiales que inauguran mesas participativas resultan ligadas a las estructuras políticas establecidas.

En general las formas que se diseñan siguen acotando la participación a un lugar de opinión, alejado de las formas de gestión eficientes, de las decisiones que afectan al sitio en el cual viven y con una permanencia en riesgo por la propia historia habitacional. Las organizaciones populares son ajenas al control de su propio desarrollo. Esto no sólo se debe al paternalismo edificado desde las políticas públicas, sino que se reproduce en las mediaciones propuestas por organizaciones no gubernamentales. Alejandro Agüero (2007: 46)¹ nos acerca uno de los ejemplos más claros en este sentido al reflexionar que

[...] en las organizaciones sociales «alguien debe hacer los trámites burocráticos y a su vez ejercer la personería jurídica; para responder a esa necesidad se crea la Fundación Gente Nueva» (Graciela B). De más está decir que la gente sencilla del barrio está excluida del mundo de las oficinas y los sellos, ese fue el motivo por el cual quienes conformaron y gerenciaron /la Fundación/ «Gente Nueva» fueron los colaboradores de Currulef /de sectores medios/ antes que los vecinos /de sectores populares/.

Los sectores populares se consideran excluidos *del mundo de las oficinas y sellos*, esto es desde los ámbitos de control y diseño establecidos, de la elaboración y control de balances. Tanto el Estado como muchas de las organizaciones intermedias reproducen este alejamiento, naturalizando la exclusión y fortaleciendo supuestos de dependencia.

Las formas participativas específicas de los sectores populares se desconocen desde esta mirada, y las diseñadas reproducen la dependencia que se busca impugnar desde las más sutiles actividades cotidianas.

1 Sin resaltar en el original.

Reflexiones finales

En sociedades con procesos democráticos recientes, sujetas a recurrentes crisis de inestabilidad política y fragmentación social, las vías institucionales edificadas para favorecer la participación, continúan limitando la autonomía de las organizaciones de sectores populares.

Al no considerar que la participación debe estar ligada a la resolución de las necesidades básicas, el apoyo estatal se evalúa como un *favor*. El reconocimiento y acompañamiento se vive ligado al humor o a la intervención errática. El Estado se presenta, entonces, como un ajeno que viene y otorga –incluso– mesas de diálogo. El rol patriarcal no se desconstruye desde las formas legalmente instituidas, porque el fondo de las dificultades no se termina de remover.

En este sentido las formas participativas diseñadas deben cruzarse con las intenciones estatales para edificar espacios participativos, porque difícilmente se logre quebrar la inercia de desmovilización clásica en los sectores populares si en la intención no se encuentra la revisión de las desigualdades. Sea como fuere, los motivos que se encuentran en gobierno para instituir espacios participativos son:

- La obligación de rendir cuentas después del proceso de los 90, donde la sociedad como conjunto se vio excluida de las decisiones y, sobre todo, a partir de la crisis del 2001.
- Abrir la participación para legitimar políticas prediseñadas.

Así las formas de participación oficiales omiten el problema de reconocimiento de los sectores que se evalúan como no participativos. En esta falta de visualización se diluye la responsabilidad por el cambio y en la permanencia del ocultamiento se naturalizan los límites a las voces.

A esto se agrega un ejercicio de violencia simbólica presente en las formas desde las cuales el Estado abre espacios participativos, porque convoca con términos casi inaccesibles para gran parte de la población. Como mencionamos la información pública se diseña en términos técnicos y sin considerar estrategias de apropiación general.

En este contexto, desde las convocatorias oficiales, los sectores populares se presentan con participaciones intermitentes. En esta forma se participa en la medida que exista un sentido concreto para participar en el espacio público de la ciudad. Pero esto no implica que no se participe, sino que no se responde a las formas oficialmente instituidas ni a los espacios oficialmente reconocidos (como el Centro Cívico). Las formas coti-

dianas de acción, las fiestas internas del barrio, la permanente reparación de lazos solidarios que se ligan a estrategias casi cotidianas e internas, no se toman en cuenta como referencia. Existe un deslizamiento, donde una mesa de diálogo en un sitio céntrico se confunde con posibilidad efectiva de participación, que cristaliza la desigualdad y oculta la injusticia.

En estos barrios populares conviven una tendencia caracterizada por la debilidad de la integración social, de vínculos institucionales colectivos, y otra que se define a partir de formas organizativas y de movilización dispersas, fragmentarias, ambas llevadas adelante desde posiciones de vulnerabilidad e inestabilidad y que apelan a anclajes identitarios particulares.

Hay un sesgo de destino inapelable, que se forja en el día a día y se presenta como ineludible y que vacía de sentido las formas oficiales de participación en estos espacios marginales. A partir de experiencias de participación política, el origen social, el nivel de instrucción, forjan variadas formas de percibir el mundo y representarse a sí mismos dentro de él y esto origina disposiciones a la acción, a la reflexión y a la demanda.

Sin duda alguna la experiencia está simplemente dada y la misma se estructura a través del lenguaje o el discurso: la experiencia no *habla* por sí misma, es decir, no hay un fondo prístino, no mediado, de experiencia, a partir del cual actuar. La experiencia no proporciona un acceso transparente a la realidad ya que las voces y las experiencias de los sectores populares han sido configuradas por factores diversos. Como indica Bourdieu (1999) la representación de la realidad y las prácticas de las personas son también, y sobre todo, una empresa colectiva. En este espacio, lo material, lo simbólico y lo histórico no son categorías separadas sino líneas interactivas de fuerza cuyas operaciones estructuran el orden macrosocial, las prácticas de aquellos que habitan diferentes posiciones y momentos de él, y sus gustos culturales, maneras de pensar, *disposiciones*. Podemos pensar, siguiendo a Williams, que existen *elementos residuales*, que han sido formados efectivamente en el pasado, pero todavía se hallan en actividad dentro del proceso cultural. No sólo como un elemento del pasado, sino como un efectivo elemento del presente. Por lo tanto, ciertas experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o sustancialmente verificados en términos de la cultura dominante, son, no obstante, vividos y practicados sobre la base de un remanente –cultural tanto como social– de alguna formación o institución social y cultural anterior.

En contra de estas reflexiones, las formas participativas oficialmente establecidas toman como referencia un pasado ideal cristalizado, ajeno a los sectores populares, que sirve de fundamento para corporizar la hegemo-

nía en la vida cotidiana, porque desconoce el ejercicio de desigualdades desde los cuales se ha trabado la participación de los barrios marginados.

En este sentido se ha cambiado la forma pero no se ha tocado el fondo desde el cual se sostiene la desigualdad. Se ignora (y con ello se impide) que una de las consecuencias de invitar a formar parte de una red a actores sociales históricamente excluidos, es que el espacio de diálogo se edifica como un ámbito para revisar hegemonías. Este ejercicio de hegemonía ha sido históricamente edificado desde el conjunto de las políticas oficiales, ha privilegiado a los sectores cuyas voces no se discuten, ha silenciado las particularidades de los sectores populares expulsándolos de la propia historia oficial local. Las mesas participativas pobladas por los sectores medios simplemente reproducen una desigualdad que no se revisa. La ausencia de sectores populares justifica, incluso, los supuestos de dependencia.

Llamar la atención sobre estas contradicciones nos permitirá pensar en estrategias participativas más eficientes, a las que llegaremos a partir de echar luz sobre desarrollos desiguales que no pueden ignorarse si efectivamente se propone fomentar la participación.

Bibliografía

- AGÜERO, A. (2007): «Virgen Misionera: “somos de acá”», en FUENTES, R. y P. NÚÑEZ (ed.) (2007): *Sectores populares: identidad cultural e historia en Bariloche*, Argentina, Núcleo Patagónico.
- ANDERSON, P. (1985): *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI.
- BERJMAN, S. y R. GUTIÉRREZ, (1988): *La arquitectura en los Parques nacionales*, Buenos Aires, Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo.
- BORÓN, A. (1995): «El experimento neoliberal de Carlos Saul Menem», en BORÓN, A. (1995): *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- BOURDIEU, P. (1998): *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI.
- BUSTILLO, E. (1988): *El despertar de Bariloche*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (1972): *Huellas de un largo quehacer*, Buenos Aires, Depalma.
- CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- CASULLO, N. (1989): «Modernidad, biografía del ensueño y la crisis», en su *El debate modernidad-posmodernidad*, Argentina, Eudeba.

- FEMENINAS, M. L. (2007): *El género del multiculturalismo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- FUENTES, R. (2004): *Fragmentación social e identidad barrial. Los Barrios Pilar 1 y 2 de Abril de San Carlos de Bariloche (1995-1999)*, tesis de Licenciatura en Historia. Universidad Nacional del Comahue, sin editar.
- FUENTES, R. y P. NÚÑEZ, (eds.) (2007): *Sectores Populares: identidad cultural e historia en San Carlos de Bariloche*, Argentina, Núcleo Patagónico.
- IWANOW, V. (2008): «Otra oportunidad con escasas probabilidades de cambio», *Diario Río Negro*, 11 de mayo del 2008.
- MARCIAL, E. (1998): *Los sectores populares urbanos. Problemas teóricos de su enfoque*, El Salvador, Universitas.
- NOVARRO, M. (1996): *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*, Buenos Aires, Letra Buena.
- NUM, J. (1994): *Populismo, representación y menemismo*, Buenos Aires, Conicet-Clade, Instituto Universitario Patricios.
- OCHAM, M. (2004): «Sociedad civil y participación ciudadana», *Revista Venezolana de Gerencia*. Año 9. n° 27.
- O'DONNELL, G. (1992): «¿Democracia delegativa?», *Cuadernos del CLAEH*, N° 61.
- ROMERO, L., y L. GUTIÉRREZ, (1995): *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SIRVENT, M. T. (1999): *Cultura Popular y Participación Social, Una Investigación en el barrio de Mataderos (Buenos Aires)*, Buenos Aires-Madrid, Miño y Dávila.
- THOMPSON, E. (1982): *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.
- (1979): *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra. 1780-1832*, Barcelona, Laia.
- VELÁSQUEZ, M. (1998): «Schutz: Universo cotidiano y prácticas sociales», *Revista Proposiciones*, n° 27.
- YOUNG, I. (2005): «Structural Injustice and the Politics of Difference», en YOUNG, I. y N. FRASER, (ed.) (2005): *Les dones i les transformacions de la justícia*, Barcelona, CUIMPB.

Ressenyes de llibres

Sennett, Richard (2006): La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Colección Argumentos. Barcelona: Anagrama. ISBN: 978-84-339-0590-1. *Ressenyat per Luis Marín Segarra.*

La colección de conferencias del sociólogo estadounidense Richard Sennett, pronunciadas en la Universidad de Yale en 2004 acerca de aspectos culturales y sociales del capitalismo contemporáneo, constituyen el presente volumen publicado por la editorial Anagrama que lleva por título *La cultura del nuevo capitalismo*. Esta obra viene a continuar la serie iniciada con *La corrosión del carácter* y *El respeto* teniendo en común con estas dos obras la intención crítica respecto del capitalismo emergido a partir de la década de los noventa. El enfoque crítico del autor se centra en el análisis de las prácticas laborales: las relaciones del sujeto con el propio trabajo y del consumidor con el producto. Se trata de una suerte de microanálisis, más atento a aspectos cualitativos que a aspectos cuantitativos y centrado frecuentemente en entrevistas personales (Sennett se concibe como etnógrafo y así se denomina en varias ocasiones).

La preocupación y el punto de partida de la crítica de Sennett al nuevo capitalismo, que ya aparece de manera clara en su obra *La co-*

rosión del carácter, radica en los efectos disgregadores de las nuevas pautas sociolaborales, del nuevo sistema de relaciones que se da dentro de la empresa. En el centro de esta preocupación está la puesta en práctica de esquemas informales de relación que cuestionan la rigidez y el carácter estructurado de la empresa de carácter fordista. La crítica de Sennett adquiere un carácter que puede parecer conservador, lo cual sería paradójico en un autor proveniente de la izquierda estadounidense. No lo es y en eso coincide con otros autores que han trabajado este mismo tema, porque esta actitud lo que hace es reflejar el temor que supone la aplicación de determinados elementos culturales provenientes de la revolución de 1968 e incluso de la «contracultura» (espontaneidad, extrema flexibilidad biográfica, ruptura de cánones preestablecidos) al capitalismo de la etapa de la mundialización. Esta conjunción (valores «contraculturales» más un capitalismo liberado de trabas estatales) tendría un efecto desestabilizador en las biografías individuales acentuándose en las de la clase trabajadora.

Por eso el autor insiste en la defensa de elementos fijos que den estabilidad a la estructura empresarial (siendo extensibles a otros ámbitos de la vida colectiva e incluso a la estructuración de la vida pública) y que permitan la articulación biográfica del individuo, además de la dotación de sentido al trabajo de cada uno que es lo que está poniendo en peligro el nuevo capitalismo. No debería, pues, llamar la atención el capítulo con el que abre el libro, dedicado a la burocracia, en el que para nada ataca el carácter altamente burocratizado del capitalismo fordista en tanto que fomentaba la inclusión frente al aislamiento de formas de capitalismo posteriores.

Sennett, por tanto, se va a apoyar en la diferencia de estructuras organizativas de carácter piramidal, jerárquicamente estructuradas, frente a un nuevo tipo de estructuras que conservan un centro de poder pero que rompen los eslabones intermedios y, por lo tanto, adquieren una apariencia más «democrática». Es importante hacer este planteamiento abstracto de las nuevas formaciones sociales porque Sennett la utiliza en dos ámbitos distintos: en el económico (adaptándose tanto a la producción como al consumo) y al político (tanto en el rol de gobernante como en el rol de elector y de usuario de los servicios públicos) lo que supone la entrada en la temática de la ciudadanía y de la deliberación política y así en el capítulo tercero logrará enlazar po-

lítica y consumo. Y es que el autor observa los suficientes rasgos de semejanza entre ambas esferas para establecer una relación de homología entre ellas. Ahora bien, nada más lejos de Sennett el extender la lógica económica al ámbito de la decisión política al estilo de las teorías elitistas de la democracia. Y ello porque el autor se distancia por completo de esa lógica económica (hay diferencias fuertes entre el modelo del «egoísta racional», propio de la teoría económica marginalista, y su modelo de productor, consumidor, ciudadano y usuario de servicio público). Su modelo de productor no queda reducido al de quien intercambia trabajo por salario.

El modelo de trabajador de Sennett configura su biografía apoyándose en el trabajador que ocupa y desarrolla sus capacidades en un contexto concreto que requiere cierta estabilidad. Es por esto por lo que el autor se muestra muy preocupado ante los cambios que se proponen en los nuevos modelos de organización empresarial pues suponen una fractura de los lazos de solidaridad y de la propia identidad del trabajador, al introducir modelos muy flexibles de organización (un punto muy interesante es el capítulo dedicado a las capacidades y a la reivindicación de la artesanía como modelo a establecer entre el trabajador y el trabajo a realizar). El rol de consumidor que defiende Sennett tampoco cuadra con las exi-

gencias de un público pasivo y sujeto a impulsos irracionales que suelen defender los modelos elitistas de democracia. El consumidor de Sennett supone la otra cara del artesano, conocedor del tipo de producto que desea y analista exigente del producto que se le ofrece.

Se puede observar cómo manteniendo estas concepciones de lo económico Sennett puede realizar el tránsito a la esfera pública con cierta facilidad. Ya la esfera económica posee características que son trasladables con facilidad a la esfera pública. Problemas como la atomización de los ciudadanos, la formación de una voluntad política racional, son problemas que Sennett ve en la esfera económica. Un ámbito de la esfera pública que puede servir de engarce entre las dos esferas es el ámbito de los servicios públicos que Sennett ha trabajado también y que es tratado en su obra *El respeto*. Sennett muestra su preocupación acerca de la introducción de sistemas de gestión de carácter flexible en la sanidad (él participó como asesor del gobierno británico tras la llegada del Partido Laborista al poder en 1995).

La inquietud que el autor quiere trasladar, basada en las entrevistas que realizó durante aquella experiencia, radica en cómo el intento de realizar políticas de «autorresponsabilización» del usuario de los servicios públicos era percibido como la voluntad por parte de los

poderes públicos de desentenderse de los ciudadanos. Sennett piensa que detrás de esto yacería una disociación entre autoridad (que conlleva siempre elementos carismáticos) y poder (que supone el frío monopolio de la violencia y de los recursos). La ausencia de un carácter narrativo en el ejercicio del gobierno es señalada por Sennett como un factor desestabilizador.

Con esto entramos de lleno en la esfera de la ciudadanía. La apuesta por una formación racional de la voluntad popular es clara. Sennett reivindica para el político el derecho a la actividad política de carácter «artesanal». La utilización de la metáfora puede resultar extraña, pero por lo que está apostando el autor es por un cambio en las relaciones elector-político. Si hasta ahora el modelo «teatral» (por utilizar un término utilizado por él) es el dominante, con la omnipresencia de los componentes propagandísticos en los procesos electorales, el modelo «artesanal» supondría una completa reestructuración de la relación político-elector. El político debería hacer hincapié en su carácter de experto y el elector exigir pericia al político. Esto comportaría un aumento indudable del carácter racional del debate político.

Sennett concluye el libro con una exploración de las posibilidades de reestructurar el capitalismo social. Para ello explora algunas de las salidas propuestas: el reparto

del empleo (él toma como referente el modelo holandés) y las propuestas referentes a la renta básica de ciudadanía. Pero quiere insistir, además, en dos elementos culturales que ha ido manejando a lo largo del libro y que deben actuar como condiciones: la utilidad y el espíritu artesanal. Todos los ciudadanos tienen derecho a sentirse útiles, a poder ejercer una actividad con sentido y a poder estructurar una biografía dentro de la esfera socio-laboral. Por lo que se refiere al espíritu artesanal, el autor reivindica una relación más profunda entre el trabajador y el objeto de su trabajo. Estos son dos objetivos culturales que se le deben exigir a lo que él denomina un «capitalismo social».

La pregunta que se le puede plantear al autor es si el capitalismo en su fase de desarrollo actual es capaz de alcanzar esas metas. El planteamiento de Sennett en esta obra, al tener como objeto elementos de carácter cultural, no entra en el tratamiento de los elementos de carácter económico que subyacen en el nuevo capitalismo. El libro se-

ñala gran cantidad de ejemplos que muestran cómo la introducción de las nuevas formas de organización repercute negativamente en el buen funcionamiento de las empresas. La cuestión que sugiere este hecho es si no se estaría ante una disociación entre la rentabilidad y el buen funcionamiento de las mismas. Buena parte de los beneficios de las empresas dependen de elementos que no tienen tanto que ver con una mejora de la calidad del producto como de movimientos del capital a gran escala, tales como fusiones o adquisiciones de empresas que ofrecen como atractivo el control de nuevos mercados o la posibilidad de abaratamiento de los costes salariales (introduciendo precisamente formas de gestión que el autor denuncia). El reto para los que, como Sennett, defienden un nuevo capitalismo social sería mostrar la posibilidad de asociar rentabilidad y unas nuevas prácticas empresariales que permitan ese nuevo «ethos» del trabajo que propone Sennett con la idea de «espíritu artesanal».

Cortina, Adela (2007): *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*. Oviedo: Ediciones Nobel. ISBN 978-84-8459-179-5. *Ressenyat per Luca Giancristofaro, Universitat de València.*

Adela Cortina, catedrática de Ética de la Universitat de València, fue galardonada en 2007 con el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos, concedido a su *Ética de la razón cordial*. En este relevante ensayo la autora intenta, por un lado, recapitular su trayectoria reflexiva en los últimos veinte años y, por otro, analizar críticamente las aportaciones de algunas teorías éticas para conjugar los elementos aprovechables en ellas, con el propósito, finalmente, de formular una propuesta innovadora que apunta a conjugar las éticas racionalistas y procedimentalistas con la dimensión afectiva del ser humano. La cordialidad que defiende Cortina atiene a los sentimientos compasivos, y la tarea de una ética de la razón cordial, *ethica cordis*, es la de mostrar cómo en el acto comunicativo no sólo contamos con una dimensión argumentativa, sino que contamos también con una dimensión cordial y compasiva, sin la que no hay comunicación. Retomando la afirmación de Pascal, según la cual «conocemos la verdad, no sólo por la razón, sino también por el corazón», afirma Cortina que «la razón íntegra es entonces razón cordial, porque conocemos la verdad y la justicia no sólo por la argumentación, sino también por el

corazón» (2007: 191). El corazón, como indica la raíz latina (*cor-cordis*), «es sin duda *afecto*, pero también inteligencia, talento, espíritu, incluso estómago, porque hay que tener estómago –y mucho– para ser justo» (2007: 193). Hay que cultivar entonces la virtud de la cordura, «un injerto de la prudencia en el corazón de la justicia», para educar en una ciudadanía cordial.

Dando un paso atrás, Adela Cortina explicita ya en el primer capítulo el vínculo que une la *Ética de la razón cordial* con *Ética mínima* (1986). Veinte años antes, el propósito de *Ética mínima* no era el de ofrecer una «ética de rebajas», sino de intentar descubrir un conjunto de principios y valores morales que pudieran compartir las «éticas de máximos». España había salido de la época de la dictadura, y estaba abandonando el pensamiento único de una sociedad «monista» desde el punto de vista moral; era preciso averiguar si la nueva sociedad democrática «contaba con el bagaje necesario para construir una potente sociedad pluralista» (2007: 9). Las sociedades moralmente pluralistas deben necesariamente compartir unas exigencias mínimas de justicia que les permitan funcionar en el respeto de las diversidades. Cortina defendió *Ética mínima* que hay

«exigencias compartidas por los distintos códigos morales que permiten construir la vida juntos: unos valores y principios morales comunes, a los cuales no se puede renunciar sin caer bajo mínimos de moralidad. Ese era el sentido de una “ética de mínimos”: el de descubrir conjuntamente el «capital ético» compartido» (2007: 10).

Si se quería encontrar ese capital ético conjunto, no se podía tomar como punto de partida ninguna moral concreta de vida buena, ni religiosa ni secular, porque entonces hubiera sido imposible superar el modelo único de vida buena. La única manera para descubrir los mínimos compartidos era recurrir a la vida cotidiana: «se trataba de descubrir en ella, en la cultura moral social de la sociedad española en este caso, qué valores y principios eran aceptados por las distintas éticas de máximos, religiosas o seculares» (2007: 12).

Cortina defendía entonces, como ahora, que «compartimos ya una ética intersubjetiva, capaz de articular las éticas de máximos, porque las cuestiones de justicia exigen intersubjetividad»; sin embargo, descubrir el capital ético conjunto no significa limitarse a poner en evidencia «lo que hay», «como si el ético tuviera que asumir el papel del notario y limitarse a dar fe, sino que requiere también practicar el ejercicio de la crítica y discernir en el conjunto de lo que hay las exi-

gencias de lo que debería haber». Sólo en la vida corriente la ética cívica puede encontrar esas exigencias mínimas de justicia. Analizando «lo que hay», debemos buscar qué creemos que debería haber. La vía que eligió Cortina es la del «procedimentalismo ético», que todavía la defiende, aunque con algunas modificaciones.

Para diseñar los procedimientos racionales la ética debe recurrir a métodos filosóficos, y en *Ética mínima* Cortina optó por el método trascendental. El trascendentalismo nos viene a decir, según Cortina, que para configurar los procedimientos que buscamos no hay que salir de la vida diaria, «sino buscar en ella algún hecho indiscutible y significativo, y tratar de reflexionar sobre las condiciones racionales sin las cuales carece de sentido» (2007: 21).

De lo que se trata, según la autora, es entonces «de descubrir perspectivas de nuestro mundo, que quedarían inéditas e injustificables si no practicamos el experimento trascendental. Como es la de afirmar que “sin autonomía no hay moral” (Kant), “sin realizarla en la comunidad política no toma carne y sangre de vida cotidiana la intersubjetividad ética” (Hegel), “sin el reconocimiento recíproco de quienes se saben interlocutores en una comunidad de hablantes es imposible discernir qué normas son justas” (ética del discurso)» (2007: 22). Este era esencialmente el proyecto

de *Ética mínima* hace veinte años. Ahora se trata de superar las limitaciones y modular el marco originario, a la luz de la nueva situación en el nivel local y global, para que la ética mínima, reformulada, se convierta en *ethica cordis*.

Una de las limitaciones de una ética mínima procedimental e intersubjetiva, es que puede relegar al sujeto a un papel secundario. Hay que recuperar una ética que se ocupe de la forja del *carácter* del sujeto, con el objetivo de alcanzar su felicidad, tal como se proponía la ética aristotélica. ¿No convendría volver a la tarea, se pregunta Cortina, que emprendieron los filósofos griegos, de intentar forjar el carácter, el *êthos* de las personas con vistas a su felicidad, que es la meta a la que todos tienden? (2007: 23).

Es necesario contar no solamente con el mundo de las normas, sino también con el de los valores, por muy complejo que sea, y con determinados sentimientos. Y es que en la versión de sus creadores, Apel y Habermas, la ética del discurso, como fundamento filosófico de una ética cívica de la vida cotidiana, tenía su punto fuerte en el nivel argumentativo, pero no se había tomado la molestia de contar con los elementos más humanos: carácter, virtudes, valores, sentir común, sentimientos.

El nuevo escenario de una ética de los ciudadanos en el siglo XXI está marcado sin duda por el fenó-

meno de la globalización, hecha de informática, economía y redes de comunicación. Las cuestiones a las que debe responder una ética compartida se han transformado sustancialmente, y según Cortina serían las siguientes:

1) El multiculturalismo en el nivel local y global. La cuestión de las identidades culturales reclama la construcción de una ciudadanía que sea, más que «multicultural», que puede llevar a guetos, «intercultural». Para la autora, es urgente encontrar valores compartidos, sin los cuales no habrá justicia mundial. Encontrar esos valores que pueden compartir culturas diversas, en un diálogo entre ellas, es un desafío para una ética cívica, que quiere llegar a ser *ethica cordis*.

2) Las éticas aplicadas.

3) No hay ciudad sin ciudadanos. El gran debate de los ochenta en filosofía política, el que enfrentó a liberales y comunitarios, desembocó en los noventa en la reflexión sobre el concepto de ciudadanía. «La sociedad civil, por su parte, echa mano de la noción de ciudadanía como “un arma cargada de futuro”, como un potente motor de revolución social en sus distintas dimensiones (política, social, económica, civil, intercultural, compleja, cosmopolita)» (2007: 28), como Cortina mostró en *Ciudadanos del mundo* (1997).

4) Democracia radical, democracia deliberativa. Aquella democra-

cia radical por la que optan los partidarios de la democracia participativa, parece adoptar ahora la forma de una democracia deliberativa. Lo radical es ir a la raíz, y la raíz son los ciudadanos.

5) Ciudadanía económica. «Nuevas corrientes económicas recuerdan con Amartya Sen que la economía debe estar al servicio de las capacidades de las personas, debe tener por meta empoderarlas» para que puedan llevar adelante sus proyectos de vida. «La economía tiene que ser ética en la producción, en el intercambio, en la distribución y en el consumo. No hay ciudadanía política sin ciudadanía económica» (2007: 30).

6) Ética cívica transnacional como ética global.

7) ¿Comunidad ética con no humanos? La preocupación por la naturaleza y por los animales. Se trata de diseñar una ecoética y de ampliar la comunidad ética a seres vivos no humanos.

Este elenco de nuevas cuestiones configura un escenario nuevo, que exige nuevas respuestas. Según Cortina podría darlas una ética mínima reformulada, y esta es la tarea que se propone una *ethica cordis*: «intentar superar las limitaciones de una ética mínima procedimental, actualizando a la vez sus planteamientos en una ética que no es ya sólo de la razón procedimental, sino de la razón humana íntegra, de la razón cordial» (2007: 32).

Uno de los objetivos de la *ethica cordis* es promover una justicia universal, y el mejor camino para conseguirlo es para Cortina «debilitar las tendencias sociales que fomentan la falsa idea de la autosuficiencia, sea de las personas o de los países, y potenciar aquellas tendencias que nos recuerdan que nos necesitamos mutuamente». El paso de la subjetividad a la intersubjetividad lleva necesariamente a la necesidad del reconocimiento recíproco, clave de una auténtica ética de la razón cordial.

En este ensayo, Cortina no sólo quiere entrar en el mundo moral desde el ámbito de la obligación, sino que quiere situarlo en su centro. El término «obligación», que es prácticamente sinónimo de «deber», tiene una importante peculiaridad, «y es que lo debido descansa en el reconocimiento de un vínculo, de una ligatio, de la que se sigue una obligatio, y entonces la obligación puede ser o bien un deber, es decir, la respuesta a una exigencia, o bien el regalo que hace quien se sabe y siente ligado a otro» (2007: 46).

La ética ha tratado de descubrir ese vínculo a lo largo de la historia, intentando encontrar en la vida cuáles son las fuentes y motivos de la obligación moral, y en todas sus teorías ha ido destacando unos vínculos u otros. En los últimos tiempos autores como MacIntyre, Taylor o Korsgaard, han intentado reconstruir históricamente las fuentes de

la normatividad moral. Cortina, por su parte, recurre a una fábula, que ya utilizó en *Ciudadanos del mundo*, y desde ella intenta configurar seis escenarios, tomados de la ética occidental, que podrían ayudar a responder a las preguntas que se plantean en la fábula. Es la historia de la Isla del Doctor Moreau, del escritor H.G. Wells.

Uno de los problemas al tratar de ética es que «existe un abismo entre las declaraciones y las realizaciones al hablar de principios y valores morales. Parece que las primeras no calen en la entraña de los seres humanos, que no traspasen la membrana del decir, de los labios, que no lleguen al corazón. ¿Cuál es la razón de este abismo entre declaraciones y realizaciones?» (2007: 48). La autora nos presenta cinco escenarios, representados por las teorías morales de Maquiavelo, Hobbes y los actuales hobbesianos; los representantes anglosajones de la teoría del sentimiento (Hutcheson, Shaftesbury, Hume, Smith, Mill y también hoy Pettit); Kant; la ética de los valores en la tradición de Scheler y Hartmann, pero también de Ortega y Marías; y, por último, la ética del discurso en la versión de sus creadores, Apel y Habermas.

Un sexto escenario, que defiende la autora, «tiene también al lenguaje por «lugar de descubrimiento», pero encuentra a través de él que el reconocimiento recíproco y

cordial es el vínculo, la *ligatio* que genera una *ob-ligatio* con las demás personas y consigo mismo; un reconocimiento que no es sólo lógico, sino también compasivo» (2007: 51). Para Cortina, el reconocimiento cordial es la fuente de la obligación ética.

Después de analizar los sentimientos sociales, cuales la simpatía (Hume) y el afán de estima o reputación (Brennan y Pettit), la autora concluye que las teorías que recurren únicamente a los sentimientos sociales para descubrir las fuentes de la obligación moral resultan insuficientes. La simpatía es un sentimiento de una sola dirección, porque es de quien la experimenta, pero no requiere reciprocidad, no es resultado de un reconocimiento recíproco entre las personas, que es la clave de una *ethica cordis*. Y en lo que respecta al afán de estima a nivel social, «son los usos y costumbres de la propia sociedad, incluso del propio grupo social, los que van conformando los contenidos necesarios para tener reputación y mantenerla, sean o no morales». Por consiguiente, si uno quisiera mantener la reputación en la sociedad, sean cuales sean los modelos de vida que esta valora, a cada uno convendría cultivar «las cualidades apreciadas en su grupo social y en su estilo de vida, de donde no pueden surgir sino el parroquianismo y el conservadurismo extre-

mos: la moral del camaleón, no de las personas» (2007: 95, Cortina, 1991)

Las obligaciones morales, para llegar a buen término, han de cobrar vida en las instituciones políticas y en las de la sociedad civil. Los principios con los que los ciudadanos de sociedades pluralistas se entienden moralmente, los principios de una ética cívica cordial, serían, a juicio de Cortina, los siguientes: 1) no instrumentalizar a las personas (principio de no instrumentalización); 2) empoderarlas (principio de las capacidades); 3) distribuir equitativamente las cargas y los beneficios, teniendo como referencia intereses universalizables (principio de la justicia distributiva); 4) tener dialógicamente en cuenta a los afectados por las normas a la hora de tomar decisiones sobre ellas (principio dialógico); 5) minimizar

el daño en el caso de los seres sensibles no humanos y trabajar por un desarrollo sostenible (principio de responsabilidad por los seres indefensos no humanos). Los cuatro primeros principios se presentan como exigencias que surgen del núcleo del reconocimiento cordial de la igual dignidad.

Parece entonces que la apuesta para una ética cívica en el siglo XXI se juegue sobre el reconocimiento recíproco, que está en la base de cualquier ética que pretenda ser intersubjetiva y respetuosa con el pluralismo moral de nuestras sociedades. Para que la exigencia de reconocimiento en los albores del nuevo milenio no se convierta en lucha violenta por el reconocimiento, merece la pena atender a la propuesta de una *ethica cordis* argumentada con sobradas razones por Adela Cortina.

Keane, John (2003): *Global Civil Society?* Cambridge: Cambridge University Press. ISBN 9780521815437. *Ressenyat per* Ramón A. Feenstra, *Universitat Jaume I.*

Frente a la amplia teorización actual existente sobre el concepto de sociedad civil global, la obra de John Keane se convierte en una referencia obligatoria para aquel que quiera abordar y comprender tanto el origen de esta idea, como el pensamiento contemporáneo en torno a dicho concepto. Esta obra se inscribe dentro del pensamiento general del autor que, desde la obra de *Democracy and Civil Society* (1988), se caracteriza por buscar un orden democrático justo a través de la expansión de la sociedad civil, el equilibrio de esta con las instituciones estatales y la búsqueda de una mayor igualdad y libertad entendidos en términos complejos. La novedad de esta obra radica en el contexto cada vez más globalizado en que se inserta la sociedad civil y las oportunidades y amenazas que este nuevo contexto destapa para una nueva cosmovisión como es la sociedad civil global, cada vez más popular.

Si en obras destacadas anteriores como *Democracy and Civil Society* y *Civil Society: Old Visions, New Images*, el autor se preocupó, en el primero de ellos, por defender un nuevo equilibrio entre las instituciones estatales y la sociedad civil, y en el segundo por profundizar en la naturaleza y los principios que

definen la idea de la sociedad civil, en la obra *Global Civil Society?* el objetivo principal consiste en entender el papel de la sociedad civil en la compleja realidad actual, marcada por un proceso de creciente interrelación planetaria y tratar así de buscar la mejor forma de afrontar las oportunidades y amenazas que este contexto nos brinda. En esta nueva situación Keane explora los significados variados que adopta la nueva cosmovisión de sociedad civil global y presenta una propuesta propia de cómo esta debe ser entendida.

Este libro se estructura en un total de cinco capítulos. En el primero de ellos, *Unfamiliar Words*, (Palabras desconocidas) aborda en un primer momento las diferentes metodologías que son empleadas a la hora de pensar en la sociedad civil. De esta forma, distingue los análisis empíricos de los usos pragmáticos y de las metodologías normativas, para advertir a continuación que el concepto de sociedad civil global, como cualquier otro concepto político, no es neutro y debe ser adoptado de forma cauta. Además, argumenta también que el carácter dinámico que caracteriza a la sociedad civil global y su comprensión escurridiza obliga a entender este concepto como un tipo ideal.

Seguidamente el autor pasa a definir el concepto como «un sistema no gubernamental de instituciones socioeconómicas que se extienden por todo el planeta» (Keane, 2003: 8), y determina como funciones esenciales de estas instituciones la pluralización del poder y la problematización de la violencia. Asimismo, las tres palabras «sociedad civil global» están marcadas según Keane por cinco particularidades básicas. En primer lugar, hace referencia a actividades e instituciones no gubernamentales; este carácter no gubernamental es la base, el núcleo, sobre el que se establece el concepto, aunque la noción no se limita a esta comprensión diferencial del gobierno. La sociedad civil global es, en segundo lugar, una *forma* de sociedad entre otras formas posibles; de ello se entiende que esta no puede comportarse de cualquier forma sino que debe respetar ciertas normas de civilidad. Este hecho impide que grupos terroristas o mafias, a pesar de ser agentes no gubernamentales, sean incluidos dentro de la sociedad civil global.

En tercer lugar, la sociedad civil global es un espacio habitado por normas variadas de no violencia que fomenta el compromiso y el respeto mutuo, aunque ello no impide que esté marcado, a su vez, por una amplia heterogeneidad y por el conflicto, que marcan el cuarto principio constitutivo de la

sociedad civil global, la naturaleza plural de esta. Finalmente, la última de las características que define el concepto de sociedad civil global en Keane, y la más evidente, es su forma global, una forma planetaria que representa a la sociedad más compleja de la historia de la especie humana. A continuación, el autor se centra en algunas interpretaciones de la sociedad civil global, y termina reflexionando sobre la crítica frecuente que recibe el concepto de sociedad civil global por considerarlo un término exclusivamente occidental, a lo cual responde viendo como en el concepto de sociedad civil es completamente compatible con otros contextos no occidentales tanto del presente como del pasado.

En el segundo capítulo *Catalysis* (Catálisis) el autor se muestra crítico frente a otras formas de comprender y defender la idea de sociedad civil global. En este apartado las críticas se centran especialmente en lo que denomina «visiones puristas de la sociedad civil», es decir, aquellas concepciones que excluyen al mercado de la sociedad civil, puesto que considera que, por un lado, tales visiones no pueden responder a los problemas que se dan en el mercado, y por otro lado, parten de unas concepciones simples de sociedad civil y del mercado que impiden ver algunos de los efectos civilizadores que despliega este en la sociedad

civil global. Esta argumentación está en la línea del artículo publicado en este mismo número de *Research*, aunque visto con más detenimiento. El segundo núcleo de críticas que se llevan a cabo en este apartado es realizado frente a las concepciones neoliberales de la sociedad civil, que defienden una idea de esta limitada al mercado y sus fuerzas.

El tercero de los capítulos presenta un concepto novedoso que marca el título del apartado, *Cosmocracy*. El autor idea este concepto con el propósito de entender las relaciones del poder que se dan en una escala global. Este concepto, entendido como un tipo ideal, es descrito por Keane como una conglomeración de instituciones sub-estatales, estatales y supraestatales interconectadas en procesos multidimensionales y que tienen unos efectos políticos y sociales a escala global (2003: 98). Este nuevo concepto permite comprender el marco sobre el cual se establece la sociedad civil global, y asimismo sirve para la comprensión de las oportunidades y las amenazas que presenta el contexto globalizado de hoy en día. En este capítulo destaca además la crítica planteada por el autor hacia los modelos cosmopolitas de democracia contemporáneos inspirados en Kant y propone que el modelo a seguir por los teóricos actuales debe centrarse, más bien, en la obra de Althusius (2003: 125).

En el cuarto de los capítulos *Paradise on Earth?* (¿Paraíso sobre la tierra?) Keane profundiza en los problemas existentes en la globalización actual, deteniéndose sobre todo en la reflexión sobre el problema de la violencia, un tema ampliamente abarcado por el autor en obras como *Violence and Democracy* (2004), *Reflections on Violence* (1996). Este capítulo se centra en los problemas del fanatismo y lo que denomina como el «triángulo de violencia» marcada por el sistema de proliferación de armas nucleares, las guerras civiles y el terrorismo, que se convierten en las tres caras del triángulo que amenazan a la sociedad civil global. Es destacable en este capítulo como en el último de los apartados, *Global publics*, Keane deposita las esperanzas en la expansión de los medios de comunicación globales y la proliferación de los espacios públicos globales como solución a los problemas que amenazan a la democracia.

Finalmente, en el último de los capítulos *Ethics Beyond Borders* (Ética más allá de las fronteras) el autor se muestra contrario a lo que considera los dogmas ideológicos y critica las teorías basadas en los grandes ideales y grandes verdades capaces de conocerlo todo. Keane defiende el uso de un concepto filosófico y político de sociedad civil global que sea distintivamente pluralista y sensible a la complejidad,

mostrando su posicionamiento ante las teorías universalistas y relativistas. El autor defiende la existencia de formas de vida plurales de la sociedad civil y se acerca a algunos de los postulados relativistas, aunque critica que estas teorías no tengan en cuenta la necesidad de una estructura institucional para garantizar tal relativismo. Por ello, propone que la existencia institucionalizada de la sociedad civil global: «es una precondition universal para la aceptación abierta de la diferencia. Con la ausencia de sus estructuras institucionales, diferentes individuos, grupos, movimientos y orga-

nizaciones no pueden coexistir de forma pacífica» (Keane, 2003: 203).

En suma, Keane logra en esta obra extender su pensamiento sobre la sociedad civil al contexto global, aportando una visión amplia y clara de este nuevo concepto. El autor consigue aportar ideas, algunas de ellas extremadamente novedosas como el caso del término *Cosmocracy*, y sigue en su propósito de despertar la imaginación democrática con tal de mejorar el contexto que nos envuelve. El éxito de dicho intento corresponde a cada uno de los lectores juzgarlo.

Breus currícula dels autors i autores

JOHN KEANE

Nacido en Australia, se ha formado en las Universidades de Adelaide, Toronto y Cambridge. John Keane es catedrático de Teoría Política en la Universidad de Westminster y en la *Wissenschaftszentrum Berlin* (wzb). En 1989 fundó el Centro para el Estudio de la Democracia (CSD). Entre sus numerosas publicaciones destacan, *The Media and Democracy* (1991), que ha sido traducido a más de veinticinco idiomas, *Democracy and Civil Society* (1988; 1998); *Reflections on Violence* (1996) (los dos últimos traducidos al español); *Civil Society: Old Images, New Visions* (1998); Una biografía de *Tom Paine: A Political Life* (1995) y otra biografía sobre el estudio del poder en el siglo xx en Europa: *Václav Havel: A Political Tragedy in Six Acts* (1999). Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Violence and Democracy* (2004) y *Global Civil Society?* (2003). En 2009 se publicará una nueva obra del autor con el título *The Life and Death of Democracy*, libro que también será traducido al español.

DOMINGO GARCÍA MARZÁ

Catedrático de Ética de la Universitat Jaume I de Castellón. Doctor en Filosofía por la Universitat de València, ha ampliado estudios en Fráncfort (Alemania) y en St. Gallen (Suiza). En la actualidad imparte clases de Ética Empresarial, Teoría de la Democracia y Ética de la comunicación. Ha sido director del Departamento de Filosofía y Sociología y vicerrector de Comunicación.

Es autor de los libros: *Teoría de la justicia* (J. Habermas y la ética discursiva) (Madrid, 1992); *Teoría de la democracia* (Valencia, 1993); *Ética Empresarial* (junto con A. Cortina, J. Conill y A. Domingo, Madrid, 1994); *La empresa socialmente responsable. Ética y empresa* (Madrid, 2003); *Ética empresarial: del diálogo a la confianza*, (Madrid, 2004); *La apuesta ética de las organizaciones sanitarias* (2006); *Public Reason and Applied Ethics. The Ways of Practical Reason in a Pluralist Society* (junto con A. Cortina y J. Conill, Londres, 2008). Además de numerosos artículos siempre alrededor de la relación entre ética, política y economía.

RAMÓN A. FEENSTRA

Licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas en la Universitat Jaume I. En la actualidad es becario de investigación en el área de Filosofía Moral de esta misma universidad. En 2008 realizó una estancia de investigación de tres meses en la Centre for Study of Democracy (CSD) siendo tutorizado por el profesor John Keane. Está realizando la tesis doctoral sobre el concepto de sociedad civil bajo la dirección de Domingo García Marzá. Los tópicos que centran su interés son los conceptos de sociedad civil y la opinión pública, así como temas referentes a la ética en los medios de comunicación.

JODY JENSEN

La doctora Jody Jensen es miembro principal de investigación en el Instituto de Ciencias Políticas en la Academia Húngara de Ciencias en Budapest. Además es directora en el campo de las Relaciones Internacionales del Instituto Universitario Europeo en KÁ'szeg, Hungría, donde imparte clases en el programa del Máster Internacional, Relaciones Internacionales y Estudio Europeos. Su investigación actual se centra en tópicos como la gobernanza global, la sociedad civil global, la transformación de la nación-estado y la regulación de los mercados globales.

FERENC MISZLIVETZ

Ferenc Miszlivetz es director del Instituto de Estudios Sociales y Europeos en Szombathely y Kôszeg. Poseedor de la Cátedra Jean Monnet, y asesor en el Instituto de Ciencias Políticas en la Academia Húngara de Ciencias. Ha publicado numerosos artículos, e imparte clases, sobre tópicos como la transición en el Centro Este de Europa, la construcción de Europa y la sociedad Europea.

PAUL DEKKER

Paul Dekker es director de la unidad de investigación Participación y Gobierno en el Instituto Neerlandés para la Investigación Social (SCP) y profesor de estudios de la sociedad civil en la Universidad de Tilburg. Sus campos de investigación recientes son el sector sin ánimo de lucro, participación social y política, la opinión pública, la sociedad y la política en los Países Bajos y la Unión Europea. Es miembro del consejo de la Sociedad Internacional para la Investigación del Tercer Sector, de la Asociación Internacional de Ciencia Política, y del *European Network of Excellence* «sociedad civil y nuevas formas de gobierno».

JAMES M. SKELLY

El doctor James M. Skelly es actualmente coordinador de los programas de Paz y Justicia para Brethren Colleges Abroad, siendo además profesor visitante de Estudios para la paz en Magee College, Universidad del Ulster. James Skelly es asimismo editor asociado de *OpenDemocracy* y trabaja como asesor de Millennium Journal of International Studies. Sus intereses de investigación se centran en la construcción de la realidad en temas como paz y conflictos, y ha escrito y editado numerosos artículos sobre estos temas. Entre sus trabajos recientes se encuentran «Defence, Deterrence and Cultural Lag», publicado en el Foro de desarme de las Naciones Unidas, «A Constructivist Approach to Peace Studies», y «On the Obsolescence of Just War and Military Neutrality». Durante gran parte de los últimos treinta años ha estado trabajando en la creación de programas educativos que sean útiles en la construcción de una sociedad civil global.

AGUSTÍN REYES

Licenciado en Filosofía (Universidad de La República-Uruguay). Estudiante del programa de doctorado *Ética y Democracia* (Universitat de València/Universitat Jaume I – España). Investigador del grupo *Ética, Justicia y Economía* (Universidad de La República). Docente e investigador en la Universidad Católica del Uruguay. Especializado en temas de justicia distributiva, teoría de la racionalidad práctica y ética de las organizaciones.

GIOVANNI NAVARRIA

Giovanni Navarra es un investigador asociado y estudiante de doctorado en el Centre for Study of Democracy (CSD), Departamento de Política y Relaciones Internacionales en la Universidad de Westminster, Londres. Su investigación se centra en la compleja relación existente entre las tecnologías de comunicación basada en redes, tales como Internet, y el concepto de poder político. Su investigación sobre la correlación entre medios de comunicación, gobierno, activismo y poder ha aparecido publicada en artículos académicos, capítulos de libro, revistas online y actas de congresos. Más información en su web personal: www.giovaninavarria.com.

PAULA GABRIELA NÚÑEZ

Profesora de matemáticas e historia. Maestranda en Filosofía e Historia de las Ciencias (Universidad Nacional del Comahue). Doctoranda en Filosofía (Universidad Nacional de La Plata). Becaria de CONICET. Forma parte de la Asociación Civil Núcleo Patagónico, dedicada al estudio y difusión de las ciencias sociales, artes y humanidades en la localidad de San Carlos de Bariloche. Editora del libro *Sectores Populares: identidad cultural e historia en Bariloche*.

RICARDO DANIEL FUENTES

Historiador. Forma parte de la Asociación Civil Núcleo Patagónico, dedicada al estudio y difusión de las ciencias sociales, artes y humanidades en la localidad de San Carlos de Bariloche. Editor del libro *Sectores Populares: identidad cultural e historia en Bariloche*. Ha trabajado en el proyecto «Memoria, Identidad y Futuro», se encuentra coordinando el proyecto de Redes. Es el referente grupal en relación al tema de archivos y patrimonio inmaterial.

CRITERIS PER A L'ENVIAMENT DE TEXTOS A LA REVISTA *RECERCA*

1. El text original s'ha de presentar mecanografiat amb un espai interlineal d'1,5 en DIN A-4 en tipus de lletra Times New Roman de cos 12.
2. En la primera pàgina s'ha d'indicar el títol i el nom de l'autor o autors de l'article, universitat o organisme a què pertany, la secció en la qual s'inscriu (*assaig de pensament i anàlisi, traducció crítica o recensió*), així com l'adreça postal, l'adreça electrònica, el telèfon i el fax. El text s'ha d'adjuntar en paper i en disquet d'ordinador (Word); també es pot trametre per correu electrònic. Per agilitar les tasques d'avaluació es recomana enviar tres còpies en paper.
3. L'extensió dels documents: ASSAJOS DE PENSAMENT I ANÀLISI, entre 15 i 20 pàgines (no més de 8.000 paraules); TRADUCCIONS CRÍTIQUES, fins a 20 pàgines; RECENSIONES, entre 2 i 5 pàgines
4. En els textos que es publicuen és convenient que figure l'adreça electrònica de l'autor perquè els lectors, si ho desitgen, puguin intercanviar les seues opinions.
5. Cal adjuntar un resum de l'article en castellà i en anglès, amb una extensió de 100 paraules aproximadament cada un (no més de 140 paraules), i 4 o 5 paraules clau que identifiquen el contingut del treball.
6. El text original ha de ser inèdit en castellà, català o anglès i no ha d'estar pendent de publicació en cap altra revista.
7. Aspectes ortotipogràfics:
 - 7.1. Les referències a revistes i diaris i els títols de llibres s'escriuen amb cursiva; els títols d'articles i capítols de llibres s'escriuen entre cometes.
 - 7.2. *Citacions*: les citacions de textos s'incorporen al text principal entre comes angulars (« »). Quan calga s'utilitzaran d'aquesta manera: « " " ».
Les citacions llargues (més de tres línies) s'escriuen en un paràgraf a banda, sense cometes ni cursive, amb un marge més gran que el del text original i amb el tipus de lletra més menut, o bé, assenyalant convenientment que es tracta d'una cita. Si s'omet part del text en una citació s'han d'indicar els punts d'elisió amb claudàtors: [...]
 - 7.3. *Guions*: s'emprarà el guió curt en termes compostos i per indicar les pàgines de bibliografia..., i el guió mitjà per a fer funció de parèntesi. En aquest cas, si després de l'incís va un punt, no s'ha de tancar el guió.
 - 7.4. *Notes*: les indicacions de les notes en el text principal han de numerar-se adequadament després dels signes de puntuació.
 - 7.5. *Referències bibliogràfiques abreujades*: en les referències abreujades que apareguen en el text només ha de constar el cognom de l'autor amb minúscula, l'any d'edició de l'obra referida i les pàgines que corresponguen, ja que les dades completes apareixeran en la bibliografia.
[...] ha ressaltat (Bellés, 1999: 34-56)
Si són pàgines seguides s'ha d'escriure un guió entre les xifres, en cas contrari s'han d'utilitzar comes.
Bellés, 1999: 34, 67, 109.
Si l'obra conté diversos volums, s'ha de fer constar el número del volum referit en nombres romans i darrere de dos punts.
Riquer-Valverde, 1984: II, 193.
Per tant, no s'han de fer servir les abreviatures llatines: *loc. cit.*, *op. cit.*, *ibidem*...
 - 7.6. *Bibliografia*: les referències s'indiquen al final de l'obra, ordenades alfabèticament per autors i segons els següents punts
 - Llibres: JORDAN, R.R. (1997): *English for Academic Purposes*, Cambridge, Cambridge University Press.
 - Articles en publicació periòdica: NADIN, M. (1984): «On the Meaning of the Visual», *Semiotica*, 52.
 - Capítols en llibres d'un o més de dos autors: NORD, CHRISTIANE (1994): «Traduciendo funciones» dins HURTADO, A. (ed.) (1994): *Estudis sobre la traducció*, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I.
 - Dos autors: CHILLÓN, L. A. i S. BERNAL (1985): *Periodismo informativo de creación*, Barcelona, Mitre.
 - Més de dos autors: ESPINET, F. i altres (1989): *Prensa, comunicació i cultura a Catalunya, durant el primer terç del segle XX*, Bellaterra, UAB.
8. La revista *Recerca* decidirà la publicació dels originals en funció dels informes dels dos avaluadors externs designats amb aquesta finalitat d'acord amb les seues especialitats.
9. S'enviaran als col·laboradors les observacions i comentaris dels avaluadors per a la revisió dels seus textos. Quan els treballs siguin acceptats finalment, després de seguir aquest procediment, l'autor enviarà la versió definitiva en el suport i forma especificada anteriorment.
10. *Recerca* respecta les opinions dels seus col·laboradors, però no comparteix necessàriament tots els punts de vista manifestats en els articles publicats.
11. *Recerca* agraeix l'enviament d'assajos de pensament i anàlisi, traduccions crítiques i recensions, i procurarà informar els autors de l'avaluació i eventual acceptació dels seus textos en un termini no superior a 50 dies.
12. Els articles s'han d'enviar a:

Revista RECERCA
 Universitat Jaume I
 Secretaria del Departament de Filosofia i Sociologia
 Facultat de Ciències Humanes i Socials
 Campus del Riu Sec, s/n, 12071 Castelló de la Plana
 Adreça electrònica: reverter@fis.uji.es o esteban@fis.uji.es

**Deseamos intercambiar la revista *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*
por la revista cuyos datos se adjuntan**

DATOS

Razón social:

Persona responsable del intercambio:

Calle/Plaza **C.P.:**

Ciudad: **Provincia:**

País: **Tel.:**

Fax: **E-Mail:**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

1. Por favor suscríbame a *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi* (Nueva Época) desde el núm. inclusive.
2. Por favor deseo adquirir los volúmenes o números atrasados de *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi* (Nueva Época):

- número 1 (2001)
- número 2 (2002)
- número 3 (2003)
- número 4 (2004)
- número 5 (2005)
- número 6 (2006)
- número 7 (2007)
- número 8 (2008)

FORMA DE PAGO: transferencia bancaria

Beneficiario: Universitat Jaume I

Entidad: 2077 Oficina: 0580

D.C.: 4631 C.C.: 03985430

IBAN (número de cuenta internacional): ES52 2077 0580 4631 0398 5430

Concepto: Suscripción / Intercambio RECERCA *Revista de Pensament i Anàlisi*
Código 04G047-Línea LA 04040

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN (por número): 8 €

DATOS PERSONALES

Nombre y apellidos o razón social:

NIF o CIF:

Calle/Plaza **C.P.:**

Ciudad: **Provincia:**

País: **Tel.:**

Fax: **E-Mail:**

ENVIAR A:

Universitat Jaume I
RECERCA. Revista de Pensament i Anàlisi
Departamento de Filosofía y Sociología
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Campus Riu Sec s/n • 12071 Castellón
e-mail: reverter@fis.uji.es o esteban@fis.uji.es

BUTLLETÍ D'INTERCANVI

Desitgem intercanviar la revista *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, per la revista les dades de la qual s'indiquen a continuació.

DADES

Raó social:

Persona responsable de l'intercanvi:

Carrer/Plaça **CP:**

Ciutat: **Província:**

País: **Tel.:**

Fax: **Adreça electrònica:**

BUTLLETÍ DE SUBSCRIPCIÓ

3. Per favor subscriuiu-nos a *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, (Nova època) des del núm. inclusivament.
4. Per favor desitgem adquirir els volums o números endarrerits de *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, (Nova època):

- | | |
|-------------------|-------------------|
| • número 1 (2001) | • número 5 (2005) |
| • número 2 (2002) | • número 6 (2006) |
| • número 3 (2003) | • número 7 (2007) |
| • número 4 (2004) | • número 8 (2008) |

FORMA DE PAGAMENT: transferència bancària

Beneficiari: Universitat Jaume I

Entitat: 2077 Oficina: 0580

D.C.: 4631 C/c: 03985430

IBAN (número de compte internacional): ES52 2077 0580 4631 0398 5430

Concepte: Subscripció / Intercanvi RECERCA *Revista de Pensament i Anàlisi*

Codi 04G047-Linia LA 04040

PREU DE SUBSCRIPCIÓ (per número): 8 €

DADES PERSONALS

Nom i cognoms o raó social:

NIF o CIF:

Carrer/Plaça **CP:**

Ciutat: **Província:**

País: **Tel.:**

Fax: **Adreça electrònica:**

ENVIEU AQUEST BUTLLETÍ A:

Universitat Jaume I

RECERCA. Revista de Pensament i Anàlisi

Departament de Filosofia i Sociologia

Facultat de Ciències Humanes i Socials

Campus del Riu Sec s/n • 12071 Castelló de la Plana

Adreça electrònica: reverter@fis.uji.es o esteban@fis.uji.es